UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2009 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/elmonasteriodepi00bala

EL MONASTERIO DE PIEDRA

LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT

LAS CUEVAS DE MONTSERRAT

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN.

Poesías catalanas. (*El libro del amor.—El libro de la fe.—El libro de la patria.—Eridanias.—Lejos de mi tierra.—Ultimas poesías.*)—Un tomo, 6 pesetas.

Tragedias. Original catalán y traducción castellana. (*La muerte de Aníbal.—Coriolano.—La sombra de César.—La fiesta de Tibulo.—La muerte de Nerón.—Safo.—La tragedia de Llivia.—La última hora de Cristóbal Colón.—Los esponsales de la muerta.—El guante del degollado.—El conde de Foix.—Rayo de luna.*)—Un tomo, 8 pesetas.

Los trovadores. *Su historia literaria y política.*—Cuatro tomos, 30 pesetas.

Discursos académicos y memorias literarias. (*Discursos y dictámenes leídos en las Academias y en los Juegos Florales.—La corte literaria de Alfonso de Aragón.—Un ministerio de Instrucción pública.—Fundación de la Biblioteca de Villanueva.—Cartas literarias.—El poeta Cabanyes.—Ideas y apuntes.*)—Un tomo, 7 pesetas 50 céntimos.

(Esta colección es propiedad del autor.)

ASp
B1713m

VÍCTOR BALAGUER

De las Reales Academias Española y de la Historia

EL MONASTERIO DE PIEDRA

LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT

LAS CUEVAS DE MONTSERRAT

(TOMO VIII DE LA COLECCIÓN)

322834
2. 1. 36

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1885

DICTAMEN

que por encargo de la Real Academia de la Historia, dió el Excmo. Sr. D. Cayetano Rosell, sobre la obra EL MONASTERIO DE PIEDRA, *escrita por el Excmo. Señor D. Víctor Balaguer.*

Desde el último mes de Junio debo á la Academia el informe que se me encomendó sobre el libro titulado EL MONASTERIO DE PIEDRA, presentado al Gobierno por los editores de Barcelona, D. Juan y D. Antonio Bastinos, para los efectos del Real decreto de 12 de Marzo de 1875. Un cúmulo de contrariedades de toda especie me han impedido cumplir hasta hoy con aquel deber; sírvanme ellas de explicación, más que de disculpa, sin contar con que el libro, aunque poco voluminoso, es de naturaleza tal, que seduce á la imaginación con su lectura, y embarga el ánimo de manera que no le consiente espacio ni libertad para volver sobre sí mismo y trocar en juicios las impresiones que experimenta.

¿Es esto mérito del autor, perfecta ejecución de su obra, ó índole excepcional del asunto á que se refiere? Hay sin duda asuntos privilegiados que por su grandeza ó el atractivo con que se ofrecen á la inteligencia que los contempla, parecen brotar espontáneamente de la pluma ó el pincel que les presta vida; mas no por eso pierden su existencia abstracta hasta que adquieren realidad de ser y forma en el troquel de la fantasía. Para todo se

requiere disposición especial, aun para los trabajos mecánicos, no menos á veces que para los mentales; cada acción pide su fuerza proporcionada, y á esta diferencia de actitudes en el orden intelectual alude el *sumite materiam*..... del preceptista.

Estas reflexiones, vulgares después de todo, me sugiere el elogio que debiera hacer del presente opúsculo; y á no ser su autor tan esclarecido en la república de las letras, y además y principalmente, tan nuestro, no sólo por los vínculos del afecto, sino del compañerismo, que constituye una especie de parentesco, sin reparo alguno, antes libre de toda alucinación y apasionamiento, renovaría aquí los aplausos que tan merecidamente le granjearon otras obras suyas, como la *Historia de Cataluña*, que le trajo á nuestro seno; la de los *Trovadores*, ó las inspiradas composiciones poéticas, líricas y dramáticas, á que debe su ingreso como Académico de número en la Española.

Del antiguo Monasterio de Piedra, en Aragón, conserva esta casa un inestimable recuerdo en el suntuoso relicario que brilla al frente de su gabinete de antigüedades. El arte cristiano del siglo XIV apuró en él su riqueza, como la naturaleza sus maravillas en aquel santo retiro. No es ya en nuestros días morada del Sér Supremo, pero, al menos, no yace como otros olvidado y envuelto en ruinas; y entre los que por recreo ó curiosidad visitan hoy mansión tan encantadora, circulan por sus risueños valles, miden espantados la altura de sus ingentes rocas, se estremecen al borde de sus abismos, al estrépito de sus bravos torrentes y cascadas y en el umbral de sus pavorosos antros, ó reposan adormecidos á orillas de inmobles lagos y se acercan á la gruta, donde, como dice el autor, se ven «todos los portentos posibles é imposibles realizados por la gota de agua en su labor de siglos,» nadie hay que no eleve su corazón á

Dios, ni dude de que estas obras de sus manos *anuncian el firmamento*.

Digámoslo de una vez: el Sr. D. Víctor Balaguer ha escrito un libro, ha trazado más bien una serie de cuadros que pintan al vivo los lugares y escenas que se ofrecen á su vista; desde este momento el Monasterio de Piedra es más célebre y conocido que antes; no es posible leer aquellas páginas sin admirar tantas bellezas, sin desear contemplarlas de cerca y averiguar si es verdad lo que se adivina.

Puede dividirse la obra en dos partes, y de hecho así resulta: una histórica, otra descriptiva. En la primera se trata de la fundación del Monasterio, sus protectores, sus privilegios y fueros, sus donaciones y mercedes, sus obras y objetos de arte, sus modernas reparaciones y su estado actual; en la segunda se describe sucesivamente, y con gallardísimo desempeño, los sitios y objetos, bellos unos, grandiosos sobre manera otros, que embelesan y asombran al espectador, en que el arte, si no ha vencido, ha rivalizado á la naturaleza; las cascadas, ríos aprisionados que buscan su lecho en los abismos; los valles y vergeles, defendidos por inaccesibles riscos y montañas; los lagos, cuyas serenas ondas reflejan al prometido cielo; las grutas, donde las sombras ceden al fin su imperio al esplendor del sol y se detienen á contemplar los portentos que crea la luz en las pirámides de estalactitas y en los prismas de sus cristales; y para que todo corresponda á aquel mundo maravilloso, óyese recitar la leyenda del lago y del misterioso monje que supo resistir á la pasión de su enamorada Eladia.

Termina el Sr. Balaguer su libro, hojeando las páginas del álbum en que cien y cien personas distinguidas por algún concepto, al visitar el ex-Monasterio de Piedra en estos postreros años, han estampado sus firmas, muchas acompañadas de pensamientos ingeniosos en

prosa ó en verso, que, andando el tiempo, serán también recuerdos de un valor inestimable.

Esto me ocurre acerca del libro sustancialmente considerado; en cuanto á la petición de los editores, juzgo que por el mérito intrínseco que recomienda sus interesantes páginas, y por contribuir eficazmente, como ellos observan, «á poner de relieve la belleza y excelencias de un lugar privilegiado del suelo español, hoy poco conocido aún,» el Gobierno de S. M., por medio del Ministerio de Fomento, pudiera favorecer esta publicación adquiriendo el número de ejemplares que tenga á bien, con destino á las bibliotecas públicas y atendido el objeto de utilidad previsto en el artículo 3.° del mencionado Real decreto de 12 de Marzo de 1875.

La Academia, sin embargo, acordará lo que estime conveniente. — Madrid 15 de Noviembre de 1882. — *Cayetano Rosell.*

EL MONASTERIO

DE

PIEDRA

SU HISTORIA, SUS VALLES, SUS CASCADAS, SUS GRUTAS,
SUS TRADICIONES Y LEYENDAS

(SEGUNDA EDICIÓN)

Á M. WILLIAM C. BONAPARTE-WISE.

WATERFORD.

Manor of St. John's.

(IRLANDA.)

Sea para vos mi primera página, noble y generoso amigo.

Que esta obra, yendo á sorprender al ilustre extranjero en su castillo *pairal* de Irlanda, le lleve el recuerdo, en mi corazón cada vez más vivo, de mi cariño fraternal; y que este mi pobre libro de *Piedra* no sea nunca de ella, ni para él ni para los lectores que á hojearle se decidan.

Comencé este libro hace un año, en estas mismas deliciosas soledades de la residencia de *Piedra*, donde vine hoy á terminarlo.

Desde Setiembre de 1880, en que por malaventura hube de interrumpirle, hasta hoy que vine á continuarlo, ha pasado un siglo. Entre estas dos fechas tuvo lugar en España un cambio político de verdadera transcendencia. Entre estas dos fechas hay para mí un abismo.

De lo primero no he de hablaros. No os he de recordar, mi noble amigo, que de aquí hube de salir á toda prisa, interrumpiendo mis tareas literarias, para aquella expedición á provincias, vertiginosa campaña política que á cambio de procurarme no pocas cuitas, en

algo debió contribuir también á turbar la reposada calma de que gozaba en su Olimpo ministerial el partido entonces dominante. Tampoco quiero recordaros la coincidencia rara de que, mientras de *Piedra* partía el apóstol á sobrealzar la opinión pública perezosamente dormida en provincias, á *Piedra* llegaba el que en aquella campaña debía ser proclamado jefe indiscutible del partido constitucional, y de *Piedra* no tardaba en salir para ser bien pronto llamado á regir los destinos de la patria. Ni os he de recordar, por fin, como demostración patente de que me fué imposible terminar mi libro, los sucesos que sobrevinieron con pasmosa rapidez arrastrándome con ellos, la incesante preocupación de los ánimos, la turbulenta agitación de los partidos, las campañas parlamentarias, la candente lucha de los bandos, la empeñada polémica de la prensa, el hervidero de las pasiones y de las intrigas, el torbellino y rebullicio de las cosas, y el triunfo últimamente de mi amigo el Sr. Sagasta.

Nada de esto, digo, os he de recordar. ¿Qué me importa ya todo ello? ¡Qué me importa!

Yo sólo recuerdo, y otra cosa recordar no quiero, que *Ella* estaba entonces conmigo todavía. Ella oía como yo el rumor de esas cascadas que hasta mí llega en estos momentos; veía ese mismo encantador paisaje que por la abierta ventana se divisa; con ella recorrí los sitios que hoy me toca describir, y ésta en que ahora vivo solitario fué nuestra celda.

¿Qué son, pues, ante su recuerdo todos los recuerdos de la tierra?

¿Qué me importa ya todo, si no existe aquel sér que había en el fondo de mi hogar doméstico, cuya vida á nadie interesaba, cuya existencia era de muchos ignorada, cuya pérdida debía ser para todos indiferente, y que, sin embargo, era para mí de más valor y estima

que todo aquello, hombres y cosas, que tanto contribuía antes á preocuparme y absorberme?

¿Qué significan ante esto las preocupaciones políticas, el batallar de los partidos, las neuralgias del amor propio, las heridas del odio, las mismas envenenadas mordeduras de la ingratitud y de la envidia?

El dolor supremo, superior á los dolores todos, es el de encontrar un día vacío el hogar y solitario el tálamo.

Vos no lo sabéis, mi ilustre poeta, y Dios permita que no lo sepáis nunca; vos no sabéis lo que es un hogar desierto. No queráis saberlo. Que os conserve el cielo, mientras no termine vuestra peregrinación terrestre, la digna y leal compañera que es en vuestro hogar la madre de vuestros hijos y en vuestro corazón la fuente de todos los goces.

¿Se os ocurrió nunca pensar que existe cierta identidad entre el hogar y el jardín? Al visitar uno de éstos, ¿veis en él flores, árboles y follaje? ¿Lo halláis risueño, y ameno, y fértil, y floreciente, y umbroso, y verde, y lozano, y fresco? Es que hay agua. No importa que no se vea. Existe. No aparecerá tal vez, no se verá; pero está oculta entre el follaje, se desliza por entre la hierba, murmura en lo profundo.

Lo propio sucede con el hogar. ¿Hay allí la frescura del aseo, la comodidad del reposo, el orden de la casa, la belleza, el encanto, la serenidad, el contento, la vida? Pues hay una mujer. Podrá no aparecer acaso, nadie la verá tal vez, pero existe; que es la mujer el alma del hogar, como es la del jardín el agua.

¿Os acordáis de aquel personaje de leyenda que perdió su sombra? Yo he perdido también la mía.

Bien doblada ya la mitad de un siglo, me he quedado solo. Mi buena y leal esposa, aquella que vos conocísteis cuando mi emigración política, siempre á mi lado, sin abandonarme jamás, triunfante ó caída conmi-

go, mi compañera en el Capitolio y también en la Roca Tarpeya, mi sombra, en una palabra, ha desaparecido. Soy el personaje de la leyenda. Me encuentro ya solo en la vida: tan solo estoy, que mi cuerpo ni siquiera refleja sombra.

Me ha sido necesario deciros todo esto, hermano mío del alma, para excusar así con vos mi silencio de todo un año. Uno cumple hoy efectivamente, día por día, en que os escribí desde este mismo sitio para deciros que os enviaría un libro. Ya sabéis ahora por qué tardásteis un año en recibirlo.

Aquí he vuelto á continuar, después de tantos sucesos y de tantos dolores, mi interrumpida tarea. Aquí he vuelto, buscando quizá más que inspiraciones nuevas recuerdos suyos; aquí he vuelto, y busco los sitios de ella amados, y me siento bajo el fresno que nos dió sombra, al amor de la cascada que con sus olas nos arrullaba, y aquí, leyendo en voz alta mis capítulos á medida que terminan, para que ella los oiga como antes solía; aquí, bajo su inspiración, concluyo el libro que os envío, milord, como recuerdo suyo más que mío.

Residencia de Piedra, 1.° Setiembre de 1881.

CAPÍTULO I.

Fundación del monasterio.—Sus protectores.—Sus privilegios y fueros.—Su prosperidad.—Sus varones ilustres.

Hijo fué del de Poblet el Monasterio de Piedra. Había llegado ya aquel célebre monasterio catalán á tener fama universal, y de él salieron por el mes de Mayo de 1149 trece monjes cistercienses con el objeto de fundar una nueva casa de su orden.

Según antiguas tradiciones, era uno de los trece cenobitas, jefe y cabeza de ellos, D. Gaufrido de Rocaberti, á quien se supone de la ilustre familia de los vizcondes de este apellido, monje que fué del monasterio de Clarabal, donde había conocido á San Bernardo, viviendo sujeto á su paternal autoridad. Así lo dice la tradición; pero no parece estar muy conforme con ella la verdad histórica tocante al apellido del primer abad de Piedra. Gaufrido de Rocaberti le llama Finestres, y como él otros historiadores que le siguen, pero sólo por *Gaufridus* á secas le conocen las escrituras y documentos históricos, y sólo Gaufrido le llama el discreto académico Sr. D. Vicente de la Fuente en su *Abaciologio del Real monasterio de Nuestra Señora de Piedra,* que forma parte del tomo L de la *España Sagrada,* destinado á conmemorar en sus estados antiguo y moderno las iglesias de Tarazona y Tudela. Le llamaremos, pues, Gaufrido solamente, que sobre ser buena y legítima

autoridad la de las escrituras, es muy de tener en cuenta la opinión del Sr. D. Vicente de la Fuente, á quien principalmente hemos de seguir en nuestro estudio histórico, y vaya dicho una vez por todas, ya que sobre ser el último historiador que ha tenido Piedra, ha puesto especial y escrupuloso cuidado en corregir antiguos errores, que se deslizaron tal vez en las obras de aquellos que no tuvieron á la vista los importantes documentos compulsados por el celoso individuo de nuestra Academia de la Historia.

A primeros de Mayo de 1194 salieron, pues, de Poblet el abad Gaufrido y sus doce compañeros, y si bien consta que fueron lo primero de todo á residir por espacio de algunos meses en un lugar llamado Peralejos, inmediato á Teruel, donde es creencia de los antiguos cronistas que habían pensado fundar el monasterio, es lo cierto que no con esta intención, sino con alguna otra, para la historia desconocida, hubieron de detenerse allí todo aquel tiempo, pues está fuera de toda duda que ya en 1186 D. Alfonso II de Aragón había hecho donación al monasterio de Poblet del castillo llamado de Piedra con todos sus términos, y de la aldea de Tiestos, al objeto de edificar allí un monasterio cisterciense.

Sobre unos seis meses permanecieron Gaufrido y sus monjes en Peralejos de Teruel, trasladándose desde allí al castillo llamado de Piedra vieja, donde residieron por espacio de 23 años, y donde es fama que murió Gaufrido, hasta que en 1218 se bajaron al otro lado del río á paraje de más fácil acceso, levantándose el monasterio á orillas de un ameno valle y del horrendo precipicio en cuyo abismo viene hundiéndose por los siglos de los siglos el río Piedra, formando una cascada que de seguro no tiene rival en Europa.

Allí, á la margen de aquel río maravilloso, que tiene la singular virtud de convertir en piedra todos los obje-

tos bañados por sus aguas; en lo más agreste y solitario de aquel sitio; dominando risueños valles que se despliegan á la vista en seductor panorama; entre umbrosas alamedas y frondosos bosques de seculares árboles; al estruendo eterno de las aguas que se despeñan en hirvientes cascadas, levantaron los hijos de Poblet la casa de oración, que sin dejar de ser humilde asilo de paz para el náufrago fugitivo de las tempestades de la vida, llegó á ser una de las más opulentas moradas y uno de los más altos señoríos que tuvo la orden del Císter.

Protegido por los reyes D. Alfonso *el casto*, D. Pedro *el católico*, D. Jaime *el conquistador* y por todos los reyes que á éstos sucedieron en el trono de Aragón, y luego en el de los reinos unidos de Aragón y de Castilla, el Monasterio de Piedra fué creciendo en importancia y opulencia, en preeminencias y esplendor. Los monarcas le otorgaban mercedes á manos llenas, haciéndole sucesivamente señor de los lugares y villas de Cilleruelos, Tiestos, Sanz, Alfambra, Villafeliche, Valdenogueras, Ortiz y Zaragocilla, donándole la caldera del tinte en Calatayud, tiendas y fábricas en la alcaicería del mismo punto, salinas en Monterde y Avanto, viñas en Daroca, prados en Molina, y jurisdicción absoluta sobre varios lugares con facultad para poblarlos: los barones, las damas y los ricos ciudadanos de aquellos contornos le legaban sus bienes: se le autorizaba para que á son de timbales y clarines, como cosa real, pudiese hacer proclamar por los pueblos los privilegios que se le concedían: los señores de Albarracín y de Molina le confiaban sus pergaminos y las transacciones y concordias con los reyes de Aragón y de Castilla, dejándoselo todo en depósito como en paraje neutral y seguro: tenía derecho para mandar á las justicias de los pueblos que enarbolasen los pendones reales sobre casas y predios de su propiedad, siempre que se les qui-

siese hacer algún agravio: los señores de Ariza, de Molina y de otros puntos, le escogían para panteón y sepultura de sus familias: sus monjes tenían el privilegio concedido por D. Jaime *el conquistador* en 1251 de poder autorizar en testamento como si fuesen escribanos públicos; y, por fin, sus abades, con la blanca cogulla y pendiente de su cuello el rico pectoral de oro, tomaban asiento en las Asambleas legislativas, de cuyo Brazo eclesiástico eran influyentes individuos.

De tal manera fué el monasterio creciendo en importancia y opulencia, y de tal modo fué acumulando riquezas, que, rebosantes de oro sus arcas, no sólo contribuía generosamente á aliviar las necesidades de los mismos reyes, á quienes más de una vez prestó considerables sumas, sino que ofrecía hidalga y completa hospitalidad, lo propio al pobre peregrino que se presentaba á sus puertas en demanda de un asilo, que al noble caballero ó acomodado ciudadano que iban por temporada á gozar de la calma y solaz de su retiro, atraídos por lo pintoresco de su sitio y agradable de sus valles; llegando el universal hospedaje que se daba en Piedra, convertido en ley consuetudinaria, á tal extremo de esplendidez, que el rey D. Pedro IV en 1350 creyó oportuno revocarlo ó suspenderlo por medio de un curioso privilegio, del cual trasladamos estos párrafos, traducidos del latín:

«Reconocida cosa sea haber llegado á nuestra noticia que el mismo monasterio (el de Piedra) se halla en un estado de gran penuria de víveres á causa de la esterilidad de los tiempos, tanto que no puede atender, como era costumbre, no sólo á los nobles, caballeros, escuderos y burgueses que por causa de consuelo y visita concurrían á dicho monasterio, pero ni aun á las limosnas que se daban á los pobres.....

»Por esto, atendiendo Nós, como conviene, á los

intereses de reparación, utilidad y aumento del expresado monasterio, á vosotros los llamados abad y convento presentes y futuros, mandamos so pena de incurrir en nuestra indignación, que mientras dure la esterilidad y penuria predichas, dejéis de hacer gasto alguno con los nobles, caballeros ú otras cualesquiera personas que acudan por causa de visita ó de recreo.....»

No obstante ser este monasterio de regio patronato y titularse *Real casa de Piedra*, sus abades no eran de real nombramiento como en Veruela y Fitero, siendo elegidos por el sufragio de la comunidad, según práctica de aquellas casas en que se conservaban las tradiciones democráticas. El ya citado La Fuente es quien nos da á conocer el largo catálogo de sus prelados, rectificando el abaciologio que publicó Finestres, y continuándole hasta nuestros días. Entre estos abades figuran y sobresalen, mereciendo especial mención, D. Martín de Ponce (quizá de Pons con más exactitud), que vivió á últimos del siglo XIV, asistiendo á Cortes generales, donde eran grandes su autoridad y prestigio; D. Juan Martínez de Perruca por los años de 1460, que parece fué insigne literato, dejando manuscritas varias obras, en las cuales no falta quien supone que hubo de hallar materia para las suyas el famoso D. Antonio Agustín; D. Fr. Pedro Serrano, que en 1481 asistía á las Cortes celebradas en Calatayud, consejero del rey D. Fernando *el católico* y reformador de los monasterios de Navarra y Portugal, por delegación del abad general del Cister; D. Fr. Antonio Alvaro, elegido en 1531, á quien Finestres proclama como sujeto eminente en virtudes y letras, y de quien fué muy encomiada la elegante oración latina con que, como diputado del Reino, saludó al recién electo papa Adriano VI á su paso por Zaragoza; y el maestro D. Fr. Tomás Mateo, que á comienzos del siglo XVIII hubo de tomar muy activa y señalada

parte en las alteraciones del Reino, figurando, como diputado del Brazo eclesiástico, entre los más decididos partidarios del Archiduque contra Felipe V.

No hay que olvidar tampoco en esta breve reseña á otros varones insignes hijos de Piedra, y así hemos de recordar á Domingo Ruiz de Azagra, monje de esta casa, que obtuvo por sus virtudes y méritos literarios la mitra de Albarracín, siendo compañero de gloria de D. Jaime *el conquistador* en las jornadas y campaña de Valencia; al venerable Fr. Martín de Vargas, que por los años de 1420 tomaba el hábito en Piedra de manos del abad D. Miguel de Urrea, y que más tarde iba á Roma á ser confesor y predicador del papa Martín V, para luego venir, como embajador de la Santa Sede, á ser reformador del orden cisterciense en Castilla, donde fundó el célebre monasterio de Monte Sión en Toledo; y, finalmente, al nieto del rey católico, D. Fernando de Aragón, que después de haber sido comendador mayor de Alcañiz y coadjutor para el maestrazgo de Montesa, fué á ser monje en Piedra, en donde residió trece años, pasando luego á ser abad de Veruela, y más tarde arzobispo de Zaragoza.

CAPÍTULO II.

Lo que era el monasterio en sus buenos tiempos.—Sus obras y objetos de arte.—Lo que de él queda.—Su fundador y su conservador.

Procuremos ahora transportarnos al monasterio, tal como estaba antes de la expulsión de los monjes, lo cual no ha de sernos muy difícil, primero porque el edificio existe íntegro en gran parte, gracias á sus actuales poseedores, y luego porque nos dejaremos guiar y conducir de la mano por los cronistas que tuvieron ocasión de visitarle en la época de su opulencia, singularmente por el docto D. J. M. Quadrado, que galanamente lo describe en su tomo de *Aragón*.

Rodeado se veía el monasterio por una vasta muralla, toda de mármol sin pulir, arrancada á las grandes canteras de los montes que circundan también con otra más imponente muralla el edificio. Interrumpido se hallaba de trecho en trecho el muro por redondos cubos ó torreones que le daban el aspecto de una fortaleza feudal, apareciendo y dominándolo todo con sus almenas y salientes matacanes, el cuadrado torreón que servía de entrada, con dos escudos, uno á cada lado de la puerta, coronados por la mitra y el báculo abacial, viéndose en el uno tres piedras y en el otro un castillo sobre una roca con este lema: *Castrum de Petra*. En el centro campeaban las armas antiguas de Aragón, y al pie unos dísticos latinos consagrando un recuerdo á los bienhechores de

la casa, los reyes D. Alfonso, D. Pedro y D. Jaime.

Es fama que este torreón sirviera un día de cárcel ó reclusión, no sólo para los monjes díscolos, si que también para la numerosa servidumbre que vivía dentro del monasterio, y que formaba una especie de pueblo, el cual elegía anualmente un alcalde, con aprobación del abad, para su gobierno civil.

Una segunda puerta, flanqueada por dos torrecillas, detenía al viajero más adentro. En el interior del portal veíanse algunos rudos frescos representando á la Virgen con los santos monjes Benito y Bernardo y los santos caballeros Martín y Jorge.

Lo primero que se ofrecía á la vista era la hospedería con su fachada de estilo gótico germánico, recuerdo de la época en que los Reyes Católicos asombraban al mundo con las proezas de su reinado.

Penetrábase luego en una plaza formada por la fachada de la iglesia, la hospedería y el palacio del abad, de gusto moderno y regular arquitectura.

Los primeros pasos del peregrino se dirigían á la Iglesia, á los lados de cuya puerta se alzaban las estatuas de D. Alfonso y D. Jaime, por cierto de muy mal gusto, las cuales, ya que no por esto, por el recuerdo de los ilustres varones que representaban, debieran haber detenido la mano profana que osó mutilarlas. Lloraba el templo la pérdida de su fachada bizantina, de la cual se veían preciosas trazas, como lloraba en el interior la desaparición de los recuerdos que en mal hora para el arte le robó la restauración que sufriera á últimos del siglo XVII ó principios del XVIII. Desaparecieron la pureza y la poesía de los altares que habían respetado los siglos; pilastras barrocas sustituyeron á los airosos pilares; pésimas molduras se enredaron en las ventanas de cilíndricas columnitas, y arrimada á cada pilar, como dijo Quadrado con dura, pero acertada frase, se

apostó una colosal efigie de santo, de tremenda catadura y rabiosos colorines.

Por buena suerte, en los días de aquella profana restauración, estaba ya colocado el altar mayor ocultando el ábside, y á esto se debe que con el reciente destrozo de aquel altar haya vuelto á aparecer el ábside antiguo con sus bellas y graciosas formas, y con el pardo color de su piedra, tal como debía brillar en el primitivo templo.

La genuina, bella y severa idea de éste desapareció casi bajo la invasora idea nueva, hija del mal gusto, y se creyó hacer una obra maestra adornando la imponente desnudez, respetada por cinco siglos, con plastones de yeso, con juegos de cornisas, con angelotes ridículos y con pinturas indignas del sitio y de la morada que había nacido para ser hermosa joya y perenne recuerdo del arte bizantino.

Sólo un mueble, como el arca en el diluvio, pudo salvarse de la general destrucción. Es un precioso relicario del siglo XIV, una de las más preciosas alhajas y mejores monumentos artísticos que de aquel tiempo han llegado hasta nosotros, y que por fortuna posee hoy día nuestra Academia de la Historia. De este bellísimo relicario, que data de la época del abad D. Martín de Pons, pero el nombre de cuyo artista ha quedado malaventuradamente desconocido, hizo una notable descripción el Sr. Ballesteros en 1852 al concluir el trienio de su dirección [1].

El vasto y grandioso monasterio llegó á ser con el tiempo una especie de conjunto de diversas arquitecturas, testimonio del gusto y actividad de tantas genera-

1 A más de la descripción hecha por Ballesteros, hay otra de Don José Amador de los Ríos en el tomo VIII del *Museo español de antigüedades*.

ciones. Allí se veía una puerta achatada guarnecida por toscas molduras; aquí el refectorio con variados y hermosos capiteles para sustentar los grandes arcos apenas apuntados de la atrevida bóveda; por un lado aparecían grandes y hermosas ventanas, partidas por elegantes columnas, recordando los buenos tiempos del arte ojival, abiertas sobre la sala capitular, que trae por cierto á la memoria la del monasterio de Poblet; por otro se pasaba á la espaciosa cocina, digna ciertamente de ser visitada, donde ocho arcos sobre esculturados capiteles se lanzan para ir á reunirse en el centro de la bóveda con un agujero en vez de clave, formando una cúpula original y rara. Hasta en las piezas más puestas en contacto con los usos de la vida y más expuestas por lo mismo á renovaciones, se encuentran las huellas de aquella arquitectura, consagrada primitivamente á los monumentos, que hubo de sembrar de joyas y bellezas eternas los desiertos de España.

Los claustros se ofrecen orgullosos mostrando sus adornos góticos, sus airosas y elegantes ojivas, sus capiteles de labrados follajes imitados del bizantino. Junto á ellos se abre la escalera, que es hoy admiración y asombro del viajero, sobre todo si como nos sucedió á nosotros, se llega á verla por primera vez á esa hora misteriosa del crepúsculo vespertino en que las invasoras sombras, luchando con la luz que se extingue, triplican sus ya de sí colosales dimensiones. Es, en efecto, una escalera majestuosa y grande que se despliega soberbia en dos anchos ramales, sostenida toda por arcos y cobijada por una bella bóveda de crucería, escalera que no tendría ciertamente rival, si á la disposición y grandiosidad de su forma correspondieran la riqueza de sus materiales y el adorno de sus detalles.

Es un rectángulo de 39 metros de largo por 8 $^1/_2$ de ancho y 12 $^1/_2$ de altura, con un techo del siglo XIV al XV,

y una preciosa y complicada combinación de aristas que recuerda la bóveda de la Abadía de Westminster [1].

En el primer piso, que es donde concluye la escalera, se extienden dos anchos y espaciosos claustros, que comunican con otros cuatro, con las celdas de los monjes y con el antiguo noviciado, en cuyo muro se ven tres preciosas ventanas, una gótica y dos mudejares, de elegantes y variadas formas.

Frente á esta escalera se hallaba el pilar de donde colgaba un aldabón destinado á anunciar la agonía de los religiosos con sus tres fatídicos golpes, cuyos tres aldabonazos, dados á compás, eran recuerdo de los que, según tradición de los cistercienses, solían oirse sobrenaturalmente en las celdas de los moribundos, y se llamaban *los golpes de San Benito*. Sobre el aldabón se leían estos versos:

Hic cum quis moritur—ad me currendo venitur;
et me claugente— turbantur corda repente.
Signa fero mortis—et sum prenuncia luctus
jam hic cur teneor—vos bene scire reor.

Por lo demás, el monasterio era rico en celdas espaciosas con bellas galerías, en salones y oficinas cómodas y vastas, en anchurosos corredores é inmensas habitaciones. Por la parte de la huerta ofrecía el edificio una grata perspectiva, gracias á la triple hilera de treinta arcos que formaban sus galerías.

Un trozo contiguo á ellas estaba destinado á servir de recreo á los monjes, dividido en pequeños jardines que cultivaban por sí mismos, recreo conveniente á personas que se veían privadas de toda sociedad y trato, y sin poder entrar en las celdas de otros sino después de cuarenta años de hábito.

1 Muntadas.

El viajero que quería ir á llenar su alma de emociones, contrarias por cierto á los encantos de la huerta, no olvidaba hacer una visita á Nuestra Señora de la *Blanca* ó de los *Argalides*. Es una ermita que asoma al borde de un precipicio, santuario perdido entre las rocas del desierto, y que el peregrino visitaba con secreta y religiosa emoción, en medio de aquellos grandes y solemnes panoramas que ofrece allí la naturaleza.

De interesantes detalles góticos era su retablo, y sus pinturas sorprendían, cuando no por su mérito sobresaliente, por su antigüedad al menos, por las particularidades que ofrecían, y sobre todo por la poesía y suave espiritualismo de sus ideas.

Representaba el cuadro del centro á la Virgen ofreciendo una flor á San Bernardo, y al Niño Jesús con un pajarito en la mano y rodeado de ángeles que le presentaban pájaros y flores. En las comparticiones laterales veíase á un lado el descendimiento de la cruz, la resurrección, la ascensión y la venida del Espíritu Santo; y al otro la anunciación, la adoración de los reyes, la purificación y la muerte de la Virgen. En este último pasaje, entre torrentes de luz y en medio de dos ángeles, se aparecía á la moribunda señora un hombre joven todavía con vestidura blanca y un niño en brazos, pareciendo que el artista había querido representar á San José consolando á su esposa en la agonía. El remate triangular del retablo era el juicio final, y el basamento dos santos tendidos: San Benito y San Bernardo.

Ante el umbral de esta poética ermita, como si bañar quisiera sus pies con aguas acariciadoras y murmurantes, discurre á la sombra de los fresnos el río Piedra.

Al publicar el Sr. D. J. M. Quadrado en 1844 su precioso capítulo sobre el Monasterio de Piedra, en los *Recuerdos y bellezas de España*, de Parcerisa, y en el tomo correspondiente á Aragón, expresaba la esperanza de

que aquel edificio de tan históricos recuerdos no cayera del todo en el abandono y en la ruina, gracias á haber ido á parar á manos de D. Pablo Muntadas, en cuya ilustración confiaba el autor para salvar sus restos, y sobre todo, decía: «en el ardiente entusiasmo hacia las bellas artes y la literatura, precozmente despertado en su hijo D. Federico.»

Las esperanzas de Quadrado se han visto realizadas.

Efectivamente, gracias á aquel joven de quien esperaba Quadrado que supiese apreciar dignamente la fortuna de tener un monumento por morada; gracias al joven entusiasta de 1844 que hoy, si no por la cantidad, por la selecta calidad de sus escritos, figura entre los literatos insignes de nuestra patria; gracias á Federico Muntadas, Piedra vive todavía.

No ha sucedido como á otros monumentos, recuerdos de la gloria y del arte, que han ido á perecer en manos de sus nuevos vandálicos poseedores, más ávidos de mezquino lucro que ganosos de conservar joyas monumentales de la patria.

Lo acaecido con Piedra parece providencial. Fué su fundador un poeta. Un poeta ha sido su conservador y restaurador, librando al monumento de la ruina total que le amenazaba y deteniendo la mano del hombre que, más cruel que la del tiempo, iba á caer exterminadora sobre la morada de los monjes. El rey D. Alfonso de Aragón, *el que trovó*, como dicen los antiguos manuscritos, el primer trovador catalán de quien se tiene noticia cierta, el autor de aquellos bellísimos versos lemosines, clásicos en la historia de nuestras letras, dirigidos á una hermosa dama cuyo corazón le disputaba su rival en amores, el célebre poeta Beltrán de Born, cantado por el Dante; Alfonso II de Aragón *el trovador*, fué quien, enamorado sin duda de la belleza de Piedra, sorprendido ante las maravillas de la naturaleza, en

ningún sitio quizá tan asombrosamente poética, impresionado su corazón de poeta al resonante estruendo de las infinitas cascadas que con su voz agitan incesantemente el aire, cedió aquellos lugares á los cistercienses, sin duda para que la orden religiosa pudiese ser guarda y custodia de aquellas maravillas á que, como obra de Dios, no llega el arte, quedando así éstas francas y siempre abiertas á la admiración del hombre por los siglos de los siglos.

Pero la idea del poeta fundador iba acaso á perecer, y de seguro se hubiera perdido, antes de terminar las siete centurias que lleva corridas, si no hubiese venido á incautarse de ella otro poeta también, catalán como aquél, descendiente de la misma raza á que pertenecía Alfonso y de aquella cohorte misma de egregios trovadores, entre los cuales no se desdeñaba de figurar el monarca de Aragón.

Federico Muntadas ha conservado todo lo que era dable conservar del santuario; ha paralizado por lo menos su ruina, y no monopoliza las bellezas que allí existen, antes las entrega á la admiración pública, las ofrece á todo el mundo, haciendo de aquel lugar, á costa de grandes gastos de conservación, un sitio agradabilísimo de recreo, y convirtiendo las celdas de los antiguos monjes en habitaciones donde holgadamente pueden vivir los amantes de la naturaleza y del arte, que comienzan á acudir ya en tropel para espaciar su ánimo en aquellas encantadoras soledades.

De lo que hemos descrito quedan hoy: la muralla que custodia el extenso recinto, la torre de entrada, la portería, los claustros bajos, las cocinas, el refectorio, la sala capitular; restaurados el palacio del abad, la hospedería, las casas contiguas y el monasterio; y respetada, conservada en su ruina, la antigua monumental iglesia.

Todo esto es lo que hoy puede visitar el viajero, apareciendo todo ese conjunto de fábricas y de edificios como velado por la antigua torre del Homenaje, que se levanta imponente y severa, joven y robusta aún, á pesar de los seis siglos que lleva de pie en lucha constante con la tormenta, con el tiempo y con el hombre.

Pero no es esto sólo lo que va á ver el viajero que llega á Piedra; va á ver también lo que nos atreveremos á describir, lo que plumas mejores han descrito, pero lo que siempre se encontrará en su admirable realidad superior á las más levantadas descripciones.

CAPÍTULO III.

La torre.—Antiguos privilegios.—Donaciones y mercedes.—El comisario del arzobispo.—El huésped misterioso.

La torre de entrada la llaman unos, por ser en efecto la que da entrada al monasterio, habiendo sido en tiempos su única puerta, ya que no existían entonces las tres ó cuatro que hoy se abren en la cerca para comunicarse con el campo y el monte. *La torre del homenaje* la apellidan otros, ya en atención á lo que significaba la de este nombre en los castillos y casas fuertes, ya también por ser en donde se enarbolaba el pendón real, según privilegio concedido por los reyes de Aragón á la comunidad de Piedra.

Es de todas maneras una bella torre, que cuenta seis siglos de existencia, por lo menos, aun cuando debe haber sufrido restauraciones varias en distintas épocas.

Anterior al monasterio mismo la suponen algunos. Los documentos y las historias que para escribir esta obra se han consultado, hacen creer efectivamente que en 1186, cuando el rey D. Alfonso II quiso que allí se fundara un monasterio cisterciense, existían un pueblo y un castillo, el pueblo y castillo de Piedra. No falta, pues, quien fundadamente supone que á este castillo debió pertenecer, aunque más tarde se restaurara, la bella y majestuosa torre que fué después, y hoy sigue siendo todavía, la puerta principal que da entrada al monasterio.

Á consecuencia de esto precisamente, á consecuencia de ser *portal*, no produce todo el efecto ni causa toda la impresión que su antigüedad secular, su robusta construcción y su belleza de formas tienen derecho á exigir del que por vez primera se detiene á contemplarla.

Asombra é impone esa torre de seis siglos; pero sólo puede juzgarse bien de ella viéndola desde abajo, al pie del monte, á orillas del río, cuando se refleja en el lago de la *Peña del diablo;* ó, también, cuando se llega de vuelta del paseo que conduce á la *Cruz de piedra*, cerrada ya la noche y á la luz del *hermoso planeta que al amor convida*, como dice Dante.

Varias veces hube de preguntarme cómo es que la torre cuadrada de Piedra, con ser tan bella, tan majestuosa, tan perfecta y tan acabada, no produce á primera vista el efecto que debiera.

Los mismos que llegan á su puerta y para quienes pasa desapercibida, se fijan en ella al día siguiente desde la orilla del río y les aparece como un monumento, creyendo verla por vez primera, y asombrándose de haber llegado á sus umbrales y penetrado por ella sin la atención debida y sin, por lo menos, el íntimo y respetuoso saludo que á toda alma bien templada merecen las obras de antigüedad semejante.

Es que á la torre cuadrada de Piedra le falta lo que falta también á las cascadas, á los valles, á los parques que luego se recorren, lo único que se halla á faltar en Piedra: horizontes.

Si Piedra tuviera en efecto horizonte, en lugar de ser uno de los sitios más encantadores, sería el más encantador; pero acaso no hubiera sido entonces escogido como punto predilecto para cenobio y para refugio de aquellas almas superiores á las cuales el amor de Dios, el dolor del alma ó el combate de la vida llaman á la contemplación, al claustro y al retiro.

Federico Muntadas dióme á leer una hermosa leyenda en verso que guarda manuscrita y que años atrás hubo de escribir, inspirada por la torre bizantina. Un trovador moderno, un poeta de nuestro siglo, evoca el espíritu de la torre y le demanda y exige cuenta de cuanto ha visto y presenciado.

No recuerdo lo que el espíritu contesta á Federico Muntadas; pero algo de lo que ha visto y presenciado aquella torre puedo yo decir, que no en vano se han registrado polvorientos archivos y libros, viejos y nuevos, para trazar estos capítulos.

Entre los primeros recuerdos de la torre debe figurar el del día en que sus macizas y herradas puertas se abrieron para dar paso á la solemne y brillante comitiva que acompañaba á la comunidad á tomar posesión del nuevo monasterio de Piedra.

Fué en 1218, que en este año terminaron las obras comenzadas por el primer abad Gaufrido en 1194. Desde el tiempo en que estas obras empezaron hasta la época en que el nuevo edificio pudo alojar á sus moradores, la comunidad de Piedra había visto fallecer tres abades y el reino de Aragón dos monarcas. Fueron los primeros Gaufrido, Arnaldo y Ponce, y los segundos D. Alfonso *el casto* y D. Pedro *el católico*. Era rey de Aragón D. Jaime *el conquistador* y abad de Piedra Don Jimeno Martín ó Martínez, cuando se trasladó la comunidad desde Piedra vieja á Piedra nueva, asistiendo á la religiosa procesión, que con este objeto tuvo lugar, los arzobispos de Tarragona y Zaragoza D. Aspárago de la Barca y D. Sancho de Ahones en representación del rey, el obispo de Albarracín y Segorbe D. Domingo Ruiz de Azagra, muchos caballeros de la comarca y un inmenso gentío de los pueblos convecinos.

Comenzó entonces el esplendor del monasterio, contribuyendo á ello, no poco ciertamente, el ya citado Don

Domingo Ruiz de Azagra que, con su influjo cerca del monarca, consiguió para la nueva comunidad honras y mercedes señaladas. El obispo Ruiz de Azagra había recibido la cogulla de manos de Gaufrido, el primer abad de Piedra: se distinguió por sus talentos y virtudes, fué consejero del rey D. Jaime, á quien acompañó en la campaña de Valencia; residió en Piedra durante varias épocas de su vida, y á su muerte dispuso que su cadáver se enterrara junto al del abad Gaufrido, en la sala capitular, como así se hizo.

Piedra, ya queda dicho en otro capítulo, mereció á los monarcas singulares privilegios.

En 1195 D. Alfonso *el casto* le hizo donación del castillo y lugar de Piedra, y *asimismo de los lugares de Cilleruelos, Tiestos y Villar del Saz, del molino de Alfambra..... con facultad de apenar á los que caçasen é pescasen é ficiesen daño á los monjes, é también fizo franco este monasterio de cerda, peaje, usático y otros derechos reales..... é concedió á los monjes el derecho de exigir* 20 *sueldos á los que pescasen en los Argálides é rios del monasterio.*

D. Alfonso facilitó, á más, grandes y cuantiosas sumas para atender al gasto de las obras, no mostrándose luego menos dadivoso su sucesor D. Pedro II *el católico*. Este monarca, para que los monjes no pudiesen nunca verse molestados en su retiro, obtuvo de D. Juan de Malavella la renuncia de los derechos que podía tener el castillo de Piedra, dándole en cambio de por vida la heredad de Alachón con sus términos. Transmitió D. Pedro todos estos derechos al Capítulo en 1200, y en 1203 le hizo donación de la caldera del tinte que poseía en Calatayud: *dono et in perpetuum cedo Domino Deo et Stæ Mariæ de Petra..... illam meam caldarian tinturiæ de Calataiut.* El mismo, en 1210, concedió privilegio al monasterio para vender, empeñar ó permutar las granjas de Perales y Villar de Saz que le había dado D. Al-

fonso su padre. En 1211 D. Pedro, hallándose en Calatayud, hizo donación al monasterio de *toda la villa de Villafeliche con sus términos y pertenencias, yermos y poblados, con las tierras cultas é incultas, con los hombres y mujeres, christianos y sarracenos que habitaban allí, con las selvas y árboles de cualquier género, con los prados, hierbas* y *pastos, aguas, ríos y fuentes, pescas, molinos y hornos*. En el mismo año le asignó mil sueldos de renta sobre las tiendas y oficinas de Calatayud.

Trasladada ya la comunidad al nuevo edificio, se ve ir creciendo al monasterio en alas de las mercedes y dones que mereció á reyes y á particulares.

Así vemos al Señor de Alfabit cederle el coto redondo de Carenas; á los señores de Molina traspasarle unas casas y haciendas y el castillo de los judíos en Molina; á D. Blas Petriz ó Pérez otorgarle la parte de bienes que tenía en Burbaguena y la cuarta parte del portazgo de Valencia que se recogía en Daroca; á D. Pedro Muñoz hacerle donación de la granja de Zaragocilla entre Olbes y Munebrega; á otros particulares enriquecerle con grandes sumas de limosna y cuantiosos bienes; al rey de Castilla D. Fernando concederle varias franquicias en Castilla; y por fin, á D. Jaime *el conquistador* permutar con el abad las tiendas y fábricas de la alcaicería de Calatayud, las salinas de Monterde y de Abanto y una viña en Daroca por la villa de Villafeliche, sin otras muy señaladas mercedes que otorgó D. Jaime al monasterio, entre las cuales merece consignarse el singular privilegio, ya citado, de que los monjes pudieran autorizar en testamento como si fueran escribanos públicos.

Por tales mercedes debidas á los reyes, la casa de Piedra puso en sus escudos uno que contiene tres piedras formando triángulo, simbolizando la primera á D. Alfonso *el casto*, la segunda á D. Pedro, y la tercera á Don

Jaime *el conquistador*, que son como los fundamentos, como las piedras angulares sobre que descansa aquella casa. Por esto, también, á derecha é izquierda de la puerta de la iglesia se veían (y existen aún hoy mutiladas) dos figuras que representaban á D. Alfonso y á Don Jaime en el anacrónico traje de emperadores romanos, con loriga y sandalias y con manto de subido y rabioso color encarnado. Por esto, finalmente, en la torre cuadrada de Piedra (que es la que da lugar á recordar estas noticias) se puso andando los tiempos el escudo de armas ya referido y debajo esta inscripción:

Hæc Sacra Bernardo, Casto Rex tecta dicavit
Alphonsus Castus, magnaque dona dedit.
Post eadem Reges instauravere Jacobus,
et Petrus, Alphonsi hic filius, ille nepos.

Al advenimiento al trono de un nuevo monarca, el abad y los monjes de Piedra ponían especial cuidado en solicitar la confirmación y ratificación de los privilegios y donaciones con que los habían enriquecido sus antecesores.

En un día del año de 1335 la torre cuadrada de Piedra veía extraordinaria multitud agrupada á su puerta. Allí estaba el que era á la sazón abad D. Juan de Segarra, y en torno suyo los monjes; allí también varios caballeros en traje de gala con su servidumbre; allí los dependientes del monasterio y mucha gente de los pueblos comarcanos; allí, por fin, los trompeteros reales que fueron á despertar los dormidos ecos de los vecinos montes con el agudo son de sus trompetas, nuncios de que iba á publicarse un pregón á nombre del rey D. Pedro IV, á la sazón reinante.

Según este pregón, á causa de haber existido algunas diferencias entre los monjes y los vecinos de los pueblos comarcanos, el rey recibía bajo su protección *al monas-*

terio, su familia, vasallos, granjas, bienes, etc., mandando que nadie fuese osado á injuriarles ni les ficiesse daño ó agravio contra justicia é contra fuero. El gobernador y los ministros reales quedaban encargados de guardar y hacer guardar aquella real protección so pena de provocar la indignación del monarca y la multa de mil maravedises de oro.

De otro suceso era testigo la torre algunos años más tarde.

Aunque enclavado el monasterio en la diócesis de Tarazona, dependía directamente de la Santa Sede por medio de sus abades mitrados, señaladamente desde que Inocencio IV en 1327 dispuso que los monasterios cistercienses no pudiesen ser visitados más que por abades y monjes idóneos de la misma orden.

Pues bien; fuese por mandato del arzobispo de Zaragoza, ó por oficiosidad del mandatario, se presentó un día á la puerta de la torre del Homenaje el doctor Don Domingo Lope Melero, rector de Fuen de Xalón, comisario que decía ser del arzobispo, con el objeto de girar una visita. Detúvosele á la puerta por orden del abad, y le fueron presentadas las bulas; pero como á pesar de ellas insistiese, el abad mandó cerrar la puerta dejando extramuros al comisario, que hubo de retirarse cariacontecido y despechado.

No hay que entrar en la relación de otros sucesos que nos recuerda esta torre, pues se haría interminable este capítulo. Dejemos, pues, que otros refieran la historia de los monjes que en diferentes ocasiones y por distintas causas estuvieron presos en ella; las ceremonias que á su puerta tenían lugar cada vez que era elegido un abad y en ocasión de presentarse dos síndicos del municipio de Calatayud con ministros, timbales y clarines á cumplimentar al nuevo abad, según costumbre y precepto de aquella ciudad antiquísima; las diver-

siones y recreos de que era teatro la plaza cuando se trataba de celebrar algún acontecimiento fausto para el monasterio, ó las solemnidades religiosas cuando la comunidad salía á recibir los cadáveres de las distinguidas personas que eran patronos de la casa y tenían derecho á ser en ella sepultados.

Sólo de un curioso suceso vamos á dar cuenta para terminar este capítulo.

Cuatro horas hacía que había cerrado la noche en una del mes de Abril de 1590, cuando la torre entera retemblaba al rudo golpe de los furiosos aldabonazos que á su puerta daban unos viajeros que acababan de llegar por la pedregosa y áspera senda que conducía de Ibdes á Nuestra Señora de Piedra. Montados iban en buenas mulas de paso, siendo de notar que el que más principal parecía montaba una cabalgadura aparejada con silleta y arreos de mujer, y en ella iba sentado, revelando gran postración, como si sus males ó cansancio no le permitieran cabalgar de otra manera.

Largo rato estuvo golpeando á la puerta el mozo de espuela, que era un vecino de Monreal, acompañante principal de los viajeros, hasta que por fin hubo de despertar el portero, el cual se asomó á preguntar quiénes eran los que á tal hora y con tan provocantes golpes venían á turbar el silencio y recogimiento de aquella santa casa.

—Pasad recado al reverendo abad,—dijo entonces uno de los viajeros levantando la voz,—y decidle que demandan hospitalidad para esta noche unos caminantes que vienen rendidos y maltrechos después de larga jornada, entre los cuales se halla un muy su amigo de quien se alegrará de saber noticias su reverencia.

No se dió tan fácilmente á partido el monje portero, y hubo de pedir más explicaciones que no se le dieron; pero por fin se avino á pasar recado al abad, y, conce-

dida por éste la venia, entraban los viajeros en el patio del monasterio, descabalgando con harta pena el más principal de ellos y siendo acompañado hasta las puertas de la celda abacial por sus compañeros, quienes le llevaban casi en brazos, pues apenas podía andar: tan fatigado ó tan enfermo se encontraba.

Solos ya en la celda el abad y el desconocido huésped, fijó el primero su mirada en el recién llegado, que sostuvo silencioso el examen; y levantándose de repente entre atónito y confuso, dió algunos pasos por la estancia exclamando:

—O sueño verdaderamente, ó me parece.....

—No sueña, no, el reverendo padre,—dijo entonces el huésped interrumpiéndole, al propio tiempo que se dejaba caer en un sitial, sin hacer caso de que el abad le hablara de pie y en tono reverente.—El mismo soy que adivinásteis, aun cuando muchas cosas pasaron desde la última vez que en la cámara real nos encontramos.

—¡Vuesa merced aquí y de esta manera!—exclamó el abad.—No vuelvo de mi asombro.

—*Tempora si fuerit nubila solus eris,*—contestó el huésped misterioso.—No se asombre el reverendo padre, que decirle hé cómo aquí vine, á refugiarme en Aragón, que es tierra de honor y de libertad.

Así dijo el huésped, y comenzó en seguida á explicar al abad cómo, siendo poco antes ministro y valido del rey más poderoso de la tierra, se hallaba entonces fugitivo y vagabundo, buscando medios de llegar á Zaragoza, donde esperaba verse á salvo amparado por las leyes y libertades del reino.

Refirió el huésped cómo el rey le había tenido encerrado dos meses en la fortaleza de Pinto; cómo después de ellos le volvieron á Madrid dándole por cárcel una casa de la plazuela de la Villa; cómo más tarde le ha-

bían mandado echar por vía de apremio una cadena y un par de grillos; cómo luego le mandaron poner cuestión de tormento, sufriendo horribles trances; cómo á pesar de haberle postrado mucho el tormento resolvió fugarse, lo cual consiguió milagrosamente, y no por magia como el vulgo decía, sino ayudado de su mujer Doña Juana Coello y de algunos amigos; cómo había salido de Madrid, caminando sin descanso treinta leguas, alentado y fortalecido por sus amigos, que hubieron de sostenerle á veces en sus mismos brazos para que no desfalleciese; como al llegar á tierra aragonesa, viéndose ya en país libre y hospitalario, se había arrojado devotamente al suelo, besándole una y otra vez, y exclamando lleno de alegría y de esperanza: *¡Aragón! ¡Aragón!*; cómo había llegado al monasterio de Piedra, después de larga y fatigosa jornada, en compañía de sus fieles amigos Gil de Mesa y Francisco Mayorini; y cómo, finalmente, reclamaba de su antiguo amigo el abad albergue para aquella noche y guiaje al siguiente día, á fin de que pudiera continuar su camino el que era víctima de un suceso como otro igual no referían las historias, *pues que traiciones de vasallos á reyes muchas se habían visto, pero de rey á vasallo nunca tal.*

Oyó el abad en silencio la relación toda de aquellas desventuras, y abrazando en seguida á su huésped, dióle la hospitalidad que demandaba, y al día siguiente con mulas de paso del monasterio, famosas en toda la comarca, pues nunca las tuvieron mejores los más altos potentados de la tierra, con acompañamiento de doce servidores y de varios arcabuceros para defenderle y honrarle, bajó el viajero la cuesta de Nuévalos, dirigiéndose á Bubierca y á Calatayud y luego á Zaragoza, donde su llegada debía causar aquellas hondas perturbaciones y resonantes sucesos de que tan largamente se ocupan las historias, y que tan desastrado término habían

de tener en el cadalso donde murió Lanuza, sucumbiendo con él las libertades aragonesas.

Tal es el recuerdo que de la visita de Antonio Pérez, guardan la torre del Homenaje y el Monasterio de Piedra.

CAPÍTULO IV.

Las cascadas.—La Cola de Caballo.—El Iris.—Los Fresnos.—El Vergel.—La Carmela.—El baño de Diana.—El torrente de los Mirlos.—Las grutas del Artista, de la Pantera y de la Bacante.—La Caprichosa.—La Trinidad.—La Solitaria.—La Gruta Negra.—La Sombría.

Para expresar mejor lo que se siente al visitar los valles, las huertas, los verjeles, los bosques, las grutas y las cascadas de Piedra, sólo se nos ocurre valernos de las frases que con más sencillez y hasta con más vulgaridad, si se quiere, puedan traducir la impresión que hubo de causarnos la vista de tantas maravillas como se hallan allí reunidas. Se encuentra un sitio que es sorprendente, pero se avanza un poco y se encuentra otro mejor; y se adelantan unos pasos, y se ve uno mejor; y más tarde otro mejor todavía; y luego se vuelve al primero, y se le encuentra mejor que todos.

Es un arrobamiento continuado el que se experimenta en Piedra. Nos atreveríamos casi á decir que es una embriaguez. Como aquellas rugientes cascadas que con voz del trueno se despeñan de roca en roca, así el ánimo sobrecogido y absorto va de sorpresa en sorpresa, de asombro en asombro, de éxtasis en éxtasis.

Y en verdad que cuando por vez primera se llega á las puertas de Piedra, no puede creerse que allí existan semejantes maravillas. Nada indica, nada revela su proximidad. Es más; se puede vivir mucho tiempo, siem-

pre, en una de las habitaciones del antiguo monasterio, teniendo anchísimos corredores, claustros espaciosos, patios inmensos, vastos salones y huertas donde recrearse, ignorando que á pocos pasos basta abrir una puerta para encontrarse con los sitios más seductores y bellos que pueda imaginar la más delirante fantasía de un poeta. No parece sino que la naturaleza ha querido esconder su tesoro. Piedra tiene algo de teatro. Se cierran los ojos, se oye el rechinar de una puerta, como si dijéramos el crujido de un telón que se rasga, y al abrir los ojos de nuevo, ve uno desplegarse á su vista, como por magia, una maravillosa decoración llena de luz, de arte, de encantos, de color, de vida y de armonía.

Al llegar á Piedra, cuando se baja del coche en que por buena carretera se ha ido desde Alhama, parece haberse llegado á un árido desierto y á la ascética morada de solitarios cenobitas. Sólo se ofrecen á la vista las paredes de la tapia, por encima de la cual asoman los techos del monasterio, algunos árboles á lo largo de una acequia, montes que se levantan con escasa vegetación de salvias y romeros, y grandes peñascos de una desnudez y crudeza aterradoras. La desilusión es completa para el que allí llega en busca de ríos, y prados, y alamedas, y cascadas; pero se entra en el monasterio, se atraviesa su gran plaza, se abre la puerta á que antes nos hemos referido, puerta de paraiso verdaderamente, y ya entonces se oye el ruido, ó mejor dicho, el estruendo cercano del agua, y el ambiente se puebla de frescas emanaciones y de aromas deliciosos, y comienza la vista á gozar, y el corazón á sentir, y van poco á poco apareciendo las bellezas de aquellos lugares encantados.

Si gusta el viajero de sitios agrestes y salvajes, allí tiene que cruzarlos á cada instante; si ama el ruido y la grandeza de las cascadas, allí las tiene en todas formas

hiriendo sus ojos con bellos y seductores aspectos; si quiere verdes praderas y umbrosas alamedas, allí las encuentra con arroyos murmurantes, con luces de todos colores, con sombras de todas tintas, con ambientes dulcísimos y con pájaros que cantan; por fin, si prefiere lo sobrenatural, lo extraño, lo portentoso, entonces las cascadas se abrirán para darle paso, el monte rasgará sus entrañas, y podrá descender á grutas llenas de estalactitas y encantos, á palacios subterráneos, de que Dios ha sido el arquitecto, cuyas paredes se hallan vestidas con las más sorprendentes labores, con los más caprichosos calados, con las más trabajadas agujas, chispeando todo en prismáticos cambiantes al ser herido por la luz, como si fueran muros cuajados de brillantes y de estrellas.

El primer sitio á que suele ser conducido el viajero por el guía, es uno de los varios que tiene para ser vista la cascada conocida con el nombre de *Cola de Caballo*. El río, que al pie del ermitorio de Nuestra Señora de *la Blanca* se ha dividido en tres ramales, vuelve á juntarse más tarde, y mientras se arrulla cariñosamente como felicitándose de un lazo que cree indisoluble, siente que le falta de pronto el suelo, cual si Dios quisiera probar que no es completa nunca ni duradera la felicidad; trunca su cauce un abismo, y húndese de pronto en una tajada angostura, semejándose algún tanto en este salto á *una cola de caballo*, cuyo nombre con toda oportunidad le han dado los habitantes del país.

El primer efecto que experimenta el viajero cuando se asoma al endeble balcón de madera, suspendido sobre el abismo, para ver la catarata, es el del asombro; casi pudiéramos decir el del terror, pues que tiembla la baranda bajo sus manos, y tiembla el suelo bajo sus plantas, al atronador estruendo de todo un río que, pasando por estrecho cauce y salvando una altura de 174

pies, se precipita á un abismo, cuya profundidad es imposible medir, velada por el vapor mismo del agua que se deshace en polvo á mitad de su caída, y por el aspecto sombrío y temeroso de las rocas que, en exótico desorden, se agrupan en lo más hondo, sosteniendo árboles corpulentos que inclinan sus troncos y extienden sus ramas hacia el abismo, como si quisieran asomarse para descubrir los horrores y misterios de sus espantosas profundidades.

Admirable es, pues, la primera impresión que recibe el viajero al penetrar en el que nosotros no vacilaríamos en llamar paraiso de Piedra, impresión que ha de servir sólo para disponer su ánimo á más altas aún y más solemnes emociones.

Antes de dejar los alrededores de la cascada de la *Cola de Caballo,* justo es que citemos la artística *Gruta negra*, de poca importancia hoy, por haber cesado las filtraciones que la embellecieran.

Río arriba, y á cortísima distancia de la *Cola de Caballo*, después de cruzar un puente rústico que comunica cón una escalera abierta en piedra tosca, se encuentra la cascada *Iris,* así apellidada por los efectos que en ella causan los rayos del sol al herirla de soslayo á la caída de la tarde.

Por encima de estalactitas de intensa y abundosa cabellera de yerbas, destinadas á convertirse en piedra, se desprende la *Iris,* en dos brazos, que á ella llegan ya así, amorosamente abiertos, desde la cascada que existe más arriba y que se llama de *los Fresnos* baja.

El agua corre en ésta atropelladamente por varios escalones naturales, azotando los troncos de centenarios fresnos que crecen á su orilla, y dividiéndose al llegar á su meseta, por izquierda y derecha, en los dos brazos que van á caer abiertos sobre la *Iris,* como para con ellos enlazarla.

Distínguese á través de los árboles otra cascada á grande altura, que es la de *los Fresnos* alta, á la cual se sube por una escalera que va siguiendo las curvas del agua, y á mitad de cuya escalera hay que detenerse para gozar de un bello espectáculo, ya que desde este sitio se contemplan diez cascadas de abajo arriba, y seis á vista de pájaro, en medio de un ruido incesante, atronador, infernal, solemne.

Este es el sitio donde los *Fresnos*, como dice Campoamor en su poema de *El amor y el río Piedra*,

> Cortando una corriente
> imitan dulcemente
> un salterio formado por cascadas,

y el sitio también que puede calificarse sin temor de Giessbach español, según frase del cronista de Piedra Leandro Jornet, tras de cuyo anónimo se oculta el elegante y discreto escritor que todos conocemos.

Pasando por lugares encantadores robados al antiguo cauce del río, se llega á un valle circular en torno del cual se alzan montes vestidos de espléndida vegetación. Se llama *El Vergel*, y es una hermosa pradera cruzada por anchas y arenadas calles de plátanos y surcada por murmurantes arroyuelos que, fugitivos del río, se deslizan por ella, tranquilos al principio y en reposo, pero que luego, como espantados de verse en aquella soledad y en aquel silencio, se lanzan atropelladamente y aturdidos en busca del camino que ha de volverles al cauce en mal hora abandonado.

El Vergel es un sitio agradable y ameno donde, como ya ha observado Jornet, crecen el nogal y el fresno, el almez y el plátano, la morera y el sauce, el álamo blanco, y el olmo, y el sauco con sus bellísimas y delicadas flores, viéndose allí artísticamente enlazadas las trepadoras que dan un aspecto tropical al paisaje, y las ver-

des hiedras que tapizan las rocas ó se enroscan á los árboles.

Entrando en un bosquecillo de álamos negros en donde jamás penetra el sol, y tomando de dos caminos que se ofrecen á la vista el de la izquierda, se llega á la gruta llamada *La Carmela*, después de cruzar un puentecillo. Contiene *La Carmela*, en su techumbre, preciosas incrustaciones y labores raras, indicando que por allí hubo de caer el agua en otros tiempos. Como además de la puerta tiene esta gruta una abertura en un costado por donde penetra á través del follaje la luz, más ó menos viva, según la hora del día, son admirables los efectos de claridad y de sombra que en ella se producen.

Desde *La Carmela*, y siguiendo el paseo del río, se llega al *Baño de Diana*.

Hay quien encuentra este lugar como el mejor, si es que hay mejor en toda aquella confusión de sitios encantadores, que no vamos describiendo sino indicando. Tiene verdaderamente esta cascada algo que la separa de sus compañeras. Sea por caer el agua de menos altura, pues sólo mide quince pies, sea por deslizarse sobre rocas en declive, la impresión que causa es más dulce y hasta más grata para ciertos sentimientos del alma. El agua, al quebrarse en las asperezas y puntas de las peñas, produce el mismo efecto que si brotase de las rocas, y no ruge como en las otras cascadas; se queja solamente. Lo que forma la concha es una especie de estanque casi circular y anchuroso. Es una cascada que mejor que por la naturaleza, parece dispuesta por la mano del hombre, y hay algo en ella de enervador y voluptuoso, de apacible y dulce. En la impresión que las otras producen entra por algo el terror; no así en ésta. Junto á la *Cola de Caballo*, por ejemplo, se admira y se tiembla; junto al *Baño de Diana*, se piensa y se medita. La *Cola de Caballo* nos recuerda las tempes-

tades del mundo, las luchas que hemos presenciado, las batallas por la vida ó por los ideales de la vida en que hemos tomado parte, mientras que el *Baño de Diana*, si acaso, sólo trae á nuestra memoria los días tranquilos de nuestra infancia ó el recuerdo de nuestros perdidos amores, que allá se van, como las aguas que por delante de nuestros ojos pasan, deslizándose suavemente y desapareciendo en lontananza para perderse en lo infinito.

Desde el *Baño de Diana* se sube por un sitio que tiene algo de agreste y salvaje, conocido con el poético nombre de *Torrente de los mirlos*. Junto á la senda que sigue el viajero se despeña en impetuosa corriente un brazo de agua que corre, salta, se precipita y arroja, como si le tardara el instante de llegar al *Baño de Diana*, sabiendo sin duda que es el sitio donde todas aquellas atormentadas aguas van á encontrar un punto de reposo, como un punto de solaz el pensamiento del hombre.

Al llegar á la meseta paralela al *Torrente de los mirlos*, el viajero se encuentra en un lugar teatro de maravillas, donde la naturaleza parece haberse complacido en reunir asombros y portentos, así como en un escenario agrupa y amontona el arte los objetos más propios para ilusión y sorpresa del espectador.

Se encuentra el viajero enfrente con la llamada *Gruta del Artista*, sobre una plataforma, colocada verdaderamente en un escenario. Tiene esta gruta una fachada gótica perfecta, como no la hubiera trazado mejor la mano del hombre; una estalactica en el centro, á guisa de columna, la divide en dos especies de arcos ojivales. Su inmenso pórtico se abre á la luz que la baña por todas partes, dejando al descubierto hasta para el que no entra en ella los primores y labores de su techo y de sus muros.

Á corta distancia de la del *Artista*, se abre otra gruta más profunda, más estrecha y obscura, que se llama de la *Pantera*, porque en ella, y en lo más sombrío, hubo en tiempos una pantera disecada, que amenazaba abalanzarse sobre el que allí penetraba; y más allá hay otra gruta, como las anteriores primorosa, llamada de la *Bacante*.

Á un lado y otro de estas grutas aparecen dos imponentes cascadas.

Es la una *La Caprichosa*, que se desprende por una montaña como tajada á pico, y que forma con sus aguas al chocar contra las rocas diversos y caprichosos juegos que justifican su nombre. Es esta una de las más bellas cascadas de Piedra. No hay medio de dar una idea aproximada de lo que hacen sus aguas, que por ciertos sitios se deslizan mansamente y por otros corren atropelladas; que ya giran y revuelven en torno del obstáculo que les ofrece una roca, ya saltan espumosas por encima de ella, partiéndose luego en arroyos y corrientes que unas veces se cruzan, y otras se alejan, y otras se confunden, yendo las unas á bañar los pies de los sauces que crecen á su orilla, yendo á arrastrarse voluptuosamente las otras por entre el verde musgo, al que su continuado beso ha de convertir en piedra, y partiendo algunas aceleradas para salvar el espacio por medio de un arco perfectamente descrito, á través del cual se adivinan encantadoras grutas de estalactitas donde moran quizás las invisibles ondinas de aquellos lugares.

Es la otra *La Trinidad*, así llamada porque su cauce forma tres brazos ó tres corrientes que se desprenden con sonora y majestuosa pompa. Las rocas que forman el teatro de esta cascada, ostentan una exquisita variedad de musgos que se extienden en tupida alfombra con todos los tintes y colores del verde, y con todas las lu-

ces y brillos del terciopelo. Diríase una pradera que se ha puesto de pie para detener el curso del río.

Otra cascada hay allí cerca que se llama *La Solitaria*, la cual, perdida entre lo más sombrío y agreste, ofrece un sitio agradable al descanso y á la meditación. Sus aguas van á alimentar un apacible pequeño lago que forma uno de los encantos del valle ya descrito, con el nombre de *El Vergel*.

Este lago es el punto de cita de las personas pacíficas que van á *Piedra*, á descansar de sus habituales tareas; sentados en los cómodos asientos que por todas partes se encuentran, entréganse á la lectura oyendo el melodioso canto de los pájaros del torrente vecino, mientras los patos acuden á las orillas en demanda de migajas de pan, ó alegres se zambullen haciendo curiosas inmersiones.

También hay en ese lago una canoa, con la cual se pueden dar agradables paseos, surcando sus tranquilas y transparentes aguas.

En las noches en que se ilumina *El Vergel* con globos de colores y á orillas del lago se queman fuegos de artificio y bengalas, aquel sitio, hermoso siempre, se convierte en un lugar fantástico, que transporta la imaginación á los más bellos ideales.

Siguiendo el camino que empieza en *La Solitaria*, se halla una plazoleta, y de allí parte una empinada escalera que conduce á *El Cañar;* aquí el agua que atropelladamente se dirige hacia las cascadas se despeña en medio de puntiagudas rocas, semejando este sitio el *Torrente de los mirlos*, pero con aspecto más agreste, siquiera sea, como todos, poético y encantador.

Dando vuelta al delicioso paseo que rodea el valle, se sube por una ancha escalinata al paseo de *La cascada sombría*, que en cual otro punto causara admiración, pero que allí, en medio de aquella grandiosidad de casca-

das, parece pequeña y pobre, lo cual debe parecerle á ella misma sin duda, pues que se la ve arrojarse suicida contra una peña como para estrellarse, y huir luego avergonzada á ocultar su despecho y su miseria tras de una hiedra inmensa que allí trepa para esconderla, desapareciendo de repente para sumergirse en el abismo.

Ha llegado ya en esto la hora del descanso, y el viajero se retira á la que fué en su día solitaria celda de un desconocido monje, pero no se entregará de seguro al reposo y al sueño, sin antes haberse asomado á la galería de su celda para convencerse de que en realidad existe, pues que allí levanta su oscura silueta entre las pardas sombras

el monte empenachado de cascadas,

que ha recorrido por la tarde y que Campoamor le ha descrito con este verso. No se entregará de seguro al reposo y al sueño sin antes recordar todo lo que ha visto de saltos de aguas, de mansas corrientes, de impetuosas cataratas, de torrentes desbordados, de lagos azules, de grutas encantadas, de verdes praderas, de umbrosas alamedas, de selvas oscuras, de ciclópeas peñas en aquella Alhambra de grutas y cascadas, en aquel Montserrat de agua que ha visto brotar como por encanto ante sus ojos y del cual se acuerda como un delicioso sueño.

Y aun así, cuando ya lo haya recordado todo, cuando definitivamente haya llegado para el viajero la hora del descanso, cuando haya extendido su fatigado cuerpo sobre el aseado lecho que nunca quizá le fué más grato; aun entonces, desde el fondo de su celda, y durante toda la noche, ha de oir entre sueños el ruido arrullador y lejano, pero continuo, incesante, eterno, de aquellas cascadas que siguen solemnemente despeñándose en toda

su imponente majestad y portentosa belleza, sin ni siquiera cuidarse de que por nadie son vistas y admiradas á semejante hora de la noche.

El viajero creerá haberlo ya visto todo en Piedra.

No ha visto nada.

CAPÍTULO V.

El Vado.—La gran Requijada.—La Niña.—Los Peñascos.—El valle.—Las orillas del río.—Los Argálides.—El Parque.

La manera mejor de ver las otras cascadas, es la de bajar por el río en vez de subir, como se ha hecho con las anteriores.

Al efecto, un coche conduce al viajero por la carretera, cuesta arriba, hasta llegar á un punto dado, desde donde se baja á la orilla del río, siguiendo cuyo curso se puede ir perfectamente á pié hasta el monasterio.

Es un paseo delicioso que ha de dejar seguramente gratos recuerdos al que lo emprenda, como nos sucedió á nosotros.

Abandonado el coche, salvada ya la pedregosa cuesta que conduce al río, bástale al viajero dar algunos pasos para ver cómo se despliega á su vista una de las más imponentes y maravillosas cascadas de Piedra.

Es la llamada *El Vado.*

El río salta por un monte en semicírculo cóncavo sobre una meseta, ó, por mejor decir, lo que salta por el monte es otro monte de agua. Al llegar á la meseta, que es anchurosa, se remansa como para tomar fuerzas, salta un escalón por el que se extiende en lámina de plata, vuelve de nuevo á remansarse, y acaba precipitándose por un semicírculo convexo con pendiente escalonada, donde se quiebra en hilos de plata y en copos

de espuma, para luego llegar al cauce y volver á su tranquilo curso, así como acontece á la vida humana atravesar de pronto por entre fieras y tempestuosas sacudidas, para tornar de nuevo á la mansa corriente, que sin sentir ha de llevársela al punto aquél del cual jamás se torna.

Es de un aspecto grandioso esta cascada, y tiene todo un teatro para embellecerla.

Á poca distancia de ella existe un gigantesco nogal, cuya sombra puede cobijar á gran número de personas, y que parece como tribuna dispuesta para ver el espectáculo.

Tiene esta cascada grandes horizontes, lo cual no sucede á otras. Extensa región de cielo la cobija, y campean en lo más alto de ella graciosos grupos de árboles que parecen brotar del seno de la corriente, y así en efecto brotan, los cuales nunca prestaron su sombra más que á las aguas de que nacen, por las que viven y para quienes tienden su protector follaje, que se inclina hacia ellas amoroso á fin de ser acariciado á un mismo tiempo por las brisas y las olas. La belleza del cuadro se ve realizada por admirables accidentes. Se la dan los peñascos, que parecen ser informes monstruos pugnando por salir de entre las olas; la vegetación que se extiende pomposa por las orillas; las rocas que en amontonado desorden se agrupan por los lados, como si quisieran oponerse en valladar al ímpetu de las aguas; los variados matices que éstas mismas toman al caer en grandes masas, al rasgarse en hebras ó al estallar en espuma; las plantas y los arbustos que se van creciendo en su lucha constante con las olas; los efectos de luz y los variantes de sombra; y finalmente, un fresno de elegante forma que se eleva en el borde y centro de la cascada última, y que de noche, á la luz incierta de la luna, debe parecerse al genio de aquellas soledades vi-

niendo á gozar de sus encantos en hora á que no suelen tenerlos para los mortales.

Alguien ha creído ver que en esta cascada, y en la reunión de todas las que se desatan sobre su cóncava roca, se reproducen *La Caprichosa*, *La Trinidad* y *La Cola de Caballo*, así como en una de sus mesetas el *Baño de Diana*, y en la inundación que se extiende sobre las rocas convexas la de los *Fresnos*, induciendo esto á decir que así como una sinfonía es el conjunto de todos ó principales motivos de una ópera, así la cascada del *Vado* es en Piedra la sinfonía de todas las cascadas.

Esto será efectivamente, pero por lo mismo que de todas tiene, no tiene de ninguna. Su originalidad está en tener de todas apareciendo superior en belleza á todas juntas.

Hemos dicho que es delicioso el camino que se puede seguir, costeando el río, hasta llegar al monasterio. No intentamos describirle detalladamente. Bastará dar cuenta de las principales impresiones que se reciben.

El paseo conduce á un punto donde el río desaparece sin saberse cómo, y dondo el mismo viajero puede creer que ha llegado al término de su viaje, pues no ve medio de seguir adelante, y sólo se le ofrece la poca grata perspectiva de desandar el camino andado para hallar el suyo.

En efecto, allí no habría camino para seguir adelante si al revolver de un peñasco, tras del que se oculta, no apareciese la boca de una escalera profunda, tortuosa y larga que penetra en las entrañas de la tierra. Está abierta en peña viva, pasando unas veces por obscuro túnel descendente, y otras costeando la peña, al débil amparo de una baranda rústica, único muro que media entre el viajero y el abismo, al cual desciende. Al bajar se oye un ruido sordo y prolongado que hace estremecer el monte. Es el río que salta por encima de los pe-

ñascos y que se arroja al abismo, con más rapidez ciertamente que la puesta por el viajero en bajar la imponente escalera de que estamos hablando. A mitad del descenso, y encerradas en los huecos de las paredes que ponen al descubierto los costosos trabajos hechos para abrir esta escalera, se encuentran hojas petrificadas de álamo y nogal. Encima de ellos existen cuatro y seis metros de roca. ¿Cuántos siglos hace que allí han permanecido encerradas? ¿Cuántos que por allí bajaba el agua? ¿Qué misterios de la naturaleza son éstos, impenetrables hasta para el más sabio de la tierra?....

Así que, no sin emoción, se llega abajo, y se dan sólo dos pasos, la escalera por la cual se ha bajado parece haber desaparecido: con tal arte está abierta en la roca y de tal manera pegada á ella. Cree haber uno descendido á las entrañas de la tierra, pero se encuentra sin saber cómo, sin darse cuenta de ello, en un ameno valle rodeado de altísimos y formidables muros de peñascos, por uno de los cuales, como si cayera desde el cielo, salta desatado el río, indicando así el punto, allá en lo alto, en que el viajero vió con asombro, á un tiempo mismo, desaparecer el río ante su vista y abrirse la roca ante sus pasos.

Impresiones varias, pero todas gratas, se reciben al llegar allí, siquier no lo hayan sido tanto las experimentadas durante el descenso.

Tres cascadas aparecen de repente.

Es la una la que forma el brazo principal del río al saltar por encima la muralla del peñasco. Llámanla de *La Requijada*, y es aquélla donde imagina Campoamor que iban á arrojarse los dos amantes de su poema, poema que de seguro no conociera rival en su clase si, como tienen alteza sus imágenes y versos, la tuvieran asimismo sus personajes.

Muy parecida es la *Gran Requijada* á la *Cola de Caba-*

llo, y aunque de menor altura, superior en cierto aspecto. No es ciertamente tan alta, pero es en cambio más graciosa y esbelta, ya que la *Cola de Caballo* choca al caer contra unas rocas y se deshace, mientras que la *Gran Requijada* cae á plomo en el agua, produciéndose de aquí bellezas y armonías de orden diverso. A más, la *Requijada*, al caer, no huye en seguida como espantada de su propia caida, según sucede á la *Cola de Caballo*, la cual se apresura á lanzarse en rápida corriente por entre abruptas peñas casi inaccesibles á humana planta. *La Requijada*, al contrario, después de su ordenada y majestuosa caída, como satisfecha de sí propia y de su salto mortal, se extiende por una gran balsa, cuyas orillas acaricia dulcemente, estrellándose á veces en ellas y hasta rebasándolas como un remedo del oleaje de la mar.

Las otras dos cascadas son la de la *Niña* y la de los *Peñascos*.

También aquélla, como la *Requijada*, se precipita de lo alto del muro, pero lleva mucho menos caudal de agua, y las peñas que salen á detenerla el paso la obligan á contener su salto y á torcer su curso, ofreciéndola accidentadas pendientes por donde deslizarse, si con suavidad unas veces, otras caprichosa, juguetona y á saltos, como rebelde y traviesa *niña*.

Por lo que toca á la de los Peñascos, su nombre indica que por entre ellos desciende, pareciéndose por cierto, más que á cascada, á sombrío y solitario torrente.

Grupos de álamos blancos, que acaban por destacarse en dos hileras para formar un agradable paseo, ofrecen solaz y sombra. Plácele al viajero quedarse á reposar unos instantes en aquel valle que parece no ha de tener salida, cerrado como se ve do quiera por grandes y gigantes muros de peñascos.

Cuanto tiempo permanezca allí el viajero, otro tanto

tendrá en acción continua sus ojos y sentimientos, los cuales no dejarán de hallar mucho en que distraerse y ocuparse. Le ofrecerán objeto las cascadas, que aparecen más bellas cuanto más se miran, semejantes á ciertas mujeres, que cuanto más se conocen más se aman; se lo ofrecen también la vegetación, rica en colores, y las peñas, múltiples en formas: unas veces seguirá el curso del río, que se desliza con majestad y reposo, como si de sobra supiera el paso desconocido por donde debe salir de aquel al parecer cerrado valle; otras se parará asombrado ante los grandes y trabajados tapices de yedras verdaderamente monumentales que se ven trepar á trechos para extenderse y cubrir espaciosos lienzos de aquellos peñascos.

Más de una vez, cuando ya el viajero se halle distante de aquellos sitios, ha de recordar las impresiones de aquel valle, como se recuerdan dulces memorias de otros tiempos, tanto más dulces cuanto más lejanas.

Por lo que toca al autor de estas líneas, dos impresiones tuvo que no ha de olvidar fácilmente en el tiempo que para recordar le quede.

Más arriba ó más abajo de la *Gran Requijada*, sin que en este momento se pueda fijar exactamente el sitio, hay lo que en catalán se llamaría gráficamente un gran *rebombori* de peñas, es decir, un tumulto, un motín, una algarada, una revolución de rocas revueltas en espantoso desorden, juntándose, agrupándose, retorciéndose, saltando las unas por encima de las otras, en caótico desorden y en espantable anarquía. Es, si los lectores aceptan la frase, un hervidero de peñascos. Los pájaros huyen de aquel sitio, no asoman en él ni un árbol ni una planta; sólo el viento, de una manera verdaderamente lúgubre, cruza por aquellas soledades; sólo el río, que allí toma un color negruzco, resbala silencioso, sin rumores ni murmullos, por junto á las ro-

cas; sólo se ve levantarse en la otra orilla una pared de peñas, lisa, estéril, desnuda, escueta, como si allí se hubiese querido tender un muro para robar á la vista todo horizonte y todo paisaje. Es un lugar salvaje y romántico. Creería uno ver asomar por entre aquellas rocas la sombría figura de Ossián, el bardo de los dolores y las penas.

Impresión distinta y de otro género es la que causa, vista desde el borde de la montaña, al asomarse al valle, una singular estribación que en declive desciende hasta la orilla del río. Es verdaderamente un trozo de Montserrat allí trasladado. Es en realidad un recuerdo, un calco, un vaciado de aquella montaña. Cualquiera que, conocedor del célebre monte catalán, fije sus ojos en el sitio que indicamos, lo reconocerá de seguro como nosotros; que no es fácil equivocar con cosa alguna á Montserrat. No hay nada que se le parezca, y sólo puede parecérsele lo que sea lo mismo. No está, por lo demás, de sobra un recuerdo de Montserrat en Piedra, y bien hizo en ponerlo allí como un sello la Providencia, que en esto sí se parecen Montserrat y Piedra, pues todo cuanto tiene aquél en peña lo tiene ésta en agua.

Prosiga el viajero su camino, y atravesando los Peñascos, penetrará en el valle que se llama de las Requijadas, siguiendo el cual y el curso del río por espacio de tres ó cuatro kilómetros, podrá llegar al parque del monasterio. El paseo es delicioso. Se sigue una senda sombreada por una fila de árboles tan larga cual lo es el río á cuya orilla crece, y no se abandona un solo momento la corriente del agua, que se desliza rumorosa y mansa, como descansando de las luchas y fatigas de *El Vado* y de *La Requijada*, bien ajena de pensar sin duda en las nuevas estrepitosas vicisitudes que más allá le esperan.

El valle va siempre encerrado entre dos gigantescas é inaccesibles murallas de peña, que se levantan perpendiculares y siguen paralelas las más de las veces, apartándose sólo alguna que otra, como para de vez en cuando ensanchar el horizonte, formando á manera de reducidos valles y pequeños sotos, aunque siempre cerrado todo por el muro. Viendo las peñas, se admiran sus raras estratificaciones, sus cortes verticales y sus subidos colores, que pasan del pardo más obscuro al rojo de fuego: viendo el terreno, se piensa en lo fácil que sería convertir aquel sitio en un vasto é inmenso lago, sujeto dentro de aquellos monstruosos paredones, con islas llenas de flores y follaje, con agradables paseos de árboles en sus orillas, con torres y kioscos en las peñas, surcado por góndolas que podrían llegar hasta el pie de las tres admirables cascadas, que serían de esta manera su principio y su fin, su nacimiento y su límite.

Al terminar el valle se encuentra el sitio llamado *Los Argálides*, que es un estanque, ó mejor dicho una especie de laguna situada encima de *El Parque* del monasterio. No parece que esta laguna, en donde se hace naturalmente la distribución de las aguas, haya sido obra de la naturaleza. Jornet leyó en cierta antigua historia que el rey D. Martín había costeado la obra de *Los Argálides*.

De allí al Parque no hay más que un paso, y se está ya en el recinto del monasterio.

Para visitar *El Parque* en tiempo de los monjes, era necesario salir por la torre del Homenaje y rodear la muralla más allá del último torreón. Hoy se puede subir á él por las escaleras de *El Iris* y de *Los Fresnos*, ó por una escalera y túnel que hay en la gruta del Artista. Pero también en la época de los monjes las bellezas de Piedra en gran parte eran poco menos que desconocidas. Se iba por senderos y malos caminos: la maleza y

los arbustos cegaban muchas veces el paso. No había, como hoy, cómodas escaleras que suben ó bajan por todas partes, bancos y sitiales junto á las cascadas y donde quiera que existe un buen punto de vista, calles de árboles y praderas que brindan al paseo. El actual propietario, D. Federico Muntadas, es quien ha realizado estas mejoras.

Es el *Parque* otro de los bellos sitios de Piedra. Es la meseta del monte de las cascadas. El río que en él penetra se divide en tres brazos, uno de los cuales se dirige á *Los Fresnos* y á *El Iris,* otro á *La Caprichosa* y al *Baño de Diana*, y otro á *La Trinidad* y al *Torrente de los mirlos,* ya que *La Solitaria* y *La Sombría* toman el agua de una acequia subterránea. Estos tres brazos son los que luego se juntan para formar *La Cola de Caballo.*

Como el terreno de *El Parque* abunda en canteras de piedra tosca escalonadas, resulta un número infinito de pequeñas y graciosas cascadas, y como en él se levantan añosos y gigantescos árboles que prestan agradable sombra, resultan también poéticos y seductores sitios, deliciosos paseos y senderos, revueltas y encrucijadas de arbustos y de arboledas, por donde no es nada extraño ver discurrir amantes parejas de recién casados que van á disfrutar su luna de miel en Piedra, en Piedra que es la eterna luna de miel de la naturaleza.

Visto el Parque, el viajero puede dar por concluída su segunda jornada y retirarse de nuevo á la tranquilidad de su celda, para, tranquilamente y á sus solas, recordar las impresiones que le agitaron durante el día.

Pero antes de recogerse, bueno será que se detenga un momento en la miranda que se encuentra en el camino que conduce directamente á la galería del primer piso del Monasterio, y que desde allí contemple el soberbio panorama que ante su vista se despliega, domi-

nando el Parque, que se ve en frente, y oyendo el rumor de las cascadas, que se ocultan tras la espesa arboleda, de ricos y variados matices, que esmalta todo el valle.

Después de ese alto, y ya en su habitación, cree efectivamente haberlo visto todo en Piedra.

Y en efecto, todavía no ha visto nada.

CAPÍTULO VI.

La gruta.

Hay quien, dando á Piedra toda la importancia de un sitio real, ha establecido comparaciones entre este punto y la Granja. No las hay ni puede haberlas. No caben. En Piedra es todo naturaleza lo que en la Granja es todo arte. Hay en la Granja, es verdad, estatuas, y bustos, y columnas, y templos, y monumentos en mármol y en bronce, maravillosos juegos de aguas, admirables combinaciones, soberbios acueductos, pasmosas obras debidas á la mecánica y á la hidráulica. Allí están el talento, el arte, el genio, el trabajo, y allí también, aunque enterrados, los inmensos caudales y los inagotables ríos de oro con que los poderosos de la tierra pueden realizar el más fantástico de sus sueños.

Nada de esto hay en Piedra. Sólo la naturaleza allí, pero ¡qué importa, si es la naturaleza con todas sus maravillas, con todos sus portentos, con todas sus riquezas y con todos sus asombros! Allí hay también estatuas y columnas, y monumentos y pórticos, y aguas que asombran con sus saltos y fascinan con sus juegos, con una sola diferencia, y es que aquellas aguas corren siempre, no como en la Granja, donde sólo se ven los sitios por donde pasa el agua, corriendo sólo ésta cuando el beneplácito soberano lo permite. En Piedra hay otro soberano que las deja correr siempre, de día y de

noche, en medio de la tempestad y de la calma, á las luces del sol y á los fulgores del rayo; que no son como las de la Granja las cascadas de Piedra, ya que allí corren para que las vean, mientras que aquí no se cuidan de ser vistas. Y es que en la Granja el hombre lo es todo. En Piedra no es nada. Ahí está la diferencia entre ambos sitios; que si el uno es real por el monarca, real es también el otro por otro monarca superior á las testas coronadas.

Y dicho esto, preciso es ahora que á fin de continuar nuestra descripción de Piedra, volvamos á la primera cascada que hemos visto, á la *Cola de Caballo*, verdadero kilómetro de agua que se despeña, pero no ya para contemplarla desde arriba, como antes. Hay que buscar otro punto de vista, hay que descender á la margen del río, pues desde abajo es como se puede apreciar mejor todo lo sublime de su tremendo salto.

A poco más de la mitad de su descenso, el agua, que cae en compacto chorro y en graciosa curva, se estrella contra una roca y parece deshacerse en copos, en vapor y en polvo, formando un maravilloso espectáculo.

Detrás del chorro se ve una gruta oscura suspendida sobre el abismo, cuya boca cierra la cascada con cortinaje de transparente cristal. En ella anidan millares de palomas torcaces, de lo cual se deriva su nombre de *Chorro palomero*.

Alguna que otra vez, en aquellos días tibios del benigno otoño en que el cielo es azul, el sol brillante y dulce la brisa, suele suceder que el vapor, levantado por la furiosa caída del agua, se esparce como rasgados pedazos de un blanquizco velo sobre las puntas de las rocas, formando un fenómeno maravilloso. El sol hiere las quebradas de las peñas, las gotas de agua desprendidas de la cascada voltean por el aire en lluvia de oro, y el vapor, condensándose y extendiéndose como un man-

to, como una faja ó como un turbante que se desarrolla, cobra todos los mágicos y resplandecientes colores del iris.

El espectáculo se completa entonces si algún grupo de nevadas palomas atraviesa por entre el vapor. Aquellas amantes aves parecen bañarse entre todos los colores del prisma, nadar en un mar revuelto por oleadas de ópalo, de azul y de púrpura, y mecerse muellemente en brazos de nubes diáfanas matizadas de hermosos y radiantes resplandores.

Desde tiempo inmemorial venía llamando la atención la boca de aquella gruta que, como una mancha negra, aparecía tras de la catarata, en donde moraban á millares antes, aunque en menor número ahora, las salvajes palomas á las cuales parece dar vida el húmedo ambiente que se escapa como una respiración fatigosa del fondo de las aguas. Cuéntase que allá en tiempos algunos habían tenido la audacia, que tal se necesitaba por cierto, de descolgarse hasta la boca de la al parecer oscura y profunda caverna, pero nadie lo había conseguido: unos por arredrarse á mitad de su descenso, otros por no poder resistir el golpe de agua que se les venía encima. Una vez que bajaba un vecino de Calatayud, se rompió la cuerda á que estaba atado su cuerpo, y el infeliz rodó al abismo para no volverse jamás á saber de él.

El intento quedó, pues, abandonado por el pronto, pero más tarde quisieron hacerse nuevas exploraciones, sólo que ya los proyectos no partían de arriba abajo, sino al contrario. Aprovechándose una época del año en que los labradores de la comarca desvían el curso del río para fecundar sus campos, resultando entonces que apenas corre la *Cola de Caballo*, algunos atrevidos nadadores intentaron penetrar en la gruta, y á fuerza de brazos llegaron nadando hasta el fondo del pozo, pero les fué imposible salvar los doce metros de roca bruñi-

da y vertical que se levantan desde el remanso hasta la boca de la cueva.

Fracasadas estas tentativas, se consideró ya imposible toda nueva idea de ascensión ó descenso, y se abandonó por completo el proyecto de exploración, transcurriendo meses y años sin que nadie volviera á pensar jamás en acometer la temeraria empresa.

Hemos dicho que nadie, y no es así. Federico Muntadas, el hijo del dueño de la finca, no abandonaba la idea. Continuamente pensaba en ella, madurándola con firme voluntad y decidido propósito. Pensó y abandonó varios proyectos, formó varios planes y los fué desechando todos, pero nunca el de llegar de una manera ú otra á la exploración y descubrimiento de aquella gruta que, siglos hacía, con su boca abierta sobre el abismo y detrás de la cascada, estaba constantemente provocando la curiosidad siempre viva de los unos y el deseo siempre ardiente de los otros.

Seguro ya por fin Federico Muntadas de su plan, llamó á fines del año 1859 á su mayordomo y le dijo:

—Hay que llegar á la gruta.

—Imposible,—contestó el mayordomo.

—Hay que llegar.

—Imposible, repito. No se puede subir á ella. Doce metros de peña vertical sobre un precipicio horrendo, se oponen á todas las tentativas hechas hasta ahora.

—Si no se puede subir, se puede bajar.

—Imposible también. Las cuerdas se rompen y los hombres caen al abismo.

—Taladraremos la montaña.

Y en efecto, al día siguiente los peones de campo comenzaban á abrir un pozo á un metro de la cortadura, y el 20 de Abril de 1860, después de cinco ó seis meses de fatigosos trabajos, aparecía la gruta con todas sus bellezas vírgenes y todos sus tesoros ocultos durante

siglos, á los ojos de Federico Muntadas, verdadero Cristóbal Colón de aquellos abismos.

¿Qué hubo de experimentar, qué hubo de sentir el descubridor de aquella gruta al encontrarse por vez primera en aquel recinto virgen aún de humana planta, al pasear sus ojos por aquellas primorosas labores jamás holladas por la vista del hombre? Su corazón y su mente lo saben sólo. Ni él habrá acertado á exponer á nadie sus impresiones de aquel momento, ni acertara nadie á explicarlas aunque él lo hiciera. Cosas hay que se sienten, pero que á la palabra humana no es dado trasladar.

Como recuerdo de todos los afanes, de todos los trabajos y de todos los peligros porque hubo de pasarse para llegar á la gruta, como memoria de todo aquel mundo de impresiones que hubo de sentirse al descubrirla, hoy á su puerta sólo existe una sencilla lápida de mármol con esta lacónica y ciertamente modestísima inscripción:

DESCUBIERTA EN ABRIL DE MDCCCLX.

A medida que se va descendiendo por aquella escalera, abierta parte en la tosca, parte en roca caliza y cerrada y dura como el pedernal, parécele á uno que se despide del mundo de los vivos para bajar, como se baja efectivamente, á las entrañas de la tierra. El descenso tiene sus emociones. Se pasa unas veces por galerías que se abren sobre el abismo; se atraviesa otras por corredores que tienen á manera de aspilleras, á las cuales pueden aplicarse los ojos para ver la imponente y solemne caída de la cascada; se cruzan puentes que tiemblan bajo las plantas al estrépito cada vez más pavoroso del agua que se despeña; se baja por túneles oscuros y profundos, donde parece enrarecerse el aire y donde el corazón más fuerte ha de sentir por lo menos alguna emoción de terror, siquier sea pasajera. Así se llega á la

gruta y á un punto, especie de tribuna, desde donde, antes de bajar definitivamente, se presenta aquélla en toda su imponente y soberbia majestad.

Al principio no se ve nada, y sin embargo la gruta es clara, reinando constantemente en ella durante el día una especie de misteriosa luz crepuscular. Atronado el viajero por el ruido constante de la cascada, sujeto á las emociones del momento, no ignorando que el río pasa por encima de la bóveda, asombrado por aquella monstruosa masa de agua que cierra casi la boca de la gruta como celosa de que allí penetre la luz, pareciéndole que todo aquel inmenso monte de peña en que ha penetrado tiembla como si fuese de tablas al paso del río y al rumor de la catarata, creyendo que el techo se desploma, viendo y sintiendo desprenderse el agua del techo y de las paredes en gotas, en hilos y hasta en pequeños arroyos, el viajero no ve nada al pronto más que una inmensa nave superior á la del más atrevido templo de la tierra, ni oye nada tampoco por el momento en medio de todo aquel estruendo que le aturde. Si algo pudiera oir en aquella su primera impresión, sería sólo una voz misteriosa que le dijera como Virgilio á Dante:

Ecco il loco
ove convien che di fortezza t' armi.

Vuelto en sí de sus primeras impresiones, el viajero pasea en torno sus miradas.

Es sorprendente lo que se ofrece á su vista, pero es indescriptible.

Allí están todos los portentos, posibles é imposibles, realizados por la gota de agua en su labor de siglos. Nadie acertará jamás á explicar lo que allí se ve. Es necesario verlo; es necesario sentirlo.

Aquella vertiginosa cascada que en lluvia de perlas cierra la boca de la cueva, único paso que para no ser

franqueado nunca abrió la naturaleza como en burla del hombre, sin pensar que éste la burlaría á su vez taladrando la montaña;

Aquella luz dudosa que penetra tímidamente, como arrepentida de descubrir bellezas que no se hicieron para ser vistas;

Aquellos contrastes de colores de todas clases, de yerbas y musgos de todo color y de rocas de toda forma;

Aquel arroyo transparente y cristalino que brota en un ángulo de la gruta y al cual hasta ahora no se había acercado el labio impúdico del hombre, sólo el casto pico de la paloma que en aquellas profundidades hallaba seguro asilo y eterno reposo;

Aquellas hiedras, en los muros petrificadas, que forman cenefas, y guirnaldas, y encajes, y bordados arabescos;

Aquellas grandes colosales masas de todos tamaños, y de todas formas, que cuelgan del techo sostenidas en los aires por claves invisibles, para desesperación del más sabio arquitecto;

Aquellas labores delicadísimas que se extienden por las paredes en artística confusión y en caprichoso, pero armónico contraste, para desesperación del más inspirado artista;

Aquel hacinamiento de columnas, de capiteles, de pirámides, de zócalos y repisas de ojivales líneas, de bizantinos modelos ó de barrocas formas, todo revuelto con el más espantoso desorden del orden más perfecto;

Aquellas estalactitas que con amorosa y secular constancia descienden á buscar la estalacmita con que han de ceñirse y enlazarse en cópula nupcial, á la eterna sombra de la noche que reina en las entrañas de la tierra;

Aquellos trazos, y dibujos, y perfiles, y contornos, y diseños, y bocetos, remedando todo lo que en la tierra

tiene un nombre, todo lo que sueña el visionario, todo lo que ve el poeta ó imagina el artista, gigantes que escalan el cielo, aves de monstruosas alas que cruzan los espacios, Tántalos sedientos que se arrojan á beber en el lago, legiones de brujas que se congregan para el sábado, vírgenes que de pie en un pilar se ofrecen á la adoración de los fieles, cohortes de fantasmas en luengos sudarios envueltos que rasgan el aire, flores y frutos ideales, peces volanderos con alas de serafines, árboles intertropicales con cabezas humanas por frutos y escamosas serpientes por ramas, pesados mastodontes de pasmosas dimensiones, perfiles desconocidos en el arte y objetos ignorados en la plástica, ídolos de formas colosales y dioses de tábidos contornos, plantas criptógamas, helechos arborescentes y faunas antidiluvianas, mónstruos, vestiglos, visiones, horrores, templos, estatuas, ideales, fantasías, imágenes del cielo, del infierno y de la tierra;

Todo esto es lo que se ve y no puede describirse, que allí está todo, todo lo que esculpió Miguel Angel, todo lo que soñó Goya, todo lo que vió Dante, y todo realizado por ese artista desconocido, superior á Dante, á Goya y á Miguel Angel, que se llama sencillamente la gota de agua, y que cuenta con Dios y con el tiempo para trabajar y pulir sus obras inmortales.

CAPÍTULO VII.

Otra vez la gruta.

Son maravillosos, repito, los portentos realizados por la gota de agua en aquella gruta indiscretamente arrancada al misterio de sus hasta hoy eternas soledades. Son maravillosos, y vuelvo á decirlo también, indescriptibles.

> Vejan agora os sabios na escritura
> que segredos sao estos da natura [1].

Así exclama en su obra inmortal el cantor de Vasco de Gama, al terminar con su maestría soberana la descripción de un fenómeno con asombro observado durante sus navegaciones por el glorioso poeta, y debido asimismo á esa extraña propiedad que tiene el agua de realizar, merced á sus modificaciones y aun transformaciones verdaderas, infinitas variantes de sorprendentes espectáculos.

¿Qué ha conseguido la triunfante investigación moderna con sujetar el agua á un indiscreto análisis? La ciencia podrá decirnos todo lo que quiera y explicarlo todo como le parezca, pero bien puede decirse, en cierto sentido al menos, que el agua sigue siendo realmente

1 *Os Lusiadas*, canto V, octava XXII.

el elemento primitivo, ya existente antes que la luz, el elemento de la vasta mole sobre la cual, según nuestra Biblia, se movía el espíritu de Dios durante la lobreguez del caos, *Spiritus Domini ferebatur super aquas.*

Cuerpo simple ó compuesto, el agua es siempre la primera materia que emplea en la producción de sus obras más admirables el Hacedor supremo. ¿Por qué misteriosos procedimientos llega á verificar el agua tantos y tan diversos prodigios? En la gruta de Piedra centenares, más aún, millares de gotas aparecen como otros tantos artistas animados de un mismo pensamiento, siguiendo un mismo plan, realizando un mismo proyecto, y en plena, en armónica colaboración, para crear portentos muy superiores ciertamente á cuanto es capaz de producir el arte humano.

Esas grandes maravillas del ingenio y del trabajo humanos, esas portentosas, monumentales creaciones, nacidas para vivir á través de largas series de siglos como asombro perpetuo de sucesivas generaciones, son rapsodias miserables y raquíticos esbozos ante lo que realiza la gota de agua en las entrañas de la tierra, obedeciendo á inspiraciones desconocidas para los mortales, y siempre en constante y jamás interrumpida actividad.

Bajad á la gruta de Piedra y lo veréis.

Pero bajad también á esa gruta á cierta hora de la tarde, en el instante, pasajero por cierto, en que el sol la hiere, ó por mejor decir, trata de herirla con sus rayos.

Los que á esta hora se hallen en el interior de la cueva están llamados á presenciar un maravilloso espectáculo.

La luz crepuscular que allí reina se aviva de repente, en vez de amortiguarse como parece que debiera ser á la caída de la tarde; y ciertos ángulos obscuros de la gruta, hasta entonces sumidos en la sombra, comienzan á mostrar sus ocultas bellezas. Todo resplandece, todo se ani-

ma, todo arde al contacto de aquel aumento de luz, precursor de la del sol, que se adelanta á visitar aquellos lugares.

Pero el espectáculo verdaderamente extraordinario hay que buscarle en la boca de la gruta, convertida en teatro de una lucha singular y no soñada. Al ver que el sol se acerca ya dispuesto á explorar la cueva, el agua que cae por delante de su boca en bullente catarata como para cerrar su entrada, parece disponerse á ofrecer seria resistencia á los deseos del astro diurno. Hasta se cree ver, con la mayor fuerza de luz producida por la proximidad del sol, que el agua cae más profusamente y en masa más compacta y más tupida.

Asoma finalmente el sol por encima de la quebrada del monte, y hunde en el abismo sus primeros exploradores rayos. Comienza entonces la lucha. Pugnan por penetrar el rayo y por negarle paso el agua, más tenaz ésta en su empeño cuanto en el suyo más obstinado el otro. El rayo hiere, taladra, cruza, se doblega, se evade, se desliza; pero la cascada, incólume en su impetuosa corriente, resiste y opone su apiñada haz de agua, impenetrable como una cota de malla. Ya el sol, en esto, se presenta desplegando toda su imponente grandeza frente á frente de la arisca cascada. No importa que entonces, como para mejor seducirla y lograrla, el sol se arroje sobre ella estrechándola con ardiente abrazo, convirtiendo cada uno de sus hilos en hebra de plata, cada una de sus gotas en perla, su corriente en lámina de brillantes y su vapor en polvo de oro. No importa, repito: la cascada escapa al beso como escapó al rayo, y continúa su soberbio curso, si no tan casta ya, por lo menos tan virgen y tan fiera. Fatigado finalmente el astro del día, acaba por declararse vencido; pero antes de abandonar el campo, como el último tiro del Partho, arroja de un puñado toda su haz de rayos, que vienen á

herir de lleno la cascada, apareciendo entonces en el interior todos los colores del iris en magnífico, en soberbio y en asombroso panorama.

No hay que ver solamente la gruta durante el día. Hay que verla también de noche, á la luz de las antorchas y bengalas.

Así la vimos nosotros, á la hora por cierto de los fantasmas, con todo el terror de la noche, con todo el misterio de la luz, con todo el espanto del alma.

Hay que gozar de esa sensación para que así pueda explicársela quien la disfrute, que de otra manera no pudiera acertar jamás á comprenderla.

Hay que bajar á saber lo que es, pues de otro modo no se sabría, repito, la sensación de romper el sueño de la gruta, de sorprender á la gota de agua en su misterioso trabajo nocturno, de oir la espantable voz que de noche tiene la cascada, de sumergirse en las entrañas de la tierra para ver aquellas oleadas de tinieblas que parecen prolongarse por insondables profundidades de mares sin orillas,

é quindi, uscir á riveder le stelle.

CAPÍTULO VIII.

El lago.

Subiendo por *La Iris* á la cascada de *Los Fresnos,* se puede tomar una senda que se abre á la derecha, la cual parece ir, y va efectivamente, como en demanda de bajar al valle.

Es el valle llamado de *La Hoz,* á donde cae la cascada *Cola de Caballo.*

Se desciende á él siguiendo á veces unas cómodas rampas de suavizadas pendientes, y otras bajando por escaleras abiertas en la peña y que en los sitios más peligrosos están provistas de rústicas pero seguras barandillas.

A mitad del camino se tropieza con una nueva cascada. En otro tiempo se llamó *de los Salmones,* porque iba á alimentar viveros y pesqueras donde vivían y crecían centenares de ellos. Hoy se llama *de las Truchas,* por ser éstos los peces que alimenta, según más despacio veremos en el capítulo dedicado al establecimiento de piscicultura que fundó el propietario de Piedra, D. Federico Muntadas.

La cascada se divide en tres brazos, que, á su vez, se sangran en pequeños riachuelos murmurantes, discurriendo por entre peñas y malezas, y á los cuales ha dado el vulgo el nombre de *Chorreaderos.*

El camino que se sigue, como sea siempre en línea recta, sin torcer á la derecha, no conduce precisamente al valle, sino á un extremo de él, donde se levanta, gigantesca y formidable, la que llaman *Peña del Diablo*. Es realmente un enorme peñón de vasta y agreste loma, que viene como á dividir en dos el valle de la Hoz. Existe una peregrina tradición acerca de la *Peña del Diablo*, que el lector curioso encontrará más adelante.

El camino indicado y que arranca de *Los Fresnos*, viene á parar al pie de esta peña, que, en realidad, más que peña es una verdadera montaña desprendida de la sierra.

Termina el camino en una profunda hondonada de salvaje aspecto. Sólo se ven formidables peñascales cortados verticalmente. Por entre las grietas de las rocas asoman grandes matas, y en algunos puntos robustos almeces, cuyas poderosas raices se abren paso enroscándose por entre las peñas, apareciendo desde abajo como monstruosas serpientes. Allá, en lo alto, cerca ya de las nubes, esparcidos por el lienzo del muro y en sitios á donde sólo se puede llegar con alas, asoman las negras bocas de agujeros, al parecer profundos: son nidos de águilas, de buhos y de gavilanes. Por lo que toca al suelo, está alfombrado de plantas aromáticas, sobresaliendo el tomillo, el romero y la salvia famosa de Aragón, deleitoso perfume de aquellos montes. Grandes grupos de gigantescos árboles elevan sus robustos troncos y poblado follaje ofreciendo plácidas sombras, y haciendo de aquel lugar un sitio verdaderamente romántico.

En el fondo de este paisaje, apoyándose por un lado en la montaña y por otro en *La Peña del Diablo*, hay una pared que cierra el paso, asomando por encima de ella las ramas de copudos árboles. Una puertecita da entrada al que es uno de los sitios más encantadores de Piedra.

No hay en el teatro cambio de escena más rápido ni más completo que el que se produce al atravesar los umbrales de aquella puertecita.

Cesa por completo el ruido de las cascadas, se apagan y desvanecen los rumores del mundo, y se encuentra el viajero en un lugar de apacible y embelesadora calma, apareciendo á su vista un lago de tranquilas y durmientes aguas, con todo el encanto y con toda la riqueza de detalles que puede soñar la más poética fantasía.

Es una de las más bellas manifestaciones de la naturaleza, es un sitio seductor. No hay artista capaz de pintarlo, y sin embargo, ¡cosa singular! aparece como pintado á los ojos del viajero.

Se encuentra éste en una plazoleta. A la derecha hay una choza, á la izquierda una piscina donde fluye el manantial de una agua llamada *de la salud*, por ciertas virtudes medicinales que se le atribuyen, piscina que está rodeada de bancos de piedra y sitiales de paja que brindan al descanso bajo la sombra abundosa de unos centenarios fresnos. Frente al viajero aparece el lago tranquilo, apacible, dormido, reposado, en perfecta y perpetua calma, sin que jamás haya venido el soplo de la tempestad á rozar la superficie de sus vírgenes aguas, extendiéndose en semicírculo por la garganta que forman de un lado la montaña y del otro la desprendida peña.

Este es el lago de *La Peña del Diablo*.

A él no llegan los rumores de las cascadas. Diríase que tampoco los del mundo; tales son la calma y el silencio de que allí se goza. Sólo se oyen el agudo chillido de alguna ave acuática, el aleteo del pájaro que cruza, ó el salto de la temerosa rana que huye á esconderse turbando la paz de aquellos perezosos insectos, sibaríticos amantes del agua, que pasan allí su vida colum-

piándose sobre el abismo. De tal manera se impone el silencio del lago, que los que á él llegan comienzan á comunicarse sus impresiones en voz baja, como sucede al entrar en un templo.

Se toma la derecha orilla, se cruza para pasar á la otra por un puente rústico en armonía con el paisaje, y se sigue una estrecha senda que va costeando el lago.

Si es pintoresco el paisaje, el paseo es delicioso. De él han de guardar memoria grata cuantos lo emprendan. El lago no se parece á ningún otro que se haya visto, como no sea á alguno que se haya visto pintado.

A un lado se alza casi verticalmente *La Peña del Diablo*, de escasa vegetación y de tonos pronunciados y colores rojizos, como si en efecto hubiese algo de infernal en ella. Al otro la montaña con sus olorosas plantas y sus árboles salvajes, coronada por la ermita de Piedra Vieja. A orillas del lago crecen el fresno, el saúco, los almeces, las parras bravías y las cambroneras, que se entrelazan á veces amorosamente, ofreciendo gratas umbrías. Existe un sitio, el de más encantos por cierto, donde unos sauces se doblegan lánguidos hasta bañar sus ramas en el agua, en aquel punto, más que en ningún otro, notable por su transparencia y limpieza.

Hay allí uno de los varios pozos que con sus manantiales alimentan el lago.

Es el pozo llamado de *Bengala*, por la variedad de luces de diversos colores que en su fondo se distinguen á ciertas horas de la mañana. Un grupo de peñascos verdes, pero no del color sombrío del musgo, sino del purísimo y resplandeciente de la esmeralda, asoma casi á flor de agua indicando el punto donde se abre el pozo. Cuando por la mañana baja á herir aquel sitio un rayo de sol, como si quisiera llevar la luz á aquellas profundidades, el fondo del agua se ilumina con una rica profusion de luces y colores, que comunican á aquel lugar

encantos indescriptibles y que permiten descubrir recónditos paisajes. Circulan por el fondo del abismo nadantes peces de piel obscura, atigrada de rojizas manchas; se ven moluscos de raras formas y arbustos de extraño dibujo con ramas colgantes y onduladoras que parecen sartas de záfiros y esmeraldas; asoman en montón piedras artísticamente labradas que hacen pensar en subterráneos palacios encantados; y alzan sus flexibles tallos y sus hojas y pétalos con los colores del oro, de la nieve y de la púrpura, grandes haces de flores que parecen indicar el comienzo de florestas deliciosas y de perfumadas selvas, perdidas en lo profundo de aquellas desconocidas soledades.

Es también aquél uno de los sitios donde á ciertas horas, y según sean los reflejos del sol, el lago se convierte en un bruñido espejo.

La fascinación es total, y no puede darse mayor asombro. La torre bizantina de la entrada, la tapia del monasterio y la ermita de Piedra Vieja, que están en lo alto del monte á larguísima distancia, se reflejan en el lago y aparecen en él con todos sus más pequeños detalles, con sus ventanas, almenas y matacanes, hasta con las hierbas y grietas que nacen ó se abren en sus muros. También se transparentan en el lago los gigantescos lienzos de peña que lo rodean; y la ilusión es tan completa, tan singular el espejismo y la óptica tan perfecta, que por un momento desaparece el agua, y cree uno ver, ve realmente, profundos é insondables abismos, tremendos despeñaderos que se pierden á lo lejos en ignotas profundidades infinitas y á lo largo del cielo que se dibuja en el fondo y parece ensanchar más aún aquellos ideales espacios.

Hay otra particularidad que debe hacerse notar al viajero: la de que se pulen y embellecen los objetos reflejados. El perfil de la torre bizantina en el lago es

más perfecto, sus líneas son más puras, sus contornos mejor modelados. Sucede con los objetos que en él se transparentan lo que con aquéllos que reproduce el lápiz de un hábil artista. Aparecen con mayor perfección en la copia que en el original.

Cuentan que una vez se hizo notar esta circunstancia á un hombre político que acostumbraba á pasear por sus orillas, y que González Bravo, pues él era, contestó sencillamente:

—¡Toma! como que esto no es un reflejo, sino un bordado al realce.

Otro día, á un pintor que estaba como extasiado y absorto contemplando los brillantísimos matices que en el pozo de Bengala se admiran, preguntéle qué causa le tenía como clavado en aquel sitio.

—Vengo—dijo,—cada día para robar la magia de esos colores, y al trasladarlos de la paleta al lienzo pierdo la ilusión y consigo un desengaño.

Tiene otro embeleso todavía el lago de la *Peña del Diablo*.

Su fondo lo llena todo una flora de plantas acuáticas rica de colores y de matices. En algunos puntos se ven verdaderos bosques de flores y juncos de delicado talle, que se balancean como á impulso de una brisa suave, y por entre los cuales no es nada extraño ver discurrir alguna de las grandes truchas que allí crían espontáneamente, proyectando al pasar una sombra más obscura que si estuviesen fuera del agua. En otros puntos no es una floresta lo que se ve: es una extensa alfombra de hierbas, aterciopelada, con toda variedad de tonos verdes, sucediendo á veces, cuando por acaso se riza el agua á impulsos de una corriente sobrevenida, que no parece ser el agua la que corre, sino la hierba la que ondula y marcha. Diríase entonces una pradera andando.

Pero entre todos los goces del lago, el mayor, y el

que más cautiva el ánimo, es sin disputa la paz embelesadora que domina en aquel sitio. Es un lugar encantado, donde el mundo se recuerda como un objeto lejano. Allí reina el silencio, lo mismo á la hora del sol más ardiente, cuando todos los ruidos suenan, como á la hora de noche más profunda, cuando todos callan, silencio majestuoso y solemne que es á la imaginación y al alma el deleitoso sueño del fatigado cuerpo.

No es, pues, verdad lo que se ha dicho respecto á ser un lago que encanta. No encanta, fascina.

Los poetas dicen de Toledo que en una noche de luna, al revolver de una de aquellas calles estrechas marcadas con el color y carácter de épocas que fueron, se explican difícilmente cómo no se tropieza con un caballero discreteando cabe una reja con una hermosa dama, á punto siempre de echar mano á la espada y emprender á cuchilladas, sorprendido por un rival celoso.

Yo digo una cosa del lago de la *Peña del Diablo* en Piedra.

Cierta noche de Julio, tranquila y reposada, en que la luna brillaba á intervalos, cuando no se lo impedían ligeros grupos de nubecillas blancas que parecían copos de espuma desprendidos de las cascadas; cuando se oía únicamente el misterioso susurro y el aleteo de las aves nocturnas vagando en torno de sus obscuras madrigueras, descendí al *Valle de la Hoz*, y por la secreta y misteriosa puerta ya citada, penetré en el recinto del lago. Me introduje furtivamente, de puntillas, silencioso, como quien va á hurto de amores en mansión ajena, y me escondí en la cabaña, sentándome frente á una estrecha ventana que enfila el lago, y por donde éste aparece como en un marco.

Largo tiempo permanecí allí en escucha y en espera.

Todavía no me explico cómo no ví salir de entre los sauces una ligera barca, conducida por un remero silen-

cioso, y llevando de pie, en su popa, la alta y majestuosa figura del Dante, con su toga de escarlata, con sus brazos cruzados, con su puño en el hoyuelo de la barba, y paseando su mirada escudriñadora por aquellas románticas orillas en demanda de inspiración para su divino poema.

CAPÍTULO IX.

La leyenda del lago.

Y ahora que hemos ya entrado en el *Valle de la Hoz* por la boca que nos ofrece el lago; ahora que estamos reposando en el banco de piedra que hay al pie de un fresno monumental puesto allí como de centinela, oid, oid la leyenda del lago.

Aquí mismo, precisamente aquí mismo donde estáis sentadas, hermosas señoras mías, las que en este momento leéis estas líneas, aquí, bajo esta misma sombra y en este mismo banco, se hallaba sentado cierto día, hace ya de ello luengos años, un joven doncel de intonsa cabellera que ensortijada se desprendía sobre sus hombros.

Era á esa hora vaga é indefinida del crepúsculo, en que la naturaleza toda calla como para asistir al espectáculo que ofrece la lucha de la luz que se va, con la sombra que llega, espectáculo que no por reproducirse cada día es menos imponente y solemne.

Fijaba el doncel sus ojos en el lago y en las piedras verdes que asoman junto al pozo de Bengala, al pie de los desmayos, como si aguardase algo con impaciencia esperado.

No hubo de esperar mucho tiempo.

Abriéronse en arco las ramas del sauce, y de en me-

dio de un canastillo de flores surgió, como una visión, la beldad más encantadora. Una guirnalda de flores acuáticas se entrelazaba en su luenga cabellera, desprendida y flotante como la cascada de la *gruta*. Llevaba una túnica verde, transparente como aquéllas de Sos tan en boga entre las damas galantes de la antigua Roma, dejando por un lado descubierta su blanca y torneada pierna, que Fidias no hubiera acertado á modelar en mármol; un ceñidor de perlas rodeaba su talle, y con sus blancos piececitos desnudos iba dejando leves huellas en el agua.

Era Fioribella, la hada del lago.

Adelantóse rápida hasta tocar la orilla, y arrojándose en brazos del doncel, así le dijo:

—Retardé mi llegada para disponer nuestro tálamo nupcial y nuestra fiesta de bodas. Llegó ya el momento de venir conmigo, amado mío. Convertidas en polvo llevé un día en mi falda las ruinas de Babilonia, de Tebas y de Roma, y con él hice levantar en el sitio mejor de mis dominios el palacio que ha de servirnos de morada. Allí hay salones de cristal y perlas, con lujosas galerías de coral y nácar, mullidos lechos de espuma de cascadas para reposar tus miembros fatigados, y en florestas deliciosas, con plantas y árboles al mortal desconocidos, hamacas de hojas de rosa suspendidas de palmeras tropicales donde sestear plácidamente á la hora en que el sol, dorando el lago, nos envía con sus rayos el fuego que en vano intentó robarle un día el Dios de los titanes. Tendrás en estas florestas fuentes que manan oro en polvo, con el cual se forman los arenales por donde discurren rumorosos riachuelos, alimentados sólo del agua que viene directamente de los azules mares de Cádiz y Venecia y de aquellos ríos que los mortales llamáis el Rhin, el Adigio y el Danubio; oirás cantos de aves que nunca viste ni oiste nunca; te daré á beber ro-

cío en conchas de nácar; y cada noche, mientras dancen en torno nuestro las ninfas de las aguas rebozadas en sus túnicas tejidas con rayos de estrellas, te dormiré en mis brazos, dándote esos dulces besos de paloma que jamás acaban. Ven conmigo, amado mío. Llegó ya la hora. Dentro un momento sería tarde.

Fascinado el doncel, doblada la cabeza sobre el hombro de nieve de su dulce compañera, se dejaba arrastrar perezosamente hacia el lago donde iban á hundirse para siempre, cuando de repente, á las primeras sombras de la noche, vibró el bronce santo de la vieja ermita de Piedra convocando á los fieles para la oración de la tarde.

Estremecióse la hada del lago; pero iba á hacer el último esfuerzo para arrastrar al doncel que parecía instintivamente querer desprenderse de sus brazos, cuando una claridad misteriosa, formada por los colores del iris, se extendió por el lago deteniendo la sombra nocturna que avanzaba. Tornó á resonar entonces la campana de la ermita llamando al *Ave María*, y la reina del lago, volviendo la cabeza, vió aparecer una como visión celeste que la hizo lanzar un grito de dolor y huir del doncel, para atravesar con rapidez el lago y refugiarse entre las ramas del sauce, que tras de ella se cerraron.

Asombrado el doncel, volvió también su cabeza, y vió una figura que lentamente avanzaba. Parecía ceñir su frente una aureola, pues que en torno de ella se arremolinaban las luces y los colores del iris. Vestía una túnica azul y blanca, y fijaba su penetrante pero dulce mirada en el joven, como si por el camino de sus ojos quisiera encontrar el de su alma.

—¿Quién eres?—preguntó el doncel.

Y una voz, dulce y melodiosa como son de osiánica lira, le contestó:

—Soy María, la virgen de la montaña.

Otra voz lejana, pero que sonó clara y distinta á los

oídos del joven, pareciendo salir de entre las ramas del sauce, murmuró entonces:

—¡Ven, ven! Yo soy el placer.

—Y yo la virtud,—dijo María.

—Yo soy el amor,—balbuceó la voz del sauce.

—Yo soy la fe,—replicó María.

—Asómate al lago, y verás en su fondo palacios de coral, florestas encantadas y bancos de perlas. Allí está la vida.

—Asómate al lago, y verás el cielo. Allí está la eternidad.

Dijo María; pero todavía tornó á oir el doncel, si bien que débil como ya lejana, la voz que partiendo del sauce fué á murmurar en sus oídos:

—¡Ven á mis brazos, doncel!

Y la voz sonaba aún, cuando así levantó la suya María:

—¡De rodillas á mis pies, mancebo!

Vibró de nuevo entonces, por vez tercera, la campana de la ermita llamando á la oración; las ramas del sauce se agitaron como si fueran sacudidas violentamente; rasgó los aires un suspiro; movieron y se turbaron las aguas en remolino, y sólo quedaron allí, á orillas del lago, el mancebo de rodillas, y de pie María señalando con su dedo la cruz que se levantaba sobre la ermita de Piedra.

CAPÍTULO X.

La Peña del Diablo.

I.

Si Ponce el bastardo de Guevara, como se le llamaba, era el mejor y más apuesto caballero que manejaba lanza y embrazaba escudo en toda la comarca de Huesca, Eladia, la heredera de Pomares, era el más hermoso par de ojos negros que brillaba en todo el principado de Cataluña.

Ponce amaba á Eladia y Eladia amaba á Ponce; pero esto no bastaba.

Había en medio de los dos amantes, como una estatua de bronce, el gigantesco barón de Pomares, hombre de corazón de hierro, padre de Eladia, y el cual no quería que un miserable bastardo llegase á ser jamás el poseedor de su hermosa hija.

En vano Ponce, ardiendo de amor, se había hecho un nombre famoso en los torneos y en las batallas; en vano Eladia se había arrojado suspirando y bañada en llanto á los pies de su padre diciéndole:—He de ser de Ponce ó del sepulcro.

El barón le había contestado tranquilamente:

—Ni serás de Ponce ni del sepulcro, sino del señor de Lizana, que muere de amor por tí.

—Es que yo no le amo.

—No importa.

—Es que me es odioso.

—El odio se calma.

—Seré desgraciada.

—Serás feliz.

Y para que empezara á estudiar la felicidad que le esperaba con el señor de Lizana, el barón encerró á su hija en un obscuro calabozo, de donde ya no salió más que para ir al altar, ante el cual la unieron con el hombre á quien ella aborrecía más en el mundo.

La misma noche del enlace de Eladia con el de Lizana, Ponce desapareció del país sin que se volviese á saber de él.

II.

Habían transcurrido tres años.

En el monasterio de Piedra había un monje misterioso, á quien el pueblo llamaba *el monje inspirado,* y al cual sus compañeros parecían tener cierto respeto, y le concedían como instintivamente cierta superioridad sobre ellos.

Era de todos el que más tarde se quedaba á orar en la iglesia; en el templo estaba siempre de rodillas; jamás se le había visto sonreir; sus ayunos y maceraciones eran frecuentes, y su rostro, aunque joven, estaba surcado por hondas arrugas, arrugas de esas que se deben al dolor ó al desengaño.

Muchas veces salía por la noche de su celda, como si no pudiera dormir, perseguido por algún recuerdo que la austeridad del claustro á templar no bastara, y entonces recorría silencioso los corredores, murmurando en voz baja y sorda palabras entrecortadas que bien podían ser las de una letanía ó de un rezo, y á menudo, en éstos

momentos extraños y á esta hora intempestiva, se bajaba á la iglesia, y, uno tras otro, doblaba la rodilla ante todos los altares, golpeando su frente en el pavimento y clavándose en el corazón las uñas, como si de la una y del otro arrancar quisiera una importuna memoria.

Otras veces cruzaba con precipitados pasos la huerta, é iba á sentarse al borde de los abismos, junto á las mujidoras cascadas, y allí, cara á cara con la naturaleza y con Dios, hundía su frente entre las manos, y ya lloraba con sollozos estridentes, que ahogaban la voz de las cascadas, ya se estremecía y revolvía en medio de terribles crisis nerviosas que por largo rato le aquejaban.

¿Quién era aquel hombre?

Nadie lo sabía.

Sólo el abad conocía su nombre, su secreto quizá, y el abad no se lo había comunicado á nadie. El día que le hizo tomar asiento entre los que durante su vida debían ser sus hermanos y compañeros, le dijo tan sólo:

—Bien venido seas, hermano Ponce.

Los otros, pues, sólo sabían que se llamaba Ponce.

Con nadie se comunicaba el misterioso monje; sus hermanos jamás habían oído de él otras palabras que las que les dirigía al encontrarles por fraternal saludo.

Un empleo ó comisión había querido Ponce reservarse, y el abad se lo concediera.

Cuando un monje estaba en los últimos momentos de su vida, Ponce era el que bajaba al claustro, y empuñando el aldabón que colgaba del pilar fúnebre, daba á compás los tres golpes con que se convocaba á la comunidad en torno del lecho de la agonía, y que era una imitación de aquellos que, según tradición entre los cistercienses, solían oirse sobrenaturalmente en las celdas de los moribundos, y se llamaban *los golpes de San Benito*.

Cuando cumplía este encargo, que voluntariamente se había impuesto, los monjes, al pasar por delante de

Ponce para ir á hincarse de rodillas junto al lecho mortuorio, oíanle murmurar entre golpe y golpe estos rudos versos:

Aquí la muerte entró.
Ya todo concluyó.
Te llamo yo.
Yo soy la voz del llanto,
el eco del quebranto:
del duelo y del espanto
yo soy el aldabón.
Mortal feliz, advierte
que me caiste en suerte:
Mortal, yo soy la muerte.
Rompí tu corazón.
Aquí la muerte entró.
Ya todo concluyó.
Te llamo yo.

Estos versos eran los que frecuentemente se le oían murmurar también cuando sus largos paseos por la huerta ó cuando sus horas de insomnio, las cuales pasaba recorriendo las galerías y claustros del monasterio.

A fuerza de meses, de rezos, de soledad, de penitencia, el monje inspirado, el monje Ponce pareció hacerse más amable y más comunicativo.

Era sin duda que había acabado por arrancar de su corazón el punzante recuerdo que sin cesar le aquejaba, como quien arranca de un campo una yerba venenosa.

En efecto, ya no tenía horas de insomnio, ya no sollozaba en medio de nerviosas crisis á orillas de los abismos. La oración, ese bálsamo de los desesperados, había acabado sin duda por cicatrizarle la llaga del alma.

Ponce era otro hombre.

Ponce era uno de los varones más respetados, uno de los monjes más santos del monasterio de Piedra.

III.

Esta es la hora en que el aire se puebla de misteriosos fantasmas; esta la hora en que los genios del mal cruzan en todas direcciones para ir á reunirse en misterioso conciliábulo; esta la hora en que susurran las flores y las hojas de los árboles mecidas por el viento nocturno que las roba sus perfumes; esta la hora en que sombríos vapores se elevan de los lagos, y suenan en los montes desconocidos rumores..... ¡Esta es la hora!.... ¡Media noche!

Reina por do quier universal silencio, el silencio de las tumbas. El viento gime melancólicamente entre los árboles, y las hojas secas, al chocar entre sí arrastradas por el suelo, remedan el crujir de los esqueletos. Esta es la hora en que la luna brilla vistiendo con amarillenta luz las puntas peladas de las rocas que se dibujan á lo lejos como grupos de relucientes cráneos. ¡Las doce de la noche!.... ¡Esta es la hora!

Esta es la hora en que la naturaleza se duerme y los espíritus de las tinieblas se despiertan; la hora en que el ruido de los torrentes y cascadas, despeñándose desde prodigiosa altura, ahoga la gritería de los brujos reunidos en el sábado; la hora en que vemos cruzar sombras misteriosas por los espacios, en que oimos sonidos incomprensibles remedando voces humanas, sin acertar á comprender qué sombras son esas que se agitan y cuáles esas voces que se oyen.

Esta es la hora en que, ginete en una nube que remeda un monstruoso lagarto, un diablo cruza rápido los aires y desciende á las profundidades de la tierra, que se raja para abrirle paso, como si fuera una masa de vapor que corta una ráfaga impetuosa.

Misteriosa caverna se presenta á sus ojos, y sin vacilar penetra en ella el aéreo mensajero.

Baja del monstruo que se desvanece en cuanto se siente libre, una puerta se abre á su paso, y se encuentra en una estancia cuyas paredes son de fuego y cuyo pavimento es de encendidas ascuas.

Allí está Satán sentado sobre dragones que abren sus bocas y agrupan sus cabezas para formarle un trono; su mano, en lugar de cetro, empuña una haz de serpientes.

—Ponce se nos ha escapado,—dice el recién llegado.—La oración pudo más que yo. Este monje pertenece ya al cielo. El recuerdo de su amor ha muerto en su alma. Su corazón está frío.

Satán baja la cabeza y medita.

A los pocos momentos se sonríe, se sonríe con una sonrisa de infierno que hace retemblar de espanto los cimientos del infernal palacio.

—Vuela,—dice;—en el castillo de Lizana hay la mujer que Ponce ha idolatrado un día. Desliza en su oído palabras dulces que evoquen sus recuerdos de amores ya olvidados, enciende la fiebre de su deseo, arda en delirios del amor de Ponce, que lo arrostre todo, que se precipite, que vea al monje que fué un día el bastardo de Guevara, y Ponce y Eladia son nuestros. ¡Vuela!

El mensajero se inclina y parte.

IV.

En un sitio árido y desierto, en lo alto de un monte desnudo, donde siempre viven las nubes y de donde huyen las aves, se levanta una torre solitaria. Allí vive la triste.

Una voz melodiosa, más dulce que el susurro de las fuentes, más suave que el murmullo de los arroyos, más

armoniosa que el suspiro de la brisa, entona melancólica cántiga acompañada del laúd de los amores.

«La estrella de la noche, la reina de las tinieblas, está absorta escuchando mis cantares.—La noche ha tendido su manto de sombras entre los mortales, y se ha vestido de luto por la muerte de su hermano el día.—Yo las pregunto: ¿dónde está mi amante?.... Y el silencio es su respuesta.

»Veo que sombras misteriosas vagan fúnebres en torno mío.—Oigo el graznido del buho que canta la tristeza de la noche.—El aura silenciosa agita mi negra cabellera.—La lechuza bate sus alas y revolotea en rededor de la lámpara que alumbra mi estancia.—Yo les pregunto: ¿dónde está mi amante?.... Y el silencio es su respuesta.

»Cuando nace la rica aurora animando las flores de los campos y los árboles del bosque, las flores y los árboles mueven alegres sus hojas y la saludan, libres de las tinieblas que sobre sus frentes pesaban. Yo pregunto entonces á la aurora: ¿dónde está mi amante?.... Y la aurora, sin contestarme, llora perlas de rocío.»

El canto ha cesado. El silencio vuelve á ser sepulcral. Sólo se oye el viento que silba entre las ruinas, el agua que se queja entre los guijarros.

Ha rechinado una puerta sobre sus mohosos goznes. Se oye un paso furtivo bajar rápido la escalera del torreón.

Una mujer atraviesa por entre los escombros, vestida de blanco, el cabello suelto flotando en mar de ébano sobre los desnudos hombros.

Cruza las ruinas, salva el torrente, baja la montaña. Ya está en el valle.

Si allí hubiese algún campesino á quien poder preguntar, os diría:

—¿Esa mujer?.... Esa mujer es *la loca*.

Pero si lo preguntáis al cronista, el cronista os dice:
—¿Esa mujer? Esa mujer es Eladia.

V.

¡Qué triste cosa es un claustro! El silencio, el silencio siempre, el silencio eternamente. El hombre camina á la tumba contando los pasos que de ella le separan. El edificio que sirve de morada al monje, le sirve de patria y de destierro á un tiempo, y la campana que ronca suena sobre su cabeza entonando himnos á la Virgen, es la misma que entonará sobre su féretro las preces de difuntos.

Y sin embargo, el claustro es el puerto de salvación para las almas enfermas. Allí todo habla de Dios á los desgraciados: han trocado la embriaguez de la vida por el éxtasis de la soledad, el órgano les acaricia cantándoles himnos melancólicos, aspiran el perfume de la oración, de esa flor mística que brota consoladora al borde de la tumba donde han amortajado su esperanza, y cada día suben una grada de la escalera del cielo.

Entre los solitarios de Piedra, Ponce es el más asiduo al templo.

Miradle allí de hinojos ante el altar. Su rezo es largo, muy largo. Hace ya mucho tiempo que sus hermanos han abandonado el coro, y él reza todavía.

Sale por fin del templo, la cabeza baja, murmurando:

Aquí la muerte entró.
Ya todo concluyó.
Te llamo yo.
«Yo soy la voz del llanto,
el eco del quebranto:
del duelo y.....

¿Por qué se ha interrumpido? ¿por qué se detiene? ¿por

qué clava sus ojos espantados en la bizantina galería del claustro?

Es que junto á una columna se dibuja una forma blanca. Es que allí está una mujer arrodillada, y esta mujer, el corazón se lo ha dicho á Ponce, es Eladia.

Eladia, la cabellera suelta, el rostro pálido, los labios blancos como una azucena marchita.

El monje se ha detenido como si una mano de hierro le hubiese clavado en el pavimento; pero la heredera de Pomares se ha destacado de la columna, y adelantándose grave y pausada, con pasos cada uno de los cuales ha resonado en el corazón de Ponce, ha caído á sus pies alzando hacia él unos ojos delirantes de fiebre.

—¡Ponce, Ponce, soy yo, soy Eladia. He sufrido tanto, Ponce!

Ni fuerzas ha tenido el monje para retroceder; pero su cuerpo todo se ha estremecido al sentir la mano de Eladia buscar la suya por entre los pliegues del tosco sayal.

—¡He sufrido tanto!—repite Eladia.—Me unieron á un hombre á quien yo no amaba. Yo no sé lo que le dije, pero sé que á fuerza de repetírselo, me llamó loca y me encerró en la torre solitaria. Allí he visto pasar entre cuatro paredes muchos días, muchos, no sé cuantos. Tal vez un año, tal vez más, yo no sé..... no me entretenía en contar los días, porque sólo pensaba en mi amante. Me acuerdo que vino á verme dos veces el hombre á quien me había unido. Cada vez me preguntó: ¿estáis loca aún? y cada vez le contesté: ¿qué habéis hecho de mi amante?.... Un día he encontrado abierta la puerta de mi prisión; entonces me he salido y he empezado á andar á la ventura; he llegado á las puertas de esta casa..... No sé quién me ha dicho: aquí está tu amante, y he entrado en busca de Ponce. ¡Aquí me tienes, pues; vámonos!

¡Pobre mujer! su lenguaje es de una sencillez melancólica que desgarra el alma. Ponce siente brotar una lágrima en sus párpados y caer á lo largo de sus mejillas, abrasándoselas como si fuera una gota de plomo derretido.

—¡Eladia, pobre víctima de amor!—dice Ponce con voz fúnebre que parecía salir de entre su sayal como de entre los pliegues de un sudario;—yo no te conozco, no debo conocerte..... Huye de este sitio que profanas.

La joven aparta los cabellos que caen sobre su frente y fija sus ojos en el monje.

—¿Qué es eso?—dice.—¿Qué palabras son esas que no comprendo? Ponce, Ponce, amado de mi alma, ¿por qué me hablas así? Ponce, yo te he amado siempre, te he amado con todo el cariño de mi alma. Ponce, yo no puedo vivir sin tí; tu amor es mi vida; tu desamor mi muerte. ¿Por qué has estado tanto tiempo lejos de tu amada? ¿Por qué has tardado tanto tiempo en reunirte con ella? ¡Ingrato! ¿qué sitio es ese? ¿qué hacías aquí?

La voz de Eladia punza como un dardo envenenado el pecho del solitario. Aquella voz, un día tan querida; aquella mujer, un tiempo tan idolatrada, evoca todos sus pasados sueños de felicidad y de ventura, despierta en su corazón todos los recuerdos cuya rebeldía tanto le había costado domar. ¡Oh! ¿por qué ha puesto la fatalidad á aquella mujer en mitad de su camino?

Y Eladia continúa diciendo:

—Ven, ven, huyamos de este sitio.

Ponce se vence otra vez, reune todas sus fuerzas y desprende su mano de las manos de Eladia.

—Huye, mujer, huye. Este sitio es un claustro. Aquí no cabe más amor que el amor divino. Yo también he sufrido, yo también he llorado, á mí también me han tenido por loco y por delirante. ¿Ves las arrugas de mi rostro, mujer? Cada una de ellas es el fruto de un año

de tormento, de un siglo de agonía. Pero por fin he vencido, y de cuajo he arrancado el amor de mi pecho como el númida aquel que se cortó de un hachazo la mano que había herido á su dueño. Huye, mujer, huye. Tú perteneces á otro hombre y yo pertenezco á Dios. Entre los dos hay un abismo, y sobre nuestra frente un anatema.

Eladia le mira, en seguida baja la frente que cubre con sus manos, y solloza.

—Yo no entiendo, no sé lo que dices,—exclama la pobre mujer;—no comprendo de qué me hablas..... sólo veo que quieres alejarme. ¡Ay! Tú no eres Ponce, ó si lo eres, no me has amado jamás. Ponce vendría conmigo, iríamos á recorrer como antes el jardín del castillo, nos sentaríamos bajo la enramada, y al susurrar del viento, al gemir de las flores y al piar de las aves, nos diríamos palabras tiernas y amantes como sólo nosotros sabíamos. ¡Oh! Tú no eres Ponce. ¡Adiós, hombre desconocido, que sólo tienes palabras que hielan, adiós! Si ves á Ponce, díle que Eladia todavía le ama.

Dice, y se aparta, deslizándose lentamente como un fantasma por bajo las arcadas del sombrío claustro.

Ponce siente la fiebre apoderarse de su corazón, danzar el vértigo en su mente, y presa de una agitación desconocida, impelido por un poder sobrenatural, se lanza hacia la mujer que se aleja, va á llamarla; pero en el fondo del claustro, fría, misteriosa, negra, abriendo melancólica sus brazos, ve alzarse la cruz solitaria en que murió, mártir de la humanidad entera, el Redentor del mundo.

Eladia se aleja, y Ponce cae de rodillas abrazado á la cruz.

VI.

¿Qué es eso? ¿Qué sucede en torno al monasterio? ¿Qué figuras son esas extrañas y misteriosas que se agitan, se mueven, se confunden, se cruzan y se esparcen por todos lados?

Diríase una legión de trabajadores nocturnos.

Pero ¡cosa más extraña! Sus pies no hacen ruido al andar, y nada se percibe tampoco cuando arrojan al suelo los pinos que llevan en hombros y que arrancan con solo sus manos del bosque vecino.

Son los demonios que, irritados al ver que Ponce se les escapa, quieren quemar el monasterio.

En un momento han arrancado todo el pinar inmediato, y llenado de leña todo el circuito del monasterio.

Van á pegarle fuego, pero se detienen ante una seña de Satán.

Es que á Satán le ha ocurrido una idea.

Ha pensado que los monjes pueden escapar de las llamas, burlarle con esto y hacer inútil su venganza. Mejor será, se dice, coger una montaña y dejarla caer sobre el monasterio aplastándole con todos sus habitantes.

Sonríe Satán á la idea de acabar á un tiempo con el edificio y con los anacoretas; dice á los suyos que se estén quedos; bate sus negras alas, y de un vuelo se coloca en los Pirineos.

Escoge allí la peña más grande, rompe sus uñas y ensangrienta sus manos para arrancarla; consigue por fin cargársela al hombro, y, aunque no tan ligero como la primera vez, vuelve á rasgar los aires [1].

1 Hay quien dice y afirma que Satán no se tomó la molestia de ir á buscar la peña á los Pirineos, sino que la arrancó buenamente, tenién-

Está ya á la vista del monasterio..... Un vuelo más, y todo ha concluído para los monjes.

En este momento supremo suena de pronto la campana que saluda á la aurora. Satán se estremece; al movimiento que hace resbala la peña de sus hombros, y cae con un ruido terrible en el sitio donde está todavía.

Vuelve á sonar el toque de maitines, y á la voz de la campana que convida á la oración y saluda al día, disípase dando rugidos de furor la infernal cohorte.

A la puerta del templo, cuando la abrieron por la mañana, los monjes encontraron á una mujer tendida en el suelo y cadáver.

Era Eladia, la pobre loca escapada de la abadía, donde la tenía presa su marido, muerta de hambre y de frío junto al monasterio de Piedra.

Aquella misma tarde los tres golpes de San Benito reunieron á la comunidad junto al lecho de Ponce, que entregó su alma al Señor después de una larga agonía.

Desde entonces le quedó á la peña el nombre de *La Peña del Diablo.*

dola á mano, del vecino monte de la Lastra. El lector podrá aceptar la versión que mejor le parezca.

CAPÍTULO XI.

Las Pesqueras.

El *Valle de la Hoz* tiene un aspecto seductor.

Es el valle á donde va á parar *La Cola de Caballo* y á donde caen también las aguas que se desprenden de los montes vecinos. Por allí discurre el río, á la sombra de una doble hilera de árboles que comunica gran encanto al paisaje.

En aquella pradera es donde se halla el establecimiento de piscicultura, montado á fuerza de inteligentes trabajos y no pocos cuidados, por el celoso propietario de Piedra D. Federico Muntadas.

Existen allí veintidos charcas, ó por mejor decir pesqueras de más ó menos extensión, en las que viven las truchas, divididas por edades. En algunas charcas el fondo está lleno de plantas acuáticas que crían millares de gusanillos, los cuales se extraen por medio de un zurrón abierto y colocado al extremo de un palo que forma horquilla, para servirlos varias veces al día á los peces que están cautivos.

El establecimiento de piscicultura está perfectamente montado, tanto que ha obtenido señaladas distinciones de parte de algunas corporaciones extranjeras, que han sabido apreciar perfectamente la iniciativa, perseverancia y dispendios, empleado todo pródigamente por un particular que con sólo sus propios recursos, sin subvención alguna, se lanzó hace algunos años á plantear

una industria que no tenía entonces precedentes en nuestro país.

La sociedad de aclimatación de Francia, en sesión celebrada en París durante el Abril de 1873, acordó que se adjudicara una Medalla de oro al establecimiento de Piedra.

«El Sr. D. Federico Muntadas, de Piedra, en Aragón (dice el diploma) ha ya recibido de la sociedad varias recompensas por sus trabajos de piscicultura práctica. El establecimiento del Sr. Muntadas es hoy de los más prósperos en su clase, y cuéntanse por millares las truchas que contienen los estanques y sitios para ellas reservados. Es el establecimiento de Piedra una obra acabada que puede servir de modelo y que será imitada de seguro. Viene á ser en cierto modo una granja agrícola, y puede facilitar anualmente muchos millares de kilogramos de pescado de excelente calidad para el consumo. Por todas estas razones la sociedad adjudicará al Sr. Muntadas una de sus grandes Medallas de oro.»

Esta recompensa merecida hubo de excitar el celo del Sr. Muntadas.

En 1876 la cría del año, producto de los generadores encerrados en las grandes pesqueras, no bajó de 80.000 truchas, nacidas en excelentes condiciones.

Los viajeros visitan con gusto y curiosidad las pesqueras, que no merecen llamar sólo la atención bajo el punto de vista científico é industrial. Todas ellas, separadas por anchos paseos, rodeadas de montañas y ceñidas por el río Piedra, constituyen un hermoso cuadro que puede apreciarse en conjunto si se mira de lo alto del llano de Santa María la Blanca, que es de donde se distingue por entero á vista de pájaro.

Más allá de la última gran pesquera, se levanta una choza suiza de bellísimo efecto en medio del prado, y detrás de esta choza, á la derecha, hay un sitio que me-

rece ser visitado por los que buscan lugares agrestes y sombríos. La peña parece abrirse como para dar entrada á alguna gruta misteriosa, pero no es así. Forma sólo un hueco, un recodo con sombra perpetua, rodeado de enhiestas rocas cenicientas y rojizas, que en el fondo se abren para dar paso al barranco que se llama de *Val de Caballo*.

Los que visitan el *Valle de la Hoz* entrando en él por el lago, pueden regresar al monasterio siguiendo otro camino, que es también pintoresco, como lo son todos los de estos lugares.

Saliendo por la puerta del establecimiento de piscicultura, se toma por entre árboles frondosos la orilla del río hasta llegar á un puente rústico, que debe cruzarse, y desde donde se descubre la cascada *Cola de Caballo* en toda su longitud y magnificencia, dentro de su marco de rocas calizas y rodeada de grandes matas de aquella planta, que los antiguos llamaban *Cabellera de Venus*, porque deja caer sus tallos adornados de hojitas verdes formando como mechones de una flotante y caprichosa cabellera.

Es el gran punto de vista para la cascada.

Se divisa ésta en el fondo sobre una gran mancha negra, detrás de la catarata, que es la puerta que abrió la naturaleza para que por ella no entrara nadie. Las peñas de la derecha caen perpendiculares, las de la izquierda presentan tenebrosas cavidades en donde penetra el agua en pequeñas olas formadas por el golpe incesante de la cascada. Pocas cosas tan bellas como el contraste que produce la desnudez de las paredes con la rica vegetación que sirve de corona á la cascada, con la frondosa fresneda del recuesto y con los álamos de las orillas.

Subiendo la meseta por escaleras abiertas en la peña, y pasando por el mirador Orovio, el viajero no tardará en llegar al recinto del monasterio.

CAPÍTULO XII.

El álbum de Piedra.

No todos ciertamente, pero gran parte de los viajeros que han visitado Piedra, dejaron su autógrafo, y autografiadas con él sus impresiones, en el álbum que guarda el dueño de aquella residencia.

Es curioso hojear las páginas de este álbum, que con el tiempo será de un valor inapreciable. Muchos se han limitado sencillamente á poner su firma; algunos la acompañan con un pensamiento, una poesía ó unas líneas en prosa que traducen y reflejan, en más ó menos levantadas frases, los sentimientos del autor y el efecto en él causado por las maravillas de Piedra.

Puede y debe darse en obras de esta clase una idea de lo que es este álbum y de lo que contiene; pero ha de ser forzosamente incompleta, ya que el libro comienza á ser voluminoso, y ya que mucho de lo que en él se ha escrito, cuando no todo, pertenece al terreno confidencial y no al de la publicidad.

Sin embargo, y con la debida discreción, algo debe decirse de las firmas que constan en el álbum, y por ende de las personas que han visitado Piedra. Ilustres viajeros han pisado el recinto del antiguo monasterio, y han recorrido sus valles y cascadas, sus grutas y sus parques, sus lagos y montañas. El álbum está lleno de firmas, que recuerdan nombres notables en las ciencias,

en la aristocracia, en las letras, en las armas, en las artes.

Allí están, si en las letras nos fijamos, los autógrafos de Toribio del Campillo, de Tomeo Benedicto, de Jerónimo Borao, de Manuel Rivadeneyra, de Esteban Garrido, de Isidoro Fernández Flórez, de Manuel de Bofarull, de Campoamor, Núñez de Arce, Hartzenbusch, Alarcón, Rodríguez Rubí, Manuel del Palacio, Perier, Castro y Serrano, Antonio Arnao, Fernández Martín, Bruno Moreno, Navarrete, Cabestany, Ramos Carrión, Escobar, Eusebio Blasco, Mediano, Jimeno, Valenzuela, Pilar Sinués y muchos otros; allí las firmas de compositores célebres, como Barbieri y Arrieta; de pintores eminentes, como Carlos Haes, Claudio Lorenzale, José Mirabent, Antonio Gisbert, Armet, Gibert, Espalter y Madrazo; de hombres políticos, como Olózaga, Santa Cruz, Navarro y Rodrigo, Sagasta, González Bravo, Marqués de Orovio, Madoz, De Blas, Venancio González, Albareda, Emilio Castelar, duque de la Torre, marqués de Corvera, Durán y Bas, Elduayen; de príncipes de la sangre, como los duques de Montpensier; de príncipes de la Iglesia, como los arzobispos de Zaragoza y Granada, y de muchos opulentos de la tierra, ya por el nombre, por el título, por la categoría ó por la raza, que han visitado aquellos lugares y no se han desdeñado de firmar junto á modestos artistas ó simples escritores.

El álbum se abrió en 1861, cuando aún no había carretera que condujese al monasterio, y figuran entre las primeras las firmas de los fotógrafos Martínez Hebert y Laurent.

En 1862, y en época, sin duda, de elecciones, un hombre político, el diputado Sr. Santos de Isasa, escribe:

«Convocado el distrito electoral de Daroca. Voto por la gruta.»

Un sacerdote francés, Charles Garí, escribe tres ó cuatro columnas de buena prosa, con elevados pensamientos, y á continuación, en 6 de Octubre de 1862, se lee:

«Monasterio de Piedra, cerca del Niágara español, descubierto á la admiración universal por mi compañero y amigo el Sr. Muntadas.—*Antonio Romero Ortiz.*»

Bonifacio de Blas, en 1863, escribe que «ninguno de los prodigios de la naturaleza le produjo la sorpresa, la admiración y el asombro que la gruta.» Y dos ó tres páginas más adelante, un nuevo viajero universal, el célebre tipógrafo Manuel Rivadeneyra, cuyo voto no podía ser dudoso, completa el pensamiento diciendo:

«Lo más sorprendente, lo que por sí solo puede dar nombradía á una nación entera, es la inmensa gruta, cuyo aspecto asombra y espanta á un tiempo, y es lo más curioso que he visitado en mis dilatados viajes por las cuatro partes del mundo.»

En Setiembre de 1866 se hallaba en Piedra D. Pascual Madoz, y después de consignar en breves frases su admiración por las maravillas de aquel sitio, fijándose muy especialmente en la causada por la gruta, ofrece que ha de remover cielo y tierra para conseguir que se abra una carretera que conduzca á Piedra. «En ello se interesa, dice, además del bien del país, el orgullo nacional.»

El 21 de Octubre de 1867 firman el álbum dos personajes, á la sazón principales, dos hombres que ocupaban el poder: Luis González Bravo y el marqués de Orovio. Este último, en su escrito aludiendo á la deseada y necesaria carretera, dice: «Aquí falta algo. En cuanto pueda lo haré, y pronto.»

Y efectivamente, no tardaba en abrirse la carretera que desde Alhama conduce á Molina de Aragón, pasando por junto al antiguo monasterio. Como recuerdo

de gratitud existe hoy en un sitio de la montaña un pabellón con hermosas vistas, que se llama *el mirador Orovio*.

En cuanto á González Bravo, Piedra hubo de inspirarle recuerdos clásicos. El álbum guarda de él unos delicados pensamientos, escritos en latín, y en latín que no desdeñaría, por cierto, el más entusiasta latinista.

Sigue luego Esteban Garrido con una feliz ocurrencia, pues escribe sólo lo siguiente:

Vive Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla.

(A ruego de Miguel Cervantes que no
puede ya firmar) *Esteban Garrido*.

El año 1869 empieza para el álbum con unas líneas de Práxedes Mateo Sagasta, y dos páginas más adelante hay una bella inspiración en prosa, de Carlos Navarro Rodrigo. Aparecen luego unos versos, que pudieran llamarse oportunistas, de López Guijarro, y siguen las firmas del duque de la Torre, á la sazón Regente del Reino, y de varios distinguidos personajes que le acompañaban.

En la página inmediata se lee la firma del duque de Montpensier; más adelante la de Isidoro Fernández Flórez, al pie de una línea de puntos suspensivos encerrada entre dos admiraciones, y una epístola en catalán, de Manuel de Bofarull, cierra el año 1870.

El de 1871 comienza con un soneto de Ferrer y Vidal. Un distinguido periodista inglés, Goddard, escribe en 10 de Mayo estos renglones:

«Estoy orgulloso de ser el primer inglés que ha visitado esta magnífica posesión, una de las maravillas del mundo *(one of the wonders of the wored)*.»

Aparece de nuevo este año la firma de los duques de

Montpensier, y siguen más adelante cuatro páginas de bellísima prosa, firmadas por Emilio Castelar.

El 3 de Agosto de dicho año visitaban el monasterio los presidentes del Senado y del Congreso, que eran á la sazón los Sres. D. Francisco Santa Cruz y D. Salustiano de Olózaga.

«Hoy, 3 de Agosto de 1871—dice de su puño y letra Olózaga,—se han reunido aquí el presidente del Senado y el del Congreso de los Diputados, y dando un paseo tan rápido como su edad consiente, han visto tantas cascadas y torrentes como pueden verse atravesando toda la Suiza. Al encanto que tanta maravilla produce, á la sublime admiración de la magnificencia y caprichosa variedad con que salta por altos cerros y riscos el río Piedra, se mezcla un sentimiento de pena y hasta de vergüenza, por no haber disfrutado antes de este grandioso espectáculo, desconocido de la inmensa mayoría de los españoles, á pesar de que no dista de Madrid más que ocho horas este delicioso sitio.»

Las firmas abundan en este año, y firmas ilustres, por cierto.

Un distinguido diplomático ruso, el barón C. de Taube, dice:

«He viajado mucho por Suiza, por el Mediodía de Alemania, el Norte de Italia y Francia, y nada he visto más magnífico ni más pintoresco que estas numerosas cascadas y jardines. Se puede envidiar al propietario de este paraiso terrenal.»

En las páginas del álbum correspondientes á 1872 se lee una tiernísima carta de D. José de Olózaga, dirigida á su hermano D. Salustiano. Estaba muy reciente la pérdida por aquél experimentada de un hijo suyo querido, secretario que era del Congreso de los Diputados, muerto en un duelo, y el recuerdo de este hijo idolatrado brota y palpita en las frases de esta carta:

«Bello, bellísimo—dice José Olózaga dirigiéndose á su hermano—es este encantador retiro; pero cuanto más bello me parece, más amarga es mi pena, y más doloroso mi recuerdo de la dicha pérdida. ¡Qué hermoso es esto! digo en lo más íntimo de mi corazón, ¡y él no lo ve!»

En 15 de Agosto escribe Núñez de Arce una bella y levantada poesía, que más tarde hubo de publicar en uno de sus volúmenes, y el 16 del mismo mes el venerable D. Juan Eugenio Hartzenbusch, gloria de las patrias letras, continuaba en el álbum, de su puño y letra, aquella bella poesía que más tarde se publicó, y que así comienza:

A tu plácida corriente,
río, de tu tierra honor,
obstáculo aterrador
opónese de repente.
Hondo precipicio es
de abismos, rocas y breñas:
tú raudo en él te despeñas
con arrojo aragonés.

Pedro Antonio de Alarcón visita el monasterio en Setiembre, y se contenta con escribir elocuentemente *Guta creat lapidam*.

Mudas están las páginas del album en los años 1873 y 1874, y el 1875 vuelven á abrirse con un escrito de Tomás Rodríguez Rubí, tras del cual siguen, más adelante, varias lindísimas poesías de Manuel del Palacio y las firmas de ilustres viajeros, entre ellas las del arzobispo de Granada, de Juan Valera, Alvareda, marqués de Corbera, Feu, Perier, Moraza y muchísimos otros.

En el rincón de una página, y escrito por un hombre de buen humor, que sabe sin duda donde está su mano derecha, se lee:

Quien al ver estos portentos,
de Dios no bendice el nombre,
que no me venga con cuentos;
ó es un bestia, ó es un hombre
incapaz de sacramentos.
De esta afirmación respondo.
Pudiera tratarla á fondo
con gran éxito quizás,
mas..... como me llamo *Blas*,
hago aquí *punto redondo*.

Y firma un Blas de Ureña que tiene todas las trazas de andar corriendo por este mundo con otro nombre.

Elduayen se despide del monasterio con una página en prosa, y otro señor, que tiene también todas las señas de no ser el Ruperto Jiménez que firma, escribe estas quintillas dirigidas á Alfredo:

Nada tan precioso ví
como este valle fecundo,
y expreso mi asombro así:
«si hay paraiso en el mundo,
el paraiso está aquí.»
Si á descubrir me adelanto
de esta mansión el encanto,
absorta el alma se queda:
no hay pincel que alcance á tanto,
ni pluma que tanto pueda.
Alfredo, tu fe sencilla
par no busque á lo que ves
del Piedra en la fresca orilla:
Dios hizo esta maravilla
y el molde rompió después.

De Castro y Serrano hay estas líneas:

«Cuando la naturaleza quiere maravillar al hombre, desquebraja unas peñas, pone unos palos de punta, de-

rrama unos charcos de agua, recorta unas hojas de papel verde, y hace salir el sol. Artistas, imitadla.»

Una segunda visita á estos sitios inspira á Jerónimo Borao los siguientes versos, que compone en 23 de Junio de 1878 al pie de la cascada *Iris:*

Aquí todo rebosa, alienta y crece,
árbol, yerba, torrente, roca y yedra;
á los rayos del sol casi enloquece,
al sombrear de la noche casi arredra.
¿Qué es esto que embelesa y estremece
y á pura admiración convierte en *piedra*?
¿Qué es esto que á la mente desafía?
¿Es un vacío?—Es..... la poesía.

Antonio Arnao improvisa estos endecasílabos en Agosto del mismo año:

Esta grandeza mágica y brillante
de que vestir á Piedra al cielo plugo,
pide en el bardo que su gloria cante
ó el arpa terrorífica del Dante,
ó el numen soñador de Víctor Hugo.
Yo que descifro en tanta maravilla
cuán poco valen las que el hombre crea,
tan sólo puedo, hincando la rodilla,
atónito exclamar con fe sencilla:
«¡Grande es el Hacedor! ¡Bendito sea!»
Corrientes de los montes despeñadas,
rumores de las aguas y los vientos,
antros en que se pierden las miradas,
lagos de etérea paz, grutas colgadas
dentro de altivas cumbres sin cimientos;
Arboleda frondosa que murmura,
río que corre cristalino y manso,
noche tenaz que reina en la espesura,
rayo del sol que baja de la altura
convidando á la dicha y al descanso;

Vosotros sois para la mente mía,
que á mundo celestial osada vuela,
fugaz visión del sempiterno día,
fuente de inagotable poesía
que la débil palabra no revela.
Cuando feliz vuestro esplendor admiro
en el orbe terrestre sin ejemplo
por esferas de luz vago y deliro,
y en vosotros á par absorto miro
del divino poder dechado y templo.
Mas lo que al alma extática intimida
es una gruta pavorosa y yerta,
entre cielo y abismo suspendida;
inmensa catedral, por Dios abierta
para que allí le encuentre quien le olvida.

Más adelante, al pie de unas sentidas líneas de Fernández Martín, se tropieza con un bello soneto de Pablo de Santiago y Perminón, y luego con el siguiente fragmento de un precioso romance en que se describe el lago de la *Peña del Diablo* como acaso no lo haya descrito nadie con tanto acierto:

Entre guijos escondida,
no lejana de su sauce,
una dulce fuente brota,
y de los puros cristales
en que rebosa fecunda,
un lago encantado nace.
Tostadas rocas lo cierran
formando muro gigante
donde se estrellan y mueren
los rumores mundanales.
La verde faja que ciñe
sus bordes, al retratarse
de las transparentes linfas
en el espejo brillante,
y de la cortada peña

la recta, alumbrada imagen,
en su seno se prolongan
y distinguir no se sabe
lo que es visión bajo el agua,
lo que es verdad en el aire:
como en los dulces ensueños
que forja ilusión de amante,
la realidad se confunde
con los puros ideales.
Sólo al cielo mira el lago
y el cielo en él se complace;
no lo manchan otras sombras
que reflejos de celajes.

Bruno Moreno es quien firma este bello romance.

Una dama, ilustre por su talento y por su título, la baronesa de Cortes, deja este pensamiento en el álbum:

«El que baja á la gruta ateo y no sube convertido, nunca abrirá sus ojos á la fe.»

A Clark, el distinguido periodista inglés corresponsal del *Times*, se ocurren estas entusiastas frases:

«Hoy he visto realizado uno de los más deliciosos sueños de mi residencia en este poético país de España. He visitado el monasterio de Piedra, y la realidad ha sobrepujado á todas mis esperanzas. Es la belleza y la originalidad de la naturaleza misma sin el auxilio de su hermano mayor, el arte.»

Navarrete estampa luego un bello pensamiento, y siguen estos versos de Cabestany:

Suma tal de prodigios encantados
pródiga derramó naturaleza
por cascadas, por grutas y por prados,
que al mirarla, los ojos, espantados,
resístense á creer tanta belleza.
Mil veces he soñado algo imprevisto
y juzgué verdadera mi ventura:

hoy á creerlo cierto me resisto,
porque al abandonar esta hermosura,
parece que he soñado lo que he visto.

Eusebio Blasco se dirige á Federico Muntadas para decirle:

Oh mi hospitalario amigo:
salgo de aquí tan contento,
(y séame Dios testigo)
«que no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.»

Joaquín Jimeno, el periodista aragonés, escribe esta otra quintilla:

La gruta del Iris ví,
y cuando en su fondo entré,
dijo la cascada así:
«Vengan soberbios aquí,
que yo los humillaré.»

Sería nunca acabar si se fuera anotando todo lo que hay en el álbum.

Basta con lo dicho y con añadir que, al escribir este capítulo, el álbum terminaba con una filosófica observación del distinguido jurisconsulto Sr. Durán y Bas, con unas sentidas y levantadas frases del ilustre académico señor Marqués de Molins, y con notables impresiones de los Sres. Valenzuela y hermanos Bastinos.

Y damos punto aquí á nuestra tarea.

Consideramos terminada nuestra misión. Otros escribirán mejor y con más datos la historia y descripción del monasterio y de las bellezas de Piedra. Para nosotros, es decir, para el objeto que nos hemos propuesto, basta con lo escrito, y ponemos punto final á nuestra obrita diciendo á cuantos nos lean: ¿Dudáis? Pues id á Piedra.

LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT.

NOTA.

Se publicó esta obra por vez primera hace treinta y cinco años en las páginas del *Diario de Barcelona*. De ella se hicieron luego cuatro ediciones en España y seis ú ocho en las Américas latinas. Brot la tradujo al francés y Rosenthal al alemán.

En 1880 se publicó nuevamente (Madrid, imprenta de Cao y de Val), después de un largo período en que se habían agotado todos los ejemplares de sus distintas ediciones, con el beneplácito y revisión de su autor, quien, dejando íntegra la obra de su juventud tal y como entonces apareció (hasta con las faltas hijas de la inexperiencia), la ilustró sin embargo con notas, le añadió los trabajos literarios que acerca de Montserrat había escrito posteriormente, y la acompañó con nuevas leyendas y con una descripción de las cuevas descubiertas en el monte.

Copia de la edición de 1880 es la actual.

Abril de 1885.

I.

A MI AMIGO DON JUAN MAÑÉ Y FLAQUER.

MONASTERIO DE MONTSERRAT 19 de Agosto de 1850.

Ya lo sabes, amigo mío: te lo dije antes que partieras para esa encantadora Cádiz que, según expresión de uno de nuestros poetas camaradas, es un buque pronto á hacerse á la vela; te lo dije antes que partieras en busca de esas vegas de Andalucía, lujosos tapices de flores extendidos bajo un poético techo de estrellas; te lo dije..... y héme aquí, en estos montes, en estas soledades, en esta Tebaida catalana, cara á cara con ese gigante de piedra que, orgulloso hasta en su muerte, con sus mismos escombros se ha labrado su tumba.

Nuestra común y agitada vida de periodistas nos ha conducido á los dos—pobres y desfallecidos náufragos, pobres y errantes misioneros de la prensa, que ya casi habíamos cerrado á todo la puerta de nuestro corazón, —á tí en busca de emociones, á mí en busca de recuerdos; á tí, filósofo y pensador, tras las costumbres de los pueblos que poder analizar con tu escalpelo de crítico, á mí, poeta y entusiasta, tras las leyendas y tradiciones de nuestra amada Cataluña; á tí en pos de la vida de la ciencia, á mí en pos de la poesía de la vida; á entrambos en busca de un poco de esa brisa refrigerante y consoladora que lejos de las ciudades susurra, y que nues-

tros corazones enfermos han ido á beber como bebe el cáliz de la rosa el rocío matinal que incrusta de perlas sus purpurinos pétalos.

Por mi parte, te lo confieso, amigo mío, el efecto ha sido mágico.

Necesitaba pensar y creer. He pensado y he creído.

¡Te compadezco!.... Tú no sabes lo que es la *Salve* á las ocho de la noche, en este cien veces histórico monasterio, entre esos gigantescos órganos de granito, entre esas venerables ruinas de las cuales surgen aún dos torres gemelas como dos brazos de piedra que, á la luz de la luna y antes de dormirse, eleva á Dios la Tebaida de las baladas montañesas. Tú no sabes lo que es la *Salve*, es decir, el lirio de los cristianos cánticos, entonado, á esta hora de la noche en esta cima de rocas, por nueve solitarios religiosos que no han temido venir á enterrarse vivos sobre las tumbas de los muertos, y cuya fe evangélica, y cuyo amor á la soledad les ha hecho tornar, pobres y desnudos, á ese desnudo y pobre nido de religiosas águilas.

¡Oh! no, tú no sabes, amigo mío, toda la poesía que hay en ese cántico que despide al día que parte y saluda á la luna que asoma; tú ignoras todo el éxtasis de inefables místicas delicias en que sumerge aquí el prolongado suspiro que murmura el órgano, acompañando las voces de esos solitarios del claustro que resuenan bajo las bóvedas del templo, y que, repetidas por los ecos fieles de la montaña, van á cernerse zumbadoras sobre las huérfanas ermitas, como un enjambre de abejas sobre un grupo de flores.

Después de oir esa *Salve*, después de asistir á ese rosario que cada noche entonan á los pies de la Virgen de Montserrat nueve únicos solitarios y tres solos monacillos, restos de un monasterio fecundo en varones ilustres y de una *escolanía* pródiga en profesores músicos, he

atravesado silenciosamente y á la luz de la luna las ruinas de la antigua catedral de las montañas. ¿Qué quieres que haya leído entonces en esas haces de airosas columnas esparcidas por el suelo, y sobre las cuales he tenido que saltar para abrirme paso?.... ¿Qué quieres que haya visto en esas ojivas sin pintados y simbólicos cristales, en ese montón de pedestales viudos de sus estatuas, en esa ruinosa cortina de arcadas, único lienzo que ha quedado en pie y que extiende sus sombras sobre los escombros, como un sauce solitario sus llorosas ramas sobre las mortuorias losas? ¿Qué quieres, en fin, que me hayan dicho todos esos sepulcros sacrílegamente profanados quizá para buscar ilusorios tesoros en sus senos, y esas cenizas ilustres esparcidas al viento al son de los ruidosos aplausos de guerreras hordas?....

He sentido todo lo que no puede explicar la pluma, todo lo que el pensamiento es impotente para traducir.

Un doloroso recuerdo de lo pasado ha sumergido mi alma en la meditación; he evocado los días de mi bulliciosa infancia, pasada aquí mismo en su mayor parte, y—¡memoria pueril!—he recordado la época en que jadeante y afanoso trepaba por estas mismas peñas y corría á llamar á la puerta de una ermita, para presenciar el espectáculo de unas inocentes avecillas que iban á comer las migajas de pan en la mano de un penitente de luenga y nevada barba.

¡Oh! mañana tengo que ir en busca de esta ermita y, no me cabe duda, la hallaré.

Entonces ha sido cuando se han desplegado á mi vista todos mis pasados días, como se despliega ante el viajero, que subido á una colina vuelve hacia atrás el rostro, toda la llanura que acaba de recorrer.

Entonces he visto que todos mis días se habían ido desmoronando como las piedras de este monasterio, y

entonces me he dicho que era un santo y piadoso deber, si aprovecharlos quería, el de reconstruir con los ojos de la memoria el edificio que cantan nuestras baladas y que ensalzan nuestras crónicas, antes que se sumergiera para siempre en el seno de las negras sombras del olvido; me he dicho que era un deber para nosotros, los poetas cristianos, el de legar á nuestros hijos la historia de los monumentos protegidos por nuestros padres, y recoger una á una, como cuentas desgranadas de un collar de perlas, todas las tradiciones y leyendas que van á morir con los pocos ancianos que nos quedan, si presurosos no corremos á recogerlas de sus moribundos labios.

Entonces ha sido asimismo cuando he recordado, tú debes también recordarlo, lo que un amigo de entrambos, de entrambos Mecenas, nos dijo un día:

—Las tradiciones se van, las tradiciones se pierden como se pierde entre las crecidas yerbas el agua que límpida y pura brota del manantial de una roca. Nadie se cuida de recoger esas tradiciones, como nadie se cuida de aprovechar el manantial de la montaña. Algún viajador extranjero se detiene á veces por casualidad al pie de las ruinas de un castillo feudal ó á la puerta de un abandonado monasterio. ¿Cuya es la historia de ese edificio? pregunta. Su guía no la sabe. Nuestros guías apenas saben ninguna historia. El extranjero se informa, indaga. Por casualidad le dicen que unos libros antiguos hablan de lo que pretende saber, pero de esos libros quedan desgraciadamente pocos ejemplares, y estos pocos ejemplares duermen el sueño del olvido en el rincón de la biblioteca del opulento, ya que no erudito particular. Por lo demás, ¿quién lee ya libros antiguos? El extranjero parte, y al llegar á su país inventa una historia para las ruinas de aquel feudal castillo, ó cuenta un milagro de que hace datar la construcción de aquel an-

tiguo monasterio. Si nosotros, pues, no tratamos de contar á los extranjeros las tradiciones de nuestros pueblos, la historia de nuestros monumentos, ¿quién será de entre ellos el que por nosotros las cuente?

Nuestro amigo tenía razón.

Mientras llega otra pluma mejor, ¿por qué no emprender la mía esta tarea? Y puesto que me hallo en el lugar privilegiado de las fantasías, puesto que piso el país de las tradiciones, ¿por qué no empezar por las tradiciones del país?

La acogida dispensada no hace mucho tiempo á mi *Expedición á San Miguel del Fay*, me responde por otra parte de que el público leerá con interés estas nuevas tradiciones, y me seguirá con curiosidad en el viaje que le propongo á uno de los más famosos y más históricos sitios de nuestra vieja Cataluña.

Montserrat es célebre en todo el mundo, es el monasterio cuyos umbrales han atravesado acaso más reyes, y, Jerusalén española, su templo ha atraído de todas partes religiosas caravanas de piadosos romeros, mientras que las piedras de su camino se han visto más de una vez teñidas con la sangre de los pies descalzos de reyes y potentados, que penitentes han trepado por sus áridas cuestas.

Dos historiadores ha tenido Montserrat. Sus obras voluminosas, á más de escasear en el día, se hallan escritas en el lenguaje difuso é hiperbólico propio del siglo que las dió á luz.

Y luego, aun cuando así no fuera, hallaríase también á faltar en ellas las modernas y contemporáneas vicisitudes del monasterio, y las cien curiosas leyendas que aquellos religiosos escritores pudieron desdeñar, pero que el poeta peregrino debe cuidadosamente recoger.

Todo esto, amigo mío, debe hacerte no extrañar si en

vez de un artículo como te prometí, es un volumen de artículos lo que te doy [1].

1 Los autores han escrito de diversas maneras el nombre de esta montaña y santuario. Unos la han escrito *Monserrat*, otros *Monserrate* y muy pocos *Montserrat*. En la primera edición de esta obra, acepté el nombre de *Monserrate*, siguiendo á Argaiz, Serra y Postius y Piferrer; pero, con perdón sea dicho de tan estimables escritores, creo que ellos poniéndolo y yo aceptándolo, cometimos un gravísimo error. Por desgracia no es el único de que tengo que acusarme en la precipitación con que he tenido casi siempre que dar mis obras á la prensa para ganar el modesto sustento de mi familia.

El nombre de *Monserrate* no debe usarse, porque es desnaturalizar la palabra. Tampoco debe usarse el de *Monserrat*, porque *Mon* sin la *t* es mundo, y por consiguiente dice *mundo aserrado*. La palabra propia, la voz genérica, es *Montserrat*, es decir, *monte aserrado*.

Varios nombres se han dado á este monte. El de *Mon ceills*, palabra derivada del caldeo, que significa *montones;* el de *Mons exoscil* ó *extorcil*, (*quasi tortus*) que le dió Plinio; el de *Mons-Veneris* que algún cronista supone se le dió en la época de los romanos á causa de haberse edificado allí un templo á Venus: el de *Gis taus* (peñascos vigilantes) que le dieron los árabes; y el de *Mons serratus* ú *obseratus*, raíz del nombre actual de Montserrat.—*Nota de* 1880.

II.

EL RUISEÑOR Y LA NIÑA.

Un día el sol se obscureció, asomaron las trémulas estrellas en el cielo, estremecióse la tierra en sus cimientos, cayeron las paredes de los edificios, rodaron animadas las piedras, rajáronse los peñascos, salieron los muertos de sus sepulturas, y, estremecidos bajo los pliegues de sus sudarios, interrogaron el espacio con sus ojos sin pupila.....

El Hombre-Dios moría en el Gólgota, y á su postrer suspiro en la cruz contestaba la tierra con un grito de agonía.

Montserrat solo no se contentó con estremecerse; quiso llevar eternamente el luto por la muerte del Criador. Sus elevadas cumbres se dividieron, abriéronse en su seno profundos abismos, el monte todo se separó en piezas, y desde entonces, Briareo de cien brazos, en cada roca aislada, en cada pirámide solitaria, en cada grieta inmensa, dejó hasta la consumación de los siglos un testigo de su dolor.

Dios en cambio alfombró sus rocas con todo el lujo y opulencia de la más rica vegetación.

Piensen otros lo que quieran. Crean unos en buen hora que esa caprichosa división de riscos se debe á un volcán, crean otros hijo su origen del diluvio. A nosotros, poetas cristianos, nos place admitir la tradición ci-

tada. ¿Puede haber acaso otra ni más poética ni más santa?

Los romanos, esos señores de la tierra, esos opulentos aventureros que fueron á pasear la enseña de sus legiones por todo el mundo, los romanos, se prendaron de este monte.

Pensaron que al abrigo de sus peñas, protegido por sus murallas de granito, podían establecer un sitio de delicias y de amores, y así como Napoleón pensó diez y siete siglos más tarde que eran los Alpes un magnífico sepulcro para el guerrero de Marengo, pensaron ellos que era Montserrat un magnífico pedestal para las columnas de un templo.

Venus, pues, tuvo un templo en Montserrat.

Desde entonces, en lo alto del monte, cada día resonaron los báquicos cantares de las hijas de Roma que, vestidas con ligeras y ondulantes túnicas, iban á danzar en torno al ara coronando con flores la estatua de la Diosa.

La montaña que á la muerte de Cristo había rasgado de dolor sus entrañas, veíase obligada á prestar sus ecos para que repitieran los idólatras cantos de las meretrices romanas.

Cada noche, luego de haber desaparecido del cielo el último color de púrpura con que viste el sol moribundo las dispersas nubes, una mujer, una joven, una niña, atravesaba el llano, y tomando una senda que no parecía haber sido jamás hollada por humana planta, introducíase furtiva en un bosquecillo de abetos que daba fresca y amorosa sombra á la boca de una cueva.

En aquella cueva había en un rincón, colocada sobre una roca que le servía de altar, una imagen tosca de San Miguel, labrada por un mártir cristiano á quien una tarde habian arrancado de su penitente morada para llevarle al martirio.

La cristiana niña iba cada noche á postrarse de hinojos ante San Miguel y á pedirle con amoroso acento, voto de un cándido corazón, que hiciera de ella una mártir como su maestro.

Una noche en que la niña repetía por centésima vez su cristiana súplica, una noche en que los árboles balanceaban amorosamente sus cabelleras al beso de una brisa enamorada, en que las flores llenaban de aromas exquisitos los ámbitos de la cueva, en que la luna introducía en ella sus rayos vistiendo con un manto de luz suavemente delicada la imagen de San Miguel, la niña oyó de pronto un canto dulce y simpático modular tiernísimos acentos desde el seno de la enramada.

Era la voz de un ruiseñor.

Pero ¡cosa extraña! el ave cantora despedía acentos que la niña comprendía.

Así cantaba el ruiseñor:

—«Todo viene de Dios y todo vuelve á Dios. En un minuto da vida á la rosa y en un minuto la marchita. Deja vivir al hombre algunos años como deja arder una lámpara en el fondo de una cripta. Sopla un día sobre la lámpara y se apaga. Sopla un día sobre el hombre y muere. Dios ama las oraciones que son el rocío de las almas. Dios envía á la niña cristiana el bálsamo de las lágrimas para enternecerla y el canto del ruiseñor para animarla.»

Y el ruiseñor entonces se puso á entonar un cántico tan lleno de fe, que la niña sintió conmovido su corazón, y abundantes lágrimas rodaron en perlas por sus mejillas.

A la siguiente noche, la niña, al entrar en la cueva, vió á un ruiseñor posado en una rama. Al ver á la niña, el cantor de las selvas batió sus alas.

—«Salud, cantó el pájaro, salud á la niña que por amor á Dios ambiciona la palma de los mártires! ¡Con-

fianza y esperanza en Dios! Un ángel ha predicado á Abraham que su posteridad sería numerosa como los granos de la arena del mar y como las estrellas del cielo; el ruiseñor dice á la niña que Dios, por amor hacia ella, la permite ver por sus ojos toda la extensión de su cólera.»

Y como la niña, admirada y no comprendiendo lo que el ave mensajera del Señor le decía, levantase hacia ella sus azules é interrogadores ojos, el ave continuó:

—«Jericó cae al son de las trompetas del Señor: Sodoma y Gomorra ven extenderse sobre ellas la negra nube que lleva en su seno el exterminio de dos pueblos. ¡Confianza y esperanza en Dios! La niña cristiana debe seguir al ruiseñor del bosque á través de los riscos, como los israelitas la columna de fuego á través del desierto.»

Y la parlera ave, saltando de rama en rama, fué alejándose poco á poco, cantando, siempre en su lenguaje, alabanzas al Señor.

La niña fué siguiendo al ruiseñor.

Así llegaron á la cima del monte, así llegaron al sitio donde se alzaba un magnífico templo que arrojaba torrentes de luz por entre sus columnas, y del cual salían los cantos idólatras de las sacerdotisas que, veladas apenas por la gasa de sus túnicas, daban vueltas alrededor del ara de la diosa de los amores, derramando los perfumes de sus cifos sobre la cabeza de las jóvenes bacantes agrupadas al pie de los amores de Júpiter y Venus, cubiertos con las redes de Vulcano.

Un momento hacía sólo que allí habían llegado el ruiseñor y la niña, cuando resonó un grande estrépito. Las columnas corintias que sostenían el templo cayeron desquiciadas, y la bóveda se desplomó tras ellas.

Entonces pudo ver la niña extenderse una nube blanca que encima de una elevada roca se formaba, iluminarse con una viva luz purpúrea, rasgarse como un velo

de tul, y aparecer San Miguel con sus alas diáfanas y su espada de fuego.

Inmediatamente, como por encanto, todo aquel montón de ruinas del templo vióse cubierto por una espesa vegetación. A los pocos instantes el templo de Venus era sólo una masa granítica, de entre cuyas grietas brotaban en abundancia las yerbas humedecidas de rocío.

Mientras San Miguel volvía á entrar en la nube que se cerraba y partía majestuosamente de encima la roca, como un águila que emprende pausadamente su vuelo hacia el espacio, el ruiseñor volvió á dejar oir su peregrina voz.

—«Feliz la niña á quien el Señor ha permitido que viera los efectos de su cólera. Todo viene de Dios y todo vuelve á Dios. ¡Salud, salud á la niña cristiana que cree y espera! ¡Alabanza á Dios!»

Y la niña cristiana, cayendo de rodillas, murmuró asombrada:

—¡Alabanza á Dios!

Tal es la balada que, siendo niño, cien veces me cantó una anciana para dormirme en mi cuna.

III.

HABLEMOS UN POQUITO DE HISTORIA, SI GUSTÁIS.

En un rincón de la Judea, allí mismo donde nace el día, ya Cristo, el sol de la civilización, el tipo de la igualdad, se ha elevado sobre el horizonte romano, y la moral pura y joven del Evangelio, predicada por sus doce discípulos, germinará en las entrañas de la tierra sembrada en el fondo de las criptas por los mártires; lloverá como rocío divino sobre los pueblos cristianos, desprendida de las cátedras de los santos.

Pero entre tanto, así como las aguas se han sorbido la raza primitiva profanada por el sacrilegio, el hierro destruirá la raza secundaria manchada por la corrupción.

Roma la indolente, que ya sólo tiene soldados ebrios y mujeres que pasan el día en el baño y la noche en los lupanares, es sorprendida en una orgía por Alarico; por Alarico, que empuja las naciones ante su espada como una horda de esclavos azotada por el látigo; por Alarico, que destruye los ejércitos como campos de espigas la hoz de un segador.

Cartago la cortesana, cuyos hombres vestidos de mujeres se dejan coronar con flores soñolientamente tendidos á los pies de extranjeras meretrices, es un día pisoteada por los vándalos, que ni siquiera se toman la molestia de volver el rostro para mirar el nido de hormigas que su planta acaba de destruir.

Más de quinientas ciudades incendiadas son las hogueras que señalan el camino seguido á través de la tierra por Atila; por Atila, que hace tirar su carro de triunfo por una cuádriga de reinas prisioneras, y que da un rey vencido por esclavo á cada uno de sus tenientes.

Mientras el hierro purifica toda esta raza de hombres, á quienes Roma dictadora, pasando un día á través del mundo como un río inmenso, había unido bajo los mismos pendones, haciendo un pueblo de todos los pueblos y un solo lenguaje de todos los idiomas, unos ancianos venerables van reuniendo en torno suyo todos los restos, y al disiparse la polvareda de los campos de batalla, aparecen los nuevos pueblos abrazados á las rodillas de los Padres de la Iglesia.

Un huracán había pasado sobre el mundo, como si Dios hubiese querido fundir en un crisol todas las razas; del seno de comarcas desconocidas habían brotado innumerables hordas de bárbaros; los ríos habían arrastrado corrientes de sangre; torbellinos de fuego se habían elevado de todas las ciudades; las naciones habían amontonado unas sobre otras sus escombros, y la sangre de los hombres de todos los paises se había mezclado y confundido en los campos donde brilló la espada terrible del *Azote de Dios*.

Pero como si todas las materias fundidas hubiesen dejado el oro en el fondo del crisol, de todo ese caos salió un campo fecundo para que en él germinara la virgen y regeneradora doctrina del Evangelio.

El mundo pudo exclamar: *¡Eureka!* como Arquímedes.

Los Padres de la Iglesia fueron recorriendo á su vez el mundo con el Evangelio en una mano y la cruz en la otra, y al revés del caballo del feroz Atila, que donde quiera que sentaba la planta no volvía á crecer la yerba, tras de cada una de sus huellas nacía un templo.

Cada pueblo presentaba su capilla, cada roca su ermita, cada monte su santuario á la invocación de los discípulos de los santos mártires.

Mayo de los siglos aquella época, veía por todas partes brotar los templos como flores. ¡Los templos! ¡Puertos de la fe, casas del Señor abiertas á la esperanza y á la igualdad de todos los pueblos!

Los discípulos de Severo y de Benito sembraron entonces Cataluña de iglesias y conventos. El monasterio de Montserrat fué uno de ellos.

Quirico, uno de los monjes de San Benito, fué el que determinó fabricar el monasterio precisamente en el sitio donde se decía que existiera el templo de Venus. Montserrat se fundó dos años antes de la muerte de Theudio, el asesino de Amalasunta, y veinte años antes de que un rey godo de Cataluña fuera el primer rey de España en tomar insignias reales, en vestir la púrpura y en comer en mesa separada de sus vasallos.

Vacilan los autores en asegurar cuál fué el sitio en que estuvo situado el primer monasterio de Montserrat, pero todas las probabilidades se pronuncian por Monistrol, pueblo situado hoy al pié de la montaña. Para ello buscan la etimología en el nombre, *Monasteriolum* (monasterio pequeño)—*Monasteriol*—*Monistrol* [1].

Pero después de los romanos habían venido los godos, y despues de los godos vinieron los moros.

El conde D. Julián para vengar á su hija deshonrada por Rodrigo, abre la puerta de España á los ejércitos sarracenos, que se precipitan como torrentes. Ocho días de

1 La población de Monistrol está situada al pie de Montserrat y á la orilla derecha del río Llobregat (el *Rubricatus* de los antiguos).

Suponen en efecto algunos cronistas é historiadores que este fué el lugar donde se fundó el primitivo monasterio, á mediados del siglo VI. Preciso es confesar, sin embargo, que faltan datos auténticos para poder abrazar del todo esta opinión.—*Nota de* 1880.

batalla en las orillas del Guadalete, concluyen con la desaparición de D. Rodrigo y la derrota del ejército cristiano.

Lérida saqueada, Tortosa vencida, Tarragona incendiada, advierten á Barcelona la llegada de una bandera desconocida, de un ejército innumerable y de unos hombres extrañamente vestidos que lanzan sus gritos de guerra en un lenguaje extraño de nadie comprendido.

Los templos van á ser convertidos en mezquitas, las ciudades en serrallos, las mujeres en esclavas.

Cataluña arroja un grito supremo de angustia, y las voces unidas de las vírgenes del Señor suben en coro á las plantas del Eterno. Los sarracenos se acercan, y las esposas de Cristo prefieren ser tragadas por la tierra antes que perder su vestidura de pureza.

Sus votos son oídos.

La mayor parte de los conventos desaparecen, y por espacio de cuarenta años, según una piadosa tradición, los árabes, dueños de la España Tarraconense, oyen bajo tierra y en el sitio donde se levantaban los templos, la voz de las campanas que llaman al *Ave María* y los cantos de las religiosas que entonan la *Salve*.

Barcelona se defiende aguerrida mientras los ministros de Dios esconden en los antros de las montañas las imágenes.

Los templos que no sirven á los moros ni para mezquitas de creyentes ni para cuadra de caballos, son arrasados hasta en sus bases ó entregados á las llamas.

Tal es la suerte de Montserrat.

Los catalanes, perdidos por la seducción de una mujer, recurren á la espada del hijo de una concubina.

Carlos Martel les promete apoyo, pero antes debe arrojar de su país á los infieles que, á su vez, se lo han invadido. Los catalanes asisten en gran número á la batalla dada por Carlos bajo los muros de Tours, donde

queda por suyo el campo, en el que yacen tendidos trescientos setenta y cinco mil agarenos.

¡Mucho matar es! exclama uno de nuestros más cándidos cronistas al citar el número de muertos en esta batalla.

Cumple Carlos su palabra y entra en Cataluña; pero después de señaladas victorias contra los moros, le llama á otro punto la rebelión de Sajonia que pugna por escapársele.

Entonces es cuando reunidos al son de la trompa de guerra de Otjero, entran en Cataluña los nueve barones de la fama, y empieza toda esa guerra de Titanes á la que desgraciadamente ha faltado un Homero.

Cuatro veces es perdida y recobrada Barcelona: en una de las primeras se apoderan los caballeros catalanes de la cordillera de Montserrat, y cinco castillos elevan en poco tiempo la cresta de sus almenas por encima las almenas de sus peñas.

En el día, Montserrat no guarda restos de ninguno de esos castillos.

El primero fué fundado por Otjero, y conservó su nombre, *Castillo de Otjero*. Nada se sabe de él, como no sea que existió entre el castillo de Collbató y la llamada cuadra de San Miguel.

El segundo se llamó de Collbató, por hallarse dentro de un término de este nombre. No falta quien dice haber sido obra de un capitán llamado *Gattó*, formándose de *Coll Gattó*, *Collbató*. (Collado de Gató.)

El tercero era de la Guardia, llamado así y también *Benefacio*, por el mucho bien que de él resultaba con su guarda. Descubría, tal era su posición, veinte leguas tomadas en semicírculo, y defendía las tierras de Igualada, Calaf y Manresa.

El cuarto llamóse *Marro* ó de *Santa Cecilia*, y se hallaba á la entrada de la más llana parte del monte.

El quinto fué el llamado de Montserrat, y estuvo en donde se levanta hoy la ermita de San Dimas. A este castillo va anexa una dramática y curiosa tradición que contaré en su lugar [1].

1 Todo esto es puramente tradicional. Hay realmente memoria de haber existido estos castillos; pero acaso su origen no es el que supone la tradición. Del primero se dice que fué llamado de Otheger ó *castell Otgario*, de Otger ú Otgero Katalon, capitán de los nueve varones de la Fama; pero la historia pone, y con razón, muy en duda la existencia de Otger.

El castillo del que hay memorias legítimas es el quinto, ó sea el de Montserrat, del cual parece que tomó nombre la familia Montserrat, solar de los caballeros de este linaje.—*Nota de* 1880.

IV.

LA VIRGEN DE LA MONTAÑA.

Corría el año del Señor 880.

Ya Vifredo había conquistado con su sangre un blasón para su patria [1].

Como nidos de golondrina en lo alto de una peña, Montserrat contaba cuatro ermitas, de una de las cuales debía salir un día San Julio para ser obispo de Egara, como de una de ellas debía salir más tarde San Ignacio de Loyola para fundar la Compañía de Jesús [2].

Montserrat tiene esto de particular; va enlazado á la historia de nuestros reyes como un florón á una corona, y á la vida de nuestros santos como un rayo á una aureola.

Lo que voy á contar es una tradición, pero una de

1 Era el poeta, no el historiador, quien esto escribía.—*Nota de* 1880.

2 Es Argaiz, autor de la *Perla de Cataluña*, quien dice y asegura que en Montserrat existían ya cuatro ermitas antes de pensar en edificarse el monasterio y antes de descubrirse la imagen santa, y que estas ermitas eran las de San Acisclo, de Nuestra Señora, de San Pedro y de San Martín.

Hasta trece ermitas llegaron á construirse andando el tiempo, que son las que llegué á conocer en mi infancia, y se llamaban de Santiago, de San Juan, de San Onofre, de Santa Catalina, de la Magdalena, de San Jerónimo, de San Antonio, de San Salvador, de San Benito, de Santa Ana, de la Trinidad, de Santa Cruz y de San Dimas.—*Nota de* 1880.

esas poéticas y religiosas tradiciones que nada han perdido de su virginal pureza, aunque hayan pasado por el tamiz de nueve siglos; una de esas tradiciones que cuentan ampulosamente nuestros cronistas, pero que debe oirse sólo de boca de la madre montañesa cuando, junto al hogar y en una cruda noche de invierno, la refiere con toda la riqueza de la sencillez á sus tiernos y miedosos hijos.

Desgraciadamente esas tradiciones se pierden; desgraciadamente junto al hogar de la choza extraviada, en torno al cual se reune cada noche toda una numerosa familia montañesa, las escenas sangrientas de guerras fratricidas han sucedido á las romancescas baladas que mecían en su cuna de recuerdos el culto de las tradiciones.

La fe es ahora una cifra; toda creencia debe ser el resultado de un cálculo matemático.

¿Qué extraño, pues, que mi relación de hoy y mis relaciones sucesivas evoquen la sonrisa de la incredulidad en ciertos labios?

Nuestros cronistas han contado esas tradiciones; nuestros padres las han referido á sus hijos; el peregrino debe recogerlas.

En ellas están la creencia y la poesía de los pueblos, y fieles no seremos jamás ni á los altares ni á las tumbas de nuestros padres, mientras no lo seamos á ese eco de lo pasado que habla de virtud á nuestras almas y de gloria á nuestros pechos.

Pasemos ahora á la tradición.

Al caer de una plácida tarde de verano, y cuando ya las sombras empezaban á envolver con sus negruzcos turbantes las rocas atrevidas de Montserrat, unos jóvenes pastores, algo retardados, se apresuraron á orillas del Llobregat á recoger sus ganados para llegar á Olesa.

Una purpúrea claridad iluminó repentinamente el cie-

lo, y parecióles ver que en un punto, el más obscuro de la montaña, brillaban millares de luces como un grupo de monstruosas luciérnagas, en tanto que una tras otra se desprendían del éter las estrellas y, frutas de fuego, iban á colgarse movedizas y chispeantes de las ramas de los árboles.

El prodigio no paró aquí; oyeron como ecos lejanos unos cantos peregrinos acompañados de una música suave y deliciosa, mientras que el espacio se poblaba de aromas y perfumes tan gratos como los recuerdos de la infancia.

En vano al llegar á Olesa contaron los pastores lo que habían visto y oído. Nadie quiso dar crédito á sus palabras.

Siete días habían bastado para borrar ó debilitar á lo menos en la memoria de sus mismos espectadores el espectáculo que presenciaran, cuando á la tarde del octavo día repitióse el prodigio, siguiendo sucesivamente todos los sábados.

Los pastores entonces dieron aviso á un venerable eclesiástico, cura de Olesa, y por cuatro consecutivos sábados pudo el religioso varón oir la invisible música, resonar los celestes coros y ver caer las estrellas sobre una peña que circundaban con una corona de brillantes.

Admirado el cura de caso tan extraño, quiso consultar con el obispo de Manresa (que allí estaba su sede por hallarse Ausona esclava de agarenos), y ambos fueron una tarde á colocarse cerca del lugar privilegiado. Allí, bañados por una nube de odorífera fragancia hasta las doce de la noche, asistieron al espectáculo de la lluvia de estrellas, de los coros angelicales y de la invisible música.

A Gundemaro, el obispo de Ausona, ya no le quedó entonces duda de lo que aquello indicaba, y al reir el alba del domingo, como dice un cronista, todos los fie-

les en solemne procesión costeando las orillas del Llobregat, llegaron á la falda de la montaña y buscaron el sitio de los prodigios.

Guiados por el aroma delicioso que les inundaba, y por los celestes cantos que débiles y lejanos resonaban como voces melancólicas de aquellos monstruosos órganos de granito, no tardaron en descubrir la boca de una cueva oculta entre la más salvaje aspereza del monte.

En el interior de esta cueva fué hallada la Virgen.

Desacordes àndan al llegar aquí los cronistas, pues dicen unos que se ignora completamente la procedencia de la Virgen, mientras que otros afirman y sientan que no era otra la imagen hallada que la que trajo á España el apóstol San Pedro, obra de San Lucas, venerada en la iglesia de Ludovico Pío, San Justo y San Pastor, y escondida entre las breñas de Montserrat por el godo Erigonio y Pedro obispo de Barcelona, cuando la traición de Julián inundó la España de agarenos.

Sea como fuere, al hallazgo de la santa imagen cogióla en brazos Gundemaro, y en solemne procesión de fieles determinó trasladarla á Manresa; pero después de haber vencido no pocas dificultades de la montaña y haberse abierto paso por entre las escabrosas peñas, llegaron todos á un sitio, precisamente el mismo donde hoy se levanta el actual monasterio, y en vano quisieron entonces seguir adelante.

Sus pies no acertaban á desprenderse del suelo, como si en ellos hubieran clavado fuertes raices. La voluntad de la Virgen quedaba bien manifiesta. No quería abandonar la montaña, y aquel era el sitio por ella acogido.

La multitud cayó de rodillas, y los ecos misteriosos de la portentosa montaña repitieron la primera *Salve* á la Virgen, cantada por los padres de una raza de héroes. ¡Primer y casto tributo de adoración á la que un día

debía sucesivamente ver de hinojos á sus pies á todos los reyes, recibir los dones de todos los potentados, y ser invocada en todos los campos de batalla por esas conquistadoras legiones de aguerridos catalanes, que, agrupados junto al pendón de las ensangrentadas barras, entonaban á coro, antes de principiar el combate, el *birolay* de María! [1].

Una tosca y pobre capilla fué en seguida levantada en aquel lugar por los cuidados y solicitud del obispo de Manresa.

La Virgen de la montaña debió sólo su primer templo á la gratitud de los fieles.

Cómo fué transformada esa capilla en monasterio, es toda una historia, la más romancesca quizá de nuestras crónicas; la más rara y original acaso de nuestras montañesas tradiciones.

Héla ahí.

1 La Virgen de Montserrat es negra, como es sabido, y de esto procede el que sea llamada *la morenita de Cataluña*. Otros la llamaron *la Virgen de las batallas*, por ser fama que algunas veces, colocada en unas andas, se la llevaron los héroes de la reconquista á las batallas para que les infundiera más valor y brío, peleando así por ella y ante ella.

A principios de este siglo, cuando comenzó nuestra regeneración política, á los liberales se les conocía vulgarmente por los *negros*, y á los absolutistas por los *blancos*. Los *negros*, ó sea los liberales, tenían por patrona á la Virgen de Montserrat, y como esto no agradaba á todos, pues influía mucho en el pueblo el que la Virgen fuese *liberala*, un día apareció la imagen pintada de blanco, y empezó á pregonarse por todas partes:—"*¡Milagro!* la Virgen de Montserrat ha dejado de ser liberal y se ha vuelto *blanca*."

La cosa movió mucho ruido, según oí contar varias veces á mis padres, pues se trata de época en que yo no había nacido, y hubo necesidad de que la Virgen volviera á ser negra como antes era y siempre fué.—*Nota de 1880*.

V.

SATANÁS EL ANACORETA.

A la luz melancólica de la luna que fantásticamente ilumina todo ese caos de piedras que se llama Montserrat, un hombre pasea cotidianamente al borde de los abismos sin fondo que se abren junto á esos huracanes de peñas, junto á esas teorías de cicópleas catedrales, y al pie de esas agujas gigantes, que si parecen unas, en lo aisladas y solitarias, mudos y atentos centinelas sarracenos que vigilan envuelto él cuerpo en su almaleque y cubierta la frente en su almaizar, aseméjanse otras, en lo unido y compactas, á una bandada de nocturnos fantasmas, petrificados entre los pliegues de sus parduzcos mantos al cruzar en su rápido vuelo por encima la montaña.

Viste ese hombre el penitente flóculo, cubre su pecho una poblada barba, y empuña su mano el cayado de los apóstoles y de los pastores.

¿Pero quién es ese hombre ante el cual huyen las aves agoreras de la montaña, y á cuya vista la campana del milagro que cuelga de los dos pilares colocados ante la ermita de San Acisclo y Santa Victoria, toca por sí sola, saludándole al pasar?....

Es Juan Garín el solitario, Juan Garín el huésped de Montserrat, Juan Garín el penitente que, á imitación de San Pablo el primer ermitaño, se ha labrado una vi-

vienda de águila en una roca inaccesible, y se ha subido á la cima de la montaña más alta de Cataluña para de allí dirigir desde más cerca sus oraciones á Dios.

Juan Garín abandona á veces su palacio de granito para ir á pie y descalzo hasta Roma, que es ya la capital del orbe cristiano, después de haber sido el solio del mundo idólatra. Es una santa romería que todos los años se impone el solitario, y así que llega á las puertas de Roma, las campanas, moviendo por sí propias su lengua de metal, saludan con su canto al peregrino, de la misma manera que la campana del milagro de Montserrat.

Cuando Juan Garín reposa tendido en el suelo de su gruta, algunas veces, antes que baje el sueño á cerrar sus párpados con su peso de mariposa, le sucede oir sordos y subterráneos rumores como si fueran estremecimientos nerviosos de la montaña, ó como la voz de las aguas vírgenes que en las huecas entrañas del monte ruedan sus olas por profundos y desconocidos acueductos.

Nada de esto es, sin embargo.

Los rumores que oye el solitario varón cuando aplica el oído al suelo de su gruta, son causados por las carcajadas de los demonios que habitan en el seno de la montaña.

Llególo á comprender por fin el santo penitente, y aun cuéntase que un día penetró en sueños en el subterráneo palacio, y vió danzar impúdica y frenéticamente á toda la turba de infernales seres alrededor de una hoguera en que acababa de ser arrojada una doncella de Monistrol, separada del camino de la virtud por ardid y astucia de uno de los secuaces del infierno.

Desde aquel día Juan Garín duplicó sus penitencias y mortificaciones; desde aquel día Juan Garín rogó tanto, tanto, para ahuyentar la terrible vecindad de los de-

monios, que la gerosimilitana Virgen, oculta aún en su desconocida peña, extendió el brazo y arrojó de los abismos del monte á la legión infernal que de él se había apoderado.

Al tener que abandonar los demonios su palacio subterráneo, exhalaron un grito tal de venganza contra el que era causa de su proscripción, que la montaña toda se estremeció como agitada por un terremoto. Juan Garín, que se dirigía entonces á su cueva pasando por junto á un abismo, vaciló, perdió el equilibrio y cayó despeñado, sin más lesión afortunadamente que una leve herida en el rostro, causada por las ramas de un árbol que repentinamente se extendieron para recibirle en sus brazos.

Los desterrados demonios no cejaron en su venganza por haber fallado su primera tentativa.

Belial, el emperador de los infiernos, es el más astuto y sagaz enemigo del hombre, y furioso por ver proscrita de tan deliciosa morada á una de sus más queridas cohortes, determinó tomar señalada venganza, oído y meditado el parecer de sus siete consejeros capitanes.

Así es que cogiendo un día por los cabellos y con la mano derecha á Satanás, mientras que con la izquierda sostenía por uno de sus cuernos á Astaroth, de un solo rápido vuelo se colocó en una de las cimas de Montserrat, yendo precisamente á detenerse en la eminencia paralela á la en que tenía su cueva el penitente Garín.

Llegado allí, Belial soltó su doble carga, y dirigiendo la palabra á sus satélites les habló de esta manera:

—Vais los dos á ayudarme en el plan que tengo formado para robar á Dios ese ermitaño que con sus rezos ha motivado que mi capitán Annabry tuviera que abandonar el sitio delicioso donde habitaba desde el día en que fuimos arrojados de la morada celestial. Os he elegido á vosotros dos en preferencia: á tí, Satanás, por-

que eres el más cuerdo, juicioso y astuto de mis jefes, y á tí, Astaroth, porque eres el más joven, galán y seductor de mis vasallos. Oidme bien.

Los dos demonios se prepararon á no perder una sílaba de lo que iba á decirles su emperador.

—Mira,—dijo Belial á Satanás.

Y dando un puntapié á una peña, abrió el ancho boquerón de una cueva.

—Mira; esta va á ser tu morada, Satanás; aquí vas á vivir penitente, ocultos tus miembros bajo el tosco sayal, desfigurado tu rostro por luenga y blanca barba; te hallarás un día con Juan Garín, le brindarás con tu sociedad, por ser los dos solitarios ermitaños de este monte, é irás infiltrando en él á pequeñas dosis el veneno de tus consejos. Mis estados no te serán abiertos hasta que hayas fiel y lealmente cumplido con tu misión.

Dicho esto, y á una seña de Belial, Satanás se halló vestido de un penitente sayo, en tanto que una luenga barba, blanca como la nieve del Monseny, se desprendía ensortijada hasta su cintura.

—Por lo que á tí toca,—añadió Belial volviéndose hacia Astaroth,—escoge la figura que mejor te acomode y el disfraz que más te cuadre; baja al llano y válete de tus ardides y seducciones para que la más hermosa doncella catalana venga aquí á influir con su belleza en el ánimo de Garín, preparado ya por los consejos de Satanás. Lo propio que éste, no pienses volver á entrar en mi imperio hasta que hayas llenado tu misión. ¿Qué disfraz te place más escoger?

—El de caballero cristiano,—contestó Astaroth sin vacilar.

Inmediatamente la brillante cota de malla cubrió al demonio, ciñó su frente el elegante casco godo, colgó de su lado la reluciente espada con su empuñadura en cruz, embrazó su izquierda un dorado escudo de airosos

lambrequines, y empuñó su derecha la formidable lanza de batalla.

—Y ahora,—dijo Belial,—ya conocéis y profundizáis mi idea. Combinad vuestro plan como mejor os parezca, con tal que dé el resultado que apetezco. Sedme fieles, y os recompensaré como merezcáis.

Los dos satélites se inclinaron en señal de asentimiento.

Despues de esto, despidióse Belial de sus dos vasallos y batiendo sus negras alas se lanzó al espacio, en tanto que Satanás entraba á tomar posesión de su cueva y que Astaroth se abría paso entre las matas para bajar al valle.

No anduvo tardo Satanás en empezar á poner en práctica las instrucciones recibidas de su señor.

Aquel mismo día Juan Garín, al dar su acostumbrado paseo nocturno y al revolver de una peña, se encontró con el nuevo ermitaño.

Ambos se quedaron un momento contemplándose con asombro.

—Padre,—dijo por fin el ermitaño á Garín rompiendo el silencio,—¿habitáis acaso en este monte?

—Sí, hermano,—contestó Garín.

—¿Acaso vivís aquí penitente anacoreta?

—Han ya ocho años.

—¿Cómo es, pues, posible,—prosiguió Satanás,—que en tres que llevo yo de vida solitaria y penitente en estos riscos, jamás os haya visto ni encontrado?

—Luego vos.....

—Soy,—interrumpió Satanás,—un humilde pecador que aquí ha venido para pedir perdón de sus enormes culpas á la soledad, al cilicio, á la mortificación y al rezo.

—Grandes pecados hemos cometido, hermano,—dijo Garín.

—Sí, hermano, pero bien los hemos ya purgado.

Garín miró al ermitaño.

Satanás se mordió los labios. Conoció que había avanzado mucho para una primera entrevista.

En efecto, Juan Garín saludó al ermitaño y se disponía á seguir su camino, cuando éste le detuvo.

—¿No os place,—le dijo,—la sociedad de otro penitente como vos?

—Deseo la soledad,—contestó secamente Garín.

—Pero puesto que nos hemos hallado,—insistió el tenaz ermitaño,—¿por qué rehusar mi compañía?

—Porque tengo ya otra.

—¿Cuál?

—La del Señor.

Y Garín se santiguó, y pasó de largo sin notar el brusco movimiento que hizo y la precipitación con que le abrió paso su interlocutor á la señal de la cruz hecha por el santo varón.

Al siguiente día, Garín, al salir de la cueva, vió en una peña contigua, situada á dos tiros de ballesta de la suya, al ermitaño de la víspera devotamente arrodillado y piadosamente arrobado en sus oraciones, sin que en larguísimo rato se meneara de su postura, parecido á una estatua de piedra. Pretendió el santo varón observarle con cuidado, y no sólo en aquel día, sino en el transcurso de los siguientes, reparó que los pasaba casi enteros arrodillado y rezando. Aquella constancia en el rezo, mayor que la suya, movió la emulación de Garín, inspirándole al mismo tiempo un afecto hacia el compañero que penitente había ido á orar en el fondo de una salvaje montaña.

Así es que, cuando siete días más tarde se halló nuevamente con él en el sendero de las rocas, ya no huyó su sociedad como en la primera entrevista había hecho, y simpatizando con el arrepentido pecador que pasaba

los días entregado á la penitencia, se prometió tener en él un ejemplo y un consejero.

Juan Garín y el nuevo ermitaño acabaron, pues, por ser los mayores amigos del mundo.

Como se vé, Satanás el anacoreta empezaba á cumplir las instrucciones dadas por su jefe.

Veamos ahora cómo las cumplía Astaroth el paladín.

VI.

EL DONCEL DE LOS CABELLOS DE ORO.

Era una deliciosa noche de Mayo, del *minnemouath* (mes del amor) de Carlo Magno. La brisa era tibia, el cielo tempestuoso, la luz intermitente de la luna rasgaba las nubes en caprichosos fragmentos, el valle tenía un aspecto singularmente salvaje, y todos los aromas de las plantas, arremolinados por el aire nocturno, iban á acariciar, impalpables emanaciones de invisibles ramilletes, el rostro de una joven asomada á una ventana del palacio condal.

Riquilda, la hija de Wifredo *el velloso*, el héroe de las crónicas, como Recaredo el alma de las leyendas, como Carlo Magno el rey de las baladas, Riquilda era la bella entre las bellas.

Sus cabellos descendían en rizos de ébano sobre su cuello tan blanco como el del cisne formado de la espuma del mar; su talle se cimbraba como el de una esbelta hija del Norte, ó como el de una graciosa palma del desierto; sus ojos, negros y ardientes, despedían en sus gemelos rayos todo el fuego de la raza meridional; casi nunca abandonaba su traje blanco, símbolo de su pureza de paloma.

Un día que Wifredo daba un festín en su palacio de Barcelona, había llegado un bardo de luengas tierras, nacido en los campamentos y criado en las cortes de los

reyes godos. Vifredo le había invitado á beber en la copa hospitalaria de los condes. El bardo había tomado asiento en la mesa del festín. Al terminarse éste, y cuando el peregrino trovador llevaba por tercera vez la copa á sus labios, habíase abierto la puerta presentándose como una aparición la hija del conde.

Deslumbrado el bardo por tan melancólica belleza, desató la vieja lira que colgaba de su espalda, y en un canto de amor llamóla Hlodohilde (diamante noble) del mediodía, invocando todas las bendiciones de Dios y todas las felicidades de la tierra sobre la frente del guerrero jefe que fuera un día á entregarla el sueldo de oro y el dinero de cobre en señal de tomarla por esposa, recibiendo de ella la manzana mordida en señal de aceptar su amor.

Desde entonces Riquilda era llamada por algunos *el diamante del conde.*

Bella al par que tempestuosa estaba la noche como hemos dicho. Un alma joven y amante, un corazón ardiente dispuesto á abrirse á todas las emociones, como flor á las gotas de rocío, encuentra en la contemplación de los espesos matorrales, de las sombrías alamedas, de las aromosas florestas iluminadas por el resplandor amarillento de la luna, el mismo encanto y la misma fascinación que el ruiseñor en la mirada del sapo.

Riquilda quedóse aquella noche hasta muy tarde asomada á la ventana, viendo cruzar las nubes en aéreas visiones y en grupos de fantasmas, respirando los soplos acres de la vecina tempestad, mezclados con los perfumes debilitados de la flor del valle, y oyendo, lejanos y misteriosos, todos esos rumores incomprensibles de la noche y de las montañas.

De pronto le pareció oir como el ruido de un cuerno de caza y como los aullidos de toda una jauría. Lo que al principio tomara por una alucinación, fué luego convir-

tiéndose en una realidad; Riquilda oyó el cuerno más distinto, los aullidos más cercanos, y á la luz de la luna, vió por entre una muralla de hayas situadas más acá del Tibi Dabo, pasar como sombras una tropa de fugaces caballeros.

¡Una cacería de noche!.... Era incomprensible.

A poco, la tropa de caballeros desembocó en el valle siguiendo á un ciervo, al cual el miedo y la proximidad del peligro daban alas. El pobre animal cruzó todo el llano con la rapidez del rayo, y fué á pasar por junto á las paredes del castillo condal. Tras de él vino la jauría, tras de la jauría los caballeros, montados en soberbios alazanes, que cruzaron á la vista de Riquilda, arrastrados por un galope furioso, violento, rápido, sobrenatural.

Al pasar por debajo la ventana de Riquilda, un caballero levantó la cabeza, y la hija del conde pudo ver un rostro varonil y bello, una mirada suave y dulce, brotando de unos ojos azules como el cielo, una expresión melancólica y tierna, esparcida como un baño de luz por la fisonomía, y todo adornado por las rubias olas de cabellos que, rebeldes y á puñados, se escapaban de un casco bruñido y sin plumas en que la luna reverberaba su moribunda luz.

Ciervos y cazadores desaparecieron, pero no cesó de oirse el ruido del cuerno, ni los aullidos de los perros. Otra vez volvió á presentarse la tropa en el valle, siempre impulsada por el mismo galope, inclinados los caballeros sobre el cuello de sus caballos, como espigas encorvadas por el viento; pero, ¡cosa extraña! Riquilda veía todo aquello, y no oía el galope de los caballos. Hubiérase dicho que era una cacería de fantasmas.

Tres veces pasó la comitiva rozando las paredes del palacio condal á los ojos atónitos de Riquilda, que en vano prestaba el oído para apoderarse de un relincho,

del rumor de un casco de alazán resbalando de una peña; tres veces el caballero de los rubios cabellos levantó la cabeza como si allí hubiera sabido ó adivinado la presencia de una muda espectadora; tres veces la hija del conde clavó sus ojos en el rostro peregrino del extraño cazador.

Riquilda empezaba á sentir como un vértigo y se separó de la ventana. Toda la noche continuó oyendo el ruido de la bocina y la voz de la jauría, y una vez que, presa de una rara pesadilla, cediendo como á un impulso desconocido, saltó de su lecho para de nuevo asomarse á la ventana, vió á los guerreros cazadores á poca distancia, apeados del caballo y reposando tendidos en un claro de la luna, mientras que de cara al palacio, montado en su alazán, inmóvil como una estatua, aparecía el de los rubios cabellos, fijos sus ojos en la ventana de la doncella.

Riquilda sintió formarse algo desconocido en su seno, sintió como que nacía para ciertas emociones antes ignoradas, y volvióse otra vez á su lecho, procurando vanamente buscar en el sueño un escudo contra sus nuevos y febriles pensamientos.

La luz del sol, al disipar todas las visiones del valle, no disipó la extraña confusión que en el alma de la joven se había formado.

Todo el día lo pasó entregada á su fatídica obsesión.

Por la tarde bajó con sus doncellas á orillas del Llobregat, y se sentó á mirar las juguetonas y cristalinas aguas del río que rodaba antiguamente sus olas, insiguiendo la tradición, por un lecho de arenas de oro.

Sumergida estaba en su meditación y apartadas sus doncellas, cuando un ruido que oyó en un vecino cañaveral la hizo volver la cabeza; entonces vió apartarse las cañas y aparecer al pie de un sauce, bello como una ilusión de amor, el joven cazador de los rubios cabellos,

que tres veces había aquella noche levantado su cabeza al pasar por debajo su ventana.

Riquilda quiso huir, pero el guerrero doncel dió un paso y la detuvo, dejando llegar hasta su oído una voz dulce y simpática como el canto del ruiseñor á media noche.

—¡Riquilda, noble hija de condes,—exclamó el doncel,—no huyas de mi presencia. Quédate, te lo suplico! Soy un desgraciado, y tu compañía puede ser para mí lo que el bálsamo misterioso para la herida recibida en la batalla.

Y Riquilda se quedó, y aun diz que tendió al joven su trémula mano, que el doncel cazador estrechó con efusión entre las suyas.

Lo que luego se dijeron sólo lo oyeron las aguas que corrían rumorosas á sus pies, y las aguas no lo han dicho.

La tradición sólo ha conservado las últimas palabras de la entrevista que tuvo á orillas del Llobregat la hija de los condes con el doncel de los cabellos de oro.

—Pero bien,—decía la doncella al retirarse,—¿quién eres tú que tan poderosa fascinación ejerces en mis sentidos, quién eres?

—Soy, Riquilda—exclamó con voz tierna y apasionada el joven guerrero,—soy..... soy un *golo*.

La palidez de la muerte cubrió el semblante de la bella.

Nadie ignoraba la creencia de los godos respecto á los *golos*, á quienes creían vampiros que se transformaban en hombres para alimentarse con la tierna sangre de las doncellas. La raza de Vifredo, raza de godos, no estaba por cierto exenta de semejante superstición, y el cristianismo sólo poco á poco y muy pausadamente iba desterrando esas preocupaciones, que fueron por largo tiempo patrimonio hasta de muchos de los mismos que con más fervor proclamaban el símbolo de la cruz.

Riquilda se hizo atrás.

—¡Oh! no te asustes,—prosiguió el doncel,—yo no he nacido *golo*, y aun cuando ahora petenezco á ellos, soy sin embargo del número de los *golos* que obedecen á Dios: óyeme, Riquilda. Yo vivo en un lugar delicioso, en la montaña que se llama Montserrat, y sólo me es permitido salir de allí durante el mes de Mayo, mes que lo paso entero entregado á los placeres de la caza, junto con los *golos* mis camaradas, á quienes se les devuelve la libertad durante la misma época. He ahí por qué anoche nos viste cruzar por debajo de tus ventanas en persecución de un ciervo, aprovechando el mes de libertad que se nos concede, y cuyo plazo espira mañana... Yo antes era un jefe temido llamado por mis godos Swinde-bald *(ágil y audaz)*, pero convertido en *golo* en el acto de morir, fuí destinado por Dios para invisible guarda de un penitente solitario, al que llaman Juan Garín, y que habita en las peñas de Montserrat. Yo soy el que invisible y secretamente fortalezco al anacoreta y le llevo por el saludable camino de la virtud. Esta constante obediencia á las órdenes de Dios me ha hecho acreedor á un premio, y volveré á ser mortal cuando encuentre á una virgen joven y hermosa que se decida á ir á hacer penitencia por solo nueve días en la ermita del santo y piadoso anacoreta. Al espirar el noveno día de ayuno y penitencia por parte de la doncella, yo volveré á ser Swinde-bald el guerrero.

En el alma de la joven, criada entre todas las supersticiones de la época, aquella relación debía influir extraña y poderosamente, y Swinde-bald podía ya contar de antemano con el auxilio de la doncella á quien tan amorosa y ciegamente había logrado fascinar.

En efecto, Riquilda prometió ser la virgen salvadora, y Swinde-bald se separó de ella lanzándola una postrera y suplicante mirada.

Al siguiente día, último de Mayo, aún la joven tornó á ver al doncel de los cabellos de oro en un momento que, al anochecer, se asomó á la ventana para respirar las primeras frescas brisas de la noche. El guerrero, que sin duda no esperaba otra cosa al pie del castillo, hizo una seña á la hija del conde como para recordarla su promesa, y al recibir la favorable contestación, se alejó en seguida, no sin volver varias veces la cabeza, en dirección á Montserrat.

Ahora bien, Swind-bald el *golo*, ya nuestros lectores lo habrán conocido, no era otro que Astaroth el diablo.

Riquilda cumplió su promesa. Presentóse á su padre, le dijo que había dispuesto hacer nueve días de penitencia por una leve falta y pecado en que había caído, y que para ser más dura y más bien acogida de Dios la espiación, quería hacerla en el desierto de las peñas de Montserrat, donde no tuviera otra compañía que la de un santo y penitente varon que en ellas moraba, dispuesto á auxiliar con sus severos consejos á cualquier arrepentido pecador.

Nada más común en aquellos siglos que un voto semejante. No era Riquilda la primera joven que iba á entregarse por espacio de nueve días, en lo recóndito de un monte desierto, al consuelo de la penitencia y de la oración.

Sin embargo, Vifredo hizo cuanto pudo para disuadir á su hija; pero viéndola resuelta á no ceder, determinó él mismo acompañarla y esperar en un pueblo inmediato el término del plazo que se había fijado la joven para cumplir su religioso voto.

El conde, pues, partió á los tres días para Montserrat, escoltando á Riquilda y seguido de una corta comitiva.

VII.

LA DOÑCELLA DEGOLLADA.

El conde y su hija llegaron al pie de la montaña de Montserrat.

Por última vez procuró Vifredo disuadirla, pero Riquilda, que acababa de ver de pié encima de una peña al joven cazador de los cabellos de oro, empujó su caballo hacia adelante sin haber oido siquiera las palabras que su padre acababa de pronunciar.

Ambos empezaron entonces á trepar la caprichosa montaña, el padre con la tristeza en el alma, la hija con la felicidad en el corazón.

Aún vió otra vez la doncella á Swinde-bald en lo más elevado de un grupo de peñas y de pié junto á la boca de una cueva. Hacíala señas, mirábala con ternura, y el rayo magnético de su mirada, atravesando el espacio, iba á clavarse como un dardo en el corazón de la fascinada joven.

La comitiva de Vifredo, después de haber vencido obstáculos que parecían insuperables, llegó á la cueva; pero á su puerta sólo vió Riquilda á un penitente vestido con burdo sayal que habíase asomado curioso y asombrado al oir por primera vez resonar voces humanas y relinchos de caballo en la montaña.

Era Juan Garín.

Explicóle Vifredo el objeto que allí les traía, y cómo

sabedor de la reputación y fama de santidad del huésped de Monserrat, no vacilaba en confiarle por nueve días su hija para que la guiara con sus sanos consejos por el camino de penitencia que á sí misma se impusiera.

Todos los ruegos del conde y todas las súplicas de la doncella fueron menester para que el solitario varón consintiera en guardar á su lado á la joven hija de los condes.

Accedió por fin; Riquilda se quedó, y bajóse Vifredo al pueblo de Monistrol á esperar el término del plazo, para de nuevo abrir sus brazos á su hija, purificada por la oración y la penitencia, y regresar con ella á su palacio condal.

Astaroth había cumplido con su misión; tocábale el turno á Satanás.

Este, durante aquel tiempo, se había hecho muy amigo de Garín, que creía un santo varón á su compañero de penitencia, y con el cual hablaba y consultaba todos los días al caer la tarde.

El primer día de la estancia de la joven en su cueva, pasólo entero entregado á prácticas religiosas; pero al llegar la noche sintióse Garín desfallecido y turbado, no acertaba á hallar las palabras de su cotidiano rezo, y dos veces interrumpió su *Ave María* para volver la cabeza en busca de la doncella, que acurrucada en un rincón, tenía fijos los ojos en un punto de la cueva, cual si viera un objeto embelesador, invisible á otra cualquier mirada que la suya.

Garín sintió como un vago remordimiento de haber accedido á la voluntad del conde. Conoció que la presencia de la doncella era la que le turbaba, la que le impedía entregarse por entero á sus santas oraciones.

Así es que al lucir el alba del siguiente día, Juan Garín acudió presuroso en busca del ermitaño su compañe-

ro, á quien manifestó su situación y su deseo de abandonar la cueva.

Satanás le contestó que acaso era aquella una dura prueba á que el Señor le sometía, y que era preciso por lo mismo luchar con esfuerzo para ser luego más señalada la victoria.

¡Pobre Juan Garín!

Quiso luchar, hizo aún todos los esfuerzos para luchar, según le aconsejara el ermitaño su compañero; pero al cuarto día tenía ya completamente olvidada hasta la palabra última de su rezo, y cada vez que de hinojos en el duro suelo se golpeaba el pecho y abría sus labios para pronunciar *Virgen María*, sólo acertaba á balbucear el nombre de Riquilda.

Viendo Astaroth y Satanás que el anacoreta salía al encuentro de sus ideas, decidieron terminar su misión.

Llegó la noche del quinto día; la más horrible tempestad se había desencadenado en el monte; éste se había confundido con el espacio. Todo eran sombras. Las olas de la niebla rodaban en aquel mar de obscuridad, y sólo el rayo que brotaba de allí mismo como una culebra de fuego saliendo de su guarida, lograba disipar algún tanto las tinieblas para prestar quizá más salvaje colorido de horror al paisaje. El trueno retumbaba como retumba el trueno en Montserrat, con el estrépito del mundo que se desploma. El agua caía á torrentes.

Riquilda, trémula de espanto, se había acercado al solitario, y cogida á su sayo con toda la puerilidad del miedo y con todo el abandono de la inocencia, hacía estremecer con su contacto al pobre penitente, en cuyo corazón luchaba más furiosa y embravecida tempestad que en el espacio.

Un trueno más sonoro y terrible que los anteriores, dejando oir repentinamente su monstruosa voz, hizo exhalar un grito supremo de espanto á la joven, y sus tor-

neados brazos, convulsos por el miedo, se enroscaron alrededor del cuerpo del santo varón.

Juan Garín extendió sus trémulas manos y buscó su rosario entre los pliegues de su sayal; pero, ¡ay! el rosario no colgaba de su cinto, la tempestad rugía en su alma, y la oración huía de sus labios como huye el pájaro del fúnebre ciprés.

Sintió arder su corazón como si en él hubiera caído el rayo, sintióse sumergido en una atmósfera de fuego, sintió rugir más desencadenada la tempestad, y sintió estremecimiento de hielo recorrer sus miembros cada vez que las ráfagas de viento, precipitándose furiosas en la cueva, sonaban á sus oídos como eco de diabólicas carcajadas.

¡Pobre Juan Garín! Dios parecía haberle abandonado, y la doncella tenía miedo, tenía miedo, y no estaba allí el bello cazador de los cabellos de oro.....

Uno de los nuevos rayos que alumbró el espacio, iluminó á Juan Garín, que, fuera de sí, perdido, loco, trepaba por la montaña, abriéndose paso entre los torrentes de agua que parecían brotar de cada peña. Se encaminaba á la ermita del otro anacoreta, y ¡cosa extraña! al pasar por delante de la campana del milagro, ésta no comenzó á tañerse por sí sola como otras veces solía para saludar al penitente.

Juan Garín no hacía caso de nada; ni de la campana que se callaba, ni del diluvio que sobre su cuerpo caía, ni de los torrentes que vadeaba, ni de todas aquellas peñas que la luz del rayo hacía surgir de las tinieblas como grupos de amenazadores y proféticos fantasmas.

Al llegar al término de su viaje, Juan Garín se precipitó en la cueva y sacudió por el brazo al ermitaño que pacíficamente dormía.

—¡Hermano!—le gritó con voz sombría.

El anacoreta se incorporó asombrado.

—¡Hermano!—repitió Garín con una voz sorda y fúnebre como el eco de un panteón;—la noche es horrible, el trueno retumba en el espacio, la tempestad ruge en mi alma, las peñas se desploman arrastradas por los torrentes, y en mi cueva hay una doncella violada.

El anacoreta se irguió cuan alto era.

—¡Oh! no lancéis el anatema sobre mi frente de réprobo, hermano,—gritó Juan Garín cayendo de rodillas y humillando la cabeza.—Ya me lo ha lanzado por vos la tempestad. Vengo á demandaros un consejo. ¿Qué debo hacer, pues?.... ¿Debo dejarme arrastrar como una peña por esos derrumbaderos? ¿debo presentarme al rayo para que me aniquile al pasar? ¿debo tapiar mi cueva y encerrarme en ella para que me muera de sed y de hambre?

—Hermano,—dijo el anacoreta,—el verdadero crimen es el escándalo, y el crimen de los crímenes el suicidio. La boca debe ser la cárcel de la lengua como es la tumba el arca del secreto.

Juan Garín se hizo hacia atrás aterrado como si hubiera oído el silbido de una serpiente.

—Hermano,—prosiguió el ermitaño,—un sepulcro abierto borra un crimen, como una gota de agua una mancha de sangre.

Y el anacoreta, sacando una especie de cuchillo corvo de un rincón, se lo alargó á Garín diciéndole:

—Id, hermano; es preciso que el sol de mañana os halle entregado á la cotidiana oración. El hoyo que se abra esta noche en la tierra desaparecerá con la tempestad, y cuando luzca el alba, ni vos mismo sabréis el lugar que encierra vuestro crimen.

Juan Garín estaba loco. Empuñó el cuchillo y se precipitó por las rocas en dirección á su cueva.

A un tiro de ballesta había una plataforma, en esta plataforma un árbol, al pie de este árbol Juan Garín

abrió un hoyo entre el furor de los elementos, sin hacer caso del agua que azotaba su rostro, como no lo hacía del trueno que hacía temblar en su base la montaña.

En seguida fué á su cueva, en cuyo suelo estaba tendida Riquilda, inmóvil y yerta, y el mismo cuchillo que le sirviera para abrir el hoyo, le sirvió para asesinar á la víctima.

Poco después, acababa Garín de arrojar el último puñado de tierra sobre el sitio donde debía dormir Riquilda su eterno sueño, cuando una carcajada estridente, sarcástica, infernal, le hizo estremecer y volverse.

A dos pasos de Juan Garín se hallaban de pie un ermitaño y un guerrero. Eran los que habían arrojado la carcajada.

Juan Garín vió sus rostros de demonios á la luz fatídica del rayo, vió la sonrisa más infernal vagar por sus labios, vióles adelantarse hacia él batiendo las palmas, y cayó desplomado y yerto sobre la última capa de tierra con que acababa de cerrar el sepulcro de su víctima.

¡Pobre Juan Garín!

Al recobrar el anacoreta sus sentidos, el sol doraba las pintorescas cimas del monte, la yerba se erguía poco á poco, los árboles presentaban risueños sus copas á las caricias del astro matutino, las gotas de agua se desprendían de todas partes como peregrinos diamantes, y las rocas, húmedas aún, dejaban relucir al sol su abrillantada armadura de escamas.

Apenas quedaban restos de la tempestad pasada, como no fuera en el corazón del anacoreta, que no podía olvidar tan pronto su noche de orgía tan hábilmente preparada por los demonios.

Hízose cargo Juan Garín de lo que había perdido á los ojos del Señor, y entonces, impulsado por un verdadero arrepentimiento, tomó repentinamente, dice la crónica, una resolución: la de ir á Roma.

Y fué.

La de arrojarse á los pies del Padre Santo.

Y se arrojó.

La de confesárselo todo.

Y se lo confesó.

La de pedirle perdón.

Y á esto le dijo el Soberano Pontífice, que hombre que tal crimen había cometido no merecía mirar al cielo. Por lo mismo le impuso la penitencia de tornar á su cueva andando á cuatro pies, de guardar eterno silencio, de alimentarse sólo de yerbas, y de vivir así hasta que un niño de cinco meses le dirigiese la palabra diciéndole que Dios le había perdonado.

¡Rara expiación y rara esperanza!

Era el de Juan Garín el siglo de la fe. El penitente, que había entrado en Roma como un hombre, salió andando de cuatro pies como un bruto, y de este modo tomó el camino de su montaña.

En el ínterin, descubrióse la imagen de la Virgen según hemos contado, y construyóse la modesta capilla.

«Con el tiempo, camino y encontrar con matas, zar»zales, garrigales y abrojos, dice Pujades el cronista, »rasgados los vestidos, descubiertas sus carnes, le puso »el rigor del frío en invierno, y el calor del sol en estío, »como un etiope; las húmedas influencias de la luna, el »inevitable sereno y los menuditos rocíos de la mañana, »con la poca comida y peor bebida, le disecaron las car»nes é hicieron crecer el vello con tan largas guedejas, »que no parecía otra cosa que un salvaje.»

Con este retrato que del penitente Juan Garín hace Pujades, no hay duda que debía aparecer como un monstruo á los ojos de los cazadores que un día le descubrieron acompañando al conde Vifredo á la caza del jabalí por la montaña de Montserrat.

Vifredo, aun cuando habían pasado muchos años, es-

taba inconsolable por la pérdida de su hija, tan extrañamente desaparecida, juntamente con el penitente de la montaña, y acostumbraba desde entonces á cazar por las cercanías y por el mismo Montserrat, no sólo para hallar un consuelo á sus penas visitando los lugares mismos donde era su dolor más agudo, sino también para descubrir alguna huella que pudiera darle un leve indicio de la incomprensible desaparición de su Riquilda.

En una de estas cacerías fué cuando dieron los suyos con el monstruo, al que, viéndole manso, le ataron una cuerda al cuello y se lo trajeron al palacio condal de Vifredo, situado en la que es hoy Riera de San Juan, esquina á la calle de las Magdalenas. Allí le tuvieron expuesto debajo de una escalera á la admiración y asombro de todo el pueblo.

Un día que el conde daba un festín en su palacio, pidiéronle sus convidados que hiciera subir á la extraña fiera. Accedió Vifredo á la súplica, y Juan Garín entró en la sala. Pero he ahí que al ver acercarse aquel extraño monstruo, empezó á agitarse un niño de cinco meses apenas, hijo de Vifredo, que tenía en sus brazos la condesa, y rompiendo el silencio, exclamó entre el asombro general:

—Levántate, levántate, Juan Garín, porque Dios te ha perdonado.

El asombro creció de punto cuando vieron todos á la fiera que se levantaba. El monstruo volvía á ser hombre [1].

Garín se arrojó á los pies del conde y le contó su historia, pidiéndole un perdón que Vifredo no podía ne-

1 En la casa que ocupó luego el sitio del antiguo palacio, casa que ha existido hasta nuestra época, había dos figuras antiquísimas de madera, toscamente labradas, que representaban á Juan Garín en figura de bruto, y á una mujer con un niño en brazos.—*Nota de 1880.*

garle, pues ya en nombre de Dios le había perdonado un niño de tan tierna edad. Quiso sólo saber dónde estaba enterrada su hija para trasladar sus restos á Barcelona, y ofrecióse á guiarle Juan Garín.

Partieron al día siguiente seguidos de buen número de caballeros y de gran multitud de pueblo, y llegaron al sitio donde se elevaba la capilla levantada por los fieles á la Virgen recientemente hallada en la montaña.

Junto al modesto edificio estaba el lugar de la sepultura de Riquilda; descubrieron el hoyo, y la hija del conde, con asombro inexplicable, apareció viva á los ojos de la multitud. Sólo en su garganta se veía la señal del cuchillo de Garín en forma de un hilo de seda encarnada.

Tal es el desenlace de la rara y original tradición, verdadera poesía de aquella época, que el padre Argaiz en su historia de Montserrat llama con mucho aplomo *espiritual y corporal tragicomedia*.

En memoria de este hecho, Vifredo llamó *Mirón* á su hijo de cinco meses, y fundó un monasterio en el sitio donde había sido enterrada la doncella y hallada viva después de ocho años.

Esta es la peregrina leyenda, á la que debe vida el actual monasterio de Montserrat; esta es la balada de la doncella degollada que cantan aún las jóvenes montañesas al regresar, á la caída de una dulce tarde de Mayo, de sus campestres faenas.

VIII.

BEREMUNDO EL ROJO.

¿Verdad que es curiosa historia y peregrina leyenda la del buen Juan Garín?....

El Rhin con sus risueñas orillas y grupos de cañaverales, cada uno de los cuales es el palacio de una ondina; la Noruega con sus románticas y sombrías tradiciones, negras como las alas de sus cuervos; la Bretaña con sus lavanderas nocturnas; la Irlanda con sus peregrinas y misteriosas historias; la Escocia con sus mujeres verdes y sus bandadas de ocas salvajes, producidas, según creencia del siglo XVI, por los frutos de ciertos árboles que no tienen más que caer en el mar para engendrar las acuáticas aves; el Rhin, la Noruega, la Bretaña, la Irlanda, la Escocia, repito, con todas sus maravillosas leyendas, no tienen otra que aventaje, en lo interesante y original, á la leyenda del monte catalán.

Y siendo así, ¿por qué extrañar que el poeta peregrino la haya recogido y le haya dado el color de época á que se remonta, anovelándola al gusto del siglo que la lee? ¿No se baja acaso el viajero á recoger la piedra preciosa que halla en su camino, y la limpia el polvo y la quita el barro, para ver lo que hay en ella de extras ó de diamante?

Sea como sea, es para todo cristiano una bella tradición, y para todo poeta un raro drama el que dió vida al actual monasterio de Montserrat.

Vifredo, ese gran constructor de templos, vió levantarse por sus cuidados un magnífico edificio entre las peñas de Montserrat, y con el gigantesco oratorio que regaló á la Virgen de las montañas, perpetuó la memoria del sitio en que fué hallada con vida la doncella degollada.

Asomaba ya el monasterio su frente de piedra por entre las almenas piramidales de las peñas, cuando Vifredo, que ha sido nuestro conde-poeta, pensó que la Virgen necesitaba vírgenes para servirla, y mandó, por lo mismo, trasladar allí las monjas benitas de San Pedro de las Puellas, otro monasterio que había fundado en Barcelona Ludovico Pío.

Riquilda, la doncella degollada, la cándida amante del doncel de los cabellos de oro, según la leyenda, se presentó allí por esposa al Señor, y fué la primera abadesa que tuvieron las vírgenes de Montserrat.

¡Dulce y santa debía entonces salir la *Salve*, al declinar de cada día, de aquellos labios virginales, de entre aquel vuelo de blancas palomas posado sobre la cima de la montaña y anidando en un hueco de la misma! ¡Dulce y santa debía elevarse la oración llevada en alas de los puros céfiros hasta el trono esplendente del Señor! ¡Cuántas veces el confuso rebramar del huracán ahogaría las voces de las solitarias, y cuántos los torrentes rugiendo despeñados por el monte, los truenos retumbando en sus vacíos desconocidos, la lluvia azotando las enrejadas ventanas, los vientos gimiendo en los desiertos corredores, formarían un coro de salvaje armonía al nocturno canto de las penitencias de Montserrat!

Luego de la fundación del monasterio á la que contribuyó con sus propias manos, dice la crónica, Juan Garín huyó á esconderse en un remoto asilo de la montaña, en una cueva ignorada donde piadosamente terminó sus penitentes días. Empero quedaron existentes

su primitiva cueva y la de Satanás el ermitaño, y aún hoy se enseñan al viajero con los nombres de *cueva de Fray Juan Garín* y *cueva del Diablo*.

Por espacio de ochenta años fué Montserrat monasterio de monjas, y en este período tres condes se sucedieron rápidamente, microscópicas figuras de un cuadro histórico; Vifredo III, que murió envenenado; Miron su hermano, que tal se llamaba, como ya sabemos, por haber hablado, niño de pocos meses, al anacoreta Garín; Seniofredo, en fin, que debía morir aplastado bajo las ruinas de San Miguel de Coxá.

Llegó después el buen conde Borrell, Borrell el desgraciado, el que debía ver saqueada por los moros su ciudad querida, y el mismo cuya cabeza debía rodar más tarde por encima de los muros de Barcelona, lanzada por las moriscas saetas de Almanzor.

Con este conde las monjas de Montserrat volvieron á su antiguo monasterio de San Pedro de las Puellas, donde tan raro ejemplo habían de dar de virtud, pues que en la toma de Barcelona por los moros, cortáronse todas las narices y el labio inferior para no ser torpe juguete de la liviandad sarracena.

El motivo verdadero de su traslación se ignora, pero créese fundadamente que, siendo ya entonces Montserrat visitado diariamente por gran número de peregrinos, juzgó acertado Borrell sustituir á las vírgenes del Señor los monjes de San Benito, en quienes era mejor visto brindar hospitalidad á las caravanas repetidas de los devotos romeros.

Montserrat, pues, pasó á ser monasterio de los monjes de Ripoll.

De entonces data la tradición anexa á una fuente llamada la *Font seca* que halla el viajero á su paso, y nunca deja de mostrársela el guía, si acierta á subir por el camino de Collbató.

En Collbató, ya nuestros lectores lo saben, existía un castillo de este nombre, castillo que en 12 de Marzo del año quinto de Ludovico había sido vendido á Ermesinda de Udalardo, recibiendo en pago una mula muy buena, estimada en sesenta maravedises. Andando el tiempo, este castillo había ido á parar á manos de Beremundo *el Rojo*, famoso capitán aventurero, terror de los moros es verdad, pero azote también de cristianos.

Era Beremundo el hombre más cruel, el señor más tirano y el guerrero más indómito de que nos hablan las crónicas. En tiempo de paz vivía retirado en su castillo, y su sola vecindad hacía temblar á todos los que poblaban los alrededores.

Un día, yendo de caza, sintióse fatigado y se acercó á reposar junto á la fuente de Santa María, como entonces se llamaba la *Font seca*.

Una hermosa joven estaba en ella bebiendo, cuando Beremundo el de la barba roja se presentó. Quiso la joven huir al verse en presencia del caballero ante quien temblaba toda la comarca, pero ya era tarde. Beremundo no era hombre para ver una doncella sin apoderarse de ella, y cogiéndola en sus nervudos brazos sin decir palabra, que sobraban las palabras donde estaban los hechos, se la llevó á su castillo.

Pasados quince días, la infeliz se presentaba perdida y llorosa en la casa de sus padres, quienes ya sabían la suerte que había cabido á su pobre hija, informados por un cazador mancebo que oculto tras de unos árboles asistiera á la escena del rapto.

Esto de robar doncellas y llevárselas á su castillo para ocho ó quince días después abrirles las hasta entonces cerradas puertas, era en Beremundo muy común, pero no así el dejarse impresionar profundamente por la belleza de sus cautivas, y esto fué lo que precisamente le sucedió, contra su costumbre, con la doncella de la fuente.

Su hermosura hiciera honda impresión en el alma del aventurero capitán, y, por lo mismo, deseando contribuir á la felicidad de la doncella, ya que causa de su desgracia fuera, ideó un medio de rescatar su falta, medio muy común, por otra parte, en los caballeros de aquel tiempo, y también en los de tiempos posteriores, sin ser muchos caballeros.

Pensó dotar á la joven, pero como Beremundo era hombre tan audaz como indómito, y tan indómito como avaro, quiso que la dote de la doncella la pagara cualquiera menos él. Ideó para ello un medio. Apropióse la fuente, puso en ella un criado suyo para guarda, y exigió tributo á todos los que, transeuntes y viajeros, se acercasen al manantial para beber de sus aguas ó llenar sus cántaros. Este tributo era el que debía servir para dotar á la doncella. Largo tiempo le salió el medio á medida de sus deseos. En la escasez absoluta que de aguas había en aquellos contornos, todos se veían obligados á acudir á la fuente de Collbató y á pagar el tributo por su tiránico usurpador impuesto para cubrir con un baño de oro la falta del oro de honestidad de la muchacha.

Llegó un día un peregrino. Fatigado y sediento llegaba. De luengas tierras venía; atraído por la fama del monte y milagros de la Virgen; áridos desiertos había atravesado, y bajo ningún hospitalario techo había reposado, por impedírselo el voto hecho de no descansar hasta hallarse en Montserrat. Acercóse á la fuente para en ella mojar sus labios y tomar el ansiado reposo; pero fué brutalmente rechazado por el siervo de Beremundo, que le exigió el tributo.

El peregrino no llevaba un solo maravedí. Su voto se lo impedía también. Porfió, suplicó, rogó. El servidor estuvo inflexible como su amo. Entonces el peregrino, tentados todos los resortes para conmover al inhumano siervo, se puso otra vez en camino hacia el santuario,

y cayendo al llegar allí desfallecido, muerto de hambre y de sed á las puertas del templo, rogó mientras le quedaron fuerzas á la Virgen pidiéndole que castigara por un milagro á los que infamemente comerciaban con la sed y fatiga de los romeros transeuntes.

Y es fama que la Virgen atendió los votos del moribundo peregrino, y que en el momento en que los monjes acudían al socorro del penitente desmayado en el umbral del templo, dejaba para siempre de manar agua la fuente de Collbató.

Aquel mismo día descubrióse frente la puerta del monasterio un hueco inmenso lleno de agua, que gota á gota iban destilando las peñas. Esta es la cisterna que aún actualmente existe, y que inmotivadamente—pues sólo es un depósito de aguas pluviales,—fué llamada *Fuente del milagro*, creyendo que la Virgen había trasladado á aquel sitio la que hasta entonces existiera en Collbató.

Por lo que toca á Beremundo *el Rojo*, su castigo fué más tardío, y nos dará pie en el próximo capítulo para narrar otra de las hermosas y dramáticas leyendas del monte catalán, que ya por otra parte tenemos ofrecida á nuestros lectores, desde que en el capítulo tercero hablamos del castillo de Montserrat.

IX.

LOS TREINTA.

¡Huid, huid, bellas niñas!.... Huid las que estimáis en algo la paz del hogar doméstico, las que os place, cuando asoma el ópalo que anuncia el alba, miraros al espejo de un arroyo y prender á vuestros cabellos la anénome de los campos; las que, ricas en honestidad, esperáis sentadas al pie del árbol centenario la vuelta de vuestro desposado, y ya de lejos le sonreís con la sonrisa de la inocencia.

¡Huid, huid, si no queréis en un momento perderlo todo; si no queréis ¡pobres niñas! veros robadas al sitio en que pasásteis vuestra infancia, al hogar hospitalario que cada tarde os aguarda, al beso de vuestros padres que cada noche os abrazan, á la sonrisa de vuestro desposado, que al pie de vuestra ventana cada mañana os saluda con el saludo del alba!

¡Huid! ¡huid! Hay algo peor que la roca que se desploma del monte y troncha los árboles que se hallan á su paso; hay algo peor que el alud que baja estrepitosamente para convertir en escombros la cabaña solitaria; hay algo peor que las nubes preñadas que encubren el cielo y dejan caer un torrente de granizo sobre una cosecha ya escasa; sí, bellas niñas, hay algo peor que todo esto..... Los Treinta están en el valle.....

Los Treinta, cuya guarida, como la de los tigres, es-

tá en el bosque; cuyo nido, como el de la tempestad, está en la montaña.

Cuando se acercan los Treinta, todos huyen de las poblaciones, que abandonan á su saqueo y pillaje. Con los Treinta va el terror, y el espanto sigue sus huellas; sus compañeros son el rapto y el asesinato, las hogueras de sus campamentos los pueblos incendiados á su paso.

Los Treinta tienen su vivienda en una de las cimas más altas de la montaña de la Virgen, en el mismo castillo de Montserrat, morada un día de nobles adalides que se lanzaban á la pelea contra los infieles, agitando su oriflama morado, lanzando su grito de guerra é invocando el nombre de la Virgen montañesa.

El castillo de los señores de Montserrat es ahora una guarida de bandidos.

¡Y qué bandidos!

Casi todos sarracenos renegados, medio desnudos, con un cinturón de cuero en que llevan sus puñales de dos cortes, con un casco de hierro que resguarda su cabeza, y atada á su cuerpo con una cadena, la azcona arrojadiza que fué más tarde, y acaso era ya entonces, el arma peculiar de los almogávares.

Todos los qué hablan de los Treinta lo hacen con terror, y si alguna vez se atreven los campesinos á citar el nombre de su capitán, es en voz baja y en el momento en que la inmovilidad de las hojas de los árboles les sale garante de que no irá el menor soplo de la brisa á llevar aquel nombre á otros oídos distintos de aquellos á que lo envían.

Por otra parte, en los rezos nocturnos de los campesinos y de las doncellas del valle, hay cada noche uno destinado á pedir á Dios que les libre del enemigo común y del capitán de los Treinta.

Pero ¿quién era ese temido capitan? Era..... nadie lo

sabía á punto fijo, pero todos lo sospechaban. Era Beremundo *el rojo*.

¿Y quién otro podía ser el jefe de atlética estatura y de rostro siempre encubierto, que en los asaltos de castillos y saqueos de los pueblos capitaneaba la banda de los Treinta, sino el castellano de Collbató..... sino Beremundo, el hijo bastardo del último señor de Montserrat..... sino aquel á quien el pueblo apellidaba el de la barba roja, y el cual se titulaba á sí mismo señor de los castillos de Collbató y Montserrat?

La verdad era que hacía bien en titularse tal, porque tales eran sus derechos y nadie podía negárselos.

Lo que de él se sabía era lo siguiente:

Guillermo de Montserrat, señor del castillo de este nombre, y del de Collbató, había muerto sin dejar más que dos hijos: uno de ellos legítimo, Bernardo; otro de ellos bastardo, Beremundo. Ambos se habían educado juntos, pero con distintas pasiones y distintos gustos. Modesto y sencillo Bernardo, impetuoso y cruel Beremundo. Este tenía todos los defectos conocidos, así como aquel todas las virtudes apetecibles.

Guillermo, el buen anciano, había visto con dolor los opuestos caractéres de sus hijos, y había visto también nacer en el fondo del alma de Beremundo un odio mortal contra su hermano.

Bernardo se marchó un día; ¿á donde?.... No se sabe; á guerrear sin duda á paises extranjeros, huyendo el rencor de su hermano que le había amenazado con la muerte.

Guillermo murió, pues, sin tener á la cabecera de su lecho de muerte más que á su hijo el bastardo, el rojo, como decían muchos; el demonio, como decían todos. Guillermo no amaba á este hijo, y la prueba es que algunas veces había solido decir que tenía en su castillo, aludiendo á sus hijos, un cordero y un áspid. Así es que

dejó por expresa voluntad que al regresar su hijo Bernardo, le fuera adjudicado el señorío de sus castillos, quedando para Beremundo lo que quisiera otorgarle en feudo su hermano, el legítimo castellano.

Bernardo no se presentó. Había muerto en una tierra lejana.

Esto es lo que decía y sabía el pueblo, pero el narrador debe decir y saber algo más.

Veamos, pues, lo que sabe más.

Beremundo, dueño del señorío de su padre por muerte de éste y por ausencia ó muerte de su hermano el legítimo señor, dióse á vivir, á derrochar, á robar doncellas y abandonarlas luego, como hemos visto en la historia de la fuente, contada en nuestro anterior capítulo. Pasaba los días en la caza y las noches en la orgía.

Empezaron los pueblos de la comarca á hallarle tan tirano, en particular sus feudatarios, y los solitarios del monasterio á creer tan sacrílega su vecindad, que unos y otros elevaron sus quejas al conde de Barcelona. Pero las amonestaciones del conde no hallaron eco en Beremundo *el rojo*, que le negó toda obediencia, y continuó sus raptos, sus saqueos y sus orgías.

Un día apareció en la comarca una banda de salteadores, casi todos árabes, capitaneados por un jefe misterioso que, con el rostro siempre encubierto, guiaba sus correrías, presidía los saqueos y mandaba los asaltos. Todos los valles vecinos á Montserrat se cubrieron de luto y de pavor. Los Treinta—de este número constaba la banda, y este nombre se la daba,—los Treinta se presentaban inopinadamente en un punto, lo saqueaban y desaparecían como por encanto.

¿Dónde tenían su guarida? ¿Cuál era el punto á que se llevaban el producto de sus rapiñas y las doncellas que robaban?....

Largo tiempo se ignoró; pero se supo después que el

castillo de Montserrat, colocado en una de las peñas más inaccesibles de la montaña, encima del monasterio, era el que les servía de morada. Empezóse entonces á creer que Beremundo, el señor de Montserrat que en Collbató vivía, tenía pacto con los Treinta, y esta creencia fundada motivó el recelo de que pudiese ser el mismo castellano el misterioso jefe de la banda.

Nada más cierto. Los Treinta eran los compañeros de orgía de Beremundo, y Beremundo era su camarada de robos.

Una noche que el castillo de Montserrat se estremecía con la ruidosa algazara que se escapaba de la sala del festín, y que sus ventanas vomitaban torrentes de luz, arrojando al eco fiel de las peñas rotundas blasfemias y sonoras carcajadas, el rumor de una bocina anunciando un huésped fué á turbar en sus placeres báquicos á los alegres camaradas.

Todos se interrumpieron, mirándose unos á otros con asombro y extrañeza. ¡Un huésped en el castillo! ¡en el castillo, que era de todos conocido como madriguera de bandidos! ¿Quién podía ser el loco ó arrojado viajero que fuera él mismo á ponerse en las garras del tigre?....

—Satanás me valga—gritó el primero Beremundo, haciendo crugir la fornida mesa de roble de un puñetazo,—si no es un peregrino extraviado que ha perdido el camino del monasterio y que, ignorante de quiénes son los habitantes de este castillo, llega á pedirles hospitalidad. Hoy es día de gracia. Concédasele, sea quien fuere, y venga á sentarse el huésped á la mesa del castellano, y á partir su pan y su vino.

La orden del jefe fué llevada á cabo. Bajaron al rastrillo. No era una persona sola la que pedía hospitalidad, eran dos. Entrambas fueron conducidas á la sala del festín.

De estas dos personas, la una era un caballero, la otra una mujer.

Al penetrar en la sala, al entrar en aquella estancia fastuosamente iluminada, donde el desorden de la mesa y los restos espléndidos de una comida opípara denunciaban el estado de los convidados, la mujer, por un instintivo movimiento de pudor, se quedó en la penumbra de la puerta, mientras que el hombre penetraba de lleno en el radio de la luz, paseando ansiosamente la vista por los rostros atezados y salvajes de los treinta huéspedes.

Fijóse por fin en uno, y dando un grito de júbilo y corriendo hacia el jefe con los brazos abiertos, le rodeó con ellos balbuceando estas palabras:

—¡Beremundo!.... ¡hermano!.... ¡hermano mío!

Beremundo se quedó con la boca entreabierta, con la cabeza erguida, sin pestañear, con la mano en la copa que tenía asida y que iba á acercar á sus labios para saludar con el brindis de la hospitalidad á los recién llegados. Hubiérase dicho que un torrente de hielo, cayendo encima de él de pronto, le había petrificado.

Bernardo—porque era él,—no lo advirtió. Creyóse, en su ilusión, que su hermano le había devuelto el abrazo fraternal.

Volvióse, y señalando á los convidados que habían quedado todos silenciosos y estupefactos,

—¿Son—preguntó á su hermano,—son amigos tuyos?

—Son,—contestó entonces Beremundo haciendo un violento y visible esfuerzo para despegar sus labios,—son los amigos que me acompañan en mis partidas de caza.

Bernardo no hizo más preguntas. Su alma ingenua se hallaba satisfecha, y por lo demás, ni recuerdo le quedaba ya del rencor que un día le mostrara su hermano, y que fuera causa bastante á hacerle abandonar el castillo de sus padres.

Dirigiéndose, pues, hacia su compañera, que se había quedado retirada, la cogió de la mano, y llevándola hasta su hermano,

—He ahí á mi esposa Berta—le dijo;—es una noble y amante compañera, á la cual me uní bajo el cielo del Norte, su patria, y la cual me ha seguido fiel y adicta á todas partes, compartiendo siempre mis glorias y peligros.

Y en efecto, Berta era una hermosa hija del Norte. Las palabras de Bernardo la convirtieron en blanco de todas las miradas, y Berta sintió ruborizarse su frente y teñirse de púrpura su garganta y sus hombros desnudos, al sentir que todos aquellos ojos estaban lúbricamente clavados en ella.

Entonces sonó una voz, voz que hizo estremecer á la joven causándola un sentimiento de repulsión.

—Bella es tu esposa, hermano,—había dicho Beremundo,—¡bella por Sa..... por vida mía!—continuó reteniendo el voto que iba á escaparse de sus labios.—¡Bien venido seáis entrambos al castillo de nuestros padres!

Y apartándose, obligóles á tomar asiento en la mesa, haciendo una seña para que les sirvieran. La cena fué silenciosa y grave. Concluída, Beremundo llamó á un criado y mandóle que acompañara á los esposos á una habitación que había ya dado orden para disponer.

—Mañana hablaremos,—dijo á Bernardo al despedirse.

Y les dejó que se retiraran, clavando una ardiente mirada en Berta, de la que, por otra parte, ya no había separado los ojos durante toda la cena.

El servidor que acompañaba á los esposos era un etiope. Hízoles entrar en una vasta habitación, de cuyas paredes colgaban confundidos y amontonados diversos objetos, como cascos, escudos, cotas de malla, vena-

blos, ballestas, lanzas, alguno de los cuales el viento que allí penetraba movía y hacía chocar entre sí con un rumor siniestro; y dejándoles una lámpara de hierro que clavó en un garfio de la pared, salió sin haber despegado los labios.

Así que el esclavo negro hubo partido, Berta se arrojó en brazos de su esposo, diciéndole con una simpática expresión de puerilidad:

—¡Tengo miedo!

—¡Miedo! ¿y de qué?—le preguntó Bernardo.

—No sé; pero esa cena silenciosa presidida por un hermano que tan friamente nos recibe; esas extrañas figuras de cazadores que parecían devorarnos con sus ojos salvajes; este castillo en la cumbre de la montaña y entre cuyos corredores gime el viento nocturno; ese esclavo negro y taciturno que nos ha acompañado; esas armaduras que se mueven y crugen como si estuvieran animadas, todo esto..... no sé, pero tengo miedo; repito que ¡tengo miedo!

—¡Loca!—exclamó Bernardo estrechando á su esposa contra su pecho.

En seguida, ayudándola á tenderse en el lecho,

—Duerme, vida mía—la dijo;—duerme y sea feliz tu primer sueño en el castillo de mi infancia.

Dicho esto, Bernardo se quitó su armadura y dejó la espada sobre un mueble.

—No, no—gritó la jóven,—traéla aquí, esposo, junto á tí..... ¿Qué ruido es este?—exclamó de pronto Berta incorporándose sobresaltada.

—Nada—contestó Bernardo bajándose á coger un objeto;—es un casco que se ha desprendido de su sitio.

—¡Oh! ¡tengo miedo! volvió á decir la joven dejándose caer temblando de angustia sobre el lecho.

—¡Loca!—repitió Bernardo sonriéndose.

Y apagó la lámpara.

X.

LA VISIÓN.

La obscuridad más instantánea invadió la cámara en seguida de haber apagado la lámpara el caballero, pero no una obscuridad dulce, tranquila, llena de gratas soñolencias y sensaciones apacibles, sino una obscuridad negra, profunda, preñada de rumores incalificables, de crugidos misteriosos, de ruidos lejanos y prolongados, que llegaban como voces amenazadoras á los atentos oídos de la tímida esposa.

Berta, ella misma lo dijera, tenía miedo, mucho miedo; pero no se atrevía á despertar á su esposo, á quien el sueño de la fatiga había completamente rendido.

El viento continuaba introduciéndose por las rendijas de las puertas y ventanas, y silbaba lóbregamente por los corredores del castillo de las montañas, agitando según ya se ha dicho, con un débil rumor que las sombras de la noche misteriosamente aumentaban, los tapices y otros objetos que adornaban las paredes de la estancia. Berta, en su miedosa ilusión, creía ver descolgarse las armaduras por sí solas, pasear animadas por la habitación y chocar entre sí al hallarse unas con otras entre las tinieblas.

Poco á poco fuese en ella calmando esa febril excitación, empezó á oir sólo confusamente esos rumores del castillo y de la montaña que tanto la habían alarmado,

luchó un momento con la fuerza del sueño que á su pesar iba apoderándose de ella, y acabó por dormirse.

Entonces le pareció,—como sucede á menudo en su primer sueño á todos los que duermen inquietos y agitados,—entonces le pareció ver salir de entre el grupo de tinieblas hacinadas en un rincón de la estancia una sombra negra; el etiope que les había acompañado. Le pareció ver que se acercaba á la lámpara, que la encendía, que á la súbita claridad se iluminaba la cámara, que dos hombres de rostros siniestros y salvajes, como los cazadores de la cena, entraban por una puerta baja y disimulada, y se acercaban á su lecho.

Berta soñaba sin duda, y en este sueño se sintió separada de su esposo, transportada en brazos de los dos cazadores, y vió cómo atravesaban por debajo sombrías bóvedas y bajaban y subían diversas escaleras, guiados siempre por el etiope y por la luz de su lámpara. Hubo un momento en el tránsito en que la joven se sintió estremecer por un grito agudo y terrible que resonó como un eco por las sombrías cavidades de aquellas bóvedas; á este grito sucedió otro igualmente desgarrador, pero más débil, más agonizante, digámoslo así, y, ¡cosa extraña! ambos gritos le parecieron á Berta proferidos por su esposo, y ambos gritos sonaron en sus oídos como si su propio nombre hubiesen pronunciado. En esto llegaron á un sitio mucho más obscuro, cuyas espesas y apiñadas tinieblas no bastaba á disipar la luz de la lámpara del esclavo.

Berta pensó que aquella horrible pesadilla empezaba ya á durar demasiado, y haciendo ese esfuerzo de voluntad que hacen todos los que quieren arrojar la pesadez de un sueño, se dijo que había llegado el momento de despertarse.

Pero al tratar de hacerlo, notó que estaba despierta y que tenía los ojos abiertos.

Los paseó por su alrededor y se vió tendida en el suelo encima de una especie de tarima, en un aposento cuyas paredes eran las peñas del mismo monte: la lámpara ardía colocada en tierra á poca distancia de ella, y junto á la lámpara estaba de pie y con los brazos cruzados el esclavo etiope.

Creyóse todavía bajo la impresión de su sueño, y se dijo que debía moverse para disiparlo del todo. Se movió y se incorporó, pero se movió también el etiope que dió un paso hacia ella.

Sobresaltada entonces y dirigiéndose al personaje que en aquella soledad le acompañaba,

—¿Qué es esto?—dijo Berta,—¿y dónde estoy?

—Mi señor Beremundo—exclamó entonces el etiope,—quisiera saber si Berta, la hija del Norte, se digna otorgarle su amor y su mano.

La joven le miró asombrada.

—¡Extraño mensaje y extraño mensajero!—exclamó sin acertar aún á hacerse cargo de la situación.—¿No sabe tu señor que tengo esposo?

—Berta, la hija del Norte, no tiene ya esposo,—continuó lacónicamente el esclavo.

Berta lanzó un grito desgarrador, y cayó de rodillas. Todo lo había comprendido.

El esclavo negro prosiguió:

—Berta permanecerá en esta mazmorra hasta que consienta en unir su suerte á la de mi señor Beremundo, que la ama desde que la ha visto: por medio de esta cuerda que cuelga del techo se la bajará su alimento diario, y cada día una voz le preguntará si consiente en conceder su amor á Beremundo, el noble y poderoso castellano.

Y pronunciadas estas palabras, el etiope desapareció dejando á la infeliz arrodillada y entregada á la desesperación, á sus lágrimas y á sus rezos.

Al siguiente día, en efecto, Berta vió agitarse la cuerda que colgaba en el centro de su mazmorra, subir y volver luego á bajar con provisiones. Al mismo tiempo una voz que salía de labios invisibles, dejó oir estas palabras:

—Berta, la hija del Norte, ¿está decidida á otorgar su amor á Beremundo el noble castellano?

Berta no contestó á esta pregunta, que tres veces le fué repetida. Al siguiente día la misma pregunta, y el mismo silencio por respuesta. Al otro y al otro y al otro lo mismo.

Así transcurrió un mes.

En el ínterin llegó un mensajero al castillo de Collbató intimando á Beremundo, en nombre de Borrell, conde de Barcelona, que se presentara ante su consejo á sincerarse del cargo que se le imputaba de *bausia mayor* (quebrantamiento de homenaje).

Beremundo contestó que para nada reconocía al conde Borrell, y despidió al delegado mensajero asegurándole que él, Beremundo, señor de Collbató y de Montserrat, sólo acataría y rendiría homenaje á Oliva *Cabreta*, el legítimo conde de Barcelona.

En efecto; Beremundo pertenecía al partido de los descontentos, y aquí, para inteligencia de nuestros lectores, séanos permitido consagrar dos simples párrafos si no á la historia, porque no lo confirma, al menos á la tradición en que, fabulosa ó no, se apoya esta leyenda.

Cuando murió Seniofredo, la sucesión del condado de Barcelona pertenecía á Oliva, su hermano; pero parece que los catalanes le rechazaron por no hallarle derecho y rehecho, dice un cronista; esto es, sano y entero de todas las partes y miembros del cuerpo, á causa de cierto defecto natural que tenía de ser balbuciente ó tartamudo, y por otra parte, accidentado de una pierna, de la

cual cojeaba; siendo tal la dificultad con que hablaba, que no podía pronunciar ni sacar bien y articuladamente las palabras de la boca, sin que primero diese dos ó tres patadas en el suelo, cual suelen hacer las cabras, y que por esto le llamaron y dieron el nombre de Oliva *Cabreta*.

Eligieron, pues, á su primo hermano Borrell, conde de Urgel, hijo del conde Suñer, que ya había gobernado Cataluña durante la menor edad de Seniofredo. Esta es la tradición, si bien la historia difiere. Algunos nobles quedaron descontentos de esta elección.

De estos era Beremundo.

El mensajero partió anunciando que la cólera del conde arrasaría los castillos del *Bausador*.

En cuanto hubo partido el enviado, Beremundo partió también á su vez, y se dirigió á Montserrat. Al llegar llamó al etiope.

—¿Y esa mujer?—le preguntó.

—Muda como siempre.

—Vuelve á su mazmorra, y repítela por última vez la pregunta.

A los diez minutos estaba de vuelta el esclavo.

—Inflexible,—dijo.

Beremundo hizo una seña al etiope, y le llevó ante la ventana. Desde allí le señaló una peña, y le dijo:

—Aquella roca se alza sobre el Llobregat, que es profundo en aquel sitio. Desde aquí veo yo el río y la peña, y asomado me quedo á esta ventana. ¡Apresúrate! ¡Borrell va á enviarnos un ejército, y en tiempo de guerra los niños y las mujeres estorban!

El esclavo comprendió perfectamente lo que intentaba decirle su señor. Era tan malvado como su amo.

Beremundo permaneció asomado á la ventana, como había dicho. El etiope no tardó en llegar á la peña indicada con Berta, la pobre víctima, que preveyendo sin

duda la suerte á que se la destinaba, arrodillóse al borde de la roca y oró con fervor y solicitud. El esclavo volvió la cabeza para asegurarse de la presencia de su amo en la ventana, y atando una piedra pendiente de una cuerda alrededor de la cintura de Berta, empujó á ésta para precipitarla al abismo, aun antes que sus labios acabaran de rezar su piadosa y última plegaria.

Beremundo entonces oyó un grito que retumbó á larga distancia, grito terrible de angustia y desesperación, grito lanzado, no por la joven, sino por el etiope. Berta al caer se había agarrado á la túnica del esclavo arrastrándole en su caída. Las aguas del Llobregat, profundo efectivamente en aquel sitio, como dijera el castellano, se habían abierto y cerrado sobre dos cuerpos. El río era la tumba de dos víctimas.

Casi se alegró Beremundo de verse libre de su cómplice, y se retiró de la ventana después de haber asistido friamente á aquel terrible espectáculo.

La misma noche aquella, al retirarse á su habitación y al abrir la puerta, Beremundo creyó ver deslizarse á manera de una sombra blanca por su lado; pero, como había bebido bastante según costumbre, figurósele una alucinación de su mente, y se tendió en su lecho. Dos horas haría ya que estaba entregado al sueño, cuando le tocaron como para despertarle. Abrió ó creyó abrir los ojos; su habitación estaba iluminada por una luz invisible, y á su lado muda, silenciosa, grave, inmóvil como una estatua, vió á una mujer que fijamente y sin pestañear le miraba.

Era Berta.

El castellano sintió erizarse sus cabellos, estremecerse sus miembros, deslizarse el sudor en gruesas gotas por su rostro. Hasta entonces fuera invisible porque sólo había tenido que habérselas con los vivos; desde enton-

ces era impotente, porque empezaba á hallarse cara á cara con los muertos.

La visión, sombra, espectro ó pesadilla, como quiera llamársela, no desapareció hasta que el primer rayo del alba asomó en el horizonte.

Cuando la luz del día lo hubo disipado todo, Beremundo creyó simplemente que había tenido un sueño.

Si era sueño, á la segunda noche se repitió. La misma luz invisible en su aposento, el mismo espectro á su lado, la misma angustia toda la noche.

El castellano saltó de su lecho al rayar el día, y todo él lo pasó mudo, silencioso, pensativo. Por la tarde recibió noticia de que el conde Borrell se dirigía á Montserrat con gran refuerzo de tropas, y dió todas las disposiciones necesarias para resistirse, aunque estaba perfectamente convencido de que era inexpugnable su castillo.

Tanto para aturdirse y olvidar su visión de las dos noches anteriores, cuanto para reanimarse y reanimar el ánimo de los Treinta, á quienes la inusitada melancolía de su jefe podía inducir á recelo, ordenó para aquella noche una cena espléndida. Sentóse, pues, á la mesa con sus camaradas, y la cena se prolongó hasta muy entrada la noche, en medio de los báquicos cantares, de las blasfemias y carcajadas, con las cuales iban de vez en cuando á mezclarse los melancólicos y acompasados sones de la campana del vecino monasterio.

XI.

LA VOZ DE BRONCE.

Hemos dejado á Beremundo, nuestros lectores lo recordarán, sentado á la mesa con sus camaradas los Treinta, tratando de ahogar en el vino, en el bullicio, en el placer, el recuerdo de la visión que por dos noches seguidas le había atormentado, germen quizá de un remordimiento que no por tardío debía ser menos terrible.

Y es que Dios envía al corazón del réprobo esa serpiente del remordimiento, como envió á Holofernes el fallo de su justicia con la espada vengadora de Judit.

También recordarán nuestros lectores que Beremundo había pasado el día inquieto, desasosegado, sombrío, perseguido por una idea en la que podía haber todo un suplicio de Tántalo.

Finalmente, no habrán tampoco echado en olvido que á las carcajadas y blasfemias de la banda se mezclaban los sones cadenciosos, sonoros, melancólicos de la campana del vecino monasterio, á que daban paso las ventanas de la sala del festín.

¡Extraño y filosófico contraste! Allí la algazara y el contento, más allá el recogimiento y la soledad; allí la embriaguez que postra, más allá la oración que levanta; allí Satanás, algo más lejos Dios.

Cuando la fatiga de las secas gargantas daba tregua por un momento á la hilaridad aturdidora de los cama-

radas, la voz de la campana, brindando á los fieles á la oración, sonaba clara y distinta en la estancia. Era una voz de metal que en su desconocido, pero comprensible idioma, contestaba á los cantares báquicos con alabanzas al Señor, y á cada blasfemia con el nombre de Dios.

Sea como sea, lo cierto fué que desde que la corriente del viento ó la atención de los convidados hiciera más distinta la voz de la campana, lo cierto fué, repetimos, que la algazara parecía menos comunicativa, el júbilo menos locuaz y menos espontáneas las carcajadas.

Parecía cernerse en la atmósfera de la sala ese,—permítasenos llamarle así,—ese magnetismo de intraducible misterio que hiela unas veces la sangre en el corazón del hombre sin saber por qué; que le torna otras repentinamente por ignorada causa, de locuaz y expansivo, en sombrío y reservado; que le obliga muchas sin aparente motivo á concentrarse en sí mismo, y á pesar los hechos en la balanza, demasiado fiel acaso, de una conciencia, quizá también entonces, demasiado escrupulosa.

Aquella voz de bronce, surgiendo, así puede decirse, de entre ellos mismos, molestaba á los huéspedes del castillo. Los impíos se sentían demasiado cerca del Señor.

Beremundo mandó cerrar las ventanas. La voz de bronce sonó más apagada, más lejana, pero sonó. Volvió á hervir el tumulto en la sala, volvió por un momento la hilaridad á reinar como déspota soberana.

De pronto abrióse ruidosamente una de las ojivas, y con una impetuosa corriente de aire que hizo temblar y palidecer las luces, penetraron en el salón, más vivas y sonoras, las cercanas campanadas.

El castellano se estremeció.

Y se estremeció porque, para sus oídos al menos, la voz de bronce, en lugar de invitar como antes á la oración, rezaba entonces por los muertos.

Escuchó..... La campana seguía rezando.

Si era ilusión suya, no faltó entre sus huéspedes quien compartió su ilusión, pues alzándose una voz,

—Camaradas,—dijo,—algún cadáver hay en el monasterio. La campana toca á muertos. ¡Brindo por el cadáver!

—Acaso las aguas de Llobregat hayan escupido un cuerpo,—exclamó entonces uno de los Treinta que, sin saberlo su señor, había presenciado dos días antes su justicia, y cuya falta de discreción tenía disculpa en el último periodo de embriaguez en que se hallaba. Puede que haya sido trasladado al monasterio el cadáver de Berta, la esposa de Bernardo.

Y soltó una carcajada.

¡¡Berta!!... ¡¡Bernardo!!... gritó levantándose el castellano, cuyo rostro desencajado, cuyos ojos amenazando saltar de sus órbitas, cuyas manos crispadas, cuyos cabellos erizados, en fin, denotaban que había recibido una violenta y desusada impresión.

Y era que las palabras que acababa de pronunciar el convidado, se armonizaban extraña é incomprensiblemente con las voces de la campana que sonaba al mismo tiempo, y que cuando el labio balbuciente del embriagado bandido pronunció perezosamente, aunque apoyando el acento, los nombres de Berta, Bernardo, la voz de bronce murmuró á los oidos del turbado caudillo: *¡Ber...ta! ¡Ber...nar...do!*

¡Oh! Fué si acaso una horrible fascinación, fascinación que ya no abandonó más al castellano.

Jadeante, estremecidos sus miembros por un nervioso temblor, rodando desencajados sus ojos, inclinando el cuerpo hacia adelante, Beremundo esperó con todo el terror de la más mortal angustia que volviera la campana á repetir sus sones.

La voz de bronce vibró, y esta vez en medio del silen-

cio más sepulcral, causado entre los bandidos por el extraño aspecto de su jefe.

La voz de bronce vibró, y si para todos fueron aquellos los ecos acompasados de la campana, para Beremundo fueron las mismas espantosas palabras *¡Ber...ta! ¡Ber...nar...do!*

Otra vez volvió el bronce á resonar, otra vez volvió á repetir á los oídos del asesino los nombres de las víctimas.

Beremundo estaba fuera de sí; quiso huir, huir de aquella fascinación incomprensible ó de aquella realidad aterradora, huir de aquel grito de la tumba, de aquella voz de venganza pronunciada por la voz de Dios.

¡Y huyó! Sus compañeros absortos le vieron rechazar con mano febril la copa llena de vino que tenía delante, correr desatentado por la sala en busca de la puerta que no hallaba y no veía, abrirla por fin, precipitarse fuera de la estancia y desaparecer á sus ojos.

Creyeron que se había vuelto loco.

Loco, loco estaba en efecto; igualaba al viento en su carrera; había atravesado el patio del castillo, la puerta de entrada, la senda que conducía al bosque, el bosque mismo, y se precipitaba ya por las rocas, errante, sin tino, sin dirección, corriendo siempre, sin más objeto que huir, huir lejos de la voz de bronce que incesantemente le seguía, incesantemente murmurando *¡Ber...ta! ¡Ber...nar...do!*

¡Pobre insensato! Cuanto más quería huir, cuanto más se obstinaba en cerrar sus oídos á aquella voz de lo alto, más su fascinación, su propio delirio se la repetía. En el salón era sólo la campana la que aquellos nombres de sus víctimas murmuraba, en el castillo era sólo una voz; en el bosque, en el monte eran dos voces, eran diez, eran veinte, era todo. El viento que gemía entre las rocas le susurraba aquellos nombres, los árboles que ba-

lanceaban sus ramas se lo repetían al pasar, el manantial que brotaba escondido entre las peñas se lo decía también, y sobre todos aquellos ecos, sobre todas aquellas voces, la voz de bronce que á cada instante sonaba, á cada instante zumbando, ora más próxima, ora más lejana: *¡Ber...ta! ¡Ber...nar...do!*

¡Oh! ¡una hora de angustia como aquella valía por un siglo de remordimiento!

Beremundo, en su desenfrenada carrera, halló á sus pasos un gigantesco edificio, é iba á estrellarse contra sus paredes á no hallar una puerta abierta por la cual se precipitó. Tras de la puerta había una escalera, al pie de la escalera una vasta estancia. ¿Qué puerta era aquella? No lo sabía. ¿Y aquella estancia? ¡Qué le importaba!

Era, sin embargo, su propio castillo al que la misma ceguedad de su carrera le había devuelto, y era aquella la capilla en que había orado cuando niño, la capilla donde su padre estaba enterrado en un sitio ni siquiera conocido de Beremundo.

Fatigado y jadeante, el castellano fué á caer de rodillas en un rincón, y apoyó su frente en una piedra que se halló allí para recibirla.

Sus oídos dejaron de zumbar por un instante. El silencio que reinaba prometía treguas. Parecióle haber encontrado por fin un sitio seguro; creyó que ya no llegaba allí la voz de la campana.

¡Ilusión! Por la puerta abierta entró una corriente de aire, y con la corriente la voz, la implacable voz de bronce. Beremundo se arrimó más á la piedra que sostenía su frente: pero entonces ¡eternidad de Dios! aquella piedra estaba hueca acaso, en el vacío había hallado eco la campana, y de las entrañas de la piedra brotaba una voz más lóbrega, más sepulcral, más aterradora; una voz que á ninguna de las otras se asemejaba, una voz

que hubiera dicho ser de su padre muerto, y que repetía interrogándole esta vez:

¿Y Ber...ta? ¿Y Ber...nar...do?

El castellano lanzó un grito supremo de horror, é irguiéndose cuan alto era, dió dos pasos atrás para caer inerte sobre las gradas del altar, desplomado como un corpulento roble que derriba un rayo.

¡La piedra en que había apoyado la frente era la piedra de una tumba, y la tumba era la tumba de su padre!....

Al rayar el alba del siguiente día, las gentes de Beremundo, cansadas de buscarle sin fruto por el castillo y por el bosque, acertaron á entrar en la capilla y allí le hallaron que empezaba á volverse en sí de su largo desmayo. Hiciéronle infinidad de preguntas; á ninguna contestó, y sólo se abrieron sus labios para pedir un sayal de anacoreta. Trajéronsele creyendo que todavía continuaba en él el delirio que le hiciera abandonar la noche anterior la sala del festín, y al recibirlo vistiósele precipitadamente el castellano.

En seguida, pasando por entre sus asombrados servidores, por entre sus estupefactos camaradas, por entre todos, con firme planta y serena majestad, dirigióse á la puerta del castillo, que abrió por sus propias manos de par en par.

Precisamente en aquel momento llegaba el conde Borrell al frente de sus soldados, y allí donde esperaba hallar un castillo cerrado y unos vasallos rebeldes, halló por el contrario una fortaleza abierta, un anacoreta que arrojándose á sus plantas le pidió perdón y le dijo que trataba de expiar sus culpas pasando en la más dura penitencia los días que de vida le quedaban.

Desde entonces, los Treinta desaparecieron de la comarca, el castillo de Montserrat fué demolido, y en su lugar se fundó más tarde la ermita que actualmen-

te llaman de San Dimas, y en una de cuyas cuevas inmediatas, llamada hasta hace poco *Cueva del Castillo ó del Castellano*, concluyó penitentemente sus días Beremundo *el rojo*, el bastardo, el temido jefe de los Treinta.

XII.

REYES PEREGRINOS.

Hemos dicho en otro lugar, y si no lo hemos dicho lo decimos ahora, que escribiendo la historia de Montserrat se escribe la historia de nuestra patria.

En efecto; sus vicisitudes están de tal modo enlazadas á las grandes gestas de nuestro país, que es imposible separar las unas de las otras. El monasterio que cuenta infantes, cardenales y papas entre sus abades; santos, mártires y patriarcas entre sus monjes; príncipes, héroes y artistas entre sus discípulos, no tiene ni una página en su historia en que no sobresalga un conde de Barcelona, ni una época de esplendor en que no figure un rey de Aragón.

La historia de sus protectores es la historia de nuestros condes.

He ahí por qué al revolver empolvadas crónicas y raídos pergaminos en busca de noticias que de guía pudieran servirnos; he ahí por qué han pasado uno á uno ante nuestros ojos, como una procesión doblemente fantástica, todos los personajes de esa raza de conquistadores de nuestra edad homérica, cada uno de los cuales, el que no es un drama completo, es una animada epopeya.

Ellos son nuestra poesía, en ellos está nuestra poesía verdaderamente nacional.

Y aquí cumple á nuestro propósito y deber aventurar

alguna ligera reflexión que, sin distraer de su objeto al lector, pueda servir de verdadero guía á través del laberinto de nuestras narraciones.

Hojeando las crónicas del monasterio y consultando la credulidad y memoria de nuestros ancianos montañeses, hemos recogido raras y peregrinas tradiciones, y sirva por lo tanto lo que vamos á decir, no sólo por las mencionadas ya, sino por las que más adelante podamos mencionar.

Acaso, en efecto, nuestra relación varíe algún tanto de la de ciertos autores, y puede que la parte dramática que prestamos á las tradiciones y los colores de vida y localidad que pugnamos por darlas, no correspondan á nuestros sinceros deseos y falseen algún tanto la verdad tradicional.

Si fuese así, pedimos humildemente gracia á nuestros lectores.

La culpa no debe cargar entera sobre nuestra conciencia. De los ancianos que nos cuentan una tradición, no hay dos que nos la refieran igual. De las obras que consultamos, unas la citan ligeramente como si la prestaran poca importancia; otras hablan de ella en términos obscuros; muchos la fijan en época diversa que otros; varios ni siquiera se toman la molestia de detallarla.

Con tal diversidad de pareceres, ¿qué le toca hacer al poeta cronista?....

Admitir la tradición, creemos; aceptar los detalles más probables, fijarle la época que pueda parecer más exacta, y vestirla á su modo con las escenas que á su buen sentido le parezcan más propias.

Así lo hemos hecho, así pensamos hacerlo siempre que en una leyenda,—que no sucede en todas,—nos hallemos en idénticas circunstancias.

Dicho esto, volvamos á nuestra historia.

El conde Borrell, según hemos visto, había trasladado

las vírgenes del Señor á San Pedro de las Puellas de Barcelona y puesto monjes en Montserrat, sujetos al monasterio de Ripoll.

Por aquel entonces había otro monasterio en la montaña. El castillo *Marro*, del que hemos ya hablado y que pretenden algunos cronistas haber sido fundado por Carlo Magno, había pasado á ser monasterio de Santa Cecilia, sujeto asimismo al de Ripoll.

Sin embargo, Cesario, arzobispo de Tarragona y abad de Santa Cecilia, consiguió desmembrar la montaña entera del dominio de Ripoll, y por lo mismo, hallamos al monasterio de Montserrat libre é independiente en tiempo de su primer abad Raimundo.

Poco debía entonces durar semejante independencia.

Por muerte de su padre, pasa á ser conde de Barcelona Ramón Borrell, el que debía llevar sus armas victoriosas hasta el corazón de la misma Córdoba, á cuyo rey moro, lo propio que al de Zaragoza, puso en completa fuga. Ramón Borrell fué, pues, el que devolvió la montaña de Montserrat al monasterio de Ripoll, á instancias del abad de este último citado punto, que lo era Oliva, hijo de Oliva *Cabreta*.

Varios condes se suceden en seguida, haciendo todos donaciones ó concediendo privilegios á Montserrat. Berenguer Borrell, que se dejó invadir por los moros Cataluña hasta el Llobregat; Ramón Berenguer, el viejo, que hizo doce reyes moros tributarios suyos; Ramón Berenguer, *cap de estopa*, que fué asesinado por su hermano Berenguer Ramón, el asesino; Ramón Berenguer III, el héroe cristiano de su siglo; Ramón Berenguer IV, en fin, nuestro gran conde, el que al casar con Doña Petronila, la hija de Ramiro el monje, *recibió en dote el reino de Aragón*, el que no quiso aceptar el título de rey por ser él rey de los condes.

Todos los citados constan como los primeros protec-

tores de Montserrat, y el esplendor de este monasterio aumentóse aún con la unión de Aragón y Cataluña.

Muerto en 1162 el último conde de Barcelona, entra á ocupar su lugar D. Alfonso el II, al que no tarda en suceder D. Pedro el Católico, cuya esposa Doña Leonor fué la primera también que subió á nuestro monasterio, y la primera también que inscribió su nombre en la cofradía de Nuestra Señora de Montserrat, fundada por el en aquel entonces prior Berenguer II.

A la muerte del católico D. Pedro, la fama de Montserrat se había ya universalmente extendido, y los milagros de la Virgen atraían gran número de peregrinos y romeros en procesiones hasta de doscientas y trescientas personas, teniendo ciertas poblaciones día y época determinados para subir en peregrinación al santuario á deponer sus ofrendas.

Reinaba ya D. Jaime el conquistador, el *Ricardo* catalán, como dice nuestro Piferrer, el que no conquistó más porque le faltó tiempo, aquél de quien dijo Lope de Vega:

De los moros la arrogancia
sujeta á mis plantas ví:
tres reinas tienen por mí
Portugal, Castilla y Francia.

Durante su reinado, llegó un día un peregrino á Montserrat. Era un caballero que en una penosa enfermedad había hecho voto de visitar el santuario como sanara de ella. Votos como éste eran entonces muy comunes. El caballero subió á pie la montaña y entró de rodillas en la iglesia, donde veló nueve días. En una de sus noches de vela dice la crónica religiosa que se le apareció la Virgen, invitándole á tomar el hábito y á fundar una orden para redención de cautivos. Obedeció el caballero en lo primero, y apoyado luego por D. Jaime, á quien se le

había también, cuentan, aparecido la Virgen, fundó más tarde la orden en Barcelona. La orden fué la de Nuestra Señora de la Merced; el caballero San Pedro Nolasco [1].

Murió en 1276 el rey D. Jaime y sucedióle D. Pedro el tercero, llamado *el grande*, que fué el primer rey que subió á Montserrat, donde pasó toda una noche en vela reclamando el apoyo de la Virgen para resistir al francés Felipe III, que por Rosellón entraba en Cataluña al frente de más de doscientos mil franceses. Concedióle la Virgen, dicen las crónicas, su protección. Y así hubo de ser, pues bajo los muros de Gerona derrotó al poderoso ejército francés. En esta batalla fué en la que dice la tradición popular que acaeció el sabido caso llamado el milagro de las moscas de San Narciso [2].

Sucedió á D. Pedro *el grande* su hijo D. Alfonso III, y á éste, que murió sin hijos, su hermano el rey de Sicilia, que fué D. Jaime II.

También éste visitó el santuario de Montserrat con su esposa Doña Blanca, concediéndole ambos particulares privilegios y dotándolo ricamente.

Uno de los hijos de este rey, el infante D. Juan, fué monje y prior del monasterio de Montserrat.

Llegó por fin el año 1336 y con él D. Pedro *el ceremonioso*, después de haber sido rey, y protector de Montserrat, D. Alfonso IV.

D. Pedro *el ceremonioso* subió dos veces á Montserrat.

1 Esto ha dado pie á nuestra ilustrada poetisa catalana Doña Josefa Massanés de González para escribir una bellísima y religiosa leyenda en verso.—(*Nota de la tercera edición.*)

2 No hubo semejante batalla al pie de los muros de Gerona. Donde la hubo fué en el *Coll de Panissars*. En la época en que escribí estas líneas, no me había aún dedicado á los estudios históricos. Escribía á vuela pluma, sin la preparación necesaria y sin el cuidado que hubiera puesto de seguro, á no tener que escribir para llenar el compromiso del día.—(*Nota de 1880.*)

La primera antes de emprender la conquista de Mallorca. Tenía dispuesto su ejército y armada en Barcelona para esta expedición en que el Dios de las batallas guardaba suerte tan ingrata para el infeliz D. Jaime, cuando visitó el monasterio sacando del dedo de la Virgen un precioso anillo que se llevó y se puso, jurando no quitársele jamás.

Mallorca, ya se sabe, cayó en poder de D. Pedro, y á su vuelta éste efectuó su segunda peregrinación á Montserrat y presentó una galera de plata á la Virgen, á quien decía deber el reino de Mallorca.

El siglo XIV no debía concluir sin que la montaña de Montserrat viera trepar á una reina á pie descalzo por sus peñas. En efecto, Doña Violante, esposa de Don Juan I, *el amante de la gentileza*, reina de Aragón y del amor, como dice un cronista; la que brindaba con rica hospitalidad en su corte de Barcelona á todos los trovadores; la que fué princesa de la corte más galante de España, subió descalza la montaña ofreciendo preciosos dones á la Virgen.

Más tarde, su esposo D. Juan dejaba á su muerte, por expresa condición, el ser enterrado en Montserrat, siendo necesaria sentencia del Papa para que no se obedeciera su voluntad y se depositaran sus restos en Poblet, que imperiosamente los reclamaba.

Pocos años después concluía en D. Martín la línea varonil de los condes de Barcelona, concluyendo tambien la época de los priores de Montserrat.

En estos últimos tiempos la fama de la montaña había llegado á un grado de apogeo que cada vez debía de ser mayor con los abades que sucedieron á los priores y con los reyes castellanos que entraron á suceder á los condes catalanes y reyes de Aragón.

Varios particulares habían hecho al monasterio ricos presentes, y muchas lámparas de plata regaladas ardían

delante de la Virgen junto con los cirios que ofrecían los pueblos en sus peregrinaciones, algunos de los cuales pesaban hasta cien arrobas.

Los romeros llegados de todos los paises del mundo se contaban por miles (cinco mil se vieron muchas veces reunidos), y por lo mismo, y para facilitar el paso del Llobregat á tanto peregrino como diariamente acudía, mandó el prior Bernardo Escarrer empezar la obra del famoso puente de Monistrol, del que creo no faltará ocasión para ocuparnos con motivo de la nueva época en que vamos á entrar.

XIII.

UN CONCELLER Y UN REY.

Hemos llegado á 1410.

Nuestros lectores habrán observado,—con sentimiento acaso,—que en nuestro capítulo anterior hemos pasado rápidamente revista á épocas y acontecimientos que hubieran podido proporcionarnos excelentes figuras para cuadros.

No era esta verdaderamente nuestra intención, ni entraba en nuestros deseos ser tan lacónicos y reservados respecto á ese puñado de nuestros condes, arrogante pléyada catalana en la que reside toda la poesía de la heroicidad, así como también toda la heroicidad de la poesía. Puede que esto nos hubiese distraído algún tanto de nuestro primordial objeto, pero estamos seguros de que el lector no hubiera abierto sus labios para quejarse.

Sin embargo, no ha podido ser así. Escribimos esta historia de Montserrat para las limitadas columnas de un periódico; y voluntaria, pero indispensablemente, nos hemos impuesto vallas que forzosamente nos vemos obligados á respetar. Mucho nos queda que decir todavía, y no nos es posible, por lo tanto, detenernos en todo lo que hubiéramos querido para solaz de nuestro espíritu y amenidad é instrucción de nuestros lectores.

Empero los célebres acontecimientos de 1410, influyendo tanto en la nación aragonesa, tuvieron tan trans-

cendentales consecuencias para el monasterio que nos ocupa, que nos vemos precisados á relatarlos para inteligencia del lector. A no ser así, acaso buscaría éste luego en otras causas el origen de los bandos que sorda, pero terriblemente, estallaron en el interior de la Tebaida catalana, más nutridos y robustos quizá, por lo mismo que los hallamos comprimidos en la apartada soledad de un solitario monasterio.

En 1409 dos hombres llegaban un día por diverso camino á Montserrat; dos hombres —¡extraño destino y rara coincidencia!—que debían influir poderosamente en el porvenir del monasterio, directa el uno si indirectamente el otro; dos hombres que han dejado fastuosa celebridad en la historia, y sobre los cuales tuvo fijas por un largo periodo sus miradas la cristiandad entera. El primero de estos hombres llegaba al santuario con doce de los principales prelados de la iglesia por compañía, con un crecido número de nobles y caballeros por séquito; el segundo llegaba á la morada de la Virgen montañesa, solo, á pie, descalzo, con su bastón de peregrino en la mano y con su fe en el alma.

El primero era Benedicto de Luna, Benedicto XIII, otro de los que en aquel entonces se disputaban la tiara, y al cual reconocían España y Francia; el otro era el maestro Vicente Ferrer, el que debía trocar más tarde su título de maestro por el de santo.

El modesto peregrino y el opulento papa visitaron á un tiempo el santuario en cumplimiento cada uno de su voto, y á un tiempo doblaron la rodilla sobre el mismo pavimento, uniendo mentalmente sus plegarias aquellos dos hombres que debían más de una vez encontrarse cara á cara en su camino y, ¡cosa extraña! negando en una de ellas Vicente á Benedicto la obediencia en nombre del rey, que entre Benedicto y Vicente habían hecho.

Pocos meses después se volvían á hallar en otro templo, al pie de otro altar, celebrando Benedicto unas nupcias, diciendo Vicente la misa de bendición á los desposados. En la capilla del castillo de *Bellesguart*, al pie de Tibi Dabo,—sitio que aún conserva en el día algunos preciosos restos,—tenía lugar, en efecto, el 17 de Setiembre de aquel mismo año, la boda entre el rey D. Martín y la joven y hermosa catalana Margarita de Prades, que no había de conseguir reemplazarle con otro el perdido hijo de su primera esposa, tan llorado por D. Martín. Esta era la boda que celebraba Benedicto XIII con la asistencia del maestro Vicente Ferrer. Aquella la falta de sucesión que tan graves consecuencias debía reportar.

Era en aquel entonces prior de Montserrat Fray Marcos de Villalba, docto y reputado varón, y á su solicitud se debe el que aprovechando la ocasión de hallarse en Cataluña el papa Benedicto, consiguiera de él erigir á Montserrat en abadía independiente. En efecto, desde 1410 data su separación de Ripoll. Fray Marcos de Villalba fué el primero que se tituló abad, pudiendo usar mitra, báculo, anillo y las demás insignias correspondientes á la dignidad abacial. Dependiente ya Montserrat de la sede apostólica y no de otro monasterio, vió confirmado y aprobado este privilegio por Martín V y Eugenio IV, y con él ha seguido hasta nuestros días.

Llegó en esto la muerte de D. Martín, tan temida por algunos como esperada por otros, y apenas tenía tiempo suficiente de haberse enfriado su cadáver, cuando ya Cataluña se agitaba en febril impaciencia, saliendo de todos los labios el nombre del conde de Urgel D. Jaime, que tan triste y dolorosamente debía conquistar el justo renombre de *el Desdichado*.

No es nuestro ánimo referir lo que entonces sucedió. La historia tiene escritas con sangre las páginas de to-

da aquella época. Nadie ignora los parlamentos nombrados sin fruto para elección del nuevo rey, á los cuales perteneció como uno de los diputados de Cataluña el abad de Montserrat Marcos de Villalba; nadie ignora la osada tentativa de Antonio de Luna que concluyó con la muerte del arzobispo de Zaragoza; nadie ignora el empeño de Benedicto XIII en favor de Fernando de Antequera; nadie ignora la formación de aquel extraordinario y supremo tribunal que se llamó *Parlamento de Caspe*; la decisión de este parlamento, ó mejor de San Vicente Ferrer, uno de sus nueve miembros; la proclamación de Fernando de Antequera por el mismo maestro Ferrer; el alzar pendones Cataluña en favor del desdichado conde de Urgel; la prisión en fin y el asesinato de este último, bajo las sombrías bóvedas del castillo de Játiva.

La extraña decisión del parlamento de Caspe, que todavía no ha podido ó no se ha atrevido á explicar la historia satisfactoriamente, por la cual ciñó la corona de Aragón las sienes del regente de Castilla, sobresaltó á Cataluña, Valencia, Mallorca y Sicilia, que creían mejor fundados los derechos del de Urgel. Jamás, pues, consiguió Fernando I poseer la absoluta confianza y cariño de los catalanes. Un infante castellano era en los tiempos que corrían entonces, lo mismo que un enemigo encarnizado de Aragón y Cataluña; recientes estaban los odios de ambos pueblos á causa de las continuadas guerras que por tantos años se hicieran.

Fernando I, por otra parte, no quería tampoco mucho á los catalanes, y desde su reinado empieza á datar la pérdida del habla catalana, el idioma hasta entonces de los trovadores, del amor y de los reyes, que poco á poco tuvo que ir cediendo el campo ante la invasión de la lengua de Castilla.

Sería larga empresa mencionar los motivos en que se

fundaba Cataluña para creer que D. Fernando no la profesaba gran afecto; no es cosa de este lugar, y enviamos por lo tanto á la historia á los curiosos que la ignoren. Baste saber que en las cortes celebradas en Montblanch, apareció de una manera clara el desacuerdo del monarca con los catalanes; y en ellas fué donde tuvo serios altercados con los diputados, y particularmente con Ramón Desplá, el conceller *en cap* de Barcelona.

Fernando I, al llegar por vez primera á la capital, subió á Montserrat en peregrinación, haciendo, al igual de sus predecesores, ricos presentes á la Virgen; pero su visita al monasterio dió pábulo á los bandos que ya entonces empezaban á formarse entre monjes castellanos y catalanes.

Una circunstancia inmediata, un hecho realmente dramático acaecido poco después, y que con todos sus colores nos refiere la crónica, vino luego á aumentar entre castellanos y catalanes ese germen de odio que tanto costó luego apagar, y cuya extinción se debe un poco á Alfonso llamado *el sabio*, algo á Fernando el rey católico, y mucho á Carlos I el gran emperador.

Fernando de Antequera, al llegar á Barcelona, había manifestado á los concelleres su voluntad de no pagar el impuesto de los comestibles, y en efecto, su despensero, negándose á pagar en el mercado la cantidad del derecho que la ciudad reclamaba, promovió un alboroto tal, que á duras penas lograron apaciguarle los concelleres que, presurosos, acudieron al lugar de la reyerta.

D. Fernando envió á buscar al primer conceller en cuanto tuvo noticia del motín, pero se ofreció á corresponder á la orden del rey, Juan Fivaller, el conceller segundo.

Tan inminente peligro corría Fivaller en aquella en-

trevista con el rey, y tan segura creía su muerte, que fué primero á despedirse de su esposa é hijas, á las que dejó anegadas en llanto. En seguida se lanzó á la calle, empezando á andar con grave y tranquilo ademán; iba vestido de luto, arrastraba luenga falda, cuyo extremo sostenía un paje asimismo enlutado; precedíale el verguero municipal vestido también de negro y cubierta su maza ó verga con un velo de igual color; acompañábanle, en fin, doce escuderos revestidos de sendas gramallas negras y con anchas y enlutadas caperuzas. El pueblo de Barcelona se paraba atónito ante aquel inusitado cortejo é íbase agrupando y siguiendo aquel sombrío y majestuoso espectáculo, precedido por los magistrados y personas más notables de la población que veían con dolor á Fivaller caminar á la muerte.

Antes de llegar á palacio, Fivaller se detuvo, dejó que se le acercara el pueblo que hasta entonces mudo y silencioso había caminado tras él, y alzando la voz, pidióle perdón por si su gobierno no había hasta entonces llenado sus deseos y esperanzas, diciendo que pues en defensa de la república se ponía en tan grave riesgo, bien podía esta acción borrar sus pasadas faltas.

El pueblo contestó con los gritos repetidos de *¡Viva Fivaller!* con los clamores del más decidido entusiasmo, con las protestas de amistad y juramentos de venganza que mil labios le hicieron á un tiempo.

Fivaller llegó á palacio y á la antesala del rey. El pueblo se había quedado en la puerta, pero la enlutada comitiva y fúnebre aparato del conceller le había seguido hasta las habitaciones del monarca.

Llamó Fivaller á la puerta de la cámara real, y entreabriéndola el ugier, preguntóle que quién era, si Juan Fivaller. En efecto, el ugier tenía orden para no abrir paso á Fivaller.

Mas éste, conociendo el ardid,

—Conceller soy,—respondió,—de la ciudad de Barcelona.

Tres veces repitió el ugier la pregunta: tres veces recibió la misma respuesta. Entonces el rey gritó desde el interior:

—Abre á Fivaller, que demasiado está proclamando á voces que es él su pertinacia.

El conceller entró, y fué su primer acto besar la mano de D. Fernando, que se la retiró, reprendiéndole severamente por querer el pueblo catalán forzar á su rey á la servidumbre de un impuesto.

Fivaller le contestó que era aquel uno de sus privilegios, y que el rey había jurado conservarlos y no infringirlos. Enérgico estuvo Fivaller en la contestación que dió, temerario quizá, amenazador acaso, pues que irritado D. Fernando y ciego de cólera, mandóle entrar en un aposento inmediato con tal intención en el decir, cuenta la historia, que Juan Fivaller no dudó que encontraría en aquella habitación el verdugo.

No fué así. Los consejos de Cervelló, Moncada y Cabrera que estaban con el rey, lograron calmarle, y aún más, lograron hacerle ceder.

El conceller fué llamado otra vez á la real presencia, y oyó de los labios del monarca estas palabras:

—Vuestra de hoy más es la victoria: no creáis, empero, que os reporte grande honra y provecho.

Y al día siguiente, lunes 9 de Marzo de 1416, Don Fernando abandonaba la ciudad, dejando en los ánimos la mayor consternación; pero al llegar á Igualada, tuvo que detenerse por enfermedad. El rey acababa de ser atacado de la peste, que en aquel entonces comenzó á reinar en Cataluña.

Otro de los privilegios de Barcelona era el de asistir á los de la familia real que enfermasen en el Principado. Así es que al saber los concelleres el triste esta-

do del rey, determinaron cumplir con aquel privilegio, como habían cumplido con el otro, y un conceller fué enviado junto al real enfermo con esta misión.

Este conceller era también Juan Fivaller.

Al llegar á Igualada y á la cámara del rey, salió á recibirle el Sr. de Cervelló que, encontrándose con Fivaller quiso negarle la entrada, pero el conceller, apartando al privado, penetró casi á viva fuerza en la estancia.

—¿Hasta aquí se me persigue?—gritó el rey furioso al ver á Fivaller.—¿Ni se me deja morir en paz? ¿No os he abandonado ya la ciudad y vuestros derechos?

La respuesta del magistrado catalán fué explicar el privilegio que tocante á la curación de su persona les competía, añadiendo que de la misma manera con que había procurado conservar el derecho del impuesto, iba á conservar el de asistirle y cuidarle.

Entonces fué cuando la municipalidad barcelonesa dió al mundo el más raro ejemplo de lealtad, cuya memoria ha durado hasta nosotros conservada por la tradición, y que no reconoce igual en los anales de ninguna municipalidad, pues de tal modo cumplió su encargo Fivaller, que, dice un cronista, *curaba al rey con sus manos las llagas de su contagioso mal y sorbíale con sus labios la podre de sus mismas llagas.*

Así es que, agradecido el rey á acción tan heróica, nombróle al espirar, en un codicilo, su albacea mayor, y le encargó la persona del príncipe y el cuidado de sus hijos y de sus reinos.

No hemos querido pasar en silencio esta característica tradición que nos confirma la historia, y que atañe precisamente á uno de los dos personajes cuyas estatuas ostentan en el día en su fachada nuestra casa municipal.

Este rasgo heróico que, como hemos dicho, no reco-

noce igual en otra municipalidad, da una idea demasiado elevada y noble de nuestros antepasados, para que pudiéramos resolvernos á pasarlo en silencio.

Es una escena sola que revela toda la historia de un pueblo, es todo un drama con sólo dos personajes, un rey y un conceller.

La tibieza y frialdad con que se miraban catalanes y castellanos, no logró apagarse con este hecho de inmarcesible virtud y de sublime abnegación, y donde más debía encontrar desarrollada esta disensión el rey D. Alfonso al subir al trono, era en el recinto del monasterio de Montserrat. En efecto, toda esa aglomeración de escenas históricas rápidamente sucedidas y las consecuencias del parlamento de Caspe, habían herido y ocupado la imaginación de los monjes retirados en la montaña, y la calma y tranquilidad del claustro se veía seriamente amenazada.

XIV.

OTRO POQUITO DE HISTORIA.

Podrán otros creer lo que mejor ó más fundado les parezca. Nosotros—y confesamos que á ello nos ha inducido en gran parte el hallazgo de un manuscrito catalán del siglo XVI, al parecer,—nosotros creemos que las famosas desavenencias entre los monjes castellanos y catalanes de Montserrat, datan de la época que en nuestro anterior capítulo hemos intentado describir, y del hecho, sobre todo, altamente dramático y significativo que hemos procurado relatar.

En efecto, con el triunfo que hiciera conseguir á los fueros y prerrogativas catalanas la energía del noble Fivaller, acrecentóse más, si era posible, el despego con que se miraba á los favoritos del monarca y á los que, castellanos todos, desempeñaban algún empleo ó intervención en Cataluña. Por otra parte, la caída del aragonés Benedicto de Luna, á cuyos esfuerzos más que á otra cosa debía el de Antequera su corona, y que le correspondió haciéndole con su descuido perder la tiara que tres naciones habían colocado en sus sienes; los infortunios del conde de Urgel, el ídolo de los catalanes, que, perdida la ciudad de Balaguer, su baluarte, arrastraba su vida en las congojas de una cárcel; la confiscación de todos sus bienes en favor de la corona; dos princesas errantes y mendigas por el mundo, una de las

cuales, Doña Leonor, la hermana del *desdichado* Don Jaime, iba más tarde á morir, pobre y olvidada, en el olvidado y pobre recinto de una ermita; todo esto, decimos, influyó notablemente en el ánimo de los catalanes, y echó tan profundas raices en sus corazones el odio contra los castellanos, que difícilmente consiguieron borrarlo los sucesores de D. Fernando.

¿Qué extraño, pues, que esa chispa eléctrica que cundió en nuestro Principado desde el probo conceller hasta el rudo montañés fuera á hacer vibrar la sensible cuerda de la nacionalidad en el corazón de los monjes, sepultados en el recinto de nuestro monasterio?

«Los bandos—dice el manuscrito citado del cual traducimos estas palabras,—los bandos principiaron en Montserrat por las simpatías de algunos monjes en favor del conde de Urgel, y los aumentó y acrecentó el descuido con que miró D. Fernando los intereses de Benedicto de Luna, papa para los monjes catalanes y aragoneses, si antipapa para algunos monjes castellanos que entonces había en el monasterio.»

¿Sería, pues, acaso el rumor de esas disensiones llegado á oídos del conciliador Alfonso, lo que induciría á éste introducir monjes italianos en Montserrat, siguiendo el principio tan vulgar como desacertado de hacer desaparecer un mal menor con otro mayor?

No nos atrevemos á creerlo. Pero, sea como sea, el caso pasó como sigue:

Un día, el 26 de Febrero de 1443, Nápoles la bella, esa rival de Venecia, esa sultana de las flores, muelle y perezosamente tendida entre un mar y un volcán, y cuya frente de princesa refresca la amorosa y regalada brisa de Sorrento; Nápoles, decimos, se engalanaba como la virgen que se dirige al altar, y abría sus puertas á un rey aragonés, enviándole un carro de triunfo tirado por cuatro caballos blancos como la nieve, y sobre un cojín

de terciopelo la corona de oro que acababa de desprenderse de la frente del fugitivo Renato.

El rey era Alfonso, á quien la historia ha llamado *el magnánimo*.

Y bien la merecía esa corona, y bien merecía poseer esa Nápoles soberbia por quien olvidara sus reinos de Aragón, por quien combatía veintidos años hacía, para llegar á la cual había tenido que pasar por encima el cadáver de su hermano D. Pedro, *el mejor caballero de España* [1], y para sentarse en cuyo trono había visto perecer á su lado la flor de sus guerreros catalanes y aragoneses.

Dueño ya de su ciudad codiciada, de su paraiso prometido, D. Alfonso empezó á ocuparse de su nación, y, particular devoto de Nuestra Señora de Montserrat, á la que invocara mil veces en las batallas, á la que hiciera ricos presentes en otro tiempo concediendo notables privilegios á su monasterio, ideó el medio de ensalzarla más y engrandecerla, con la secreta intención acaso al mismo tiempo de hacer desaparecer las disensiones entre sus solitarios, nocivas sin duda alguna á la religión.

Sea esto, sea que prendara á Alfonso el buen ejemplo y observancia del monasterio de Monte Casino en Nápoles, lo cierto es que deseó que su favorito monasterio catalán se viera gobernado por las leyes casinenses, y concertándolo con Doña María su esposa, que en Barcelona gobernaba durante su ausencia los reinos de Aragón, seis religiosos casinenses pasaron á Montserrat. Por aquel entonces moría Marcos de Villalba, y, protegido por D. Alfonso, entraba á ocupar el sitio vacante del abad uno de los seis religiosos napolitanos, Fray Antonio de Aviñón.

1 Palabras del mismo Alfonso.

Esta reforma no tuvo el efecto que el piadoso D. Alfonso se esperaba. Cesaron momentáneamente, es muy cierto, los bandos entre castellanos y catalanes; pero fué para comenzar una serie no interrumpida de disturbios así en el monasterio como en toda aquella tierra, tanto que, según Pujades y Serra, iba entibiándose la devoción y faltando las limosnas.

Así debió de ser, pues que pocos años más tarde vemos que el Papa valenciano Calixto III, en el primer año de su pontificado, daba al obispo de Vich y al abad de Ripoll el especial encargo de visitar á Montserrat y enterarse cumplidamente de las alteraciones del monasterio con averiguación de sus causas.

Cumplieron su misión los dos nombrados, y en vista de las razones que expondrían sin duda al Papa, mandó éste que volviesen á Italia los casinenses y se gobernara Montserrat por sus antiguas leyes.

Pasó, pues, á ser abad de nuestro monasterio Fray Pedro Antonio Ferrer, que por merced del rey D. Alfonso fué canciller de Cataluña, y por otra igual de D. Juan, sucesor de Alfonso, bibliotecario del reino de Aragón.

Y aquí entra otra época triste para Cataluña, triste para la historia, triste y muy triste para el mismo Montserrat.

Un hombre *faccioso y turbulento*, dice un cronista, *que ni de particular ni de rey tuvo sosiego*, D. Juan II, sube á ocupar el trono por muerte de su hermano.

Su reinado, es un reinado de sangre y de venganza.

Bien hubiéramos querido trazarle en breves líneas como hemos hecho con otros que á mano nos han venido; pero al emprender su historia, nuestra pluma evoca lo primero á nuestros ojos las sombras de sus envenenados hijos D. Carlos el príncipe de Viana, y Doña Blanca, el ángel puro y hermoso de los tiempos de la

caballería; y se nos aparece en segundo término, en el fondo del cuadro, partiendo el tálamo real, la terrible y vengativa Doña Juana, el ángel malo de su solio y de su época.

En su reinado volvemos á encontrar segunda vez á Cataluña cara á cara con un rey, á Cataluña que, independiente y noble, protege la atormentada juventud de Doña Blanca, y agita su melena de montañas alzando vengadores estandartes por el príncipe de Viana.

¡Hermoso cuadro el de esta época, y hermosas escenas para un pintor romántico!

A un lado los estragos de la guerra, el hambre, la peste, las intrigas, la venganza, el exterminio; en primer término Cataluña bautizando con la sangre de sus héroes la santidad de la defensa de las víctimas filiales; en el fondo una mujer, hija de un almirante de Castilla, subida por casualidad á un trono, manejando ya el veneno, ya el puñal; en el centro las tumbas de Carlos y de Blanca; por los aires la sombra insepulta de la más virtuosa de las reinas y la más dulce de las madres, buscando los que había dejado tiernos y hermosos príncipes en brazos de su padre, y hallándolos víctimas del odio y ambición á los pies de su madrastra; y por fin, iluminando el lienzo con tintas de rojizos resplandores, cien villas incendiadas, sueltas al viento sus cabelleras de llamas.

Y en tanto que todo esto tenía lugar, ¿qué hacía Montserrat?

Montserrat dejaba renacer sus anteriores bandos, y, nos cuesta el decirlo, su abad partía á la cabeza de algunos monjes, é iba solícito á prestar el apoyo de sus consejos á D. Juan.

Mientras que Cataluña lidiaba como si todos sus hijos hubiesen sido un solo héroe, mientras que Barcelona se aprestaba á sucumbir pulverizada antes que á ceder en

su defensa por D. Carlos, Fray Antonio Ferrer abandonaba la catedral de las montañas,—donde sólo quedaban siete monjes, tres ermitaños, dos donados y dos escolares,—y, consejero de D. Juan, partía á su campamento para ayudarle con sus espirituales armas en la sangrienta lucha con los catalanes.

¿Será quizá por esto que ningún cronista de Montserrat—de los que tenemos al menos noticia,—menciona, del abad Ferrer, ni el lugar de su cuna, ni su familia, ni el sitio donde murió, ni la tierra que le dió sepultura? ¿Será quizá por esto que los catalanes historiadores del monasterio habrán querido condenar al olvido su nombre como él condenó al olvido la patria de su templo?

Puede. Extraña particularidad sería si no fuera así.

D. Juan subió dos veces al monasterio, y allí fué donde admitió por consejero á Fray Antonio Ferrer, siendo uno de los monarcas que más prerrogativas concediera al santuario de la Virgen montañesa. De su época data el privilegio de Montserrat de poder tener juez en Barcelona para las causas de sus vasallos, señalándole por territorio las casas del mismo monasterio, sitas en la calle llamada en el día de Puerta Ferrisa. El mismo D. Juan fué el que concedió á los limosneros del santuario el privilegio de poder llevar armas ofensivas y defensivas, eximiendo á todos los vasallos de Montserrat de pagar cena real, segun era uso y costumbre en aquel tiempo.

Con la muerte de D. Juan entró á gobernar los reinos un príncipe pío y benigno, una reina grande entre las más grandes; se abrió á los ojos de todos el dilatado horizonte de una era de prosperidad, y llegó para Montserrat su época acaso de mayor esplendor. La historia y las tradiciones que nos disponemos á contar, vendrán á responder de la verdad de nuestras palabras.

XV.

UN MUNDO POR UN BUQUE.

Así como sigue la calma á la tormenta, así sucedió una era feliz y afortunada á la época notablemente borrascosa de D. Juan.

Cuando empezó en 1479 su importante reinado Don Fernando II, Montserrat se había repuesto ya algún tanto de su abatimiento, y se veía sabiamente dirigido por Julio de la Róvere, que no debía tardar en trocar su abadía por la cátedra de San Pedro, que ocupó con el nombre de Julio II.

Entre otras de las cosas que en el monasterio conservaban la memoria del abad Julio, había unos claustros mandados edificar por él, y en varios puntos de los cuales se notaba el escudo de sus armas, un roble acompañado de dos ángeles.

Por lo demás, allí estaba D. Fernado, y ningún rey acaso había manifestado hasta entonces más celo y devoción por la Virgen montañesa que el que debía demostrar el católico monarca, presentado á la edad de nueve años á Nuestra Señora de Montserrat por la reina su madre, en ocasión en que yendo á Barcelona subieron entrambos á visitar el templo catalán.

Cuando en los primeros años de su reinado pasó á la capital de Cataluña á jurar sus leyes y privilegios, subió otra vez D. Fernando á Montserrat, y más tarde,

en seguida de la memorable conquista de Granada, de esa conquista heróica que ha dado que hablar á todos los poetas, ofreciendo tantas hazañas á la historia y tantos héroes al drama; en seguida de esa conquista, decimos, nuestras crónicas catalanas mencionan con orgullo que Montserrat tuvo por huéspedes á Fernando y á Isabel. Acompañaban en esta visita á los Reyes Católicos, el príncipe D. Juan, Doña Isabel, viuda de D. Alfonso, príncipe de Portugal; Doña Juana, Doña María y Doña Catalina.

Entre los dones que ofrecieron á la Virgen, se contaban dos magníficas lámparas de plata, y manifestaron sus deseos de que entrasen á regir en Montserrat los monjes de la congregación de Valladolid. Tal idea de reforma no podía menos de hallar poco preparados los ánimos á aceptarla. Así fué. El abad, que lo era entonces Fray Juan de Peralta por renuncia de Julio Róvere, y también varios monjes, resistiéronse algún tanto al deseo de los reyes; pero su repugnancia se ablandó, dice Argáiz, haciendo á los monjes varios dones y nombrando obispo de Vich al abad.

Semejante reforma, por muy piadosa que fuera la idea de D. Fernando al concebirla, debía más tarde reportar amargos frutos, y los bandos, medio extinguidos ya, debían con ella brotar más adelante con una fuerza y vigor de que no pocas veces se lamentan las crónicas y tradiciones del monasterio.

Allanadas, pues, todas las dificultades, el prior de San Benito de Valladolid, Fray Juan de San Juan, tomó posesión de Montserrat en nombre de la congregación, en presencia del conde de Lerín representando al monarca, y de un conceller de Barcelona, cuyo nombre nos callan las crónicas, representando á la ciudad.

Pocos días después, quedaba nombrado abad Fray García de Cisneros, prior segundo que era de San Be-

nito de Valladolid y sobrino del célebre cardenal Jiménez de Cisneros.

Vivía entonces en Montserrat y retirado en una de sus ermitas, según un cronista, un monje catalán á quien reservaba la historia una página, y cuyo nombre debía ir unido á un acontecimiento que cambió la faz del mundo.

Por una cadena de circunstancias difíciles de explicar, había este monje, que era Fray Bernardo Boil, llegado á merecer el aprecio y particular confianza del rey Fernando, el cual lo cita con efecto en dos cartas escritas en catalán y en diversas ocasiones á los monjes de Montserrat.

Veamos ahora cómo salió su nombre de la obscuridad de un claustro.

Era el amanecer del 3 de Abril de 1493, cuando por entre la niebla matinal y las nubes teñidas de púrpura que juguetonas discurrían por el azul firmamento, vió el vigía del puerto de Barcelona aparecer la blanca vela de un buque que acaso no tenía más apariencia en lontananza que la de una pluma desprendida de un invisible nido de palomas.

Hizo la seña correspondiente, y fijos en la vela lejana sus ojos, no había aún acertado á comprender cuál podía ser aquel buque, cuando ya el pueblo catalán se agitaba murmurador é inquieto por las calles de Barcelona, pintada en los semblantes la curiosidad mayor, murmurando todos los labios un nombre casi desconocido hasta entonces. Una noticia había circulado como una chispa eléctrica entre la muchedumbre.

No faltaba, en efecto, quien sabía que durante el sitio de Granada, la perla de los moros, un errante viajero, un extraño peregrino, un filósofo, un loco, se había presentado á Isabel de Castilla y—al revés del rey que más tarde debía ofrecer su reino por un caballo,—la había ofrecido todo un mundo por un buque.

Varios grandes cortesanos se habían reído del soñador genovés; pero Isabel, la reina católica, había escuchado atentamente todos los planes de Cristóbal Colón, habíale hecho explicar todos sus delirios como muchos los denominaban, y había acabado por concederle su protección. El gran hombre y la gran reina se habían comprendido.

Cristóbal Colón se había hecho á la vela surcando las aguas del mar por entre el cual quería abrir camino para un nuevo mundo.

Ahora bien; el buque descubierto al amanecer del 3 de Abril podía muy bien ser el de Colón que regresaba de su viaje. ¿Cómo lo sabía el pueblo? ¿Quién se lo dijera?.... Nadie.

Y es que el pueblo parece á veces incomprensiblemente dotado del don de segunda vista; y es que el pueblo diríase que á veces acierta hasta en sus desvaríos, y es, en fin, que raras veces se engaña el pueblo ni en el instinto de sus simpatías ni en el instinto de sus odios.

El buque era verdaderamente el de Cristóbal Colón, y venía, en efecto, de descubrir un mundo.

Cuando el obscuro genovés, que había partido pobre como un mendigo y que volvía el potentado mayor de la tierra, pisó por vez primera la arena catalana, hallóse rodeado de un pueblo entusiasta que victoreándole le acompañó á la presencia de los reyes, entonces en Barcelona; y cuando les hubo dicho el emprendedor nauta que el pendón de Castilla brillaba á los reflejos del sol de un hemisferio desconocido, los católicos monarcas levantándose doblaron las rodillas y con ellos las dobló la grandeza, y doblólas con ellos el pueblo, y, entonado por las voces de los sacerdotes allí presentes, todos los labios se abrieron para murmurar unidos el *Te-Deum*. ¡Piadoso y debido homenaje al Rey de los reyes, que

acababa de hacer á la España señora de dos mundos! [1].

El loco, el filósofo, el viajero errante había cumplido su palabra; en cambio de un buque regalaba un mundo.

La permanencia de Colón en Barcelona fué una continua ovación. «Pocas veces, dice una crónica, se había visto Barcelona con tanta multitud de gente; quedaban desiertas las poblaciones y pobladas las calles de la ciudad sólo para verle.»

Colón había manifestado las esperanzas que abrigaba de descubrir más tierras todavía, y mientras duraban los festejos y se preparaba una segunda expedición, escribieron los Reyes Católicos al papa Alejandro VI con objeto de pedirle la investidura del nuevo Imperio que el Señor les daba, á lo que accedió el soberano Pontífice, con tal que enviasen varones apostólicos para reducir á la fe católica á los nuevos vasallos.

Gustosos accedieron los reyes españoles, y dispuesta ya la segunda expedición, nombraron por primer arzobispo y patriarca de las Indias á Fray Bernardo Boil, el monje de Montserrat, que en efecto partió en compañía de Colón y de doce sacerdotes del mismo santuario montañés.

He ahí, pues, cómo el nombre de Montserrat se encuentra mezclado con ese gran acontecimiento que hizo dos mundos de uno; y no es ciertamente el menor de los blasones de nuestro monasterio el de ser sus propios hijos los que convirtieron á los infieles de allende el mar,

1 Varios autores aseguran que Colón vino á Barcelona por tierra y con noticia ya anticipada que de su venida tenían los reyes y el pueblo. Sin embargo, un curioso manuscrito de testigo ocular, refiere el hecho tal como á poca diferencia lo hemos contado. El lector puede en esto creer lo que le acomode. Nosotros nos hemos atenido al manuscrito y á la balada catalana que este acontecimiento refiere; pero la verdad es que la llegada de Colón fué por tierra.—*(Nota de la primera edición.)*

los primeros misioneros que fueron en busca de la palma del martirio.

Todos los cronistas están contextes en que se debe al padre Boil y á sus audaces y decididos compañeros grandes servicios religiosos, y todos mencionan que ellos fundaron en el nuevo mundo el primer templo, templo catalán, al que fué dado el nombre de Nuestra Señora de Montserrat, en memoria del de que habían salido para aquella expedición.

Ciertas disensiones acaecidas más tarde entre Colón y el patriarca, obligaron á los reyes á llamar á Boil á España, donde largamente le remuneraron por su celo y actividad en favor de la religión, y le nombraron abad perpetuo de San Miguel de Cuxá.

En esto murió la católica Isabel, y Fernando tomó por nueva esposa á Jermana de Foix, sobrina del rey de Francia, de la que tuvo un hijo que espiró muy luego, habiendo sido titulado por su padre príncipe de Gerona.

Jermana de Foix fué otra de las protectoras de Montserrat, á cuyo monasterio subió en peregrinación, regalando á la Virgen una hermosa lámpara de plata, y concediéndole ciertas prerrogativas aprobadas más tarde por su esposo.

A la muerte de D. Fernando, entró á ocupar el trono Doña Juana, conocida en la historia con el nombre de *la loca*; pero ya que aquí hemos llegado, dejemos hablar otra vez á la poesía y á la tradición. Lo que nos cuenta la crónica de Montserrat en el reinado de Doña Juana es tan curioso y poético, que merece abrir paso á la leyenda, suspendiendo la historia.

No perderán nada nuestros lectores en el cambio, é indudablemente ganará en interés la relación.

XVI.

EL PAÑO MORTUORIO.

Nos hemos trasladado á Castilla, á esa turbulenta amante del Aragón, siempre deseosa de estrecharle entre sus brazos, de seducirle con sus hechizos, de adormecerle con sus arrullos, de reinar, en fin, sobre él como amante déspota ó tirana esposa.

¡Pobre Castilla! Tres veces había ya logrado casi atraerle con sus encantos y sus promesas de amores, y tres veces Aragón, independiente y revoltoso, había conseguido evitar sus halagos.

Sin embargo, ¡pobre Aragón! no estaba lejos el día en que la pertinaz Castilla debía hallarle adormecido sobre su lecho de glorias y laureles, y aprovechándose de su sueño, atarle con cadenas de flores á las ruedas de su carro triunfal. Aragón no la había querido por esposa; Castilla le tomó por esclavo.

Sea como sea, nos encontramos en Castilla.

Delicioso y seductor es el aspecto de un jardín á la caída de una tarde de Mayo, el mes de los amores, si es sobre todo el jardín como sabían idearlo los moros, con entrelazadas guirnaldas de yedra y ramas de frondoso laurel, que como un tapiz caían ante las puertas abiertas de sus orientales pabellones de verdura; con árboles caprichosos de veleidoso follaje que, enlazándose amoroso, ofrecía tupidas é impenetrables bóvedas, que no

dejaban al sol tostar con su beso de fuego la arena de las sombreadas calles; con odoríferos naranjos y limoneros, que unidos al mirto y al granado, orillaban las bellas azoteas de mármol, cuyo níveo pavimento era regado al anochecer con agua de rosas por los oficiosos esclavos.

Una de las ciudades más famosas de Castilla tenía entonces uno de esos jardines puramente orientales, y precisamente un pabellón de este jardín ocultaba, en el momento de que hablamos, á una mujer que tranquila reposaba sobre unos anchos y mullidos cojines de seda recamada de plata, á la usanza árabe también.

Sin ser esta mujer una completa hermosura, poseía sin embargo unos ojos que brillaban con una encantadora mezcla de terneza amorosa y de arrogancia española, y bañaba su rostro ese imán de expresiva languidez que suple abundantemente en ciertas mujeres delicadas á la más deslumbradora belleza. La mujer del pabellón, pues, sin embelesar cautivaba, y sin seducir atraía. Era si se quiere una estatua, pero una estatua embelesadora.

Alguna que otra vez incorporábase repentinamente, levantaba la cabeza como sobresaltada por ciertos rumores, ó como si su oído esperara coger ávidamente el son de una voz lejana ó de unos pasos cercanos. Entonces sus ojos vagaban errantes chispeando de alegría y de inquietud, sus cejas se arqueaban, y una sonrisa pálida como una flor en otoño entreabría cariñosamente el clavel de sus labios. Pero, engañada en sus deseos, pronto se volvía á dejar caer perezosa y lánguida, con una postración completa de fuerzas, en los ricos cojines orientales que se hundían bajo el peso de su cuerpo.

A pesar de que el silencio más religioso reinaba en el pabellón, esa mujer no estaba sola.

Sentada á sus pies, en un almohadón menos rico,

había una hermosa joven cuya belleza, mucho mayor que la de su compañera, era denunciada por una frente nunca rizada por la sombra de un pesar, por una boca finamente modelada, por una fisonomía abierta y franca, por una suavidad de contornos intachable, por la gracia y elegancia de unas formas que de seguro hubieran podido muy bien envidiar las blondas vírgenes del sevillano artista.

Esta joven tenía asida con una de sus níveas manos una guzla, instrumento granadino que acaso acababa en aquel momento mismo de tañer para disipar tal vez las nubes preñadas de melancolía que iban agrupándose sobre la frente de la mujer recostada en los cojines de seda.

No era ciertamente extraño en aquella época ver brillar una guzla en las manos de una dama castellana. Los moros recientemente arrojados de España, dejaban allá para representarles, y para que jamás se borrara la huella de sus pasos, sus costumbres, sus artes, su literatura y hasta su sangre.

Y ahora que brevemente, y cual permite una leyenda que debe encerrarse entera en un artículo, hemos descrito á las dos mujeres que ocupaban el pabellón, digamos quiénes eran.

Era la una, la más pálida, la tendida lánguidamente en los suntuosos cojines, Doña Juana, la reina de Castilla.

Era la otra, la más hermosa, la tañedora de guzla, su dama favorita, Doña Blanca de Tamayo.

La conversación había decaído y el silencio mayor dominaba á estas dos damas, reinas entrambas de la corte castellana, por su corona la una si la otra por su belleza.

En cuanto á los pensamientos que se habían apoderado de ellas y que las retenían en la clausura de su si-

lencio, fácil eran de comprender, con respecto á la una sobre todo.

Doña Blanca se callaba por callarse su señora, y Doña Juana pensaba como siempre en la llegada de su esposo, que como siempre no llegaba.

¡Pobre Doña Juana! Nunca quizá esposo más frívolo ni inconstante ha sido jamás compañero de esposa más tierna y más enamorada. La reina de Castilla pasaba enteros sus días en amar á Felipe *el hermoso*, el rey archiduque, que á su vez pasaba los suyos en huir las caricias y celosas expansiones de su esposa.

El amor de Doña Juana degeneraba poco á poco en delirio, para más adelante trocarse en verdadera locura. En efecto; aquí está la historia para decirnos cuándo murió Felipe, lo que costó arrancarle á la reina su cadáver; para decirnos los años eternos de viudez y de retiro que pasó llorando su perdido amor.

Por esto la historia, inflexible y severa calificadora de los actos de los reyes y de los actos de los pueblos, conoce por Doña Juana *la loca* á la reina enamorada.

Largo rato hacía que estaban en silencio las dos damas en el retirado pabellón del jardín, cuando lo interrumpió Doña Juana para decir con voz triste y melancólica, como si contestara á una observación que su compañera se había guardado de hacerle:

—¡Oh! no, no lo creas, no vendrá. Sucederá lo que todos los días, lo que eternamente: ¡esperaré en vano!

Disponíase á contestar Doña Blanca, cuando la brisa perfumada de los jardines trajo de repente el eco de una voz al oído de las dos damas. Incorporóse súbitamente la reina, y se estremeció Blanca como lo hubiera podido hacer una cuerda de su guzla bajo la presión de su dedo.

¡Ay! no era la voz de Felipe, y Doña Juana suspiró de amargura; no, era una voz que cantaba, y Doña Blanca se sonrió de placer.

No era el esposo de la reina, era el amante de la dama.

Era un joven paje catalán, Luis de Requesens, que con su canto anunciaba á su amada su presencia en el jardín y la hora tal vez de una cita ya retardada.

Las melancólicas estrofas de la canción del paje llegaron á oídos de la reina, que atentamente las escuchó.

Así cantaba el paje:

El albornoz de la niebla
tiene envuelta á la montaña,
se estremece la cabaña
del obscuro pescador.
Rujen del cielo las voces,
rujen del mar los acentos,
zumban fúnebres los vientos
por el bosque del Socor.
¡Ay si se lanza la nube
que se forma en la montaña!....
¡Ay si sobre tu cabaña
llega un momento á posar!
Saldrán los ríos de madre
y saldrá el mar á su encuentro.
Mar adentro, mar adentro
irá tu choza á parar.
De hinojos caigan tus hijos,
de hinojos tu madre anciana,
la tormenta está cercana
y ruje la tempestad.
Díle á tu esposa que rece,
como al declinar del día,
la tierna *Salve* á María,
la Virgen del Montserrat.

Acababa apenas de pronunciar esta tercera estrofa la voz del cantor, cuando Doña Juana, sin atender á la canción que el amante paje iba prosiguiendo, arqueó sus cejas como para buscar en las páginas de su pasado una

olvidada memoria, y pronunció en voz alta, lentamente, estas palabras:

—¡Montserrat!.... ¡Montserrat!.... Yo recuerdo este nombre..... Sí, es un nombre de mi infancia..... ¿No es verdad, Blanca?.... Montserrat es un templo, un santuario catalán oculto entre unos elevados riscos como un nido de águilas.

La reina se interrumpió, pero fué para exclamar en seguida:

—Blanca, yo conozco también esa voz que canta.

Blanca se ruborizó.

—Es,—contestó ésta vacilando,—es, señora, la voz del paje Luis de Requesens.

—¡Ah! sí—dijo Doña Juana,—el paje catalán, tu amante, tu prometido. Canta una balada de su país. ¡Buen hijo que se acuerda de su patria! ¡Su patria no le olvidará, no!.... ¡Y sin embargo,—prosiguió la pobre reina con intraducible expresión de amargura,—sin embargo, yo bien me acuerdo y á mí bien se me olvida!.... ¡Montserrat!—añadió á poco;—¡cómo es que ya no recordaba yo este nombre! ¡Ah! ¡es porque tengo otro nombre que lo absorbe todo!.... ¡Montserrat!.... sí, ya tengo presente. Volvíamos de Granada é íbamos en busca de Colón. A orillas de un río se eleva un monte. Subimos á él. Por todas partes rocas gigantescas de atrevidas bases, de caprichosas formas. Arbustos sin cuento, suspendidos de las hendiduras de aquellas rocas, cubren sus cimas de un encaje enmarañado de ramas enfermizas y torcidas que, vistas de lejos, á la trémula y pálida claridad de la luna, asemejan pobladas melenas ó desmayadas clines de monstruos fabulosos. En medio de todo esto hay un templo. ¡Mi madre oró mucho en este templo, mucho! Yo oré también. Mi madre regaló á aquella Virgen un rico brocado, una lámpara de plata, doscientos florines de limosna..... ¡yo no dí nada! Era

muy niña, pero sin embargo me acuerdo de todo cuanto me dijeron. Todos los reyes antepasados nuestros habían sido protectores de aquel templo; todos le habían ofrecido dones. Esto me dijeron, y yo, en mi tierna imaginación de joven, juré á mi vez ofrecerle algo y visitarle también algún día..... Bendito sea el paje que me ha recordado mi juramento. Se me había olvidado..... ¡ingrata! Blanca, iremos á Montserrat, sí, iremos pronto, muy pronto..... cuando Felipe quiera acompañarme.

Y Doña Juana se detuvo al llegar aquí. ¡Pobre reina! Felipe no la había de acompañar jamás, y la reina debía por lo mismo faltar al juramento de la niña.

—Entre tanto—prosiguió Doña Juana,—puedo cumplir á lo menos con la mitad de mi promesa. ¡Oh! ¡me ocurre una idea! ¡Montserrat! ¡Montserrat! Sí, yo te mandaré una labor de mis propias manos; la pobre reina de Castilla te ofrecerá lo que acaso otra reina no te ofrecerá jamás.

Y Doña Juana levantándose salió del pabellón y se dirigió precipitadamente á sus estancias, dejando absorta á Blanca, que no podía acabar de comprender el que ella creía un nuevo delirio de su soberana.

Desde aquella tarde la reina no volvió más al pabellón donde diariamente acostumbraba á ir, y donde pasaba lamentándose las horas que en olvido la dejaba su esposo. Desde aquella tarde, todo el tiempo que no podía emplear al lado de su Felipe, la reina se encerraba en su cámara, donde no permitía á nadie la entrada, ni siquiera á su favorita Blanca.

¿Qué hacía la reina? ¿Por qué ese absoluto retiro? ¿Pasaba las horas rezando ó llorando? Todos se hacían estas preguntas, pero nadie acertaba á darse satisfactoria contestación. Cinco meses transcurrieron así.

Un día la reina llamó á Blanca, que empezaba ya á

temer haber perdido el afecto y privanza de su señora, y con un rostro risueño, cosa extraña é incomprensible en ella,

—Blanca,—la dijo,—¿dónde está tu prometido Luis de Requesens? ¿dónde nuestro paje trovador?

—En las habitaciones del rey,—contestó Blanca altamente sorprendida de aquella pregunta.

—¡Ah! ¿de Felipe?.... ¡Pobre Felipe! Acaso se creerá que le olvido. Díle que venga, Blanca..... no á Felipe, tampoco vendría,—exclamó la infeliz esposa con indecible amargura,—sino á tu amante, á Requesens.

Blanca salió á cumplir el encargo de su reina, y volvió á poco con el paje.

—Paje,—dijo la reina al verle,—vais á partir en seguida, vais á vuestro país, á Montserrat.

—¿A Montserrat?—preguntó el paje mirando á la reina con asombro.

—Sí, á Montserrat. En otro tiempo hice un voto, ofrecí regalar algo al monasterio. Pues bien; os presentaréis á los monjes, y les daréis esta ofrenda labrada por la misma mano de la reina de Castilla.

Y dicho esto, apartó un velo de encima un mueble, y descubrió á los ojos atónitos de Blanca y Requesens un paño mortuorio de seda negro bordado de oro. En aquello había empleado Doña Juana sus horas de soledad durante los cinco meses transcurridos.

—Sí,—añadió Doña Juana,—le daréis este regalo, y le diréis al abad, siempre en mi nombre, ¿entendéis? que este paño es mi voluntad que sirva cada año en el día de difuntos, excepto ahora que quiero que sirva por primera vez en un oficio fúnebre que haréis celebrar en seguida de vuestra llegada al monasterio. Estoy muy doliente, sufro mucho, y acaso sea el funeral que os encargo el que se rece para descanso eterno de esta pobre reina.....

Iba Doña Juana á continuar, pero fué interrumpida por los sollozos de Blanca.

—Id, noble joven—dijo la reina;—á vuestro regreso os guardo este premio,—añadió señalando á la hermosa y afligida dama.

Requesens se retiró y partió aquel mismo día para Montserrat, el monasterio catalán.

Llegado allí, presentó á los monjes la fúnebre prenda trabajada por la misma reina; cumplió su encargo, y pudo antes de partir asistir al primer oficio de difuntos para el cual sirvió el mortuorio paño.

¡Extraña coincidencia! ¡Predestinación singular de una reina enamorada!

Tres días antes de celebrarse el fúnebre oficio, había muerto en Burgos Felipe *el hermoso*. La ceremonia encargada por la reina á Montserrat no fué para ella, pero sí para aquél á quien ella amaba más que á sí propia.

Este es el paño mortuorio que desde entonces hasta nuestra época ha servido cada año en Montserrat para el día de difuntos, según expresa voluntad de esa pobre Doña Juana á quien se ha llamado *la loca*.

XVII.

VIXIT UT SEMPER VIVERET.

¡Hermosos y grandes fueron aquellos tiempos para la católica España, para la heróica Cataluña; hermosa y grande fué aquella época para Montserrat!

Fernando é Isabel, los conquistadores de Granada, los reyes afortunados, á quienes diera un día Colón un nuevo mundo para alfombra de sus plantas, habían extendido su mano protectora sobre el monasterio de las montañas catalanas, y el porvenir más hermoso le sonreía desde entonces como sonreía la gloria de la inmortalidad á los héroes que ilustraron aquel peregrino reinado.

Durante la época en que el cetro, escapándose poco á poco y penosamente de las manos de Fernando, iba á detenerse un momento en las de la enamorada Doña Juana, para ir á caer en las imperiales y robustas de D. Carlos; durante esta época, Montserrat abrió sus puertas á centenares de peregrinos, ofreció hospitalidad á ilustres huéspedes, envió monjes por abades á otros monasterios, vió partir en frágiles leños á muchos de sus hijos que, soldados de la fe, querían tener el orgullo de ser los primeros en verter el rocío de la religión cristiana sobre las frentes idólatras de los habitantes del Nuevo Mundo, y oyó las alabanzas dirigidas á los templos que bajo sus auspicios y con su nombre se edificaban en extrañas tierras.

Veamos cómo se cumplió todo esto.

Cada día recibía Montserrat nuevas visitas y nuevos presentes. Y no se crea que eran todos los que le visitaban pobres peregrinos partidos de lejanos paises, infelices romeros subiendo á pie y descalzos la trabajosa montaña en cumplimiento de un voto ó de una expiación; no por cierto. Mezclados con ellos se presentaban á llamar á la puerta del templo—que lo propio se abría para el potentado que para el mendigo—ilustres nombres de familias poderosas, célebres apellidos de afamados héroes. Hoy eran los Moncadas y Cardonas, las dos familias catalanas que han llenado las páginas de la historia; ayer los Osorios, los Cenete, los Segorbe, los Alba, los Calabria, los Requesens, los Anglesola, los Infantado, los Prades, los Villahermosa, todos marqueses, condes ó duques, todos con su ofrenda en la mano, para presentarla á la Virgen; anteayer habían sido D. Felipe *el hermoso*; D. Enrique Enríquez, el almirante; Doña Juana Angela de Aragón, la hija bastarda del Rey católico, y su esposo D. Fernando de Velasco, el primer condestable de Castilla; D. Enrique de Portugal, el infante-arzobispo y el rey-cardenal; Doña Isabel, en fin, que del regazo de sus padres los Reyes Católicos pasó á los brazos de su esposo el rey de Portugal, y que dejó de regalo en el monasterio una espina de la corona de Cristo dentro de una columna de cristal guarnecida de ciento treinta y cuatro diamantes.

Todos estos huéspedes hacían con sus visitas volar la fama del monasterio catalán hasta los paises más remotos, y todas aquellas testas coronadas, inclinándose humildes y reverentes, proclamaban la soberanía de la Virgen montañesa.

Pero no se abrían sólo las puertas del santuario para únicamente recibir á aquellos célebres peregrinos. También tuvieron en esta misma época que abrirse y cerrar-

se para siempre, puertas inflexibles de la eternidad, tras dos ilustres cadáveres que uno en pos de otro fueron á su vez á pedir algunos hospitalarios palmos de tierra á los pies de la Virgen, en vida su protectora.

En 1528, precisamente cuando Fray Pedro de Burgos empezaba en Montserrat la fábrica de un seminario y colegio de letras, depositábase en el suntuoso panteón que allí se hiciera construir él mismo diez y nueve años antes, el cadáver de D. Juan de Aragón, duque de Luna y conde de Ribagorza, hijo del rey D. Alonso de Aragón, sobrino del rey D. Juan de Navarra y tío de D. Fernando *el católico*.

También pocos años antes había tenido otro día de luto el monasterio. Desde el amanecer, las campanas lloraban lanzando al aire sus fúnebres acentos, los monjes se relevaban ante el altar, y la oración se sucedía continua, animada, incesante, mientras que el camino del monte se poblaba de hombres y mujeres con la cabeza baja y los ojos preñados de lágrimas, mientras que Cataluña entera demostraba su duelo, mientras que las naves ancladas en todos los puertos catalanes dejaban tristemente flotar al aire sus flámulas de luto.

¿Por qué ese dolor, ese sentimiento general?

Porque una fúnebre comitiva empezaba á trepar lentamente la montaña, conduciendo á Montserrat lo que quedaba de una de las glorias catalanas de aquel tiempo.

Suspendamos un momento nuestra relación para hojear de nuevo la inagotable historia de las leyendas.

Seis galeras había armado Barcelona para servir al rey en la guerra de Nápoles, capitaneadas por una sétima, que se llamaba *Santa Eulalia;* mil catalanes pasaban á ponerse á las órdenes del Gran Capitán; doscientos cincuenta mil ducados ofrecía Cataluña en Cortes á Fernando.

Y es que otra vez se deslizaba fugitiva de entre ma-

nos de los reyes de Aragón esa Nápoles tan codiciada y tan apetecida por nuestros reyes, y Cataluña era la primera en acudir con su tesoro á los apuros del tesoro real.

Ya todo el ejército estaba en Italia. El mismo Fernando se había puesto á su frente.

El día del asalto de Nápoles estaba señalado y había llegado este día.

Al rayar el alba, un soldado se acercó á Bernardo de Vilamari, que estaba armándose para la batalla, y le dijo que se distinguía en el horizonte una galera catalana. El almirante del mar pensó que la galera que se distinguía podía muy bien ser una que dejara en el puerto de Barcelona, galera que tenía el encargo expreso de no partir para Italia hasta que pudiera llevarle nuevas de su esposa, de la que se alejara sin estrecharla entre sus brazos.

Acabóse de vestir sus armas á toda prisa, y abandonando la tienda, llegóse con el soldado hasta un promontorio que se elevaba en la playa.

En efecto, una galera se distinguía en el mar, pero lejana aún.

—Amigo mío,—le dijo Bernardo de Vilamari al soldado,—acaso esa galera me trae nuevas de mi esposa y de mi hija. El viento le es contrario, el mar está borrascoso, adelanta con dificultad y aún tardará seis horas en llegar. Vas á esperarla aquí renunciando á la parte que podría caberte en la batalla de este día; pero no te importe, yo pelearé por los dos. Cuando llegará la galera, la refriega estará en su punto más encarnizado. Si, como creo, viene en la nave un embajador de mi esposa, portador para mí de un presente ó de un mensaje, sea quien sea, esté donde esté, haz que vuele en mi busca. Si no he muerto, me hallará allí donde sea mayor el peligro; si he sucumbido, que busque mi ca-

dáver y le adorne con el presente que acaso me envían mi hija ó mi esposa.

El soldado prometió cumplir según los deseos del almirante, y éste se dirigió á ponerse al frente de sus catalanes, con los que tantas proezas debía hacer en aquella memorable jornada.

La galera tardó ocho horas en llegar. Era en efecto la que sospechaba Bernardo de Vilamari, y en ella iba un mensajero de la esposa del almirante, un joven paje catalán de la casa de Cardona.

El soldado repitió al paje las palabras que le dijera Vilamari.

—Vuela en su busca, paje,—exclamó el soldado al terminar;—allí donde veas mayor peligro, allí está el almirante; y si su noble esposa mi señora te ha encomendado para él alguna palabra de afecto y de cariño, no vaciles en repetírsela aun en medio de lo más encarnizado de la pelea, porque esta palabra puede traerle dicha y fortuna al almirante.

El paje se alejó corriendo.

Rato hacía que principiara el ataque. Los de Nápoles resistían como desesperados, y las tropas de D. Fernando atacaban como leones. El campo estaba lleno de cadáveres. El paje iba pisando sangre, tropezando con armas rotas y amontonadas, y á cada instante tenía que desviarse de su camino, porque á cada instante veía incorporarse á su lado el cuerpo de algún hombre que, presa de las últimas convulsiones de la agonía, alargaba sus crispadas manos para asirse con el postrer esfuerzo de la voluntad al que impávido caminaba por entre calles de moribundos.

El paje vió venir hacia él corriendo un grupo de catalanes.

—¿Dónde está Bernardo de Vilamari?—les gritó.—¿Dónde el almirante del mar?

—Hacia la parte de Castelnovo. Nosotros vamos á reforzarle. ¡Síguenos!

Y el paje les siguió.

En efecto, allí estaba Bernardo de Vilamari, uno de los héroes más grandes entre los héroes de aquella inolvidable jornada; allí estaba el almirante, conquistando palmo á palmo, á fuerza de hombres, á fuerza de sangre, una de las calles de Nápoles de la que diez veces se había apoderado, y de la que diez veces había sido desalojado.

Aquella calle debía, por sí sola, costar más sangre al ejército que todas las demás de Nápoles reunidas.

Por otra parte, era uno de los puntos principales. Dueños de aquella calle los catalanes, podían ya casi sin estorbo penetrar hasta el corazón de la ciudad, y abrir camino por diversas partes á sus compañeros. Sitiadores y sitiados ponían todos sus esfuerzos en conquistar y defender aquel punto. Y es que perdido aquel punto quedaba perdida Nápoles.

El almirante estaba desesperado. La flor de sus catalanes había caído lidiando en torno suyo; dos veces se viera precisado á cambiar de espada por haberse roto la suya, y veíase cubierto de sangre de sus soldados y de la suya propia.

El paje llegó hasta él en un momento en que acababa de ser rechazado por décima vez, y en que el desorden introducido en sus soldados le hacía temer una derrota inmediata ó, lo que es peor, una fuga completa. El almirante rugía de cólera.

—¿Quién eres?—le preguntó al paje que de improviso se presentó á su vista.

—Soy un mensajero de vuestra esposa, mi noble señora Doña Isabel de Cardona.

—¡Ah!—exclamó el héroe catalán pasando su mano tinta de sangre por su frente y sin poder pronunciar más que esta exclamación.

—Habéisme dejado el encargo—prosiguió el paje,—de que os buscara donde quiera que estuviéreis. Aquí me tenéis. Mi noble señora Doña Isabel de Cardona os saluda, y me envía á vos con este halcón que ella misma ha cazado en la montaña de Montserrat.

Y por extraño de semejante lugar que fuera aquel presente, el paje dobló una rodilla y presentó á Bernardo de Vilamari un soberbio halcón de Montserrat.

El almirante arrojó un grito. Una idea acababa de atravesar como un rayo por su mente.

—Gracias, paje—exclamó.—¡Un mensaje de mi esposa!.... ¡Montserrat!.... ¡Oh! ¡mía es la victoria!

Y arrebatando el halcón de manos del paje, se volvió á sus desalentados compañeros que apenas combatían ya, y blandiendo con una mano la espada y arrojando con otra el halcón al centro de las fuerzas enemigas,

—Catalanes—gritó con voz de trueno,—adelante *¡por Nuestra Señora de Montserrat!*

Aquel tan querido nombre de la patria pronunciado repentinamente, entre el estruendo de la pelea, entre los ayes de los moribundos, entre los vapores de la sangre, aquel nombre de la Virgen montañesa tan religiosamente venerada de los catalanes, sonó como una voz de lo alto á los oídos de los combatientes, electrizó á los compañeros de Vilamari, y todos se arrojaron en tropel en pos del almirante, gritando:

—¡Adelante por Nuestra Señora de Montserrat!

Hasta es fama que los heridos se incorporaron blandiendo sus armas, y que de sus labios moribundos se escaparon las balbucientes palabras de:

—¡Victoria por Nuestra Señora de Montserrat!

La calle fué ganada por nuestros catalanes después de una lucha sangrienta. Nápoles fué tomada.

En memoria de este hecho, la calle tomó más tarde el nombre de *calle de Vilamari*, y en ella no tardó en ele-

varse un templo consagrado á Nuestra Señora de Montserrat, para cuyo servicio y cuidado envió Cataluña monjes de su propio monasterio.

Vilamari era el héroe cuyo cadáver algunos años más adelante saludaban llorosas las campanas de Montserrat, al cual seguía la multitud del pueblo deshecha en lágrimas, y al que el monasterio catalán se disponía á guardar como una de sus más preciosas joyas, dejándole dormir su eterno sueño en un mausoleo de mármol con este sencillo pero expresivo, lacónico pero grande epitafio:

Vixit ut semper viveret [1].

Ni estas ni las del duque de Luna debían ser las solas ilustres cenizas de que fuera depositario el monasterio catalán. Prescindiendo de sus esclarecidos abades, casi todos enterrados allí, á la sombra y bajo las bóvedas de su iglesia antigua, se contaban veintidos sepulcros de nobles familias, entre ellos el de una condesa de Barcelona. Y aún debían unírseles otras cenizas más tarde, aún faltaban figurar entre aquella colección de reliquias de celebridades, el corazón del último conde de Perelada, que encerrado en una caja de plata fué

1 Entre varios objetos de valor artístico como trozos de columnas, bajos relieves, pedazos de sarcófagos, cornisas, estatuas, etc., que el año 1857 se conservaban en Montserrat, guardados en un aposento al que se daba el nombre de *cuarto de los mármoles*, vi la cubierta entera de un sepulcro que debió ser el del célebre almirante Bernardo Vilamari. Había sido éste enterrado al pie de su patrona, la *Vírgen de las batallas*, con el epitafio de: *Vivió para vivir siempre*.

Sobre la lápida que cubría el sarcófago, estaba un guerrero tendido, vistiendo cota de malla, reclinado sobre el lado del corazón, con el brazo derecho plegado bajo su cabeza y la mano izquierda descansando sobre la empuñadura de un mandoble, cubierta la cabeza con la capellina de su cota de malla y sirviéndole el casco de almohada.—*(Nota de* 1880.)

llevado á Montserrat; los restos de uno de los Moncadas, de esa raza de héroes que ha sentado á sus hijas en los tronos de Grecia y de Francia; las cenizas también de uno de los Cardonas, de esa familia de catalanes casi reyes que, como el Silva de Víctor Hugo, tocan con la planta á los duques y con la frente á los monarcas, y en el sepulcro de uno de cuyos condes se lee el siguiente epitafio al pie de su escudo de armas:

A quien este timbre esconde
por ser varón de su ley,
entre los reyes es conde,
entre los condes es rey.

¡Tristes cenizas de todos esos gigantes de nuestra historia! ¿Podían acaso imaginarse esos hombres de hierro al tenderse, sacios de hazañas, para dormir su último sueño en su lecho de piedra, que un día serían profanados sus sepulcros y rota la paz de sus mausoleos por turbas inconcientes que, brotando de las mismas entrañas de la tierra, caerían feroces sobre Montserrat, como las legiones de los soldados de Atila sobre la opulenta Roma?....

Pero no precipitemos los hechos.

Y ahora, antes de pasar adelante, antes de hablar de un huésped, pobre romero enfermizo que tuvo por aquel entonces Montserrat, y cuya visita á la catedral de las montañas debía traer inmensas y transcendentales consecuencias para el mundo cristiano de los Papas y los Reyes; antes de hablar de ese pobre huésped que debía dar vida á la orden religiosa de todas acaso la más poderosa, notemos brevemente los santuarios que entonces se fundaron ó principiaron á fundar bajo la invocación de la Virgen montañesa.

En Roma echó D. Fernando cimientos de un templo dedicado á la misma, al propio tiempo que en Viena, en

Praga, en otro punto de Bohemia, en París, en Lisboa, monjes salidos de Montserrat, peregrinos por el mundo, soldados de esa falange de la fe que por todas partes se extendía acabando de conquistar con el agua del bautismo los corazones dispuestos ya por sus palabras, fundaban á su Virgen catalana, según el sitio en que se hallaban ó los protectores que tenían, ya un templo suntuoso, ya una simple y modesta capilla en el centro de los bosques.

En América y en Nápoles ya hemos visto también á quiénes se debe la fundación de sus respectivos santuarios. En los rincones más lejanos de ambos mundos se veía, pues, adorada la Virgen protectora de Cataluña. A estos templos debían unírseles otros en Madrid, en Méjico, en el Perú.

Curiosas noticias hemos de hallar más adelante sobre estas últimas fundaciones.

XVIII.

SOLDADO, ANACORETA Y SANTO.

Veamos ahora qué huésped fué el que tuvo por aquel tiempo Montserrat, cuya visita, según en el último capítulo dijimos, tanto ruido estaba destinada á hacer en el mundo, tan transcendentales consecuencias debía tener para los siglos posteriores.

Un numeroso ejército francés pasó en 1521 la frontera, y penetró en Navarra con objeto de recobrar para Juana de Albret este perdido reino. Pamplona, la capital, tembló ante aquella invasión extranjera y llamó á las armas á todos los naturales. Era, en efecto, fundado su temor. El francés se adelantó directamente hacia la capital, y le puso sitio. Desgraciadamente hallábase ausente el virrey, pero en su lugar había dejado un joven de noble alcurnia, antiguo paje en la corte de Fernando V, experto capitán en la gloriosa toma de Nájera. Este joven, pues, que hacía las veces de virrey, se dispuso á llenar con toda lealtad y valor su puesto.

Pamplona cayó después de una resistencia de algunos días, y el joven virrey, con un solo soldado, tuvo tiempo de refugiarse en la ciudadela, cuya guarnición, perdida la plaza, deseaba rendirse, pero á la que animó el virrey á defenderse. Hízolo así, en efecto, sin que toda su bizarra resistencia pudiera impedir que los franceses tomaran por asalto la ciudadela y pasaran á cuchillo la guarnición.

Discurriendo andaban los enemigos por la muralla, ebrios de la sangre derramada, buscando contrarios en quienes poder aún continuar su carnicería, cuando tendido junto á un lienzo de muralla hallaron á un hombre desangrándose, pugnando por incorporarse ayudado de su mano izquierda, y blandiendo con la diestra un acero que no pocos servicios le había prestado en aquella sangrienta jornada. Era el joven virrey de Pamplona, que había sido herido en una pierna.

—¡Ríndete!—le gritaron los soldados.

—Jamás,—contestó el esforzado capitán del puesto.

—Entréganos tu espada.

—Matadme primero.

Los soldados iban á caer sobre él.

Un momento más y el virrey era hombre muerto.

El herido aguardaba con estóica heroicidad el momento de su sacrificio. Era todo lo más que podía hacer. Sin embargo, tan apurado era aquel trance, que hizo mentalmente el voto, si salía libre de aquel peligro, de ir en peregrinación al monasterio de Montserrat en Cataluña, y á Jerusalén en la Tierra Santa.

Como si su voto hubiese sido atendido, un hombre se presentó en el acto en que iban á acabar con él los soldados extranjeros.

Era este hombre el mismo general francés.

—Nosotros somos vencedores, no asesinos,—gritó á los suyos.

Y declarando prisionero al bizarro capitán español, mandóle curar la herida de su pierna y transportar con todas las atenciones á un hospital de campaña, desde donde le permitió pasar libre á su casa algunos días más tarde.

Al hallarse restablecido, no echó en olvido el buen capitán el voto que había hecho, mayormente si, como sientan varios escritores, se ocupó durante su enferme-

dad en leer libros religiosos, y por lo mismo, aunque no muy firme y seguro de su pierna, dice el P. Argaiz, trocó en buen sentido los libros que antiguamente había leído de caballería, y, nuevo caballero andante, se puso en camino para Nuestra Señora de Montserrat.

Cerca de este santuario y antes de subir la montaña, compró el traje completo que pensaba llevar en su romería á Jerusalén: era una túnica á modo de saco de cáñamo áspero y grosero que le llegaba hasta los pies, un pedazo de cuerda para atársela, alpargatas de esparto, un cordón de peregrino, y una calabaza para el agua.

De este modo fué como llegó el romero capitán al monasterio, entrando de rodillas á la presencia de la Virgen.

Montserrat con sus caprichosos riscos, con sus lienzos de trabajadas peñas que, en lo raro y original, se parecen á petrificados órganos; el monasterio con su quietud, su retiro, su incitadora soledad; el templo con su religioso silencio, que en nada se parece al silencio de los templos de las ciudades; la Virgen con su pompa y majestad, todo influyó de una manera extraordinaria en el ánimo del valeroso soldado, y sintió poco á poco que en sus ideas se operaba una revolución, y sintió huir sus antiguos pensamientos guerreros y mundanos ante el invasor tropel de otros pensamientos nuevos y vivificadores, ante la vasta extensión de unos planes gigantescos.

Cuando estuvo el capitán bien seguro de que sus recientes ideas le llamaban á un nuevo porvenir, pidió conferenciar con dos monjes, acaso los que de mayor fama gozaban en el monasterio, y comunicó la disposición de su ánimo á los confesores Fray Juan Xanonés y Fray Miguel Forner.

Los consejos de estos venerables solitarios y el libro de ejercicios espirituales que para leer le dieron, com-

puesto por el antiguo abad de Montserrat Fray García de Cisneros, acabaron de decidir al capitán.

En efecto, su vocación le guiaba por un nuevo camino; por lo mismo el 24 de Marzo de 1522, día que ningún cronista de Montserrat olvida de apuntar, «colgó de un pilar de la iglesia, dice el citado Argaiz, sus armas militares, y vestido de un hábito grosero veló las nuevas (las espirituales) como había leído en sus antiguos libros que hacían los caballeros noveles, y se estuvo en pie y á veces de rodillas, arrimado toda la noche delante de la imagen de la Virgen.»

Al día siguiente, soldado ya de Cristo, abandonó á su vez el traje de peregrino, como había abandonado el de soldado, y vistió un hábito negro parecido al de los monjes del monasterio. De allí pasó en seguida á una cueva, situada, según la común opinión, en las inmediaciones de Manresa, cueva ó más bien ermita desde una de cuyas ventanillas podía contemplar el santuario de Montserrat, á cuya Virgen dirigía frecuentes y repetidas oraciones. Después de mucho tiempo pasado en la ermita de Manresa, entregado á raras y ejemplares mortificaciones, vínose á Barcelona, y de aquí pasó á Gaeta, á Florencia, á Génova, á Roma, á París, á Madrid, á todos los lugares que nos señala la historia de aquella vida fecunda en incidentes y de todos harto conocida, porque ese hombre, ese soldado aventurero, ese religioso peregrino, ese solitario anacoreta, no era otro que Iñigo Oñez, señor solariego de Loyola; no era otro que San Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús [1].

1 Muchos autores religiosos han escrito la vida de San Ignacio de Loyola, y á sus libros remitimos á los que deseen obtener más detalles. Nosotros, como se ve, nos hemos contentado con tomar sólo de su vida lo que más tiene relación con el monasterio cuya historia escribimos, y

Hemos encontrado las anteriores escenas en la crónica de Montserrat, y presurosos nos hemos apoderado de ellas, porque nada más hermoso para el poeta que canta, para el cronista que cuenta, que hallar en la historia que recorre, mezcladas y confundidas, ya la lujosa vida de un rey, ya la caballeresca hazaña de un héroe, ya la vida misteriosa de un anacoreta, ya la resplandeciente carrera de un santo.

Y Montserrat tiene todo esto, ya lo vais viendo.

¡Y es que Montserrat es bello y grande, y es cien veces memorable ese santuario cuyo nombre hemos todos aprendido á balbucear desde la cuna; y es que es importante y grandiosa la historia de esa catalana Tebaida con sus páginas palpitantes de interés, sus leyendas que no hubiera despreciado la fantástica imaginación de Gaillard para las árabes consejas de sus deleitosas noches, sus tradiciones históricas que han consultado y recorrido los cronistas para que les ayudaran á formar la historia de su patria; sus crónicas religiosas, finalmente, las cuales ha ido á explorar la pluma de la fe para buscar la cuna de no pocos santos y de no pocos mártires!

aun confesaremos que hemos seguido con preferencia á los cronistas de Montserrat sobre sus otros biógrafos, al dar cuenta de las escenas indicadas. En efecto, si bien acordes en el fondo y en los puntos principales, los autores al hablar del santo difieren algo en los primeros detalles de su vida, y no falta tampoco quien afirme, poniéndolo en boca del mismo San Ignacio, que su penitencia la hizo por espacio de tres años en una cueva recóndita del monte, en lugar de una ermita inmediata á Manresa, como, por el contrario, suponen la mayor parte de los autores. Sin embargo, es lo cierto que esta ermita, conservada hasta el día, se enseña en Manresa como la habitada por el santo. Allí le supone la veneración de los manresanos, allí el número mayor de sus biógrafos, allí la tradición. Allí, pues, le hemos supuesto también nosotros. En cuestión de duda, el historiador debe rastrear la verdad; al poeta le basta con la tradición.—*(Nota de la primera edición.)*

Y todavía falta, sí, todavía hemos de hallar en las páginas que pensamos escribir timbres de honor y gloria para el hoy pobre é imperdonablemente olvidado monasterio catalán.

No nos apartemos para esto de la época que recorriendo vamos: retrocedamos aún por el contrario algunos años, tres tan solo; fijémonos en 1519, y tropezaremos en Montserrat con un huésped, que es, entre todos, uno de los más ilustres sin disputa.

Carlos V.

Como Barcelona, como España, como el mundo todo, Montserrat está lleno de recuerdos de Carlos V.

Pero, á su vez, Carlos V llevó impreso toda su vida, sello indeleble en el corazón, el recuerdo de Montserrat.

Y es que el santuario catalán le traía á la memoria las páginas más bellas, los hechos acaso más memorables de su vida de rey, de emperador, de héroe, llena, no de escenas ni de incidentes dramáticos, sino de dramas, de verdaderos dramas; que es Carlos V en la historia el gran removedor de reinos, como ha sido despues Napoleón el gran nivelador de tronos.

Once veces visitó el César español el monasterio, sin que sea por cierto de extrañar que menudearan tanto sus visitas. Allí le llevaba, de indicarlo acabamos, aparte su devoción por la Virgen, el grato imán de inolvidables memorias.

Porque tres cosas hay que difícilmente se borran, lo mismo en la vida de un ciudadano que en la de un rey, y de un rey como Carlos V sobre todo.

La casa en que se ha pasado la infancia arrullada por los cantos maternales en el regazo de una madre;

El sitio en que se ha murmurado la primera palabra de amor;

El lugar en que una revolución de ideas, una transi-

ción repentina, un cambio de situación han hecho del niño un hombre, del mozo inexperto el joven de planes elevados, de ambiciosas miras.

Esto último fué Montserrat para Carlos V.

El santuario catalán, cuya importancia histórica en los reinados que hasta aquí hemos recorrido nos hemos esforzado en hacer comprender, la tiene grande y extraordinaria en la época de César.

¿Queréis saber todo lo que sus crónicas nos cuentan tocante á las peregrinaciones del emperador?

XIX.

DE LO QUE SUCEDIÓ AL BUEN REY DE FRANCIA FRANCISCO I, EN UNA DE LAS TRES NOCHES QUE PASÓ PRISIONERO EN BARCELONA.

Era una noche de Julio de 1519. La luna iluminaba fantásticamente todas las rocas de caprichosas formas que se agrupan junto al monasterio, y envuelta en los últimos cantos nocturnos de los monjes, como flor nadando en la atmósfera de esencias que ella misma despide, acababa de partir para el cielo la cotidiana *Salve*.

Dos hombres sólo habían quedado en el templo. Uno de ellos continuaba rezando todavía, devotamente arrodillado á los pies de la Virgen de Montserrat; el otro en pie, y retirado, parecía abrazar con su mirada al que estaba de rodillas.

Larga fué la oración de este último. Desde aquel yermo, desde aquella altura, en aquel templo que la mano de un conde catalán había hecho brotar en el corazón de las peñas, le parecía que su oración debía llegar más virgen hasta el trono del Eterno, y á este efecto luchó largo rato para aislarse en sus pensamientos religiosos, para arrojar por un momento de sí todas las ideas de ambición que atormentaban su mente juvenil.

Porque era un joven; contaba sólo diez y nueve años; había nacido con el siglo al cual debía dar más tarde su nombre.

Este joven era Carlos I, y el que estaba en pie á su lado, su maestro, el famoso Adriano de Utrech, cardenal y obispo entonces de Tortosa, regente de Castilla después, sucesor de San Pedro más tarde.

Carlos se levantó por fin, terminada su oración, y juntándose con Adriano se dirigió á la puerta de la iglesia. Cerca estaba de ella cuando dijo á su maestro, que caminaba á su lado:

—Otro día más, otra esperanza perdida. ¿Se irán así perdiendo todas?

Adriano no contestó, sin embargo de que perfectamente comprendió á lo que aludían las expresiones del rey.

De pronto exclamó el cardenal:

—No más días perdidos, señor,—exclamó,—no más esperanzas deshojadas. Nuestra Señora de Montserrat nos ampara. Mirad.

En efecto, el templo se acababa de iluminar por el rojizo resplandor de un gran número de antorchas que sin duda se agrupaban en el exterior; llegaba á los oídos de ambos personajes un desusado rumor de pasos y voces, y abriéndose repentinamente, como por sí solas, las puertas del templo, Carlos veía realizado aquel primer sueño de gloria y de ambición que debía abrirle el camino de toda esa gigantesca cadena de sueños que uno tras otro se presentaron á seducirle durante su reinado.

Dos banderas de soldados llenaban el patio de Montserrat; brillaba, á la luz de las antorchas, el oro de los trajes; agitaba el viento de la montaña las plumas de las gorras, y por entre todo aquel gentío se adelantaba solemne y pausadamente la grandiosa embajada que con el conde Palatino á su cabeza iba, en nombre de los electores de Alemania, á ofrecerle la corona de Carlo Magno.

—Ya soy Carlos V, Adriano,—dijo el joven á su

maestro; y volviéndose al altar, de nuevo cayó de rodillas ante la Virgen, á la cual prometió una lámpara de plata.

Cuando se levantó, llamó al abad del monasterio y le dió el título y privilegio de sacristán mayor de la corona de Aragón [1].

Al día siguiente partía el rey para Barcelona, cuya ciudad ya le viera pocos días antes celebrar en su catedral, con una pompa y un lujo inusitado, capítulo general de la orden del Toisón de oro, el único que se ha tenido fuera de los estados de Flandes [2].

Carlos había entrado en Barcelona como príncipe, y salió de ella rey y emperador.

No apuntaremos, por no ser prolijos, todas las veces que estuvo el César en Montserrat; sólo mencionaremos las que tienen referencia con algún hecho señalado de su vida.

Y ahora, antes de pasar á la segunda peregrinación del emperador, justo es que escribamos la historia de una de las sortijas que lucía en su dedo la Virgen y que por aquellos tiempos le fué regalada, precisamente entre la primera y segunda visita de Carlos.

1 Ningún cronista, que sepamos, cuenta que Carlos recibiera en Montserrat la embajada que le trajo la corona imperial; sólo varios autores dicen que la recibió en Molins de Rey, en ocasión en que bajaba el rey de la montaña de visitar á la Virgen. Sin embargo, nosotros, que hemos pasado no pocos momentos consultando fechas y comprobando historias con este objeto, nos creemos lo suficiente firmes y seguros en nuestra opinión para asegurar que fué en Montserrat. Lo único que hubiera podido darnos luz más clara sobre este asunto, era el archivo del monasterio; pero desgraciadamente, como se sabe, este archivo ha sido otra de las hogueras históricas encendidas durante nuestras guerras.

2 Todavía quedan pintados y dorados en el coro de nuestra catedral, donde se tuvo este capítulo, los escudos de armas de los reyes y príncipes que habían sido, y entonces eran, de la expresada orden.—(*Notas de la primera edición.*)

El 24 de Febrero de 1525 había tenido lugar la célebre batalla de Pavía, una de las más desgraciadas que haya jamás contado la Francia; en ella perdieron la vida diez mil hombres y cayeron en poder de las tropas de Carlos V dos reyes: Enrique de Albret el de Navarra, y Francisco I el de Francia. Llegó esta nueva á Barcelona el 5 de Marzo, y publicada en seguida por medio de pregón real, dispúsose la población á celebrarla con todas las muestras de regocijo que se merecía tan importante victoria. Tuvieron, pues, lugar públicos festejos, é hízose entre otras cosas una procesión como la del día de Corpus con asistencia de gran número de personas y de cofradías, llevando en la mano los individuos de éstas ramos de laurel en lugar de cirios, y mostrando las frentes ceñidas con guirnaldas. Seguía la procesión un concurso inmenso dando gritos de victoria y batiendo el aire con ramas de laurel [1].

Otra nueva, si no tan importante, más á propósito para excitar la curiosidad, llegó el domingo 17 de Junio á la capital. Un bergantín enviado por el virrey de Nápoles acababa de entrar en el puerto con la noticia de que se dirigía á Barcelona la armada imperial escoltando al prisionero monarca francés: inmediatamente D. Pedro de Cardona, que hacía las veces de virrey, mandó publicar un pregón á son de clarines, ordenando: que nadie fuera osado á hacer descortesía á ningún francés de la comitiva de Francisco; que no se pudiesen llevar más armas que la espada ceñida, y que se dispusieran todos á recibir al monarca con las atenciones debidas á un rey y á un prisionero.

Por su parte los concelleres, dignos representantes

1 Estas noticias, como muchas otras de las curiosísimas que damos en este capítulo, las traducimos fielmente de un precioso manuscrito catalán que complacientemente nos ha prestado un buen amigo poseedor de este tesoro.—(*Nota de la primera edición.*)

del pueblo, se ocupaban en los preparativos de recepción. Improvisábase un puente de madera en la playa frente del sitio donde estaba situada antes la Lonja; adornábase ricamente este puente entarimándole con lujosos tapices, pues que se levantaba para que el rey cautivo, sin necesidad de poner el pie en el suelo, pasara á él desde la galera á cuyo bordo venía: hacíase bajar á la playa toda la artillería de la ciudad para saludar la armada, y se disponía muy pomposamente para morada del prisionero el palacio del arzobispo de Tarragona sito en la Rambla, y al cual, á causa quizá de un espacioso huerto que tenía, se le daba entonces el nombre de *Huerto del Arzobispo*.

Barcelona, pues, se disponía á recibir al extranjero monarca con todo el aparato y pompa posibles para hacerle olvidar su cautividad.

Llegó el lunes por la mañana la armada, compuesta de veintiuna galeras y de nueve bergantines, anclando ante el río Besós, y saliéronle al encuentro en un buque el gobernador de Cataluña y los concelleres de Barcelona, que en nombre de la ciudad ofrecieron su hospitalidad al rey de Francia. Aceptó éste el hospedaje, pero no así las ceremonias que dispuestas se tenían para festejarle.

—Soy prisionero,—dijo á los concelleres al darles las gracias por su galante acogida,—y visto luto.

A las cuatro de la tarde fueron una á una y á fuerza de remos acercándose las galeras al puerto, y cuando llegó su turno á la galera capitana, que era la que llevaba á Francisco, todas las demás dispararon su artillería. Contestó con la suya la ciudad, izáronse en los buques banderas, pendones y estandartes; sonaron por todos lados trompetas, atabales y clarines, y no tardó la escopetería de los soldados sobre cubierta de los buques á unirse al estruendo general.

En esto, ya la galera capitana había atracado á presencia de un gentío inmenso, compuesto particularmente de damas, dice el manuscrito, á quienes llevaba allí la fama universal de galantería de que gozaba el rey Francisco. Desembarcó primero una bandera de soldados, después la guardia del virrey de Nápoles, en seguida una numerosa comitiva de caballeros y gentilhombres ricamente ataviados, luego el gobernador de Cataluña, el virrey después, el monarca francés finalmente, y tras del monarca su Argos, su sombra, su carcelero si se quiere, el famoso capitán Alarcón.

Cabalgó el rey en una mula que regiamente ataviada le esperaba, y colocándose en el centro de la guardia, tomó la comitiva por la fuente del Angel y la calle Ancha, contestando el prisionero con amables sonrisas é inclinaciones de cabeza á los galantes saludos que de todas partes le dirigían, en particular las damas, escribe picarescamente el manuscrito. Así llegó hasta la Rambla y Huerto del Arzobispo, donde fué visitado por los concelleres y donde durmió aquella noche y las otras dos que debía pasar en Barcelona, guardado su sueño por siete banderas de soldados y por Alarcón, que valía él solo por las siete banderas.

Al día siguiente, martes, fué á la Catedral, que estaba grandiosamente iluminada; asistió á los divinos Oficios y tornó á su posada, siempre en medio de la guardia de honor y al lado de su inseparable Alarcón. Ya no salió más á la calle hasta embarcarse otra vez, como lo efectuó el jueves á la hora de la oración, pero no sin antes llevarse un dulce y grato recuerdo de Barcelona.

En efecto, durante la noche del martes una pública demostración de galantería en pro del real cautivo había tenido lugar en la capital de los condes.

Paseábase Francisco ya cerrada la noche por el huerto, aspirando los aromas de las flores, dejando azotar su

frente por la fresca brisa que al estrellarse en ella murmuraba acaso á su oído el nombre de su querida *Francia*, cuando sonó cercano un ruido de caballos. El rumor de mucha gente que se acercaba por la parte exterior de las verjas que cerraban el huerto despertó su atención, y el resplandor intempestivo de varias antorchas vino á disipar la obscuridad de la noche.

En seguida tuvo el rey á su lado al buen Alarcón, que hasta entonces había seguido á distancia el paseo del prisionero.

Una comitiva bajaba adelantándose hacia el Huerto del Arzobispo. Eran la condesa de Palamós, la gobernadora de Cardona y otras veinte damas de la flor de la nobleza catalana. Montaban soberbios corceles ricamente engalanados, y tras de cada una iba un paje vistiendo sus colores y disipando las sombras, portador de una odorífera antorcha.

El rey se quedó sorprendido y Alarcón estupefacto.

La bella comitiva, en tanto, se adelantó hacia el huerto, y quedándose los pajes á respetuosa distancia, las damas, sin descabalgar, se aproximaron á las verjas.

El rey, no dudando ya que era el dichoso mortal á quien iba encaminada tan lisonjeadora embajada, se apresuró por su parte á acercarse cuanto se lo permitía la verja, seguido eternamente de su vigilante Alarcón, que retorcía con una mano sus bigotes, acariciaba con la otra su espada y meneaba de un modo particular la cabeza, como si se temiera que fuese una astucia de políticos lo que era simplemente una galante demostración de damas. Y es que el pobre Alarcón no era muy fuerte en achaques de galantería, aunque era en cambio muy experto en cosas de lazos y emboscadas.

Así que vió al rey inmediato á la verja,

—Señor,—le dijo con su dulce voz la gobernadora de Cardona,—Barcelona representada por sus damas viene

á repetiros el saludo cordial que os ha enviado por boca de sus concelleres. Si, enemigo, hemos alentado á nuestros guerreros para que os combatieran, cautivo venimos á llorar con vos vuestra cautividad.

—Cautivo quisiera estar yo siempre, nobles damas, —contestó el monarca,—si tan bellos ojos habían de mirarme compasivo.

Francisco, ya se sabe, era el rey más galante del universo; la caballería del siglo tenía en él un dechado; los amores miraban en él un héroe, y por lo mismo, no es extraño que se cambiaran grandes frases á través de las verjas entre las damas á caballo y el rey prisionero, todo á los ojos de Alarcón que, sin acabar de comprender aquella escena puramente caballerosa y propia de las costumbres de la época, continuaba siempre retorciendo su bigote y acariciando su espada. Indudablemente se veía Alarcón más embarazado ante aquel puñado de damas que ante un ejército entero de enemigos.

La entrevista terminó, por fin, con no poco regocijo del capitán.

—Más cautivo me hallo ahora que antes, bellas señoras,—dijo el rey al despedirse.

—Ya que no como españolas,—dijo la condesa de Palamós,—como damas rogaremos al cielo por la pronta libertad de Vuestra Alteza.

Y todas las damas fueron pasando por delante del rey dirigiéndole un saludo, y recibiendo cada una en contestación una galantería.

La condesa de Módica fué la última.

—Nuestra Señora de Montserrat os ampare, señor,—le dijo la más linda de las damas.

Y no se encuentre extraño, por cierto, este saludo de la joven condesa.

Nuestra Señora de Montserrat era entonces la Virgen más afamada, la que invocaban los marinos en la tem-

pestad, los hombres de armas en la guerra; su nombre salía á todas horas de los labios de los catalanes, que consideraban como el más cordial saludo aquel que se dirigía invocando á Nuestra Señora de Montserrat.

—¡Montserrat!—exclamó el francés olvidando contestar como á los demás saludos con una galantería.—Los soldados de mi galera han invocado este nombre cuando una tempestad nos ha desviado por algunos días de nuestro camino; una mañana he despertado oyendo cantar á un marinero catalán una trova de su país, de la que no entendía más que este nombre, cien veces repetido; ayer mismo, al amanecer, cuando apenas podíamos aún distinguir las costas catalanas, una montaña, sin embargo, se destacaba sobre el horizonte azul, tan caprichosa y rara, que, más bien que un monte, parecía una nube hecha girones. Entonces he visto á los catalanes, marineros y soldados, quitarse unos sus gorros y bajar otros las picas para saludar aquel monte de su patria que era el primero en aparecérseles; les he visto en seguida estrecharse con efusión las manos, y dirigiendo hacia él unos ojos preñados de lágrimas de gratitud, decirse unos á otros con entusiasmo: *¡Montserrat! ¡Montserrat!* ¿Tanta es, pues, la devoción á esa Virgen, señora?—preguntó el rey á la de Módica.

—Es inmensa,—contestó la linda condesa, que, á juzgar por las joyas que en diversas épocas había regalado á la Virgen, según consta en las crónicas, debía ser su muy particular devota.

—Pues entonces, noble y linda dama,—continuó el prisionero monarca,—dignaos prestarme un servicio.

—¿Cuál?—preguntó la condesa.

—Servíos,—dijo Francisco sacándose una bella sortija del dedo,—servíos regalar esta sortija á la Virgen de Montserrat. Es lo único que puede ofrecerle un rey cautivo.

—Cumpliré mañana mismo el encargo de Vuestra Alteza,—dijo la condesa,—y la Virgen protegerá al cautivo monarca. Antes de embarcaros, señor, recibirá la Virgen vuestro regalo.

Y así fué. El jueves, cuando el rey ponía el pie en la galera que debía transportarle á Valencia para de allí pasar á Madrid, la condesa de Módica llegaba á Montserrat con el regalo de Francisco I, rey de Francia, para la Virgen.

Esta es la historia de la sortija.

Y pedimos perdón á nuestros lectores si tanto nos hemos detenido en este incidente, pero también este incidente nos ha proporcionado ocasión de darles curiosas noticias é interesantes detalles sobre los tres días que permaneció en nuestra ciudad un rey prisionero, cuya estancia en la capital de nuestros padres muchos historiadores ni siquiera han citado.

Pasemos ahora á la segunda visita del César.

XX.

EL COPERO DEL CÉSAR.

Cuando llegó á Barcelona el emperador en 1529, hallóse con una comisión enviada por los concelleres que salía á recibirle.

—¿Qué es eso?—preguntó Carlos V.—¿Cómo á recibirme no salen los mismos concelleres?

—Señor,—le contestaron,—los concelleres de Barcelona han recibido hasta ahora á todos sus condes, á todos sus reyes, guardando el orden siguiente: llegaban hasta la puerta, saludaban al conde sin apearse del caballo, colocábase á su izquierda el conceller primero, delante los demás, y así entraba en la ciudad. Tales han sido hasta el día los usos y costumbres guardados; pero como no haya ejemplo de emperador, los concelleres desean saber cómo deben recibir á V. M.

—Como conde,—contestó vivamente Carlos,—como conde, que en más tengo yo ser conde de Barcelona que emperador de romanos.

Y como conde le recibieron, y como conde entró en la ciudad.

Pocos días después, así que terminó la fausta ceremonia de la paz, luego que hubo pública y solemnemente en la catedral jurado sus capítulos con el papa Clemente VII, partía el César á Montserrat.

No podía olvidar—era recuerdo demasiado grato,—

que allá, en su templo, era donde había recibido la corona de Carlo Magno; que era allí, en su templo, donde por primera vez había sondeado con los ojos del alma la inmensidad de su rico porvenir.

Por lo demás, si hemos de dar crédito á Sandoval, uno de sus cronistas, muy á menudo le acontecía al emperador, hallándose en Barcelona, subirse al monasterio, acostumbrando á residir allí algunos días que empleaba en devotas prácticas, en paseos por la montaña y en conferencias con el abad. Cuando esto le sucedía, comía á la mesa de los monjes y dejaba pingües limosnas. Consta por los libros haberse recibido de él hasta veinte mil ducados. En cambio, una misa se le dijo diariamente, durante su vida, en el altar de Nuestra Señora.

En el monasterio parece que estaba Carlos V cuando recibió la noticia de haber descubierto Hernan-Cortés la nueva España de las Indias orientales; allí estaba también cuando le trajeron la nueva de haber D. Hugo de Moncada, el Neptuno catalán, como le llaman nuestras crónicas, virrey entonces de Sicilia, derrotado á los moros de la isla de Gelbes. Y nueva era esta que debió de alegrarle no poco ciertamente. El acero de Moncada le valía esta vez á un tiempo la posesión de una isla, el tributo de un rey y doce mil doblones cada año.

¡Todo esto contribuía á hacerle grata la estancia y el recuerdo de Montserrat, y quién sabe si fué allí donde hirió por primera vez su mente la idea de recogerse también un día á un monasterio, abandonando la pompa y esplendor de un trono de dos mundos!

Extraordinaria era la devoción de Carlos V por Nuestra Señora de Montserrat. Ahí está si no para prueba la historia de su vida. Apenas se dió al mar una sola vez, que antes no fuera humildemente á ponerse bajo la protección y amparo de la montañesa Virgen. Allí le ve-

mos en diversas épocas notables de su vida y antes de llevarse á cabo las empresas que más ilustran su reinado.

A visitarla sube antes de partir para Génova en la armada de Andrés Doria, que le esperaba en el puerto de Barcelona; allí le hallamos implorando su amparo para la osada navegación de Magallanes, que debía dejar su nombre en los mares más remotos; allí estaba antes de embarcarse para ir á tratar con el papa Paulo y el rey Francisco; allí, en fin, le vemos toda una noche en vela, como San Ignacio, la víspera de partir para esa memorable expedición de Túnez que le valió la conquista de un reino.

Otra circunstancia influyó también, y acaso no poco, en su devoción. A Nuestra Señora de Montserrat confesaba ser deudora de la salud, su esposa, la bella portuguesa, la emperatriz Isabel.

Veamos cómo.

La emperatriz había caído gravemente enferma en Barcelona, y la capital, que profesaba singular afecto á su soberana, decidió hacer públicas y singulares rogativas por el recobro de su salud.

Las cofradías recorrían las calles con cirios encendidos; largas procesiones de doncellas salían á invocar al cielo, descalzos los pies y esparcidos los cabellos; azotábanse ante cada imagen los penitentes, y, por fin, viendo que todo esto no bastaba para devolver la salud á la hermosa portuguesa, ciento cincuenta ciudadanos de todas clases y condiciones, en traje de peregrinos, á pie descalzo, subieron procesionalmente á Montserrat.

Isabel se mejoró completamente, y aun antes de hallarse del todo restablecida, determinó subir á su vez al monasterio para dar gracias á la Virgen su protectora. En efecto, en Montserrat estuvo la emperatriz acompañada de su caballerizo mayor, de ese hombre de poéti-

ca vida á quien recuerda Barcelona como á uno de sus mejores virreyes, al que no ha olvidado jamás la corte castellana como marqués de Lombay, al que nunca olvidará la historia como duque de Gandía, al que proclama la Compañía de Jesús como uno de sus más caros discípulos, al que venera, en fin, la iglesia con el nombre de San Francisco de Borja.

La munificencia de la emperatriz fué grande con la Virgen, á la que regaló entre otras cosas un portapaz de plata sobredorada [1] y un navío pequeño, todo de oro, guarnecido de diamantes y apreciado en diez y ocho mil pesos [2].

En 1540 volvemos á hallar á Carlos V en su monasterio favorito. Partía para Gante, iba á sujetar esa indómita ciudad que acababa de tremolar los pendones de la rebelión, y antes de abandonar á España, como de costumbre había subido á Montserrat.

Allí pasó varios días, y de tal manera le cautivaban las prendas del en aquel entonces abad Fray Miguel Forner, que quiso un día agraciarle con la oferta del obispado de Vich.

El emperador, que esperaba ver al abad aceptar con reconocimiento, vióle menear tristemente la cabeza.

—¡Cómo!—exclamó Carlos,—¿no os seduce el ser obispo?

—No me sedujera, señor, la misma cátedra de San Pedro,—contestó Fray Miguel Forner.—Hijo de Montserrat, debo vivir y morir entre sus peñas.

1 Había labrado en él el árbol de Jesé; era una obra maestra del arte, y sólo de hechuras costó dos mil ducados.

2 Poco tiempo antes, Barcelona había regalado á la Virgen una lámpara de plata con cuatro escudos de sus armas y dotada en 600 ducados. También los concelleres habían concedido al abad y monjes de Montserrat el privilegio de ciudadanos honrados de Barcelona.—(*Notas de la primera edición.*)

En la época á que hacemos referencia, el tesoro del emperador andaba escaso; y como para pasar á Gante había menester cierta crecida cantidad, envió una embajada á Barcelona para que la ciudad le procurara la suma en calidad de préstamo.

La contestación de los concelleres fué aprontar la cantidad pedida, recibiendo en cambio una obligación del César.

Quedó éste tan agradecido, que deseó honrar á los concelleres catalanes aceptando su mesa.

Anunció, pues, que partiría al día siguiente de Montserrat.

Rayaba el alba del día anunciado, y disponíase Carlos á montar en la mula que respetuosamente le sujetaba por la brida el abad, cuando se le presentó un joven.

Era un doncel de su comitiva, un paje de ilustre sangre, nieto del emperador de Constantinopla y copero de Carlos V.

—Señor,—dijo el paje,—¿recuerda V. M. lo que hablamos el día en que recibí el honroso encargo de servirle la copa?

—No en verdad,—contestó el emperador, que amaba al paje como un hijo.

—Pues he de recordárselo,—prosiguió el paje.—Yo era un niño, señor, y V. M. me amparó, me protegió, me abrió la para mí cerrada senda de un brillante porvenir.—Señor, dije entonces á V. M., jamás me he de apartar de vuestro lado. Mi cuna sólo me permite servir al más grande y poderoso soberano, y como éste lo seréis siempre vos, con vos me quedaré yo siempre. Mientras otro monarca no se presente que os aventaje, vuestro copero seré; seré vuestro paje.

—¿Y qué?—dijo Carlos, que no comprendía á dónde iba á parar su doncel.

—¿Y qué, señor?.... Que me separo de vos.

—¿Tú?—exclamó el César asombrado.

—Vengo á pediros el permiso para ello. Mucho me cuesta, señor, pero es forzoso.

—¿Has hallado, pues, un soberano más grande que yo?—le preguntó Carlos.

—Sí, señor,—contestó el paje con humildad.

—¿Más grande que yo?—repitió.

—Sí, señor,—tornó á contestar el paje.

—¿Y quién es ese soberano?—gritó el emperador cuyos ojos centelleaban.

—Dios, señor.

Carlos V miró al paje. Este entonces le participó su deseo y resolución de quedarse en Montserrat y tomar el hábito, muriendo para el mundo.

El emperador, con esa mirada de águila que poseía y con la cual sondeaba el corazón de un hombre con la misma facilidad que un buzo la mar, el emperador clavó sus ojos en el doncel. ¿Qué podía inducirle á aquella súbita determinación? ¿Era una borrasca de amor la que le impelía á refugiarse en tan seguro puerto, ó era meramente el deseo de abrazar la vida monástica? ¿Por qué abandonaba aquel joven su corte, su porvenir, su brillante porvenir, para amortajarse en la soledad y en el silencio de un claustro?

Carlos V no quiso saberlo, y nosotros tampoco. Hay cosas que el cronista debe callar si las adivina, respetar si las sospecha.

—Sea,—dijo el emperador al paje después de un largo silencio.

El paje se quedó.

¿Queréis saber ahora quién era ese joven? De la sangre en efecto de los Césares de Constantinopla, este doncel se llamaba Benito de Tocco. Fué uno de los varones más notables que cuenta en el catálogo de sus ilustres hijos Montserrat. Al año de la escena que hemos citado,

tomaba el hábito de manos de Fray Miguel Forner, en presencia de Carlos V, que fué al monasterio con el solo objeto de asistir á esta ceremonia. Más tarde era elegido abad de Montserrat por dos distintas veces, nombrado después obispo de Vich por Felipe II, de Gerona luego, de Lérida en seguida, y visitador apostólico por fin del mismo monasterio, donde ejemplar y santamente concluyó sus días.

Volvamos ahora á anudar el hilo de nuestra narración. Carlos V partió de Montserrat y llegó á Barcelona, siendo recibido á sus puertas por los concelleres. Teníanle éstos preparada una suntuosa comida.

El César habíase brindado á partir la mesa de los concelleres catalanes, y éstos hallaron modo de obsequiar fastuosamente al César.

Al terminarse la comida, y cuando ya se habían servido los postres, el conceller primero se levantó y presentó á Carlos una fuente de plata en la que había un papel hecho pedazos.

El emperador miraba sorprendido estos fragmentos.

—Son los de vuestra obligación, señor,—dijo el conceller primero.—Barcelona se halla pagada con usura por haberse dignado V. M. sentarse á la mesa de sus concelleres.

Este característico rasgo expresa más que todo lo que podíamos decir nosotros en favor de los que han sido nuestros padres.

¡Qué hombres aquellos! ¡pero también, qué reyes!

Felipe II, el que acostumbraba decir que el sol no se ponía jamás en sus dominios, continuó la devoción de su padre por Nuestra Señora de Montserrat.

Cuatro veces consta que subió al monasterio, una siendo infante y en compañía de Maximiliano, príncipe en aquel entonces de Hungría, que vino á España á casarse con su hermana Doña Isabel.

Felipe II es uno de los muy particulares bienhechores de Montserrat, y el que concedió privilegio y licencia para que se pudiese pedir limosna para este santuario en las Indias y en Castilla.

Cuando D. Carlos Manuel, duque de Saboya, vino á Barcelona para casarse con la infanta Doña Catalina, hija del rey, Felipe, al día siguiente de celebradas las bodas, partió con todos sus hijos y nobleza á ponerse á los pies de la Virgen de Montserrat.

Renacieron en su época las disensiones y querellas, de que ya hemos hablado, entre los monjes catalanes y castellanos del monasterio; pero, más prudente y cuerdo en aplicar el remedio que los reyes sus antecesores, ordenó que Montserrat fuera gobernado alternativamente tres años por un monje castellano y tres por un catalán, aragonés ó valenciano. Esto de regir un abad por solo un trienio el santuario, permaneció desde entonces hasta la supresión del último en nuestros días.

Dudan los cronistas en afirmar si fué en Montserrat ó en Poblet donde, yendo á visitar el monasterio, sucedió á este rey el siguiente caso [1]:

Había mandado un paje de aposentador al santuario con encargo de anunciar su próxima llegada. El paje llamó al monje portero y le dijo que iba á disponer los aposentos del rey su dueño.

El hermano portero, al que con cierta altanería le diera el paje el recado, contestóle que ya podía volverse por donde había venido, pues allí no conocían al rey ni era ningún rey su dueño.

El aposentador tornó á unirse con la comitiva del soberano, que halló á la mitad de la montaña, y contó el caso.

—El fraile dijo bien,—contestó Felipe II;—dijérades

1 Ocurrió en Poblet: no en Montserrat.—(*Nota de 1880.*)

vos que iba el conde de Barcelona, y viérades entonces cuán de otra manera se os respondiera.

Y así fué, pues que á título de conde de Barcelona se le hizo el más solemne recibimiento que se ha hecho allí nunca á príncipe alguno.

Durante el reinado de este rey, empezó la obra de la nueva iglesia de Montserrat, por los cuidados y desvelos del abad Fray Bartolomé Garriga.

Y á propósito de Garriga.

XXI.

EN QUE SE HABLA DE UN CABRITO, DE UN NIÑO, DE UN ABAD Y DE UNA INFANTA.

Era el día de San Juan de 1511.

Fray Pedro, lego del monasterio, acababa de dejar á un lado el azadón con que había trabajado su huerto y se encaminaba hacia la iglesia, cuando se halló de manos á boca con un labrador que acababa de llegar seguido de un mulo con unas angarillas.

El labrador detuvo al lego.

—Padre,—le dijo,—llego de muy lejos con objeto de hacer un don á la Virgen de Montserrat.

—Bien venido seáis, buen hombre. ¿Y en qué consiste el don?

—En este cabrito,—dijo el labrador sacando el objeto indicado de una de las angarillas del mulo.

—¡Que me place!—exclamó el lego tomando el cabrito.

—Hay más todavía, padre.

—¿Qué más?

—Este niño,—dijo el labrador sacando un niño de siete años de la otra angarilla.

El lego se hizo atrás.

—¿Cómo ese niño?—exclamó.

—Sí, padre; vengo á ofrecérselo á la Virgen.

—Pues podéis volveros con él, hijo mío. Aquí os ad-

mitiremos el cabrito, os admitiremos de buena gana cualquier otro don por el estilo, y Nuestra Señora ha de agradecéroslo en beneficios; pero nosotros no admitimos niños.

—Su madre y yo hemos hecho voto de presentar á la Virgen el día de San Juan nuestro hijo y un cabrito. Aquí tenéis ambas cosas; yo no puedo volverme con ellas.

—Pues os volveréis con una. El cabrito pase; ¡pero el niño!

—El niño es un don que hago á la Virgen lo mismo que el cabrito.

—Pues os digo que no queremos niños.

—Lo siento mucho, padre; pero yo he hecho un voto y lo he de cumplir. Mi hijo ya no es mío: es de la Virgen. Aquí se queda.

—¿Con que no queréis volveros el niño?

—No, padre.

El lego no sabía qué hacer. En esto acertó á pasar el abad, que lo era entonces Fray Pedro de Burgos, y, dirigiéndose á él, contóle el lego lo que le sucedía.

—¿Debemos, no es verdad,—le preguntó en conclusión,—admitir el cabrito y devolver el niño?

—Debemos,—contestó el abad,—admitir el niño y el cabrito. La misma fe de ese padre que tan generosamente ofrece á la Virgen Soberana su hijo de siete años, es la mejor garantía de lo que Dios permitirá que sea el niño. Admitámosle, pues, y eduquémosle. Acaso sea con el tiempo alguno de los hijos ilustres de Montserrat.

Y fué como dijo el abad.

El uso antiquísimo de ofrecer así los niños, estaba aún en vigor, y cuando el abad de un monasterio consentía en recibirle, la *donación* constaba por un escrito firmado de los padres y seguida de una ceremonia llamada *oblación*. De ahí la denominación de *oblato* apli-

cada al que principiaba de esta manera á ser destinado desde niño á la vida monástica.

El niño fué admitido y, ¡cosa extraña! sesenta y cuatro años, es decir, toda su vida permaneció en el monasterio, sin salir jamás de la montaña.

Este niño era Fray Bartolomé Garriga, el que empezó la obra de la nueva iglesia, con objeto de dar á la Virgen un templo más suntuoso que el que tenía; Fray Bartolomé Garriga, que fué dos veces abad y renunció la segunda vez para retirarse á una ermita donde penitentemente murió.

La iglesia primitiva, á pesar de las muchas reparaciones con que se había procurado mejorarla en diferentes siglos, parece que no correspondía ni á la fama ni á la dignidad del monasterio, y he ahí lo que movió á Fray Bartolomé á echar los cimientos de la nueva, que es la que ha llegado á nuestros días. Felipe II, particular devoto de la Virgen según hemos visto, costeó el altar mayor que labró en Valladolid el célebre escultor Esteban Jordán por 14.000 ducados, y fué una de las tres obras que le han valido su nombradía.

Constaba de tres cuerpos, corintios el primero y segundo, y compuesto el tercero, llenos de bajos relieves, estatuas, etc. Acabóle en 1594; se trajo al monasterio en 65 carros, previa una circular que á 27 de Abril de 1597 el rey despachó á todas las justicias de los pueblos del tránsito para que ayudasen en carretas y bestias; y costaron los portes y asiento 6.000 ducados. Poco después, por orden del rey, vino de Madrid con doce oficiales escogidos Francisco López, que se encargó de dorarlo y pintarlo en dos años.

El escultor Cristóbal de Salamanca á 8 de Mayo de 1578, firmó la contrata de labrar la sillería del coro igual á dos sillas que presentó por muestra, y se fijó el precio de cada una á noventa y cinco ducados, dándole

el monasterio la madera de roble. Trabajó su obra en Monistrol, y la adornó con relieves que han merecido los elogios de todos los profesores. En los treinta y seis inferiores esculpió una vida, pasión y muerte de Jesucristo, y en los cincuenta y cinco superiores sobre cada respaldo puso una imagen de un santo, de cuerpo entero, subiendo este segundo cuerpo á la altura de cinco varas del suelo, y rematándolo un ándito practicable. Ejecutó asimismo la magnífica verja con que en 1608 se dividió el presbiterio de lo restante de la iglesia, por catorce mil ducados.

Por aquel tiempo ilustres huéspedes tuvo también Montserrat. El emperador Rodulfo II, entonces sólo archiduque, y su hermano Ernesto, subieron en peregrinación la montaña, y allí estuvo también D. Juan de Austria, el héroe de Lepanto, seis años antes de alcanzar aquella marítima victoria que fué de inmensa transcendencia para la cristiandad, que dió un eterno día de gloria á la España, y que costó un brazo á Cervantes.

Al volver D. Juan de Austria triunfante á España, envió á Montserrat algunas banderolas y el farol que Alí-bajá tenía en su capitana [1].

1 A esto alude la balada que dice:

Fins setanta y cuatre llantias
creman devant del altar;
totas son de plata fina
menos una que 'n hi ha,
que es la llantia dal rey moro,
que may l' han vista cremar.
Una nit la van encendrer,
un ángel del cel parlá:
"Apagueu aquesta llantia,
sino 'l mon s' enfonsará."

Sesenta y cuatro las lámparas
son que arden ante el altar;

Cuentan y afirman los cronistas que este príncipe había manifestado deseos de retirarse á Montserrat para terminar allí sus días en penitente vida. Si tal era su designio, no permitió el cielo que lo llevara á cabo. Murió lejos de la catalana montaña, y perdone Dios la mano que, si es cierto lo que dicen, vertió el veneno en la copa del héroe de Lepanto.

Después de D. Juan de Austria llegó á Montserrat Doña María, hija, esposa y madre de emperadores, hermana, cuñada y suegra de los mayores reyes del mundo. Acompañábala en esta santa romería su hija Doña Margarita, y he aquí lo que cuenta sobre estas dos ilustres damas la tradición del monasterio.

Había salido de Praga Doña María, hija de Carlos V, casada con Maximiliano II; y en la armada de Andrés Doria había llegado en 1582 á Barcelona en compañía de su hija Margarita, discreta y virtuosísima doncella.

Después de los festejos con que las obsequiaron en la capital del Principado, decidieron ambas visitar á Nuestra Señora de Montserrat, y pusiéronse en camino con este objeto, seguidas de una ilustre comitiva.

Al entrar en el templo augusto del antiguo monasterio, cuentan que Margarita sintió nacer un deseo en el fondo de su virgen corazón: como medio siglo antes San Ignacio, conoció que tenía lugar en sus ideas una revolución, y que desaparecía todo pensamiento mundano

todas son de plata fina
excepto una no más,
la lámpara del rey moro
que nunca encendido se há.
Una noche la encendieron;
así á un ángel se oyó hablar:
"Apagad pronto la lámpara,
si no el mundo se hundirá."

(*Nota de la primera edición.*)

para hacer lugar á nuevos y religiosos pensamientos.

Arrojóse, pues, á los pies de la Virgen, y he ahí sus palabras textuales, según la crónica nos las ha conservado:

—Santísima Señora, suplico que ayudéis mi fe y mi amor; sea yo espòsa de vuestro hijo dulcísimo; concededme esta merced. ¿No habéis de hacerme esta gracia? ¿A quién no favorece vuestro amparo? ¿A quién se niega vuestra intercesión?

Añade la misma crónica que había apenas acabado de pronunciar estas palabras, cuando la imagen de la Virgen bajó la cabeza en señal de asentimiento.

La infanta que tal viera, tomó entonces una daga de uno de los de su servidumbre, rasgóse con ella el casto seno, y escribió con la sangre de sus venas estas palabras:

«Con la sangre de mi corazón me ofrezco y entrego por esposa á Jesús, y suplico que sea mi medianera la Virgen María; en fe de lo cual firmo

MARGARITA.»

En efecto. Al llegar á Madrid tomó el hábito en las Descalzas Reales, con nombre de sor Margarita de la Cruz.

XXII.

EL CAMINO DE PLATA.

Concluído estaba ya el nuevo templo levantado por la piedad y solicitud de Fray Bartolomé Garriga, elevado bajo la protección y devoción de D. Felipe II de Castilla y I de Aragón.

Sólo faltaba trasladar la Virgen; pero punto fué éste que promovió serias discusiones entre los monjes. Opinaban unos que no debía moverse de su antiguo monasterio. Allí era donde en tiempo de Vifredo había manifestado su voluntad de quedarse; allí donde estaba sepultada mucha nobleza antigua de Barcelona; allí donde habían tenido principio los deseos de los fundadores de la orden de la Merced y Compañía de Jesús. Por otra parte, los que opinaban de distinto modo creían que el templo no era digno de la grandeza de la Virgen; que era reducido para contener tantos peregrinos como diariamente acudían á visitarle; que era, en fin, más noble habitación la nueva para Virgen de tan europea fama.

Prevaleció la opinión de estos por último, pero fué preciso vencer el escrúpulo y repugnancia de los otros, con una licencia del nuncio de Su Santidad.

Felipe III, que comenzaba entonces su reinado, quiso autorizar la traslación con su presencia, y subió al efecto á Montserrat con mucha parte de su corte. Ya pocos días antes habían estado á visitar á la Virgen, hacién-

dola ricos dones, la reina Doña Margarita, la infanta Doña Isabel, el archiduque Alberto su esposo y la archiduquesa de Austria madre de la reina.

Felipe llegó á Montserrat el 8 de Julio de 1599, saliéndole á recibir el abad vestido de pontifical con todos los monjes, ermitaños y frailes legos hasta la puerta mayor del monasterio, donde adoró la riquísima cruz de oro que había regalado su abuela Doña Isabel. Visitó aquel día la iglesia vieja y la nueva, y fijó el domingo 11 para la traslación.

Al siguiente día madrugó y quiso pasarlos recorriendo las ermitas, subiendo á ellas por el camino que llamaban de la escalera [1]. Visitólas todas, y regresó al monasterio á las diez de la noche.

Llegó el domingo y se efectuó la ceremonia. Vistióse el abad de pontifical, los monjes con capas de brocados, los ermitaños y legos con dalmáticas, y comenzó la procesión en la forma siguiente:

Iba delante una cruz grande de admirable riqueza y adorno, que tenía cincuenta y dos marcos de peso. Dice una crónica que la habían dado los mercaderes Julians de Barcelona; pero es más probable que la dieran los marineros catalanes de la nave llamada *Juliana*. Esta cruz estaba sobredorada de plata, y en ella se había encajado una Nuestra Señora de oro de mucho valor que dieran los duques de Segorbe. Al otro lado de la cruz había un joyel de oro con cinco esmeraldas, cinco diamantes, un topacio grande como una nuez, y en medio un pedazo de *lignum crucis* rodeado de perlas.

Seguían luego cuarenta y tres frailes legos, quince ermitaños y setenta y dos monjes, todos con velas; venían después los niños escolanes y demás capilla de la música cantando villancicos, y por fin la Virgen con su

1 De este camino quedan apenas vestigios en el día.

manto más precioso, que era el que le había regalado el duque de Brunsvich, y cuyas mangas eran de una magnífica tela, estimada en mil ochocientos ducados, y regalada por la infanta Isabel.

Detrás de la Virgen iba el abad, al que seguía inmediatamente el rey con un cirio en que estaban grabadas las armas reales, y en pos del rey los marqueses de Denia, de Velada, de Camarasa, de Sarriá, de la Laguna, de Zea, de Terranova, de Montesclaros y de Priego; los condes de Fuentes, de Orgaz, de Lerma, de Uceda, y los señores de Portocarrero, de Borja, de Alagón, de Toledo, de Figueroa, de Guzmán, de Castro, de Tasis, de Rivera, de Silva, de Aguilar, de Fonseca, de Velasco y de Horcajada.

Casi coincidía la consagración de este nuevo templo con otro que se erigía á la Virgen en aquella misma época en Méjico. Los monjes de Montserrat, que ya habían enviado á hermanos suyos á través del indómito elemento para convertir á los idólatras del nuevo mundo, habían nuevamente mandado á dos de sus compañeros á las Indias occidentales, y allí fundaban en 1600 un suntuoso templo á la Virgen catalana, al propio tiempo que la remitían una riquísima corona de esmeraldas.

Por lo demás, las peregrinaciones á Montserrat menudeaban entonces, y era crecido el número de romeros que de todas partes acudían á saludar á la Virgen. Un monje del monasterio, Fray Mateo Oliver, dice en su crónica haber confesado en sólo un año *entre franceses, flamencos y otras naciones de lengua francesa, cinco mil y quinientas cincuenta y dos personas.*

Registrando los libros de la casa, halló Argaiz que en aquel tiempo los habitantes del monasterio subían á cuatrocientas treinta y dos personas, y que fuera de esto solía acudir mucha gente durante todo el año, llegándose á contar nueve mil seiscientas quince personas, á to-

das las cuales se daba de comer por espacio de tres días: sólo eclesiásticos hubo en un año 3.829.

Entre todos estos romeros, los había, como en todas las demás épocas, como siempre, ilustres y célebres.

La casa de Cardona, noble familia de condes-reyes, ha protegido cual los mismos monarcas al monasterio. Este guardaba de ellos mil recuerdos. Ni un solo conde hubo que dejara de continuar la devoción de sus mayores por la Virgen de Montserrat, y por los años que vamos recorriendo, vemos á dicha casa regalar á Nuestra Señora un soberbio trono de plata, admiración de los cronistas, que no vacilan en apellidarlo regia dádiva.

Por aquel tiempo también había subido á visitar el monasterio Doña Gertrudis de Camporrella y Montserrat, marquesa de Tamarit, la que extrañando que no hubiera un buen camino del templo á la cueva donde había sido hallada la Virgen, mandó que lo hicieran á sus espensas.

No era tan fácil hacer allí un camino como al pronto podía creerse. Debía abrirse paso por entre gigantescas masas de peñas, echar puentes sobre abismos, vencer casi insuperables dificultades. Pusieron manos á la obra, y poco á poco, gradualmente, el camino fué formándose. La obra costaba sumas inmensas. Cada día sucedía á la marquesa tener que pagar enormes cantidades.

—¿Están haciendo un camino de plata?—preguntó un día.

Sin embargo, cuando lo vió, cuando comprendió toda la inmensa dificultad que se había tenido que vencer para abrir aquella maravillosa senda entre rocas, al borde de los abismos, no extrañó que subiera su coste á sesenta mil ducados.

Y ahora, otra vez nos hallamos con el estruendo de la batalla que sube hasta Montserrat y hace estremecer sus viejos claustros; otra vez la trompa de la guerra

llamando á la lid á los catalanes envía de eco en eco por la montaña sus fatídicos y agoreros sones; otra vez el rumor de las armas, el grito de los partidos, el clamoreo que se eleva de los campos de batalla, sube á turbar la paz de los solitarios y á interrumpir la continuada oración que en aquel templo se escapa incesantemente de sus labios.

XXIII.

DONDE DESPUÉS DE CONTARSE BREVEMENTE EN QUÉ MATÓ SU TIEMPO EL PUEBLO DE BARCELONA DURANTE LA NOCHE DEL DÍA DEL CORPUS DE 1640, SE DEMUESTRA DE UNA MANERA INNEGABLE CÓMO PUEDE HABER REYES Y PROVERBIOS QUE TENGAN UN MISMO ORIGEN.

¡Fué una noche terrible, noche verdaderamente de sangre y exterminio la del día del Corpus, del día del Señor!

¿Queréis juzgar del cuadro que presentaba Barcelona?

En una calle resonaba como un alarido salvaje, como un bronco grito de guerra, la trompa, aquella noche fatal, de los segadores, y á su son de exterminio se agrupaban, improvisados ministros de discordia y de venganza, centenares de montañeses blandiendo sus hoces que goteaban sangre:

En otra calle era Pedro de Santa Cilia, el caballero mallorquín, al que la injusta muerte de un hermano había convertido en capitán de bandoleros, quien animaba los grupos, quién los incitaba al saqueo y al pillaje:

A un lado huían despavoridos los castellanos, ante un populacho desenfrenado que los perseguía con gritos de ira y de venganza:

Al otro las abrasadas puertas del convento de San Francisco caían ante los incendiarios, que buscaban las víctimas en su sagrado recinto refugiadas:

Aquí eran entregadas á saco las casas de los ministros y jueces reales:

Allí devastada la habitación de D. García de Toledo, marqués de Villafranca, general de las galeras:

Más acá la hez del populacho paseaba las cabezas de las víctimas en la punta de las picas:

Más allá, en hombros de la multitud y á la luz de las antorchas que tremolaban los bandoleros de Roque Guinart, eran llevados en triunfo el diputado Tamarit y los concelleres Francisco de Vergós y Leonardo Serra, á los cuales había pocos días antes encarcelado el virrey por el enérgico lenguaje que usaran en defensa de los fueros y privilegios catalanes.

Y á todo esto, dominando el tumulto, pasando por sobre la orgía del pueblo como un soplo de tempestad, la voz de la campana, voz sonora, precipitada, terrible, que tocaba á somatén y que era contestada con los furiosos gritos de *¡vía fora!* por la muchedumbre que de los pueblos vecinos se encaminaba á tomar parte en el motín de Barcelona.

Mientras todas estas escenas tenían lugar á un tiempo en la capital, afueras de ella divagaba un hombre por entre las rocas de San Beltrán, tan ciega y preocupadamente, que en cada punta de roca veía á un segador blandiendo á sus ojos la fatídica hoz, en cada cima de peña un bandolero con su gorra de estambre listado y su pedreñal colgado de la charpa.

Este hombre era el provocador de la rebelión, el que con sus medidas había irritado á los catalanes, el que había puesto presos al diputado de su nobleza y á los embajadores de su pueblo, el que era buscado con gritos de muerte por las calles y casas de Barcelona, el virrey de Cataluña, en fin, D. Dalmacio Queralt, conde de Santa Coloma.

Bien había mandado á una galera que allí le aguar-

dara, pero á fuerza de cañonazos hiciéronla apartar los sediciosos dueños de la Atarazana, y á duras penas, con notable peligro, había su hijo en un bote burlado las balas del fuerte y logrado refugiarse en la nave.

No así su padre. Su padre vagaba errante y desamparado por entre las rocas, víctima decretada por la saña popular, y huyendo de esta saña sin saber cómo, sin acertar de qué manera, sin atender á dónde.

Los que le perseguían, los que le daban caza, los que le buscaban halláronle por fin, y con la sangre de cinco heridas matizó el triste la arena en la que se revolcó durante los breves instantes de su mortal agonía.

El levantamiento de Barcelona y la muerte del virrey inauguraron una era de terribles y sangrientos sucesos.

Lérida, Balaguer, Tortosa y Gerona hicieron causa común con la capital, y Felipe IV dejó de ser para los catalanes conde de Barcelona.

Montserrat abrigaba entonces en su recinto no pocos monjes castellanos, no pocos solitarios adictos á Felipe por deber mirándole como á rey, por gratitud mirándole como á protector.

En efecto, poco tiempo antes de proclamarse Cataluña independiente del monarca castellano, éste había subido por dos veces distintas á Montserrat, siguiendo la piadosa costumbre de sus antecesores y deseoso de doblar la rodilla en la grada del altar gastada por el contacto de tantas regias rodillas.

Ambas veces había estado allí en compañía de su inseparable privado el conde de Olivares (sin olivo de misericordia, como dice un monje cronista catalán) y entrambas hiciera notables dones al monasterio, quedando tan prendado de la montaña, que determinó fabricar en el Retiro de Madrid un monte imitando en miniatura á Montserrat con sus ermitas y templo.

Sea, pues, que dejara entre los monjes gratos é im-

perecederos recuerdos, sea que su conciencia castellana empujara á muchos á desaprobar el movimiento catalán, es lo cierto que volvieron á renacer las olvidadas, pero nunca muertas querellas en el monasterio.

Un día que estaba diciendo misa mayor un monje francés de Montserrat, nombró en la oración del día al rey Luis de Francia en aquella adición *et famulos tuos*. Acertólo á oir un monje castellano, y acercándosele le corrigió obligándole á decir: *et famulun tuum Philipum Regen nostrum*.

No faltó un peregrino que contó este caso en Barcelona al regreso de su romería.

En seguida una voz, un rumor siniestro se esparció por la capital, tanto más importante cuanto en lo que llevamos escrito hemos procurado notar la veneración y entusiasmo de los catalanes por la Virgen de la montaña.

—Montserrat es castellano,—decían algunos.

—Montserrat es traidor,—decían otros.

—Los castellanos son dueños de nuestra Virgen y la quieren convertir en castellana,—decía el pueblo bajo.

Estos rumores fueron tomando incremento, incremento que subió de punto así que ciertos sucesos y ciertos hechos no dejaron duda de las simpatías de la mayor parte de los monjes por la causa de D. Felipe.

Temiendo los concelleres que lograra influir en la ignorancia del pueblo, para quitarle su ánimo y esfuerzo, la idea de que la Virgen protectora y abogada de Cataluña podía, como decían, *pasarse á los castellanos* por su continuo roce con éstos, enviaron una diputación á Montserrat con encargo: 1.°, de traer á Barcelona en clase de depósito todas las joyas y riquezas que poseía la Virgen; 2.°, de invitar á los monjes castellanos á que abandonaran el monasterio para pasar á Castilla.

El abad de Montserrat era castellano en aquel trienio. Se llamaba Fray Juan Manuel.

—¿En nombre de quién se me dan esas órdenes?—preguntó á los diputados del Consejo de Ciento.

—En nombre del conde de Barcelona,—le contestaron.

—Yo no conozco más conde de Barcelona que S. M. el rey Felipe de España.

—Ni á más conde de Barcelona obedecemos nosotros que al descendiente de los Moncadas Luis XIII de Francia,—le contestaron.

En efecto, ya entonces Barcelona había proclamado obediencia al francés Luis, descendiente en línea varonil de una noble familia catalana.

Si nuestros lectores nos permiten interrumpir por un momento nuestra historia, hemos de contarles, y á fe que es curiosa, la tradición por la que consta que los reyes de Francia descendían de los Moncadas.

En época en que reinaba D. Pedro el Católico, acertó á morir el vizconde de Bearn dejando por heredera de sus estados á una hija, rubia, dice un cronista, como un rayo de sol. Los bearneses determinaron casar á su señora con un varón de pro, de linaje ilustre, de celebrada cuna. Túvose á este efecto una asamblea, y pasaron revista á todas las familias de noble alcurnia que andaban entonces en boca de la fama.

Una de éstas, acaso la que más llenaba en aquellos tiempos los ámbitos del mundo, era la de Moncada, esplendor y gloria del suelo catalán.

Pronto hubieron tomado su decisión los bearneses y enviaron una embajada á Cataluña con encargo de pedir á D. Pedro de Moncada la mano para la vizcondesa de Bearn de uno de los tres hijos que los informes tomados le daban. Recibió D. Pedro la diputación de los bearneses en su castillo de Moncada, inmediato á Barcelona, y oído su deseo y encargo, díjoles como en efecto tenía tres hijos, llamados el primero Gastón, Guillén Ramón

el segundo y Pedro el tercero, pero que los tres eran de muy temprana edad. Desearon verles los embajadores, y por hallarse á la sazón descansando, y querer su padre hacerles levantar, pidieron que no se les turbase en su sueño, pues se contentarían con verles dormidos.

Accedió D. Pedro á este deseo, y abrióles la puerta de la cámara en que tranquilos é inocentes reposaban sus tres hijos. De éstos uno dormía con los puños apretados, otro con los brazos cruzados, el último con las manos abiertas.

De la postura natural é indolente de las tres criaturas, quisieron sacar los embajadores halagüeñas consecuencias y favorables agüeros; creyeron que el de las manos abiertas debía ser grande, generoso y magnánimo, y éste pidieron para enlazarlo á su señora.

Reconocido aceptó D. Pedro de Moncada, pero hubo de manifestarles que los trastornos experimentados recientemente por su casa, no le permitían hacer los gastos de boda que su nobleza requería.

—No importa,—contestó el más anciano de los embajadores.—¿Cómo se llama vuestro hijo, noble Don Pedro?

—Gastón,—contestó Moncada.

—Pues bien, *gasta Gastó que Bearn te dará pro.*

Estas palabras pronunciadas por el mensajero bearnés quedaron desde entonces como proverbio en Cataluña, proverbio más citado y sabido algunos años atrás que ahora.

Gastón de Moncada casó, pues, con Marta la vizcondesa de Bearn, y de ellos vino á descender en línea recta la familia reinante de Francia en 1640 y aclamada por Barcelona que, al pasar revista á los reyes que podía darse, negada obediencia al de España, prefirió á todos el que se le presentaba con el nombre de un Moncada en la rama primera de su árbol.

Volvamos ahora á nuestra interrumpida crónica.

Los diputados del Consejo de Ciento habían exigido del abad de Montserrat los tesoros de la Virgen.

El abad entonces les pidió que les siguieran á la iglesia.

Llegados al templo, envió en busca de todos los monjes, y, así que todos estuvieron allí, hizo quitar el manto á la Virgen, traerse todas las joyas del tesoro, y por sus propias manos las envolvió en el manto que en forma de paquete depositó sobre el altar, mandando descubrir al Santísimo y protestando en seguida en voz alta y clara contra el despojo que se hacía del monasterio.

Asombrados se quedaron los diputados catalanes, mudos todos los monjes.

—Allí están las joyas,—dijo el abad señalando el altar.—Apodérese de ellas quien á llegarse se atreva.

Los diputados retrocedieron.

Y es fama que allí quedó todo el tesoro por largo tiempo, sobre el altar, envuelto en el manto, custodiado día y noche por cuatro soldados y dos monjes catalanes.

Por lo que toca á Fray Juan Manuel, dispúsose á partir como se le había ordenado, y al día siguiente, en efecto, dejaba la montaña seguido de cincuenta y cinco monjes castellanos, y escoltados todos por un tercio catalán y por la diputación de los concelleres que les acompañaron con cumplida atención y cortesía, pagando todos los gastos hasta dejarles fuera del territorio de Cataluña.

Los monjes proscritos de Montserrat fueron acogidos con particulares muestras de simpatía en Castilla, particularmente por el rey Felipe, que les señaló el convento de San Martín en la corte, convento que pasó á llamarse luego de Montserrat.

XXIV.

EL BIROLAY DE MARÍA.

Cercada estaba Barçelona, estrechamente cercada. Las tropas sitiadoras de Felipe IV, al mando de su hijo natural D. Juan de Austria, adelantaban terreno cada día, cada día consiguiendo una victoria sobre los esforzados catalanes, defensores acérrimos de sus privilegios y libertades.

El 11 de Setiembre de 1652, D. Juan se apoderó del convento de Valldoncella, que le sirvió mucho y que ya no abandonó, molestando continuamente desde allí á los sitiados, con deseos más de cansar que de ofender á la plaza, para que se rindiese no tanto á la fuerza como á la necesidad.

Barcelona estaba en efecto cansada, postrada, extenuada, rendida.

Doce años de guerra contra Felipe y de una guerra constante, incansable, mortal, la habían hasta el extremo debilitado.

Porque desde los últimos acontecimientos referidos en nuestro anterior capítulo hasta su cerco por D. Juan; desde su alzamiento en aquella noche sangrienta que costó la vida al de Santa Coloma hasta la toma de Valldoncella por las tropas reales, un terrible periodo de hazañas y de dramas había transcurrido.

Ya sabemos que por conde había jurado á Luis de

Francia, el descendiente en línea varonil de los Moncadas. Desde entonces se vió Cataluña mandada por virreyes franceses, y por cierto que uno de ellos fué el ya en aquella época célebre príncipe de Condé, famoso en Francia por su victoria de Rocroy, pero que no debía conservar de España más recuerdo que el poco grato de una derrota bajo los muros de Lérida.

El mando francés, preciso es confesarlo, satisfizo poco á los catalanes, y la serie de virreyes que se sucedió dejó memorias, á la verdad, bien poco lisonjeras para el carácter francés. Todo el yerro estuvo en que Francia miró á Cataluña como un país conquistado, no como un país aliado; como un pueblo que se había vendido, no como un pueblo que había pactado.

La entereza y el valor heróico que en toda aquella guerra demostraron los catalanes dejándolo escrito con sangre en las cuestas de Montjuich, tan fatales para el ejército real de Felipe; el ejemplo de independencia y amor á sus privilegios de que en cien ocasiones y victorias dieran manifiesta prueba; todo fué cediendo ante la versátil inconstancia, la indudable mala fe y la excesiva tiranía de los franceses. Tuvieron éstos el mérito particular de ir convirtiendo en enemigos á todos sus amigos, de ir creándose antipatías allí donde sólo había para ellos señaladas y verdaderas simpatías.

A esta especie de desaliento que la inconsiderada dominación de Francia supo infiltrar gradualmente en el ánimo del franco y denodado catalán, vino á unirse al cabo de años de lucha infatigable, de guerra á todo trance, la muerte del conde-duque de Olivares, el privado de Felipe, el demonio encarnado de Cataluña según entonces le llamaban. Con su muerte se apagaron muchas rencillas, cesaron muchos odios, extinguiéronse no pocos motivos de queja. Y es que, en efecto, el conde-duque era la personificación de todas las quejas de los ca-

talanes. Con él desapareció también la tenacidad de Felipe IV. El rey se manifestaba por fin dispuesto á reconocer los derechos de Cataluña.

No es, pues, de extrañar que D. Juan de Austria consiguiera una victoria cada día en el cerco de Barcelona. Los catalanes apenas resistían ya; sólo por su honra se sostenían, y sin embargo, pocos días antes de apoderarse de Valldoncella, el de Austria había tenido que retirarse, completamente derrotado, del ataque que por cuatro puntos diversos diera á la plaza.

A todos estos motivos que poderosos influían en el esforzado ánimo de los sitiados para su sumisión y para cesar una lucha sangrienta y fratricida, vino á unirse el más poderoso de todos. Francia les abandonaba, la desleal y la perjura Francia faltaba á sus compromisos; Barcelona no recibía ningún socorro de su conde.

Por lo mismo, la plaza envió el 4 de Octubre un trompeta al príncipe D. Juan proponiéndole parlamento.

La víspera de entrar en Barcelona, que honrosa y notablemente se sometía, hallábase D. Juan de Austria asomado á una de las ventanas del convento de Valldoncella. Tranquila y apacible era la noche; no se percibía el más leve rumor, y sólo el alerta de los centinelas iba de cuando en cuando á turbar el sepulcral silencio.

De pronto una voz rasgó los aires, un canto melancólico y poético, triste y monótono, se dejó oir. Era el de un centinela catalán que distraía el fastidio de su ya inútil vigilancia con una trova montañesa de su país.

Rosa plasent, soleyl de resplandor,
stela lusent, johel de santc amor,
topazis cast diamant de vigor,
rubis millor, carboncle relusent:

Lir trascendent, sobran tot altre flor,
alba jausent, claredad sens fescor,

en tot contrast ausist li pecador;
á gran maror ets port de salvament.

Aigla capdal, volan pus altament,
cambre royal del gran Omnipotent,
perfeitament auyats mon devot chant
per tots priant siatsnos defendent [1].

Desde las primeras palabras, D. Juan había prestado la mayor atención. ¿Qué canto era aquel lleno de religioso sabor, impregnado de amor divino, murmurado lenta y solemne, á compás de una rara y original melodía, y que más bien parecía balbuceado por la voz trémula de un romero que por el acento vigoroso de un centinela?....

Volvióse el príncipe, y uno de sus pajes que allí estaba tras él, joven catalán que sin duda leyó la pregunta en los ojos de su señor, le dijo como si hubiese sido interrogado:

—Es el *biroluy de María*, la Virgen de Montserrat.

—¡Montserrat!—exclamó D. Juan; este nombre está en boca de todos los catalanes, y es tradición en mi familia que Carlos V y Felipe II murieron teniendo en la mano una vela de la Virgen de Montserrat. Anteayer mismo, en el combate que tuvo lugar cerca la puerta de Santa Madrona y al cual desgraciadamente acudí tan tarde para los míos, los victoriosos soldados catala-

1 Rosa placentera, sol de resplandor, estrella brilladora, joya de amor santo, castísimo topacio, precioso diamante, rubí inapreciable, carbunclo reluciente.

Lirio, señor de todas las demás flores, alba peregrina, claridad sin sombra, tú en toda congoja auxilias al pecador y eres puerto de salvación en la tormenta.

Aguila condal que remontas tu vuelo á lo alto, cámara real del Omnipotente, oye, te suplico, mi devoto canto y ruega por todos á todos defendiéndonos.

nes se retiraban entonando en coro ese mismo canto.

—Yo lo creo,—contestó el paje; como que los vencedores formaban parte del tercio llamado de Montserrat y colocado bajo la inmediata protección de la Virgen.

—Y hace quince días,—prosiguió el príncipe,—un puñado de hombres se arrojó sobre una de mis partidas de atalaya, á la que dispersaron, agitando en una mano verdes ramas, blandiendo con la otra la espada y gritando ¡Montserrat! ¡Montserrat!

—Eran unos cuantos soldados que bajaban de visitar el monasterio, lanzaban su grito de guerra y blandían las ramas como indicio cierto de que regresaban de su piadosa romería.

—¡Oh!—exclamó el príncipe,—hemos, pues, de visitar ese monasterio, paje, cuando hayamos entrado en la ciudad de los condes. Deseo subir la montaña y ver á la Virgen cuyo nombre basta para dar valor á los catalanes y cuya protección les asegura la victoria.

Y fué así. Pocos días después de haber recibido en nombre de su padre el juramento de fidelidad de la plaza y de haber entrado en ella, D. Juan trocaba su espada de guerrero por el bordón de peregrino, y subía á pie la trabajosa cuesta de Montserrat.

Permaneció algunos días en el monasterio, viéndolo todo, visitándolo todo, admirándolo todo, y dijo que, catalán ya como virrey que era de Cataluña, aceptaba y no quería por más defensora ni abogada que á la Virgen montañesa.

Al año siguiente de 1653 volvía el príncipe á subir al monasterio, y allí, en acto solemne, dijo, puestas las manos sobre el altar, que juraba y estaba pronto á sostener el misterio de la Concepción, voto y juramento que con él hicieron y prestaron los nobles de su comitiva, el conde de Atarés, los señores de Velasco, Ronquillo, Borja, de la Cueva y Enríquez, Córdoba, Eques,

Amolas y Fray D. Pedro de Valenzuela y Mendoza.

Tercera vez hallamos al de Austria en Montserrat, en 1669; pero ya no como virrey, ya no como príncipe, sino como prófugo, como proscrito casi. Razones que no son de este lugar le obligaron á dejar Castilla para refugiarse en Cataluña; en Cataluña, que después de haberle denodadamente combatido como á enemigo en 1652, había pasado á adorarle como á protector y padre. En efecto, el buen comportamiento, el gobierno dulce de D. Juan en Cataluña, conquistaron para Felipe más vasallos que los que hubieran podido darle sus armas; y tal fué el cariño que le cobraron los catalanes y tal el rencor que guardaron á los franceses por su abandono y mala fe, que medio siglo después, por honrar la memoria de D. Juan que en él les hiciera amar y reverenciar la casa de Austria, salía el Principado á la defensa de los derechos de esta casa, sosteniendo entonces una lucha encarnizada y terrible contra esa misma Francia, su antigua aliada, que apoyaba al duque de Anjou en sus pretensiones á la corona de España.

Pero no adelantemos los sucesos, que demasiado tendrán que cruzar por ante nuestros ojos, pues que también Montserrat está enlazado á ellos.

Decíamos, pues, que D. Juan de Austria iba á llamar, proscrito, á las puertas del monasterio, que le recibió como le había recibido antes, virrey y príncipe.

Ya entonces volvía á haber monjes castellanos en Montserrat. Cataluña, tranquila y en paz, bendecía el justiciero gobierno de Felipe, que en una carta á los catalanes había dicho: *Confiésoos que soy el rey que más os debo,* y que en otra les diera noble satisfacción de los pasados yerros, propios ó del privado conde-duque.

Estando, pues, el de Austria en el monasterio de la peregrina montaña, mandó dorar á costa suya toda

la iglesia, obra que costó cuatro mil ducados de oro.

Dos ilustres visitas tuvo por aquel tiempo Montserrat. La infanta de España, Doña María, hija de Felipe III, siendo ya respetada en la corte de su hermano, Felipe IV, por reina de Hungría, al venir á Barcelona para embarcarse para Italia y allí pasar á Alemania de donde debía ser emperatriz, subió á visitar á Nuestra Señora de Montserrat en 3 de Febrero de 1630.

Poco antes la montañesa Virgen había también visto á sus plantas á Doña Margarita de Austria, hija de Felipe IV, la cual al inclinarse ante la soberana Virgen dejó caer á sus pies una joya de valor de seis mil ducados de plata. También le envió más tarde un vestido entero muy rico, valor de 2.500 ducados, junto con un traje bordado de plata que le remitía la reina de España, valor de 3.000 ducados.

Casi puede decirse que la fama de la Virgen había llegado entonces á su mayor periodo. De todos los puntos del universo venían peregrinos á saludarla; de las naciones más remotas llegaban príncipes y nobles á visitarla; de todas partes se la mandaban regios y preciosos regalos.

Enumeraremos algunos de los que por aquel tiempo se le hicieron.

D. Luis de Cardona,—que como ya en otro lugar hemos dicho siempre han figurado los Cardonas á la cabeza de los bienhechores de Montserrat,—D. Luis de Aragón, duque de Cardona, dió en 1668 dos blandones de plata de nueve palmos de alto; y para que perpetuamente, de día y de noche, ardiesen en los blandones cuatro cirios, hizo al monasterio una renta de doce mil cuatrocientos noventa y seis reales. Algunos años antes Don Juan de Cardona, virrey de Navarra, había dado un entero y magnífico ornamento para difuntos y había mandado que se le enterrase en Montserrat.

La condesa de Flandes remitió cuatro estrellas de oro y diamantes, valor de ocho mil ducados, y mil libras de limosna; la duquesa de Coruña puso ella misma en el dedo de la Virgen una sortija de mil escudos; la duquesa de Alba otra de dos mil; la reina de Francia remitió seis floreros con jarros de plata, valor de cuatro mil reales cada uno; el duque de Sessa una mariposa de oro de ciento noventa y dos doblones; el duque de Medinaceli le regaló al visitarla una venera de diamantes de catorce mil reales; la duquesa su esposa un corazón de oro guarnecido de diamantes y rubíes, de seiscientos cinco pesos; la condesa de Aranda una joya de oro con setenta y cinco diamantes, de mil cien ducados; la marquesa de Aytona dos pendientes de oro con diamantes.

Y otros muchos dones de más ó menos valor, de personas ilustres, que sería cansado y prolijo referir.

XXV.

¡VÍA FORA!

Nacía el siglo XVIII, cuando bajaba al sepulcro el sucesor de Felipe IV, el pobre Carlos II, el último representante de la casa de Austria en el trono de Castilla.

Uno de nuestros buenos escritores contemporáneos ha popularizado el reinado de este monarca abrazándole casi entero en la acción del drama titulado *Carlos II el Hechizado.*

¡Triste rey y triste reinado el suyo!

La casa de Austria había comenzado en España por donde todas las cosas acaban, y había acabado por donde todas comienzan. Había empezado por un héroe, y concluía por un niño; la obra principiada á trazar por un gigante se escapaba destruída de las manos de un enano.—Carlos V, retrato de emperador, procreaba la dinastía á la que daba término Carlos II, parodia de rey.

Durante su reinado—corría el año 1678,—se erigió una iglesia en Madrid.

—¿A quién dedicaremos el nuevo templo?—preguntaban sin cesar al *Hechizado.*

—Ya veremos,—contestaba el rey.—Termínese primero.

Llegó un día en que el templo quedó terminado.

—¿A quién la dedicación de la iglesia, señor?

—A la Virgen que más votos alcance,—contestó;—á

la más nombrada y famosa, á la que haya obtenido más merecimientos á los ojos de mi pueblo.

Túvose, pues, un congreso, en el que estuvo representada cada nación de las tres de la corona aragonesa: Cataluña, Aragón y Valencia.

Los valencianos propusieron á Nuestra Señora del Puig; los aragoneses á Nuestra Señora del Pilar; los catalanes á Nuestra Señora de Montserrat.

Esta adquirió el triunfo; para ella fué el mayor número de votos. La iglesia se consagró, pues, con la dedicación á la Virgen de Montserrat.

Llega el primer año del siglo XVIII, y muere en él Carlos *el Hechizado*, dejando, por falta de hijos, el trono á un nieto de Luis XIV de Francia, al duque de Anjou.

Este viene á España, y celebra cortes en Barcelona.

Felipe V se puso en camino para la capital del Principado, con objeto de jurar las leyes y privilegios de Barcelona; pero envía á decir por una embajada, que al salir á recibirle los concelleres no usen la preeminencia de cubrirse hasta ser invitados por él, y que no se le entreguen las llaves de la ciudad, según costumbre.

Barcelona recibe esta embajada con asombro. Si Felipe no quería que los concelleres se cubriesen hasta tanto que él se lo mandara, era claro que les negaba este derecho, es decir, la prerrogativa que les diera Carlos V, y que todos los reyes, sus sucesores, habían confirmado. Si Felipe no quería que se le entregasen las llaves de la ciudad, no podía ser por otra causa que por creerse ya dueño de ella en el mero hecho de haber tomado posesión del trono de Castilla.

¿Cómo se comprendía, pues, que viniera á jurar las leyes y privilegios de Barcelona, el que ya empezaba por faltar á dos de sus más señaladas prerrogativas?

Decidieron los concelleres hacerlo así, es decir, prescindir de sus dos privilegios, y salieron á recibir á Feli-

pe sin entregarle las llaves de la ciudad y sin cubrirse.

Entró Felipe en Barcelona en coche. Los concelleres iban á caballo, pero con la cabeza desnuda, puesto que no les había mandado cubrirse: al llegar á palacio, Felipe salió al balcón, cayéndosele á la calle el bastón real. ¡Extraña casualidad!

El pueblo, siempre pronto á comentar los hechos, aceptó esta circunstancia por un agüero.

En silencio había acompañado la población á Felipe hasta palacio: la gente no volvía en sí de su asombro viendo que los concelleres seguían descubiertos el coche. Al mal efecto que esto causó en los ánimos, no tardó en unirse otro hecho que la tradición nos ha conservado, y que por lo curiosísimo nos place referir.

Un alférez había sido sentenciado á la pena de muerte. Llevábanle á ajusticiar los soldados castellanos, cuando dió la comitiva militar con una procesión religiosa que acompañaba al Santísimo Sacramento. Inmediatamente el clérigo que llevaba el estandarte de Dios en la procesión, arrojóse al reo y le cubrió con él declarándole libre en nombre del Señor. El capitán de la escolta no hizo caso, apartó con bastante irreverencia al sacerdote que había extendido el perdón de Dios sobre la cabeza del culpable, y mandó á los soldados continuar su camino, faltando á todos los usos y prerrogativas establecidos.

No paró aquí todavía. La escolta que llevaba á ajusticiar al alférez, hízole pasar por delante del palacio del virrey, *como si el príncipe castigara*, dice un cronista, *y no la ley, que es la que condena, y no el príncipe*.

Júzguese si en un pueblo tan amante de sus privilegios, tan religioso como el catalán; júzguese si debían ejercer soberana influencia los hechos que de referir acabamos, sobre todo añadidos á otros que la concisión de estos artículos nos obliga á suprimir.

Así es que un día sonó terrible la campana, terrible la voz de bronce de la catedral llamando á consejo de ciento.

Desde aquel día la decisión de Cataluña fué un hecho consumado.

Entre tanto Felipe V, que se había casado en Figueras, hasta donde saliera á recibirla, con María Luisa Gabriela de Saboya, regresó á Barcelona y de aquí pasó á Montserrat, noticioso de su fama, y deseoso de doblar la rodilla ante la Virgen que había hecho doblar la de todos sus antecesores en el trono.

Llegó Felipe á Montserrat el 24 de Diciembre de 1702, acompañado del cardenal de Tré y de varios señores de la primera nobleza española.

A las doce de la noche del día que llegó, bajó al camarín de Nuestra Señora con su confesor, y después de haber besado la grada del altar, permaneció en oración por largo rato. A la mañana siguiente visitó el monasterio todo, vió el tesoro, recorrió las ermitas y pasó á la iglesia vieja, donde se hizo contar la poética historia de Juan Garín por el duque de Benavente, que dijo estar de ella enterado.

Después de haber permanecido dos días en el monasterio, partió dejando una limosna de doscientos doblones de oro.

Por aquel tiempo visitaba á la Virgen la esposa de Felipe en compañía del obispo de Urgel, de la célebre princesa de los Ursinos, del marqués de Castel-Rodrigo y de otros grandes señores.

María Luisa permaneció varios días en Montserrat, y en una festividad que tuvo entonces lugar quiso vestir con sus propias manos á la santa imagen, no permitiendo que nadie le ayudase en su tarea. Así es que al partir se declaró camarera suya y se llevó una toca y la llave de la puerta más inmediata á Nuestra Señora, de-

jándole en cambio una preciosa rosa de oro matizada, con ciento diez diamantes, joya de exquisito gusto y valor.

Al bajar de Montserrat Felipe, había encontrado en el camino á un caballero de su casa que presuroso subía al monasterio en su busca.

—¡Señor! ¡señor!—exclamó jadeante el caballero deteniendo su corcel.

—¿Qué sucede?—preguntó Felipe.

—Mirad, señor.

Y el caballero puso en manos del rey una moneda de plata, recientemente acuñada, á juzgar por su brillo. Esta moneda representaba en el dorso á Barcelona con su traje de matrona, montada en un caballo, pisando un montón de cadáveres y mostrando un puñado de rayos en la mano con los que sembraba la destrucción y la muerte en las filas de un compacto ejército que cerraba el fondo. En el reverso se veía á un rey, Felipe V quizá, huyendo á uña de caballo y cayéndosele la corona de su cabeza.

—¡Y bien!—preguntó Felipe;—¿qué quiere decir esto?

—Esto quiere decir,—contestó el caballero,—que la campana de Barcelona ha reunido al consejo de ciento; quiere decir que se ha tomado una decisión solemne, habiéndose comprometido Cataluña á jurar por conde al archiduque Carlos de Austria y á ayudarle con hombres y dinero á conquistar el trono que dice pertenecerle de derecho; quiere decir que ya se acuñan monedas para transmitir á la posteridad el día en que Barcelona proclama á Carlos III; quiere decir, en fin, que en todos los pueblos catalanes la campana saluda á la rebelión naciente con el toque de somatén, y que en todos los campos se eleva un compacto y enérgico grito de *¡via fora!*

Felipe V se mordió los labios hasta brotar sangre, y sin contestar dió de espuelas á su caballo.

Nada más cierto; Barcelona agitaba su melena de león y, amenazante y provocadora, se lanzaba la primera á la lid. Carlos de Austria era reconocido rey de España bajo el nombre de Carlos III, y el duque de Anjou y la casa de Francia anatematizados.

Otro día hemos de contar lo que de ello resultó, y con tanto más gusto lo contaremos, cuanto que Montserrat representa en los sangrientos episodios que van á seguir, lo propio que en los acontecimientos pasados, un brillante papel; y cuanto que unida á la guerra de Cataluña va la peregrina historia de dos amantes que dejaron nombre á una peña de Montserrat.

XXVI.

ALEJO EL MONTAÑÉS.

Era yo muy niño cuando me la contaron.

Cosas hay en la niñez que de tal modo hieren la imaginación, tan fuertemente la dominan, tan vivamente la impresionan, que se llega á la ancianidad y todavía se recuerdan, como recordaba Ossián las baladas melancólicas á cuyo canto se mecía su cuna.

Viviría un siglo y no olvidaría yo jamás esta historia.

Cuando rugía desatada la borrasca encorvando las más corpulentas encinas ó cuando densas y amenazadoras se iban agrupando las nubes en el horizonte; cuando los viejos montes coronados de nieve nos enviaban sus helados soplos, ó cuando en fin se acercaban fatídicas y preñadas de misterios las sombras de la noche; entonces—¡peregrino recuerdo!—nos juntábamos todos en torno del hogar montañés y un hombre de cabellos blancos nos contaba las poéticas leyendas del país.

Y si alguna vez se detenía para recoger su errante y vagabunda memoria, si alguna vez le sucedía no recordar al pronto una nueva tradición con que tenernos absortos y suspensos, yo entonces—siempre yo—yo le decía:

—Repítenos la historia de los dos enamorados.

Y el buen anciano la repetía, y nunca se cansaba de contarla, como nosotros jamás nos cansábamos de oirla.

Hay una villa no lejos de Montserrat que á principios del siglo pasado mostraba en su extremo, y algún tanto separado del grupo de las casas, un antiguo edificio, opulento castillo en tiempo de los condes, simple morada entonces de dos mujeres á quienes la adversidad hiciera buscar un abrigo bajo el techo ruinoso de sus abuelos, último resto de su esplendor.

En este edificio había, entre otras, una ventana gótica á la que desde su oriente acariciaba el sol cada día, cada día bañándola en un mar de púrpura. Daba esta ventana á un jardín donde las lilas en flor y la madreselva exhalaban suaves perfumes. Los tallos flexibles del jazmín y de la clemátida se enlazaban caprichosamente á las ojivales y dentelladas molduras de la piedra.

Esta era la ventana de los dos amantes. A ella se asomaba cada noche Rosa; á su pie se detenía cada noche Alejo.

Alejo era el mejor cazador de la comarca, como Rosa la más linda doncella del país.

Todo el pueblo conocía sus amores, y todo el pueblo les envidiaba.

—¡Qué graciosa pareja!—se decían.—Cuando sean uno de otro, cuando la ruda mano de Alejo el montañés haya estrechado ante el altar los delicados dedos de Rosa, la doncella de noble cuna, á todos embelesará su felicidad como á todos embelesan ahora sus amores.

Pero ¡ay! los amores de Alejo y de Rosa eran bien tristes!

Bien tristes, sí, porque Alejo no tenía más bienes de fortuna que su escopeta de caza, y Rosa no podía llevarle en dote más que su ilustre nombre, las paredes de aquel viejo y desmantelado castillo, y una madre anciana alelada por los años y la adversidad.

Sin embargo, los dos jóvenes tenían fe en el porvenir. ¿Por qué no? ¡Es tan rico y halagüeño el porvenir

cuando se mira á través del óptico cristal de la juventud y del amor!

Una noche Rosa estaba apoyada en la ventana que cien veces había escuchado sus votos; una de sus manos jugueteaba indiferentemente con algunos rizos escapados de su negra cabellera; sus ojos estaban húmedos, y la luna, casto y mudo testigo de sus amores, alumbraba dos lágrimas que como dos gotas de rocío se abrían perezosamente camino por sus mejillas.

Alejo por su parte estaba en su sitio, al pie de la ojiva, inmóvil, apoyado el brazo derecho en el cañón de su escopeta, recostada la frente sobre el brazo y tocando con la cabeza la punta de los dedos de la otra mano de Rosa, que colgaba fuera de la ventana.

Hacía ya largo rato que había pasado la hora á que acostumbraban separarse, y sin embargo ninguno de ellos había pensado aún en balbucear la palabra *¡Adiós!* Hacía también largo tiempo que permanecían en silencio como si un temor secreto impresionara el corazón de entrambos amantes.

Alejo fué el primero en hablar.

—¡Ay! no,—dijo;—tú no eres franca, amada mía; algo me ocultas. Mi instinto de amante me hace rastrear una pesadumbre tras de cada palabra que pronuncias, y tu voz me dice que has llorado. ¿Qué tienes, vida mía?

—Nada, Alejo..... aunque mil veces te lo he dicho ya. No porque mi familia haya llegado al último grado de abatimiento, no porque sólo de una raza ilustre hayamos quedado dos pobres mujeres, no por ello he de dejar de oir la voz de la sangre que circula por mis venas. Alejo, esta es la primera vez que mi patria en peligro llama á sus defensores bajo la bandera catalana, y que mi familia no envía al ejército un valiente digno representante del nombre de mis abuelos, tan temido en

las filas enemigas. ¡Ay! antes no era sólo uno, era un tercio entero de valientes lo que enviábamos. Esta es la primera vez que ondeará la bandera nacional sin cobijar nuestra casa á la sombra de sus pliegues. ¡Pobre patria! ¡pero más pobre familia la que no tiene un varón para mandar á su defensa!

Alejo no contestó.

—Carlos el archiduque,—prosiguió la enternecida joven animándose por grados,—acaba de desembarcar en nuestras playas. La trompa suena en la montaña despertando á la nobleza catalana dormida en el fondo de sus históricos castillos, y la campana del somatén vibra como una voz de gloria á los oídos de la juventud de las aldeas. Todos irán, todos asistirán al combate como á una fiesta; nobles y plebeyos, todos se agruparán alrededor del pendón catalán y, guiados por él, todos irán á la gloria, á conquistar un trono para ese hijo de la casa de Austria á quien Dios y el derecho han arrojado á nuestras costas, y sólo mi nombre, el nombre de mis mayores, faltará el día de la cita á la batalla.

—¿Olvidas que si así fuera, amada mía, el pobre Alejo no estaría aquí á tus pies? No, entonces nuestras dos existencias vivirían ignoradas una de otra; entonces nuestros corazones no se hubieran abierto al rocío del amor. La dama brillaría en la corte, el montañés recorrería el bosque; ella en medio del incienso del homenaje, él rastreando la huella del jabalí. ¿Y por qué no había de ser? sí, ¿por qué no?.... A cada uno su esfera.

—Perdona, Alejo, perdona si alguna vez la sangre de mis padres hierve en mis venas; si alguna vez el recuerdo de gloria de mi familia sopla sobre las cenizas de mi muerto nombre. Perdona, sé que te ofendo.

—¡Oh! ¡también bulle en mi corazón la sangre catalana!—murmuró el joven con voz sombría.

Y Alejo calló, y calló Rosa, y el silencio volvió á rei-

nar entre los dos amantes. El montañés fué también el primero en romperlo.

—Rosa,—dijo bruscamente y de pronto,—¿quién es ese oficial, ese capitán de las tropas castellanas que el domingo pasado en misa tenía irreverentemente clavados los ojos en tí, y que de tí no apartó la vista ni aun en el momento en que todos los fieles doblábamos la rodilla ante el cuerpo y la sangre de Jesús, alzados sobre nuestras cabezas por el sacerdote?

Rosa se ruborizó. Alejo prosiguió:

—Y luego, al salir, le ví también que te saludaba sonriendo cuando tú pasabas por su lado. ¿Quién es?

—Es,—dijo Rosa, con una voz en que se notaba un ligero tinte de emoción,—es un capitán francés de guarnición en el castillo de Barcelona, Emilio de La Guiere.

—¡Ah! ¡es un capitán de Monjuich!—dijo el montañés como si reflexionara.

Guardó silencio un breve rato y en seguida,

—Rosa, ese capitán te ha dicho amores,—exclamó.

La joven volvió á ruborizarse.

—Te ha dicho amores, Rosa, yo lo sé,—dijo con voz firme.

—Pues bien, sí; un día, hace ya tiempo, me halló con mi madre y me dijo que era hermosa.

—¿Y qué más?—preguntó Alejo con voz ronca mirándola fijamente.

—Le había ya olvidado, y hace nueve días le volví á encontrar.

—¿Y te dijo también que eras hermosa?

—No, pero me dijo que me amaba.

El montañés, que se había acercado á la ventana cuanto le fuera posible para oir mejor la voz de Rosa debilitada por la emoción, retrocedió á estas palabras como si un áspid venenoso hubiese aparecido de pronto ante su vista.

—¡Que te a.....ma.....ba!—repitió balbuceando cual si necesitara deletrear para comprender lo que quería decir esta palabra; tan monstruosa le parecía.

En seguida se volvió á acercar, miró de hito en hito á Rosa, á la luz de la luna, como si se tratara de sondear su corazón, y exclamó:

—¿Y después?.... Por tu vida, Rosa, por tu vida que me lo digas todo.

—Nada más,—contestó la candorosa joven.—Ya no le volví á ver hasta el otro día en misa.

El semblante del joven se serenó, y variando repentinamente de conversación,

—Mañana al rayar el alba,—dijo,—parto á la montaña, amada mía. La caza me retendrá algunos días lejos de tí, pero como hago siempre en mis expediciones, cada noche, en la cima que escoja para descansar, encenderé una hoguera para que desde aquí puedas tú verla y decirte: junto á ella está mi amado reposando. Tú entre tanto, ¿verdad? terminarás el regalo que quieres hacerme, ese tahalí en el que estás bordando la Virgen de Montserrat mi protectora y de tu familia.

—Procuraré hacerlo.

—¡Oh! sí. Me alegraría hallarlo terminado á mi regreso. ¿De qué color es el tahalí?

—Amarillo.

—¡Amarillo! el mismo color entonces que han adoptado los catalanes partidarios de la casa de Austria.

—Es cierto.

—El color del fuego cuando nace. Me agrada.

—No te comprendo.

—Y mira,—prosiguió Alejo,—quisiera que me bordaras también en él el escudo de tus armas.

—¿Por qué?

—Es un capricho de amante.

—Harélo pues.

Y ambos jóvenes se despidieron. Al siguiente día al amanecer, Alejo partía á la montaña, y Rosa se sentaba á bordar el amarillo tahalí.

Cataluña, en efecto, según los lectores habrán podido traslucir del principio de la conversación que antecede, Cataluña se agitaba y estremecía como el león que siente de noche los pasos de los cazadores acercarse á su guarida.

El archiduque Carlos había desembarcado en Mataró, y las principales poblaciones catalanas enviaron embajadores para prestarle obediencia como al rey conde de Barcelona y como á Carlos III de España. La capital ardía en deseos de tomar parte en el movimiento general; pero guarnecida por tropas castellanas y francesas de Felipe, y amedrentada por las horcas que cada día veía levantar para los partidarios austriacos, guardaba mudo aunque expresivo silencio.

Unidas las tropas que había traído Carlos con las que se apresuraban á enviarle de todos los pueblos de Cataluña, no tardaron en formarle un ejército, á cuyo frente se puso para marchar sobre Barcelona.

Carlos era un hábil capitán. Conoció que un sitio demasiado largo ante una ciudad en cuyo seno contaba tantos partidarios, podría entibiar los ánimos de su gente; y tampoco intentaba dar el asalto, porque sabía las fatales consecuencias que podría reportarle moralmente la primera derrota en un país que le recibía en triunfo.

Pensó, pues, que mientras sitiaba Barcelona, nadie le impedía probar una sorpresa contra Monjuich. Una vez dueño del castillo, sería dueño de la plaza.

Escogió, pues, un cuerpo de ejército de tres mil hombres, que puso bajo las órdenes del príncipe de Darmstdat, virrey que fuera en otro tiempo de Cataluña, encargándose él mismo de dirigir la expedición.

Con el silencio y obscuridad de la noche, avanzaron

los expedicionarios hacia Monjuich, y llegaron sin ser advertidos hasta la misma puerta. El landgrave de Darmstdat iba á su cabeza.

El archiduque se había quedado á mitad del monte, desde donde mandó por otro punto una columna para que obrara simultáneamente con la del landgrave.

De pronto la montaña tembló estremecida al estampido del cañón.

Había principiado el combate. Combate terrible, mortal, en la misma puerta del castillo, en la obscuridad de la noche. Dos horas duró; dos horas de mortal angustia para el archiduque, que las pasó en pie, inmóvil, arrimado á un árbol y á pocos pasos distante de la escasa comitiva que se había guardado para escolta.

Al cabo de estas dos horas el fuego cesó de pronto. Algunos de sus soldados no tardaron en anunciarle que la victoria había quedado por los del castillo.

—¿Qué es eso?—preguntó de pronto Carlos al ver acercarse un grupo con antorchas, entre las cuales se veía en una camilla de ramas y troncos de árbol el cuerpo de un hombre. ¿Qué es eso?—repitió el archiduque; —¿es un herido ó un cadáver?

—Un cadáver,—le respondieron.

El archiduque se sintió hielo en el corazón.

—¡Acercad las antorchas!—gritó.

Estas iluminaron entonces las pálidas facciones del muerto que acababa de ser depositado á los pies del archiduque.

—¡Jorge! ¡Jorge!—exclamó con arrebato arrojándose sobre el cadáver del landgrave de Darmstdat.—¡Morir! ¡morir tan pronto! ¡en la primera jornada, de la primera bala arrojada por mi derecho! ¿Para esto le he traído yo aquí?.... ¡Venganza, amigos míos!—gritó levantándose,—¡venganza! Mil ducados al primero que siente el pie

en las murallas de Monjuich, abriendo camino á mis valientes.

Un hombre llegaba en aquel momento, y oyó las palabras pronunciadas por Carlos.

—Señor,—dijo,—yo me encargo de abrir la puerta del castillo á vuestros soldados.

—¿Tú?—exclamó el archiduque mirando el rostro varonil y hermoso del desconocido.—¿Cómo?

—Es mi secreto. Es una expedición de cuyo buen éxito respondo, mediante Dios y la Virgen de Montserrat.

—¿Cuántos hombres necesitas?—preguntó Carlos.

—Los que yo me traigo.

En efecto, Carlos vió alineados nueve montañeses catalanes tras el desconocido.

—¿Bajo qué condiciones me abrirás las puertas?

—Bajo una sola. Quiero el derecho de hacer flotar por espacio de todo un día en la torre del castillo, por único pendón, la banderola que yo mismo enarbolaré.

—Concedido.

—Mañana á las doce de la noche presentaos, pues, en la puerta del castillo sin temor alguno..... Os la abriré yo mismo.

—Y mañana recibirás los mil ducados.

—No, señor. Yo no quiero otra cosa que el derecho que me habéis otorgado. Sin embargo, podéis enviar los mil ducados á la Virgen de Montserrat. Es una cosa que nos traerá siempre buena cuenta á vos y á mí, señor.

—Pero, ¿quién eres? ¿cómo te llamas?

—Soy cazador, señor, y catalán. En cuanto á mi nombre, me dan el de Alejo el montañés.

—Hasta mañana pues, el montañés.

—Hasta mañana, señor.

XXVII.

¡HABLA BAJO, VIDA MÍA!

El día que siguió á la noche que acabamos de hablar, fué borrascoso y triste, y la noche obscura y negra. Las sombras lo habían confundido todo. La montaña estaba unida al valle, y valle y montaña formaban masa común con las tinieblas.

Sólo en el fondo, en el punto donde debía estar Barcelona, se veían brillar algunas trémulas luces que parecían dispersos y errantes fuegos fatuos vagando por una mansión de tumbas.

Las ocho eran, cuando un soldado, de centinela en un baluarte de mediodía, se detuvo de pronto, interrumpiendo su monótono paseo. Le había parecido oir un rumor no muy lejano, el de una piedra quizá rodando desgajada por una pendiente. Interrogó el espacio, procuró con su vista atravesar aquella insondable masa de sombras que le envolvían como un vasto sudario, y prestó atentamente su oído á todos aquellos mil rumores distintos que se oyen de noche en la montaña. Hubo sin embargo de tranquilizarle su examen, pues que no tardó en volver á emprender su paseo, contestando con voz firme al *alerta* que en aquel momento recorrió los puestos.

A haber sido posible que existiera un hombre acostumbrado á registrar las tinieblas, á ver en ellas lo su-

ficiente para hacerse cargo de todos los objetos, y á haber ocupado este hombre el lugar del centinela, de seguro no hubiera quedado tan complacido ni tan prontamente tranquilizado. Acaso su mirada, fijándose en un punto más negro que los demás, hubiera visto una especie de línea obscura y movediza avanzar, costeando la peña, hacia el baluarte.

En efecto, eran unos bultos que á rastras como reptiles iban ganando terreno, pero ganándolo con una rapidez asombrosa, increible casi, tanto, que apenas acababa de morir el último *alerta* en el aire, cuando ya ellos estaban agrupados al pie de la muralla. Se les hubiera podido tomar entonces por un montón de piedras.

El centinela continuaba paseando.

Tenía ya olvidado el rumor que cautivara pocos momentos antes su atención, cuando, repentinamente, al volverse una vez, vió asomar un objeto por la baranda del muro. Inclinóse para descifrarlo ó distinguirlo mejor; pero bastó este momento para que un hombre de un salto se plantara en la plataforma y de otro se colocara junto al centinela.

Este no tuvo tiempo para nada. Antes de poderse hacer cargo de la situación, una terrible puñalada le hacía rodar exánime á los pies del recién llegado.

Ni el más débil grito se escapó de su boca. La muerte había sido instantánea.

Inmediatamente el desconocido desató una cuerda que llevaba arrollada á su cintura, y arrojó un cabo á los que con sus hombros le habían formado á él escala para trepar.

Hasta nueve hombres se encontraron entonces reunidos. El último que había subido, empezó á mirar por todas partes.

—¿Y el centinela, Juan?—dijo en voz baja.

—Fuerza ha sido matarle, Alejo. No podía ser de

otra manera. Le he tendido de la primera puñalada.

—Soberbia ha sido,—dijo uno de los nueve, que se había inclinado para asegurarse que del soldado ya sólo quedaba un cadáver.

—De montañés,—murmuró Juan.

Media hora después, los soldados de guardia en la puerta principal del castillo, que tranquilos rodeaban las llamas de un hogar, volvían asombrados la cabeza al grito de

—¡El que se mueva es hombre muerto!—pronunciado por una voz robusta y firme.

Nueve bocas de fusil dirigidas contra los soldados, estaban prontas á hacer honor á la amenaza que se acababa de pronunciar.

Nadie se movió.

Dueños de la puerta los montañeses, esperaron con impaciencia la hora designada para terminar su tan hábil como audaz tentativa.

A las doce, las tropas del archiduque invadían el castillo como un torrente por la puerta que les abrieron los montañeses, y la guarnición castellana de Monjuich despertaba sobresaltada al grito por mil bocas repetido de *¡Viva el país! ¡Viva Carlos III!*

Casi toda la guarnición se rindió. Algunos que intentaron resistirse fueron pasados á cuchillo.

Un oficial francés, en un extremo de la plaza de armas, se batía desesperadamente contra un grupo de catalanes. Era Emilio de La Guiere. Alejo se presentó en el momento en que, falto ya de fuerzas, iba tal vez á sucumbir.

—¡Atrás!—gritó Alejo;—ese hombre me pertenece. ¡Dejádmelo á mí! El rey Carlos me ha concedido su gracia.

Y avanzó tranquilamente hacia el capitán, con objeto de salvarle la vida haciéndole su prisionero. El fran-

cés reconoció sin duda á su rival, á su rival favorecido que se le acercaba solo, sin armas, lealmente mensajero de paz.

A pesar de esto, levantó su espada que dirigió al corazón de Alejo, y que éste apartó con la mano haciéndose en ella un rasguño.

Al verse tan mal comprendido, el montañés rugió de cólera y se precipitó sobre Emilio con objeto de ahogarle entre sus nervudos brazos.

Afortunadamente para el capitán, en aquel momento pasaban fugitivos algunos soldados de los suyos que, al verle en tal aprieto, se dirigieron á salvarle. Púsose á su cabeza el oficial francés y, arrollando el pelotón de catalanes que les impedían el paso, llegaron salvos á la puerta del castillo, desde donde, aunque perseguidos siempre, pudieron ganar la montaña y entrar en la plaza portadores de la infausta noticia que anunciaba á los sitiados la toma de Monjuich.

Al día siguiente, los primeros rayos de un hermoso sol hacían brillar, colocada en el asta de la torre, una banderola, especie de tahalí más bien, sobre cuyo fondo amarillo se destacaban, bordados, una Virgen de Montserrat y un escudo de armas.

Era el tahalí de Alejo el montañés, bordado por la mano de la bella Rosa.

Por esto decía aquella noche el joven á su amada que, inclinado el cuerpo fuera de la ventana, había escuchado trémula de ansiedad y palpitante de emoción los dramáticos episodios de la tentativa de Alejo; por esto le decía:

—Ningún varón de tu familia combate á la sombra de la bandera catalana, pero el escudo de armas de tu casa tremola como bandera en el primer fuerte entregado por tu amante á los salvadores de la patria.

Y la joven murmuraba con una voz débil como el susurro del céfiro, al oído de su amante:

—Gracias..... ¡oh! ¡gracias, amado mío!

La toma de Monjuich tuvo las consecuencias que esperaba Carlos. Barcelona se rindió y recibió con vítores y palmas al vencedor, que juró sus fueros, y fué solemnemente proclamado conde de Barcelona y rey de España.

Entonces comenzó esa constante y tenaz guerra de diez años de los catalanes en favor de la casa de Austria y contra la de Francia, cuya dominación tan ingratos recuerdos había dejado en el suelo catalán.

Los lectores nos permitirán que rápidamente abracemos esta época. Nos espera el triste desenlace de la historia de nuestros amantes, que coincidió también con el desenlace de los sucesos catalanes.

Poco tiempo después de haber sido proclamado Carlos en Barcelona, subió en peregrinación á Montserrat. La Virgen querida y protectora de los catalanes, vió á sus pies al joven heredero de la casa de Austria, que en nombre de cuatro progenies de reyes venía á demandar su trono.

Cuenta la crónica que allí compuso unos versos latinos á la Virgen, y al despedirse de ella, después de haber visitado las ermitas y montaña, dejó sobre el altar su espada guarnecida de oro y ornada con setenta y nueve diamantes.

No fué esta la única vez que Montserrat vió entre sus peñas al descendiente de la casa de Austria. En 1708 volvió á visitar el templo de la montaña con su esposa Doña Isabel Cristina de Brunsvich, ofreciendo entrambos á la Virgen un cáliz con su patena, selvilla y vinajeras de plata dorada, matizado con treinta y cuatro diamantes y un precioso rubí, sin enumerar otros varios riquísimos regalos que hizo por sí sola su esposa.

La primera vez que Carlos había estado en Montserrat, había dejado mil ducados de limosna, los mismos que Alejo había renunciado en favor de la Virgen.

Fueron entre tanto transcurriendo hermosos días de sol y de ventura para los dos amantes.

Estos no dejaban de verse todas las noches, todas ellas por la ventana que ya tantas veces había escuchado sus protestas de amor. El porvenir era cada vez más negro y más obscuro. Sin embargo, los dos amantes confiaban siempre. ¡Es tan ciega la confianza del amor!

Un día los monjes castellanos de Montserrat fueron arrojados del monasterio por los concelleres, como lo habían sido también en el reinado anterior. Uno de ellos había predicado un terrible sermón contra Carlos en favor de Felipe, y fué bajado preso á la Inquisición de Barcelona, mientras sus compañeros castellanos eran proscritos de la montaña por un decreto del Consejo, que les dió una escolta para acompañarles con toda seguridad hasta la frontera.

Entre esta escolta se contaban varios montañeses, y del número de estos montañeses era Alejo.

Cuando monjes y escolta llegaron á la frontera de Castilla, una guardia de honor enviada por Felipe V se presentó á recibir á los solitarios de la Tebaida catalana. El jefe de esta guardia era Emilio de La Guiere, el mismo Emilio de La Guiere, antiguo rival de Alejo, que éste había dejado capitán y que hallaba entonces coronel.

La vista de su rival inspiró á Alejo tristes recuerdos y amargas reflexiones. Cuando volvió á su pueblo, estaba triste y cabizbajo; cuando vió á Rosa, después de una larga ausencia, su voz salió entre sollozos de su garganta.

¿Por qué? ¡Ay! no acertaba á comprenderlo, no lo sabía; pero empezaba á tener como un vago presentimiento de que para ellos no había acaso felicidad en la tierra.

¡Tanto tiempo de constancia, tanto tiempo de amor, del martirio del amor, y todavía lejana, muy lejana la hora de la verdadera dicha!

¡Pobres amantes! Sus entrevistas, sus conversaciones en la ventana ya no eran como antes, respirando alegría y esperanza: eran tristes, tristes como el porvenir que esperaba á Cataluña.

Un día, Cataluña lanzó un rugido de dolor como si fuera una leona herida. Acercábase el ejército francés-castellano, y las llamas de cien pueblos marcaban las huellas de sus pasos.

Las armas de Felipe se apoderaban uno á uno de los baluartes en que ondeaba el pendón catalán unido á la divisa de la casa de Austria.

Sólo Barcelona se sostenía, sólo ella quedaba en pie desafiando altiva la borrasca, entre todo aquel huracán de adversidad que hacía encorvar las torres más altas y más amigas de la dinastía arrojada del trono español por el testamento de Carlos II.

El general de las tropas victoriosas de Felipe marchaba, pues, sobre Barcelona. Quería *demoler sus casas una á una y sembrar de sal el sitio en que se elevaba.*

Cuando el ejército se acercó al pueblo de los dos amantes, todos huyeron, todos corrieron á refugiarse en Barcelona; Rosa no podía huir como los demás. Su madre estaba enferma, moribunda, no podía arrastrarla en su fuga, y se quedó.

Alejo decidió quedarse también. Partió solo algunas horas para escoltar á su propia familia hasta la capital.

Por mucha prisa que se diera, era ya medio día cuando salió del pueblo, y empezaba á anochecer cuando regresaba.

Su paso era precipitado. Aun cuando sabía que estaba lejos el ejército, temía que durante su ausencia hubiese llegado al pueblo no estando él allí para custodiar á Rosa.

Cerca estaba ya de la población y seguía un barranco de travesía, cuando, levantando la cabeza, le pareció

como que el cielo reflejaba una luz muy viva, y como que el viento, al sepultarse en el barranco, le traía confusos gritos de victoria.

Sintió un hielo mortal en el corazón y precipitó todavía más el paso. No andaba ya, corría.

A medida que se iban acercando, á medida que la noche iba enseñoreándose del horizonte, el color que tomaba el cielo era más claro y los gritos más distintos.

Llegó por fin á una colina, tras la cual estaba el pueblo. Subió acelerado y comprimiendo con ambas manos su corazón, que parecía querer romper con sus latidos la frágil caja que lo encerraba.

Subió y..... ¡eternidad de Dios! las llamas brotaban á torrentes del pueblo, y á su sangriento resplandor se veían discurrir por entre las casas, la espada en una mano y la antorcha iucendiaria en la otra, hombres feroces de venganza y exterminio.

Una de las casas en que las llamas hacían más estragos era la de Rosa. Alejo pudo distinguirla bien por estar separada algún tanto de las demás. El montañés creyó que su nombre pasaba entonces por sus oídos entre un soplo de viento.

No bajó la colina, la rodó; y la rodó como un alud que la tempestad precipita de la cima de un monte.

Segunda vez oyó una voz que le llamaba, una voz de socorro, de agonía. Alejo llegó á la puerta de la casa de su amada, y se precipitó fuera de sí en el interior.

Una mujer, el cabello esparcido, pálida, desencajado el rostro; una mujer le llamaba á gritos terribles, pugnando por desasirse de un oficial que en vano quería cogerla entre sus brazos para apartarla de una casa cuyas viejas paredes iban desmoronándose con estruendo horrible, empujadas por las impetuosas llamas.

La mujer era Rosa; el oficial Emilio de La Guiere.

Alejo no dió más que un salto, el salto del tigre. An-

tes que el francés pudiera volver la cabeza para verle, el montañés le había cogido y levantado entre sus robustas manos, que como ardientes tenazas se pegaron á sus costados. Fué cosa de un momento, fué la rapidez de un rayo.

Púdose oir un ruido como de huesos triturados; el montañés abrió sus manos, y una masa inerte rodó por el suelo.

—¿Y tu madre, Rosa?—gritó Alejo empujando con el pie el cadáver del coronel para hacerse paso.

Rosa miró á Alejo, pero ni le conoció ni le comprendió. Alejo se precipitó en la sala baja, donde sentada en su sillón acostumbraba á estar la buena anciana.

Allí estaba, en efecto, allí mismo, en su ancho y cómodo sillón, junto á la ventana por la cual respiraba siempre el aire del campo, pero inmóvil, la cabeza caída, las manos colgando, pálida y cubierta de sangre.

Un soldado la había bárbaramente asesinado. El joven cazador se hizo atrás movido por un impulso de horror.

Rosa entró lentamente y fué á ponerse de rodillas junto á su madre, pero sin llorar, maquinalmente, con la insensibilidad de una estatua.

En este momento, Alejo oyó los gritos que daba pidiendo auxilio un soldado que había asistido á la muerte de su coronel por el montañés.

Se sintió perdido, y cogiendo á Rosa por un brazo,

—Rosa,—la dijo,—estamos perdidos. ¡Huyamos!

—¡Huyamos!—dijo Rosa obedeciendo como un resorte al impulso que para ponerla en pie le dió la mano de Alejo.—¡Huyamos!—repitió; pero miró á su amado y no se movió.

—¡Dios mío! ¿se habrá vuelto loca?—gritó Alejo.

Y viendo que no se movía, la cogió en sus brazos y la cargó sobre sus hombros.

Entonces empezó una carrera rápida, desesperada,

inconcebible, y se hundió en lo más espeso del bosque con su preciosa carga, trepando la montaña por senderos sólo conocidos de los cazadores.

Sin embargo, los soldados habían visto la dirección que tomaba, y le seguían de muy cerca guiados por la voz lastimera de Rosa, que loca, en efecto, llamaba á gritos á Alejo, á gritos á su madre.

—¡Por Dios, vida mía!—le decía el montañés, que no podía acabar de concebir que se hubiese vuelto loca, —por Dios que hables bajo ¡amada mía! Nos siguen de muy cerca, de muy cerca, y tu voz les guía. ¡Habla bajo, vida mía!

Y Rosa continuaba gritando, y el montañés precipitando su paso.

Su intención era esconderse entre las mil guaridas de él sólo conocidas, que existen en Montserrat, y llegar por caminos extraviados al monasterio. Una vez en él estaban salvos. Sus perseguidores no se atreverían á seguirles hasta el templo. La Virgen protegería á los amantes.

Y con esta confianza, corría doblando sus esfuerzos y sin ni siquiera sentir el peso que llevaba.

Largo tiempo duró esta extraña caza. El montañés huyendo, siguiéndole los soldados, á quienes guiaban los gritos y gemidos de la pobre loca.

Alejo no podía ya más. Rosa se calló por fin, y su silencio hizo perder las huellas á sus perseguidores.

El montañés se dejó caer junto á una roca con su carga. Sus fuerzas estaban agotadas. Al poco rato, Rosa volvió á empezar sus gemidos y á murmurar palabras incoherentes, sin sentido.

—¡Habla bajo, vida mía!—le decía Alejo, procurando tapar con su mano la boca de Rosa.—Habla bajo. Yo no puedo más y ellos están cerca. ¡Por Dios, que hables bajo!

Y Rosa, la pobre loca, no hacía caso.

—¡Bajo, más bajo! ¡Habla bajo, vida mía!

Y Rosa continuaba desasiéndose de la mano con que procuraba Alejo apagar su voz.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—decía Alejo.—Habla bajo, Rosa, ó somos muertos. Yo no puedo tenerme en pie, yo no puedo huir, y tus voces van á descubrirles nuestro refugio..... ¡Habla bajo, vida mía!

¡Ay! sucedió como se temía Alejo. Las voces de Rosa volvieron á poner á sus perseguidores sobre sus huellas, y fueron acercándose cautelosos, poco á poco, como reptiles.

—¡Habla bajo, vida mía!—volvió á repetir el montañés en el momento en que retumbó un tiro en la concavidad de la montaña, y una bala hundiéndose en aquel noble corazón fué á tenderle sobre el cuerpo de Rosa.

Allí murieron los dos amantes.

He ahí por qué, según me decía el hombre de cabellos blancos que junto al hogar de la montaña me contaba esta leyenda, he ahí por qué desde entonces el país puso á aquella roca el nombre de roca de *Habla bajo*.

Y así es. Una roca de este nombre *(parla baix)* existe en Montserrat, no muy distante del monasterio.

XXVIII.

LAS CADENAS DE LOS ÁNGELES Y EL TESORO DEL REY WAMBA.

Poco tiempo después de la muerte de los dos amantes, caía Barcelona. Pero caía dando el más grande ejemplo de valor que han escrito en sus páginas los anales de Cataluña.

Cinco brechas, tres de las cuales daban paso á un batallón de frente, vieron perecer entre sus escombros la flor de los adalides catalanes. Nuestros padres se batieron con el valor que da la energía, que da la desesperación, con la desesperación que da la conciencia de una muerte inevitable.

Sitiados con tenacidad, combatidos sin descanso, acuchillados sin misericordia, se batieron de baluarte en baluarte, de casa en casa, de calle en calle. Palmo á palmo, en fin, defendieron su ciudad querida.

Cada calle que iban abandonando, era entregada al saqueo y á las llamas, compañeros de los soldados de Felipe.

Barcelona cayó, y el ángel de la independencia catalana, ocultando su rostro con su manto de luto, huyó para siempre entre las nubes de humo que despedían los incendiados edificios de su ciudad de los condes.

Barcelona cayó, y con ella el último baluarte de la casa de Austria.

Casi puede decirse que Montserrat siguió la suerte de Cataluña. Desde entonces enmudece su historia y calla la voz de sus tradiciones. ¿Sería que el ángel de la libertad hubiese arrastrado consigo en su fuga al ángel de la poesía?....

Y no se crea, por las anteriores palabras, que menguó el afecto á la Virgen de la montaña: nada de esto. La devoción á esta Virgen protectora del Principado, ha proseguido existiendo siempre en el fondo del corazón de los catalanes, sin morir, sin apagarse, sin debilitarse siquiera, y como en remotos tiempos el fuego de Vesta cuya llama incesantemente alimentaban las más cándidas de las sacerdotisas en lo más recóndito de sus idólatras santuarios.

Cada día veía el monasterio llegar á su puerta numerosas caravanas de peregrinos, el bordón en una mano y la ofrenda en la otra.

Unas veces eran príncipes y caballeros de remotas provincias, otras simples ciudadanos del país ó de lejanas tierras.

Casi todos subían á pie la trabajosa cuesta, y muchos descalzos. Unos subían con las manos plegadas y los ojos constantemente fijos en el cielo, otros con velas ó antorchas encendidas; unos con pesadas cruces de madera, otros con barras de hierro al hombro; unos con sogas al cuello, otros ceñidos con ellas las cinturas hasta hacer saltar sangre de las desnudas carnes; unos con argollas de hierro al cuello y esposas en las manos, otros arrastrando gruesas cadenas y juntos con grillos los pies; unos disciplinándose toda ó gran parte del camino, otros con las rodillas desnudas matizando con su sangre las agudas piedras.

Varias veces sucedía que con tales y tan monstruosas penitencias, los grillos penetraban en los pies lastimándolos, las esposas cortaban las manos, las cruces de

madera ó las barras de hierro hundían bajo su peso al penitente, y las rodillas quedaban viudas de carne hasta los huesos. Entonces, si un peregrino, al pasar, acertaba á ver á alguno en tan lastimoso estado, corría á dar parte al monasterio, y en seguida bajaba al encuentro del penitente un monje confesor, que, haciéndole levantar, le absolvía del voto que traía hecho; pues Montserrat tenía poder de los sumos Pontífices para conmutarlo en otra más prudente penitencia.

Por lo demás, la casa de Borbón, que sucedió en el trono á Felipe, fué como la progenie que la precediera, pródiga para Montserrat. No pocos recuerdos guarda de ella el monasterio catalán, no pocas veces los rezos de los solitarios han elevado al cielo sus votos llamando la bendición de Dios y de la Virgen sobre las frentes de sus ilustres protectores.

¡Y las oraciones que allí, del centro de aquellos riscos brotan, deben ser gratas al Señor! ¡Y oídas deben ser por María las plegarias que se le dirigen entre los vespertinos cánticos, al caer de la tarde, al tañer de la campana, y al reflejo de la luna que baña con sus luces de ópalo los cristales del viejo monasterio pronto siempre á ser hundido por las peñas que gigantes y amenazadoras se elevan sobre sus torres!

¡A propósito!....

Todavía una peregrina tradición, todavía un cuento montañés, una historia de vieja si se quiere, una poesía de junto al hogar si más agrada.

Parece en efecto increible cómo un día el huracán no ha desmoronado sobre el templo toda aquella imponente muralla de rocas que le dominan y amenazan sepultarle.

Una vez—la tradición no dice el año y á la buena anciana que me lo contó se le había *traspapelado*,—una vez en que terribles tempestades habían conmovido la

montaña, vióse, durante una noche borrascosa, á la luz de los relámpagos que iluminaban el monte, al resplandor del fuego del cielo que tres veces cayó aquella noche sobre el valle, vióse, repito, á una legión de demonios que con palancas trabajaban para sacar de su base una enorme y monstruosa peña y dejarla caer sobre la morada de la Virgen.

Los solitarios del monasterio, los guardas de la joya catalana, despertaron sobresaltados al fragor de la borrasca, al estampido prolongado del trueno, al rumor del viento que silbaba terrible y amenazador por los corredores, y al ruido en fin de unos golpes sordos é incesantes que retumbaban en todo el monasterio, haciendo estremecer sus seculares muros.

Era el ruido que hacían los demonios con sus palancas.

Los monjes, ignorantes de esto, lo achacaban todo á la borrasca. Una especie de pánico se apoderó de ellos. La tempestad era espantosa en efecto, y los solitarios, abandonando el lecho bajaron al templo postrándose al pie de los altares y encendiendo las lámparas de plata, regalos de opulentos magnates.

Bien pronto la salve brotó, virgen y pura, de sus labios, y el canto religioso de la tarde, el canto favorito de María, atravesó misterioso por entre los desatados elementos.

Los demonios trabajadores lanzaron un rugido de rabia, que resonó como la voz de cien truenos en la montaña.

La salve que brotaba á sus pies les impedía continuar sus trabajos. Tuvieron, pues, que huir precipitadamente, perseguidos por el órgano y la voz de los solitarios; pero, sin embargo, al hundirse en los insondables abismos que les sirven de morada, se sonreían de júbilo y placer.

Y era que la peña, vacilante ya en su base, desgajada ya por decirlo así, bambolearía al menor soplo del viento, y aquella misma noche acaso caería sobre el santuario sepultándolo bajo su monstruosa masa.

—Burlados se quedaron los demonios,—me decía la anciana,—burlados se quedaron. En cuanto la salve llegó al cielo como un aviso, los ángeles arrojaron cadenas de plata, con las que enlazaron la peña, haciéndola con su ayuda girar sobre su base y dándole una dirección contraria. Entonces cayó la roca con un estruendo terrible, y pasó rozando un ala del convento, á la cual destrozó como puede verse todavía, no parando de rodar hasta el pie de la montaña y causando en su caída terribles estragos.

Confieso humildemente que no ví en el monasterio la pared destrozada que me indicara la buena y cristiana vieja, pero sí en el valle la peña objeto de tan peregrina tradición.

Al bajar de mi última visita al santuario, cuando ya había dejado atrás á Monistrol, ese pueblo que, de lejos, con sus casas agrupadas se parece á un rebaño paciendo al pie de Montserrat; cuando ya había visto ese soberbio y admirable puente echado sobre el Llobregat y que en una noche obscura se podría tomar por un enorme lagarto en el momento en que, apoyadas sus patas en la orilla opuesta, se dispone á saltar el río, mi guía me enseñó, entre Monistrol y la Puda, en un pintoresco valle, la peña de la leyenda.

Es en efecto una masa enorme. El propietario sobre cuyo campo cayó la noche del huracán ese colosal peñasco, pensó mercantilmente que ya que le impedía medrar su trigo, debía sacar todo el partido posible del huésped de piedra que le enviaba el cielo. En su consecuencia, ideó el medio de ahuecar la peña—trabajo ímprobo y costoso—y tan á medida de sus deseos le salió

la obra, que la tiene en la actualidad convertida en un depósito donde caben 130 cargas de aceite.

Parece—así se cuenta—que, pasados años, se le ocurrió un día al monasterio reclamar la peña como su propiedad. El dueño del campo tenía entonces concluídos sus trabajos, y se negó naturalmente á acceder á la reclamación.

Un pleito ruidoso tuvo lugar, hasta que un día lo cortó el propietario presentándose al tribunal.

—Bueno,—dijo;—ya que el monasterio me reclama la peña, se la cedo. Que me la quiten de allí, que se la vuelvan á la montaña, y que me dejen el campo en su anterior estado.

Allí está todavía la peña.

No lejos de ella se levanta una ermita que llaman de Santa Magdalena, pobre edificio ruinoso, construcción muy anterior al mismo Montserrat. Allí cuentan que el rey godo Wamba enterró su espada y un inmenso tesoro, cuando todo su territorio catalán se le insurreccionó proclamando por su rey al griego Paulo.

Es esta absurda tradición tan válida en el país, que no han faltado personas que en diversas épocas han hecho excavaciones en busca del tesoro. La espada, con todo ser la espada de Wamba, del rey por fuerza, á buen seguro que no hubiera por sí sola incitado tanto la curiosidad.

Y ahora volvamos á subir al monasterio, del que la leyenda nos ha momentáneamente apartado.

XXIX.

DESTRUCCIÓN Y RUINA DE MONTSERRAT.

Y ahora volvamos á subir al monasterio, decía al terminar mi último capítulo. Volvamos á subir, sí, pero ¿qué nuevos recuerdos evocar? ¿Qué más se puede ya decir? ¿De qué se puede hablar?

El hombre que por no caber en un siglo llenó dos con la fama de su nombre, el que, según decía Byrón en admirable frase, llegó á subir tan alto que al caer, nadie, después del primer ángel, cayó de tal altura; Napoleón, en fin, arrojó un día sus legiones sobre España.

La guerra de la Independencia estalló, y estalló terrible y sangrienta. Los héroes de Austerlitz, de Marengo y de las Pirámides, los que habían paseado el águila imperial por el mundo, los memorables escuadrones reputados invencibles y á quienes la fama de sus victorias parecía envolver como á los dioses antiguos en una nube mágica, vinieron un día á estrellarse á los pies de Montserrat, como viene de lejos la ola embravecida á romperse espumante á los pies de una aguda peña.

El 6 y el 14 de Junio de 1808, son dos días que nunca olvidará Cataluña, que nunca olvidará España. En los citados días dos divisiones francesas, numerosas y aguerridas, fueron arrolladas en las cuestas del Bruch, junto á las peñas de Montserrat, por un corto número de paisanos casi indisciplinados y casi sin armas que allí se

habían agrupado, nobles hijos, al grito de *Independencia* y *Patria*.

Como si la Virgen de las batallas, la antigua y constante protectora de las armas catalanas, hubiese querido de nuevo hacer causa común con los hijos del país, dió á aquel puñado de bravos montañeses, posados en las cumbres del Bruch, el valor suficiente para resistir y derrotar á los ejércitos del capitán del siglo. Al pie de Montserrat sufrieron en España su primera derrota los conquistadores de Italia; al pie del monte santo de la Virgen catalana hubo de humillarse la soberbia, hasta entonces indomada, del ejército francés, y allí por fin, al pie del Montserrat, que fué el Krembin catalán para Napoleón, vió éste comenzar la cadena de adversidades que, empujadas por un viento de muerte, hubieron de llevarle de etapa en etapa hasta su roca Tarpeya de Waterlóo.

La importancia moral que tuvieron las victorias del Bruch, fué inmensa. Sin embargo, no es propio de este lugar la historia de aquella guerra memorable, sino en la parte que á nuestro objeto concierne.

Tres veces estuvieron los franceses en Montserrat.

Fué la primera el 11 de Enero de 1809. Presentóse inopinadamente en el monasterio una columna al mando del general Desveaux. Subió por veredas casi impracticables y extraviadas, sorprendió á la comunidad, hizo un escrupuloso registro, y, sin hacer ningún daño, se contentó con apoderarse de las provisiones de boca que halló á mano. Los franceses eran en número de 800. Cuéntase que la oficialidad mandó recoger toda la cera que se hallaba en el monasterio, y fué á recorrer de noche la montaña con cirios y hachas encendidas.

Sabedores los pueblos vecinos de que los enemigos habían invadido el santuario de la montaña, echaron las campanas á vuelo tocando á somatén, y un puñado de

valientes de los pueblos de Monistrol y Borreró tomó á su cargo la heróica tarea de desalojar del monasterio á los franceses.

En efecto, subieron á la montaña en cuanto amaneció; y á las diez y media de la mañana, Desveaux se veía obligado á abandonar el santuario, acompañándole en su retirada los somatenes con un nutrido y constante fuego. Parece que los franceses hubieron de emprender esta retirada más que de paso, siendo para ellos verdaderamente desastrosa. Como por encanto, los riscos de Montserrat se coronaron de hombres armados con escopetas unos, otros con hoces, muchos con palos solamente. El monte santo se estremeció al ruido de la fusilería, al son de las campanas tocando á rebato, y al rudo y salvaje sonido del cuerno de los montañeses, que equivalía á la corneta ó al clarín de la tropa francesa.

Los bravos y leales defensores del monte, que á cada paso parecían multiplicarse, como si la ruda voz de la campana y ronco sonido del cuerno les hiciera brotar de entre aquellos almenados riscos, acompañaron en su retirada al francés hasta el sitio llamado Casa Massana, donde fué recibido con nuevo fuego de los somatenes que sostenían aquel punto.

El resultado de esta acción fué el de hacerles abandonar todas las provisiones de boca que en gran cantidad se habían llevado del monasterio, y causarles gran número de bajas entre muertos y heridos.

Dos días antes de esta gloriosa acción, había sido enterrado en el monasterio el Padre Pastrana, monje del mismo, que lleno de patriótico celo había bajado al Bruch á animar á los migueletes y somatenes, habiendo caído en poder de los franceses, que le cosieron á bayonetazos, dejándole cadáver en la carretera. El Padre Pastrana fué empero heróicamente vengado por los somatenes el día 11, según se ha visto.

Después de esta victoria, los generales y autoridades españolas creyeron que Montserrat, por su singular posición, su aislamiento y lo escarpado de sus pocas veredas, podía ser un punto militar inexpugnable. En este plan entraba el convertir el monasterio con todas sus dependencias en depósito ó almacén de víveres, municiones, vestuario, etc., sirviendo de cuartel general á la Junta superior de la provincia y de local seguro para las oficinas civiles y militares en campaña.

Al efecto, todo se dispuso para convertir á Montserrat en una verdadera fortaleza. Estableciéronse reductos, se hicieron grandes cortaduras en los caminos, la capilla de San Miguel fué derribada y sustituída por parapetos, se formaron baterías en las cumbres, púsose guarnición de tropas, colocáronse en el edificio los almacenes y oficinas, y ya de este modo sólo se llegaba á la catedral de las montañas, convertida en una verdadera ciudadela, por caminos llenos de escombros, troncos de árboles y zanjas y erizados de peligros.

En el monasterio se situaron las oficinas, redacción é imprenta del *Diario Oficial*, eligióle como punto de su residencia la Junta del Principado, y fué nombrado gobernador de aquella plaza el valiente guerrillero, que fué después el general Manso, conde del Llobregat y vizconde de Montserrat, quizá este último título en memoria de aquel cargo.

A pesar de todo esto, esperaban á Montserrat días de luto y desolación.

En Junio de 1811 cayó en poder de los franceses la ciudad de Tarragona, después de heróica y desesperada resistencia. Al regresar de esta expedición el mariscal Suchet, y al llegar á las inmediaciones de Martorell, decidió subir á derribar las fortificaciones de Montserrat, aniquilando los últimos restos de las tropas y autoridades españolas, que entonces se retiraban abati-

das ante el empuje triunfante que rehizo momentáneamente á los franceses.

El 25 de Julio de 1811 varias columnas francesas, al mando del citado mariscal Suchet, desplegándose en batalla, subieron á asaltar el monasterio fortificado de Montserrat, sólo defendido á la sazón por trescientos hombres que en vano, y con heroismo, trataron de resistir. Los vocales de la Junta pudieron fugarse, lo propio que muchos monjes y varios jefes. Conocedores de la montaña, escaparon por el lado de Monistrol y Casa Tobella, dejándolo todo en poder de los enemigos, los cuales se posesionaron del monasterio y tuvieron en él guarnición hasta el 11 de Octubre. En este periodo destruyeron todos los fuertes por los nuestros levantados, arrasaron las ermitas y se apoderaron de muchos efectos y del tesoro que en su precipitada fuga había abandonado la Junta. El 11 de Octubre recibieron los franceses la orden de abandonar el monasterio, y así lo hicieron, causando en él algún daño, aunque no tal que no pudiese ser fácilmente reparado.

Se trató de volver á fortificar el edificio por parte de los españoles, emprendiendo esta obra el coronel inglés Eduardo Green, y estaban terminándose los trabajos de reparación, cuando al efecto de impedirlos salió de Barcelona una fuerte división francesa al mando del general Matieu, llegando á Montserrat el 28 de Julio de 1812.

Hubo Green de retirarse con su tropa á la ermita de San Dimas transformada en reducto, pero Matieu mandó subir un cañón á una altura desde la cual se dominaba el sitio donde se refugiaron los nuestros. Vióse obligado Green á entregarse prisionero; pero muchos españoles, antes que rendirse, prefirieron descolgarse por los terribles despeñaderos que existen sobre el camino llamado de los *Degutalls*, efectuándolo con inmenso peligro de su vida.

Dueños los enemigos de la montaña, colocaron varias baterías, y entre ellas una formidable en el camino de Collbató sobre una pequeña explanada, para dominar la llanura que se extiende hasta Esparraguera. Bajo esta explanada se abren profundos despeñaderos. Los franceses se creían allí segurísimos, y en efecto, su posición era, ó parecía al menos, inexpugnable. Sin embargo, algunos patriotas de Collbató, tan valientes como temerarios, decidieron apoderarse un día de aquel punto.

Era un puñado de hombres. Favorecidos por la obscuridad de la noche y conocedores de los senderos del monte, treparon hasta la esplanada, sorprendieron á los desprevenidos defensores de la batería, los pasaron á cuchillo junto con su capitán, destruyeron la fortificación y arrojaron los nueve cañones del reducto á los abismos que allí abren sus profundas bocas.

Aún están allí, en el fondo, los cañones, pues si bien años más tarde el general Carlos de España mandó emprender trabajos para extraerlos y subirlos, todo fué inútil y tuvo que abandonarse la empresa á causa de la profundidad de los abismos y de los peligros que ofrecen aquellas erizadas peñas.

El sitio en que tuvo lugar este hecho notable ha conservado el nombre de *la batería,* y los guías lo muestran á los viajeros que acompañan á Montserrat.

Poco permanecieron los franceses en el monasterio; pero antes de abandonarlo decidieron destruirlo, aplicando por todas partes barriles de pólvora, é inutilizándolo todo, y no contentos aún con esto, lo volaron con tanto estrépito, que se oyó hasta á seis leguas de distancia.

Montserrat quedó convertido en un montón de ruinas.

Volada quedó la obra nueva con su magnífica escalera, abiertos y destrozados los panteones de rico mármol que había al entrar en el segundo claustro, y es-

parcidos los restos que en ellos se guardaban; rotas y mutiladas las doce preciosas estatuas de mármol, que representando los apóstoles, estaban colocadas en el frontispicio de la iglesia.

Todo acabó de desaparecer con el saqueo. A más de los tesoros, fué robada ó desapareció una famosa colección en que se hallaban recogidas las más raras bellezas en plantas é insectos que, á fuerza de trabajo y años, un monje llamado Padre Atmeller había buscado por la montaña y disecado. Perecieron también la rica biblioteca del convento, su magnífico y bien ordenado archivo, donde se guardaban papeles importantes y documentos curiosos, y su biblioteca de música que, según el maestro D. Baltasar Saldoni, era quizá la más rica, numerosa, variada y antigua de Europa, porque no sólo encerraba todo lo que habían escrito los más notables maestros que hubo desde la fundación en la Escolanía, sino también otras obras de gran mérito de los mejores compositores españoles y extranjeros, como igualmente muchas de la capilla Sixtina, en razón de que, por gracia de los Sumos Pontífices, tenían licencia los maestros de Montserrat para sacar copias.

Relacionado con las ruinas del monasterio, hay tradición de un suceso que paso á referir.

Parece ser que un general francés, ó á lo menos un oficial de superior graduación, cuyo nombre me ha sido imposible averiguar, se irritó mucho al saber aquella profanación, y sobre todo la ruina, causada por los suyos, del monumento de las montañas. Hubo de ser tan viva su cólera, que parece dió una ruda y severa reprimenda al jefe de división que había llevado á cabo la destrucción y saqueo de Montserrat. Resistióse dicho jefe, y contestó con palabras duras á las frases del general que le echaba en cara su barbarie. Este altercado produjo un duelo que tuvo lugar cerca de Martorell, siendo mortal-

mente herido por el general en jefe el destructor del santuario. Fué el herido transportado á una casa vecina llamada el molino de Gomis, junto á Martorell, y allí murió á las pocas horas de haber tenido lugar el desafío.

Dícese, aunque yo no supe verlo nunca, que todavía en este molino existen en cierto sitio manchas de sangre que recuerdan aquel duelo.

Un anciano de Esparraguera, á quien pedí un día noticias de este hecho,—que me contó el primero mi particular amigo el que hoy es presidente ó abad de Montserrat, Padre Miguel Muntadas,—me dijo haber oído hablar en efecto, allá en sus mocedades, de este desafío, y me añadió que tenía un recuerdo confuso como de que el vencedor en el duelo había sido el mariscal Suchet.

XXX.

EN EL DÍA.

¡Pobre Montserrat! ¡Ahí estás, gigante de los siglos; ahí duermes envuelto en tus harapos de gloria, ahí descansas sobre tu lecho de peñas y á la sombra del laurel de tus inmortales recuerdos!

¿Qué se hizo tu tesoro, Montserrat? [1] ¿dónde han ido esos reyes peregrinos que subían uno tras otro tu montaña? ¿dónde esas ilustres damas que descalzas llegaban á los umbrales de tu templo? ¿qué ha sido de esas caravanas de romeros que iban á pedirte hospitalario asilo?

1 Difícil sería enumerar exactamente todas las joyas y demás piezas de valor que contenía el tesoro de la sacristía, pues con la devoción fué siempre creciendo la munificencia de los reyes y poderosos, no sólo nacionales si que también extranjeros. De muchas joyas hemos hablado ya; bastará, pues, ahora indicar lo que dicen Argaiz y Serra del viril y principales coronas de la Virgen y de Jesús. El viril, que era de oro, llevaba 1.106 diamantes, más de 100 perlas preciosas, 107 ópalos, 3 grandes zafiros, algunas ricas turquesas y en lo alto una pluma de 15 ópalos, estimada en 4.000 pesos, regalo de un príncipe. La Virgen tenía cuatro ricas coronas; una de ellas estaba valuada en 50.000 ducados y contenía 1.124 diamantes, 1.800 perlas, 38 esmeraldas, 21 zafiros y 5 rubíes, rematando en un navío de oro de que ya hemos hablado, de valor 18.000 pesos. Un monje flamenco la trabajó en el mismo monasterio con varias piezas y joyas del tesoro y estuvo 27 años para concluirla. De las tres coronas de Jesús, era la más notable una de oro, tachonada con 238 diamantes, 130 perlas de gran valor y algunos rubíes y esmeraldas, valuada en 18.000 ducados.—(*Nota de la primera edición.*)

Allí no busquéis ya nada, nada más que recuerdos [1].

Un ilustre y malogrado poeta, honra de su patria, que poco antes de su temprana muerte había visitado la montaña, nos ha dejado en una de sus obras un recuerdo de Montserrat.

Al hablar de las ermitas se entrega á una meditación á que indudablemente no podría entregarme yo después de haber leído la suya.

La copio, pues, aun cuando haya de salir perjudicada mi pobre prosa con introducir en ella la prosa galana y castiza de *Piferrer*.

«Una naturaleza horrible, dice, arredraba á nuestros antepasados que subían á las ermitas por las varias y peligrosas escaleras que á ellas conducen; ora como colgados en el aire miraban con pavor los derrumbaderos que de pico en pico se prolongan hasta el abismo del río; ora masas pardas é inmensas amenazaban sus cabezas, y ora al doblar la punta de una roca tendíase á su vista un vasto panorama, en cuyo fondo asomaban tal vez cumbres nevadas. El viento traíales en sus olas caprichosas las armonías del órgano y del canto, cuyos sones profundos y lejanos cobran algo de fantástico y temeroso al quebrarse en aquellos colosos fríos de roca; bien como los últimos ruidos del mundo que dejan atrás, ó por mejor decir, como los acentos intermedios entre el mundo y el cielo á que caminaban. Altas, muy altas aparecían las ermitas; todas en la cima de los peñones, todas aisladas en los aires, como puntos de esperanza; y la senda, como senda de esperanza, ¡ay! ¡cuál difícil y trabajosa!....

»Así al pisar el umbral del ermitaño de Montserrat, nuestros antepasados miraban con admiración la santi-

1 Hoy ya no es así. Las cosas han variado mucho desde que el autor escribía estas páginas en 1850.—(*Nota de* 1880.)

dad, beatitud y dulcedumbre que por entre las huellas de las vigilias y ayunos, aquellos rostros respiraban. Orar y trabajar, esta era su vida, bien como en el Oriente hundiéronse un tiempo á meditar en los desiertos los Antonios, los Pablos, los Jerónimos, figuras portentosas que asoman y llenan las soledades del Egipto, de la Palestina y de la Tebaida: si aves cuidaban del alimento de aquellos primeros solitarios, si las fieras les hacían mansa compañía y les cavaban la sepultura, los pajarillos obedecían la voz de los ermitaños de Montserrat, y como si un instinto sobrenatural les revelase la sencillez é inocencia de aquellos hombres inofensivos, bajaban cariñosos á partir amigablemente la comida que ellos llevaban á la boca, de donde con mucho amor se la tomaban. Las primeras lumbreras de la Iglesia estudiaron al Señor en el claro y sublime libro de la naturaleza, que á sus ojos estaba abierto; y qué ideas de Dios, de la inmensidad, de la vida eterna debieron tener los solitarios de Montserrat. ¡Cómo no pensar en Dios cuando les rodeaban sus maravillas! ¿Cómo no abismarse en la inmensidad de Dios, cuando sobre sus cabezas encorvábase inmensa é infinitamente la bóveda de los cielos, cuando contemplaban el curso ordenado de los astros, tan pequeños para aquella grandeza como una avecilla para la atmósfera?»

He aquí cómo se expresa Piferrer.

No se vaya ahora á buscar ninguno de esos anacoretas. Las huellas de sus pasos se han perdido en la montaña, como se han perdido los trillados caminos que á sus moradas conducían.

El mismo monasterio está solo, abandonado casi; los pasos de nueve religiosos resuenan únicamente en los claustros; nueve hombres que han querido ir á morir en la montaña, que voluntariamente se han presentado á ser guardas de la Virgen querida de los catalanes,

que han vuelto á su antigua morada para ser centinelas de sus escombros.

Pláceme poner aquí los nombres de esos dignos varones. A ellos se debe el que Montserrat no sea ya un montón de ruinas.

El R. P. abad D. José Blanch; los sacerdotes D. Jacinto Boada, D. Ramiro Torrens, D. Benito Percebal, D. Luis Cerveró, D. Miguel Muntadas, D. Lorenzo Balber, D. Rafael Paul, D. Félix Blanch [1].

Estos con dos legos, D. José Campderros y D. Benito Costa, y con tres niños *escolanes,* son los únicos habitantes en el día del suntuoso y opulento templo catalán.

Antiguamente tenía Montserrat escuela de música, cuyos alumnos, que eran monacillos, cantaban los loores de la Virgen, particularmente en los oficios matinales. Varones ilustres han pertenecido á esta *célebre escolanía.* Citaré algunos:

D. Juan de Cardoná, ayo de Felipe II, y virrey de Navarra, que fué sepultado en Montserrat; D. Francisco de Moncada, conde de Osuna, el que escribió la historia *Catalanes aragoneses contra turcos y griegos;* D. Miguel de Moncada; D. Alfonso de Eril, virrey de Cerdeña; D. José de Pinós y Cardona, etc., etc.

Y más recientemente han estudiado allí los primeros rudimentos del arte, famosos instrumentistas, contrapuntistas y maestros, entre los cuales acierto á recordar al eminente guitarrista D. Fernando Sor, el grande autor de fantasías y barcarolas, como decía Piferrer, el ri-

1 Tales eran los que formaban la comunidad del monasterio cuando el autor escribió esta obra y vió la luz pública su primera edición. Ahora la muerte ha arrebatado á algunos de ellos, entre otros al P. Blanch, respetable anciano cuya pérdida será siempre llorada por los que fueron en vida sus dignos compañeros.—(*Nota de la segunda edición.*)

val de Bellini en cantos populares y característicos y en armonías sentimentales, nuevas y profundas; el inmortal compositor y maestro Gomis; el reverendo D. Benito Brell, monje del mismo monasterio, que llegó á ser maestro de la escolanía por espacio de muchos años; el Padre Galí y Ramoneda, organista del Escorial; D. Pablo Marsal, organista de Palencia y gran violoncello; el P. Soler, maestro de las Sermas. Infantas; el P. Ramón Marsal, reputado músico; D. José Puig, primer fagote que fué del teatro de Santa Cruz de esta ciudad y músico mayor de artillería; D. Alejo Comas, profesor de oboe de gran reputación; D. Felipe y D. Ignacio Cascante, primer fagote el uno y primer flauta el otro que fueron durante muchos años del teatro de Santa Cruz, siendo en el día el expresado D. Ignacio uno de los músicos mayores más reputados en España; D. Baltasar Saldoni, maestro compositor; D. Francisco Sala, actual primer contra-bajo de Santa Cruz, y otros no menos distinguidos cuyos nombres la brevedad hace escapar á la memoria.

Después de haber escrito la crónica de Montserrat, después de haber pasado en revista toda su historia, después de haber hablado de sus recuerdos religiosos, de sus recuerdos de vida, ¿no es verdad, amigo mío, aquel á quien van dedicadas estas páginas, no es verdad que es triste su presente?

Triste y desconsolador es; triste y desconsolador para el peregrino, para el cristiano, para el poeta, para el catalán.

Montserrat necesitaría un soplo que le animara, necesitaría oir una voz que, como un día la del Señor á Lázaro, le dijera: *¡Levántate!*

Y esta voz..... esta voz existe.....

XXXI Y ÚLTIMO.

Á LA CONDESA DE BARCELONA.

Cuando ruge la tempestad, señora; cuando crugen á su hálito de muerte las seculares encinas de nuestros viejos bosques; cuando desatada la borrasca empuja los aludes de la montaña, y, rotos en mil copos de nieve, los lanza al espacio como un vuelo de espantadas palomas; cuando el viento se introduce en las profundidades de las selvas y arranca sones plañideros de las harpas que nuestros abuelos trovadores dejaron colgadas de los sauces; cuando, en fin, montes y valles, tierra y cielo, todo despierta sobresaltado ante la tempestad que es el eco de la voz de Dios en cólera, entonces, señora.....

Entonces hay en nuestra vieja Cataluña un monte que se estremece, un monumento que tiembla, un gigante que se concorva bajo el peso de sus siglos, y al que cada soplo de una nueva tempestad parece destinado á hacer rodar al abismo, compañero de las rocas que cada vez arranca y despeña el indómito huracán.

Es Montserrat, señora.

Es el monte de las crónicas y baladas, el monte de la religión y la gloria, es la Jerusalén catalana.

Es el monte que lanzó un gritó de dolor y rasgó sus entrañas cuando exhaló el Hombre-Dios su postrer suspiro en el Gólgota.

Allí duermen envueltos en sus mortajas de piedra ó

en sudarios de recuerdos, los restos de las razas de héroes desaparecidas bajo la polvareda levantada por los campos de batalla de los siglos.

De allí brotan las tradiciones ricas, puras, frescas, como brotan las ramas del árbol misterioso de la Eneida; á cada una que se arranca, otra más tierna aparece.

Allí nacen en tropel, al borde de abismos que abren hambrienta su boca, gigantes peñas de pelados cráneos; ya son bosquejos de ciclópeas catedrales, ya templos de afiligranadas columnas; ya son torres de caprichosa espiral, ya feudales castillos de románticos muros y góticas almenas; ya son grupos fantásticos, crestas multiformes, monstruos desconocidos, ya fábricas portentosas de esbeltas agujas y de labor delicada.

Y todo múltiple, todo inconcebible, todo caprichoso, todo fantástico.

Diríase una caravana de fantasmas de luengas vestiduras, petrificados al ir á sus misteriosos conciliábulos.....

Diríase un caos que espera la palabra fecunda y regeneradora del criador.

Allí en otro tiempo, señora, acudían romeros de todos los paises del mundo; allí iba con su dorada lira el bardo germano de ojos azules y guedeja rubia; allí la dama castellana con su halcón en el puño y su servidumbre de donceles; allí el descendiente de Bayardo con su enmallada cota y su espada cristiana; allí la matrona de las selvas escocesas oculta en su honesta toca y envuelta en el *plaid* montañés; allí el meditabundo isleño de la nación de las nieblas; allí la agraciada doncella de negra cabellera perfumada por las brisas de Sorrento.

Cuando llegaban los devotos romeros, las doncellas del país, aquellas á quienes sus madres habían, ya desde su cuna, enseñado á cantar los loores de la Virgen, engalanaban sus puertas y se asomaban risueñas á la ventana.

La devota procesión pasaba entera ante sus ojos. Los peregrinos con el bordón en la mano, caminaban lentamente tras las pintadas cruces y la bandera coronada con flores que ondeaban por encima de los matorrales.

Estas eran las caravanas que deslizándose por las orillas de los precipicios, trepando por las escaleras de las peñas, hundiéndose en la garganta de la montaña, llegaban por fin bajo la arcada bizantina, donde enjugaban el sudor de su rostro y sacudían el polvo de sus sandalias, entrando después á orar y á doblar la rodilla allí donde habían orado y doblado la suya, señora, todos esos ilustres monarcas que os han precedido en el solio de Aragón y Cataluña.

Y después de la plegaria, después de la oración, los peregrinos se extasiaban á la vista de las innumerables lámparas de plata que olorosas ardían en la morada de la Virgen, y sus ojos se apartaban deslumbrados de las coronas de oro en que irradiaban millares de diamantes y esmeraldas.

Al otro día tocábale el turno á las ermitas. Los peregrinos recorrían las diversas viviendas donde moraban en paz hombres de corazón sencillo y santo.

¡Cuánta serenidad allí! ¡cuánto sosiego!

Los sueños de la ambición no encontraban alas para subir á la pobre morada de aquellos religiosos anacoretas; el eco de las pasiones no llegaba á sus oídos más que como el lejano murmullo de las aguas del Llobregat que se estrellaban al pie de sus peñas.

¡Dignos y santos varones! ¡Eternamente midiendo con sus pasos el mismo sitio, rozando toda la vida con sus sandalias la piedra que debía servir de lápida á su tumba! Unos laceraban su cuerpo con la mortificación y la disciplina, ostentando siempre ceñidas las sienes con la corona de espinas que á imitación de Dios ponían en su frente.

Otros siempre inclinados sobre el libro santo, á cada instante esperando ver rasgarse el techo de su retiro al ronco y repentino son de las terribles trompetas.

Todos viendo cien veces la tempestad á sus pies y, libres y gozosos como el pájaro, cantando himnos de alabanza al Señor, de rodillas sobre las nubes que llevaban en su seno el rayo y la tempestad.

Los romeros bajaban de las ermitas y volvían al templo, y entonces parecían sonreirles los ángeles que, desde hace nueve siglos, centinelas pensativos en sus nichos de piedra, llenan una guardia que jamás termina.

He ahí, señora, lo que hacían y veían las caravanas de peregrinos que de todas partes del mundo iban á Montserrat.

He ahí, también, señora, lo que hicieron y vieron toda esa serie de reyes que, antes que vos, se sentaron en el trono condal de Barcelona.

A esa Tebaida catalana, señora, á esa metrópoli de las montañas han ido á orar con el bordón del peregrino en la mano casi todos vuestros antecesores; ante esa Virgen querida de los catalanes han doblado sus regias rodillas y rendido su vencedora espada todos los reyes héroes que nos ha dado vuestro trono.

He ahí por qué, señora, cuando vinísteis un día á visitar esta leal ciudad, así como á Napoleón cuarenta siglos le miraban al arrojar su ejército sobre la egipcia llanura de las pirámides, así, señora, las sombras de cuarenta generaciones de reyes asomaron tal vez invisibles en la montaña para saludaros á vuestro paso por junto á las peñas de Montserrat.

¡Y bien! De todo eso, señora, ya no queda apenas más que el recuerdo. Un montón de piedras indica el sitio donde estuvieron las ermitas, un montón de escombros obstruye la puerta del templo catalán.

¡Un día, convertido Montserrat en otro de tantos ba-

luartes de la independencia española, oyó silbar las balas por sus pacíficos claustros y vió sus viejas paredes acribilladas por el mortífero plomo; un día la mano atrevida de un extranjero acercó la tea incendiaria al secular monumento, y un penacho de llamas coronó su cúpula; un día, día de horror y de luto, de sangre y exterminio, hordas extrañas cayeron sobre el monasterio como una turba de milanos, y el templo fué saqueado, y turbada la paz de los sepulcros, y revueltas,—¡impíos y profanos!—las cenizas ilustres de los héroes en busca de tesoros.

Los muros del santuario no cayeron sobre los réprobos; las peñas gigantescas que allí brotan en todas partes no temblaron horrorizadas, ni despeñadas se desplomaron sobre aquellas salvajes cohortes; pero la justicia de Dios, señora, y el anatema de los siglos penden como una doble maldición sobre la frente de los sacrílegos.

Desde entonces, Montserrat ha quedado solo, aislado, entregado á sus propios recursos, guardado por nueve pobres solitarios que no han retrocedido—¡píos varones!—ante todo el valor que se necesitaba para amortajarse vivos en una sepultura de escombros.

Todavía, pues, gracias á los que se han ofrecido para el sacrificio; todavía, pues, al caer de la tarde, á la hora del crepúsculo, cuando aún la luna no ha inundado con su vapor de plata aquella inmensa ciudad de riscos, todavía el viajero puede llegar al umbral de Montserrat, seguro de que saldrán á su encuentro para sonreirle y saludarle, como dulces y juguetonas imágenes de una felicidad pasada, las armónicas notas del órgano que acompañan al cielo las preces vespertinas de los nueve solitarios.

Todavía, pues, ante los altares de la Virgen, en el templo venerado de nuestros padres, todavía la oración sube al cielo constante, incansable, continua, como una

cadena de incienso, como una escala divina que une al cielo con la tierra.

Pero, ¡ay, señora! la tempestad ruge muy á menudo en nuestras montañas, el viento silba muy frecuentemente en nuestros bosques, el huracán azota con mucha constancia nuestras peñas, y Montserrat se va, se va como se van los recuerdos de nuestra buena edad antigua; Montserrat cae como cae un día herida por el rayo la encina corpulenta y centenaria; Montserrat se desmorona piedra á piedra, recuerdo á recuerdo, crónica á crónica.

Un día, señora, los catalanes despertaremos, y se nos dirá:—¡Montserrat ya no existe!—ó lo que es peor aún: —¡Una mano extranjera se ha encargado de reparar á Montserrat!

Todo podría ser. ¿No ha extendido la república francesa una mano protectora sobre el gran San Bernardo, ese rival de Montserrat, al que, como nosotros con éste, su patria tenía criminalmente abandonado?

Y entonces, señora, los catalanes tendríamos que ocultar la ruborizada frente, y entonces nuestras miradas apenas se atreverían á clavarse en el santuario montañés, y entonces, desde que una protección extranjera le hubiese hecho con su contacto casi extraño para nosotros, entonces, ¡adiós gloria! ¡adiós poesía! ¡adiós monumentos de nuestros padres!

¡Señora, señora! Montserrat es la historia de Cataluña.

¡Señora, señora! ¿Queréis que Cataluña añada para con vos una deuda más á la del amor y de la gratitud? Proteged su historia.

Condesa de Barcelona, á nadie cumple mejor que á vos ser restauradora del edificio monumental que se eleva en el seno de nuestras viejas y leales montañas.

La religión, la patria, el arte os bendecirían.

La última condesa habría entonces terminado lo que el primer conde empezó.

UNA EXPEDICIÓN

Á LAS

CUEVAS DE MONTSERRAT.

I.

EL POR QUÉ DE NUESTRO VIAJE.

Cuando se me ocurrió la idea—hace precisamente año y medio,—de escribir la historia de Montserrat, lo primero de todo hice un viaje al célebre monasterio en busca de todos los datos y todos los detalles que pudieran servirme para el objeto.

Hablé detenidamente con algunos solitarios de la Tebaida catalana, inquirí, pregunté, indagué, y recuerdo que en una conversación con el P. Blanch, anciano de blanca cabellera y de rostro patriarcal, á quien últimamente la muerte ha abierto las puertas de la patria de los justos, expuse la idea de visitar las cuevas.

—¿Qué cuevas?—me preguntó.

—No sé,—le contesté;—unas cuevas de que se me ha hablado, no recuerdo precisamente por quién, como de una cosa maravillosa.

El venerable religioso hizo un gesto de incredulidad.

—Ignoro lo que me dice usted. Me es completamente desconocida la existencia de estas cuevas.

Yo entonces recurrí á mi memoria, hice algunos esfuerzos, recogí mis ideas esparcidas, y recordé algo más; recordé que se me habían indicado las cuevas como existentes en la montaña por la parte de Collbató.

—¡Ah!—me dijo el P. Blanch,—ya caigo; puede que le hayan hablado á usted de un agujero, de la boca de

una cueva que se halla al S. O. de la montaña encima del pueblo de Collbató. En efecto, tengo ahora presente, pero no es más que una vaga idea, haber oído contar que á principios de este siglo ó á fines del anterior, penetró allí un magistrado de Barcelona con un guía, los cuales permanecieron algunas horas dentro, saliendo al parecer asombrados de su grandiosidad. Empero, puede suceder muy bien que esto no sea más que una fábula.

El octogenario religioso no pudo decirme nada más.

Aquella idea de la existencia de unas cuevas maravillosas en la montaña, ya no se apartó más de mi mente. Hablé de ello á varios, entre otros á los guías que me acompañaron á recorrer las ermitas y que parecían conocer todos los rincones del monte, pero nadie supo darme razón. Hasta hubo alguno que se rió en mis propias barbas.

Sin embargo, no desistí en mis averiguaciones. Cuantos más obstáculos hallaba, más empeño tenía. Todo fué en vano. Hube de contentarme con saber que no podía saber nada.

A mi regreso del monasterio me detuve en el establecimiento de baños de la Puda. Allí entablé amistosas relaciones con el digno médico director de aquellas aguas termales, D. Manuel Arnús, médico también del monasterio y grande entusiasta de Montserrat. Habléle de mi idea favorita entonces: de las cuevas. Por fin hallé uno que sabía de qué le hablaba.

Arnús me aseguró no sólo la existencia de las cuevas, no sólo lo que se decía de su grandeza y maravilla, sino que hasta me dijo haber tenido un día proyectada una expedición para explorarlas con el barón de Abella y el cronista catalán D. Pablo Piferrer. Desgraciadamente la expedición no pudo tener efecto: cuando llegó la época fijada de común acuerdo entre los tres para el viaje,

el barón Abella, aquel digno patriota, había sido fusilado por las hordas de Cabrera; Piferrer, el escritor ilustre, había perecido víctima de la terrible enfermedad que por una prolongada agonía le arrastró al sepulcro; y él, Arnús, estaba luchando con la muerte en brazos de otra enfermedad que quiso Dios saliese vencida en la lucha.

—Y bien, amigo mío,—le dije yo,—¿el fatal desenlace que ha tenido este proyecto de expedición, le arredra á usted para de nuevo proyectarla?

—De ningún modo.

—Pues entonces yo le invito á usted para más adelante, para cuando nos sea posible recoger ese legado que parecen habernos dejado Piferrer y el barón de Abella. Nosotros dos haremos lo que ustedes tres hubieran hecho.

Confieso humildemente que después de esta conversación ya no me volví á acordar de las cuevas.

Pero ¡ay! no es extraño. Nosotros los pobres labradores de este campo de la literatura, cuyos surcos regamos constantemente con las gotas de sudor de nuestro espíritu; nosotros los pobres Prometeos cuyas entrañas implacablemente nos devora el buitre de la prensa; nosotros, en fin, los que vivimos en esa atmósfera de plomo sucumbiendo como simples jornaleros bajo el peso de nuestra cotidiana tarea, nosotros apenas podemos acariciar jamás la realidad de un poético ensueño.

Quiere decir esto que mi proyecto murió ahogado entre las luchas, entre los combates continuos y diarios á que nos vemos los escritores constantemente impelidos y en los cuales felices si, como Francisco I el honor en la jornada de Pavía, nosotros á lo menos podemos salvar nuestra conciencia.

Ahora bien; el velo del olvido de un año y medio flotaba sobre mi proyecto de expedición, cuando hará cosa

de quince ó veinte días, ví entrar á Arnús en mi gabinete de estudio acompañado de un común amigo nuestro, recién llegado de un viaje á Londres.

—¿Recuerda usted,—me dijo,—lo que hablamos cierto día sobre cierta expedición á la montaña de Montserrat?

—Sí,—le contesté.

É iba á disculparme por el largo descuido en que había tenido el proyecto, cuando sin dar tiempo para añadir más palabra,

—Pues bien,—prosiguió,—hágame usted el gusto de prestar atento oído á lo que el señor va á referir á usted.

Nuestro común amigo tomó entonces la palabra y me refirió una cosa inaudita. Hela ahí en resumen:

Hallábase un día en Londres, y en una fonda donde vivía entró en relaciones con un inglés, hombre de profundos conocimientos en ciencias, y en geología sobre todo. Al saber el inglés que el sujeto con quien hablaba era catalán, le dijo:

—¡Oh! algún día iré á veros á vuestro país. Tengo vivos deseos de visitar Cataluña, y de subir sobre todo á Montserrat.

—¡Hola!—exclamó nuestro amigo,—¿también es por aquí conocido nuestro Montserrat?

—No sólo es conocido, sino que es aquí famoso. Sobre todo por sus cuevas, sus célebres cuevas de estalactitas.

—¡Sus cuevas de estalactitas!—dijo nuestro amigo mirando con sorpresa al inglés.—Montserrat no tiene semejantes cuevas.

—¡Vaya si las tiene! ¡y magníficas! ¡y espléndidas!

—Amigo mío, tenéis una idea equivocada. En Montserrat no hay nada de lo que decís.

—¿Cómo que no hay nada? ¡Si lo sabré yo!

—¡Si lo sabremos nosotros! digo yo. Hombre, pues

estaría bueno que los ingleses supiesen de Montserrat lo que los catalanes ignoramos.

El inglés se puso serio como todo inglés á quien se contradice.

—Venid conmigo,—dijo de pronto.

—¿Dónde?

—Venid conmigo, os digo. Dadme ese gusto.

Nuestro amigo le siguió. Salieron á la calle y entraron en una estampería. El inglés hizo revolver al dueño de la tienda una infinidad de cartones donde tenía infinidad de láminas, hasta que por fin halló lo que buscaba.

—Hacedme el gusto de mirar esto,—dijo el inglés á nuestro amigo alargándole una lámina con aire de triunfo.

Nuestro amigo se quedó estupefacto.

El grabado representaba el interior de una cueva. Imponentes masas de peñascos se destacaban á un lado de entre las sombras en que estaban envueltas, mientras que al otro lado, iluminadas por las antorchas que dos ó tres personajes llevaban en la mano, se veían ingeniosas columnas de estalactitas, preciosas y admirables pirámides de estalacmitas, caprichos los más raros y originales, en tanto que allá en el fondo un hombre trepando por una cuerda de nudos parecía pronto á alcanzar un agujero que abría su ancha boca llena de obscuridad y de tinieblas. El grabado, que llevaba la fecha del siglo pasado, tenía al pie este letrero escrito en inglés: *Cueva de estalactitas en Montserrat (Cataluña).*

Tal fué lo que nuestro amigo contó á Arnús; tal lo que, á instancia de éste, me contó también á mí, poniendo en mis manos la lámina misma con que el inglés le había echado en cara su ignorancia.

Esta relación me admiró. A Arnús había hecho más que admirarle, le había dado cólera, le había dado ra-

bia. Es que Arnús es muy español, y muy catalán sobre todo.

—¿Qué piensa usted de esto?—le dije en cuanto el amigo hubo concluído.

—Pienso—me contestó,—que es una vergüenza para nosotros los catalanes que vivimos al pie de Montserrat, que unos extranjeros sepan lo que nosotros no sabemos, y vean cada día reproducido en láminas lo que nosotros no hemos visto jamás teniéndolo en realidad.

—Lo mismo pienso,—dije yo entonces;—pero también digo que á toda costa hemos de emprender ahora la proyectada expedición, y le juro á usted que como haya en las cuevas un peligro sólo ante el cual se hayan detenido los ingleses, nosotros los catalanes hemos de ir más allá de este peligro, volviendo por nuestra honra.

Desde aquel momento la expedición quedó fijada. Quedamos cada uno con el encargo de invitar á varios de nuestros amigos.

Durante los días que precedieron al señalado para la partida, se lo dije á algunos explicándoles el objeto de la expedición, y no ocultándoles el riesgo que podíamos correr, tratándose como se trataba de descubrir, si era posible, más de lo que los ingleses habían descubierto; tratándose, en una palabra, de vencerlo todo y de arrostrar cualquier peligro para dejar con honra el pabellón nacional.

Cuando todos estuvimos acordes, la comitiva se dividió en dos fracciones. La primera partió la mañana del último miércoles 3 de Marzo. Debía esperar á la segunda en Collbató.

Los que formaban la segunda eran siete, y debían partir en la madrugada del jueves 4.

Otro capítulo nos dirá quién eran esos siete y cómo efectuaron el viaje.

9 de Marzo de 1852.

II.

NOSOTROS SIETE.

Daban las dos de la madrugada del jueves, hora en que no recorren las calles de Barcelona más que los serenos, los galanes y las aves nocturnas, cuando siete tan alegres camaradas como buenos compañeros, unidos unos á otros por el lazo fraternal de una amistad de muchos años, acabábamos de llegar á la verja que cierra el patio del ex-convento de Agustinos.

Es aquel el sitio de donde parten los pesados vehículos que mediante una módica cantidad conducen á cualquier viajero hasta Esparraguera, la villa cuyo nombre se deriva de *ab espárrago*, la villa tan desgraciada por la desaparición de su antigua y florida industria, como célebre en los fastos de la memorable guerra de la Independencia por la activa parte que tomó cuando la famosa retirada del ejército francés acantonado en las gargantas del Bruch.

Los siete, despues de una velada transcurrida lo más alegremente del mundo, y que estoy seguro nadie olvidará en mucho tiempo, esperábamos el momento de subir al coche.

Allí estaba J. de H., el indolente poeta, tiritando de frío bajo los tres gabanes y el doble tapabocas en que se había envuelto; allí T., ese joven paisista al que su conciencia de pintor y su decidido amor al arte, reservan

un bello porvenir; allí M. de C., ese otro poeta de imaginación entusiasta, que como Garcilaso dejó un día la lira por la espada y que como Ercilla dejará un día la espada por la lira; allí I. de C., con su espartana serenidad y su gravedad filosófica; allí F. C., llevando en bandolera su neceser de viaje donde guardaba la brújula y los termómetros; allí en fin A. del R., nuestro activo é intrépido camarada, que por el momento cifraba toda su intrepidez y actividad en vigilar una cesta que en un rincón yacía.

Esta cesta figurará siempre dignamente en nuestros recuerdos de viaje.

Es que R. es hombre pensador y cauto. Había juiciosamente reflexionado que en un viaje el camino se pasa mejor teniendo á la mano algo con que distraer el estómago, y, como pura medida higiénica, el resultado de sus reflexiones le había inducido á escribir al Colmado para que le dispusiera un cesto con un frasco de Jerez y dos ó tres fruslerías con que entretener el diente.

El Colmado, que por lo visto es hombre que lo entiende y que sabe el gusto de un hombre de gusto, le mandó efectivamente el cesto, sólo que en vez de dos ó tres fruslerías iban doce ó quince, y en vez de un frasco varias botellas de Jerez.

Cuando vimos llegar á Alonso con un criado encorvado bajo el peso de la cesta, lanzamos todos un grito de horror. Fuertes recriminaciones se le hicieron, sobre todo por lo tocante al Jerez.

Escuchólas con un estoicismo admirable.

—Señores,—nos dijo,—¿no vamos á recorrer unas cuevas?

—Sí.

—Pues entonces, acaso bendigan ustedes lo que ahora desprecian.

Tenía razón. Los hechos se encargaron de convertir sus palabras en una profecía.

Perdónenme mis lectores si les identifico con mis compañeros de viaje; perdónenme mis compañeros de viaje si les pongo cara á cara con mis lectores. He debido hacerlo así. Nuestra expedición tiene un sello particular, y todos en ella han representado su papel. Acaso serían mis artículos una reseña del todo descarnada si no citase nombres. Cuando todo Barcelona se ha ocupado de nuestra expedición, cuando las gacetillas de todos los periódicos han dejado caer á pluma llena las palabras más galantes sobre nosotros, el silencio acerca de mis camaradas, sería pretender quitarles la gloria que á cada uno de derecho pertenece. Yo no estoy por esta preterición. Los hechos á más están encadenados á los personajes: ó tengo que callar ciertos hechos principales, ó tengo que citar los personajes con cuyo auxilio se cumplieron. No haciéndolo así, mi obra podría, no digo que no, ser un cuadro; pero siempre le faltaría el marco.

Hecha esta salvedad, sigamos adelante.

Hacía ya más de una hora que caminábamos á la luz de una hermosa luna, que inundaba el interior del coche con esa vaga y poética claridad que tanto agrada á los poetas y á los soñadores. T. el pintor contemplaba por una ventanita el cielo sembrado de estrellas bajo el cual se perfilaban, en hermoso y deslumbrador panorama, hermosos paisajes que pasaban rápidos como el rayo; Joaquín de H., hundido entre sus gabanes, refunfuñaba contra las ventanillas abiertas, contra los artistas en general y en particular contra los que contemplan paisajes en noches de frío y á la luz de la luna; Alonso, metido en un rincón, dejaba oir cierto movimiento de mandíbulas como si ya para él no estuviera virgen el contenido de la cesta; Máximo hablaba de pro-

poner, cuando fuera diputado, una ley contra los directores de carruaje que se empeñan en hacer caber seis hombres allí donde apenas caben cuatro; los demás callábamos y, en confianza, yo creo que dormíamos.

—Pido la palabra,—dijo de pronto Alonso cuando hacía ya más de una hora que nadie decía esta boca es mía.

—¡Señores, señores, pido la palabraaaá!—repitió gritando y dominando con su voz el ruido del coche.

Todos nos volvimos hacia él. Hasta Joaquín de H., como el caracol de su concha, sacó la cabeza de entre su tapabocas.

—¿Qué se le ofrecerá á ese hombre?—murmuró Máximo.

—Señores, repito que pido la palabra para una proposición incidental,—exclamó Alonso.

—Hombre, creo que nadie te la niega,—le dije yo.

—Pues señor, como el ejercicio, según los médicos, abre el apetito y hace ya dos horas que trotamos como unos desesperados, soy de parecer que para tener fuerzas y aliento de proseguir nuestro camino, destapemos una de las latas del Colmado, y en caso de merecerlo demos un voto de confianza á su ciencia culinaria.

La proposición se aprobó por unanimidad. En efecto, hacía dos horas que trotábamos como había dicho R. Con los coches de Esparraguera no se puede hacer otra cosa. Cada salto nos enviaba á dar de cabeza en el techo del carruaje para luego caer sobre asientos más duros que la piedra.

Alonso sacó un puñalito, un precioso dije que tiene por mango una Venus de Médicis, regalo que le hiciera allá en uno de sus viajes una hermosa veneciana, regalo que es toda una historia que puede que cuente algún día. Con el puñalito abrimos la lata, y nunca sardinas atomatadas, que era su contenido, han parecido más sa-

brosas á viajeros desmayados. Si de nosotros hubiese dependido, le dábamos un privilegio exclusivo al Colmado. Sólo Joaquín no tomó parte, por pereza de salir de entre sus gabanes.

Al llegar á Esparraguera, le arrancamos del coche y de su sueño apenas interrumpido. Había dormido sobre el duro asiento como pudiera hacerlo el mejor sibarita en un lecho de hojas de rosa.

A la puerta de la posada en que nos detuvimos, nos esperaba el ómnibus que nos habían enviado nuestros compañeros de la primera expedición.

Este ómnibus debía llevarnos á Collbató, donde estaban algunos religiosos del monasterio destinados á ser en aquella jornada nuestros compañeros, donde estaban también varios amigos que á su turno iré nombrando, y entre ellos Lorenzale, ese pintor famoso que ha sabido crearse una de las reputaciones más merecidas con el pincel, é Inglada, ese verdadero artista que ha encontrado el secreto de hacer maravillas con el lápiz.

—No perdamos tiempo, al coche,—dije yo abriendo la portezuela del ómnibus.

—Poco á poco,—exclamó Alonso,—tenemos que almorzar primero.

—¡Cómo almorzar! Pues si hace dos horas que estamos comiendo.

Y le señalé la cesta que había en efecto desmerecido por mitad en importancia.

—Esto ha sido para sobrellevar con ánimo el camino de Barcelona hasta aquí. Ahora es preciso tomar fuerzas para ir de Esparraguera á Collbató.

En vano les instamos Ignacio de C. y yo. Se nos pronunciaron. Todos se habían pasado al partido de Alonso.

—Pero ven acá,—me dijo éste.—¿No vamos á explorar unas cuevas?

—Sí.

—Pues déjanos primero explorar nuestros estómagos. Créeme, las cosas varían completamente de aspecto según la disposición particular del observador, y tal cosa puede ser admirable con el estómago repleto que es detestable con el estómago vacío.

Yo soy hombre que me dejo convencer por las buenas razones. Las de Alonso me parecieron un argumento *sine qua non*. Por lo demás Ignacio, que era el único que me apoyaba, había apostatado con toda su filosófica calma pasándose de repente al bando contrario, y yendo á reunirse con los demás que ya estaban sentados á la mesa.

—¿Nos abandonabas, ¡ingrato! en el momento del peligro?—me dijo Joaquín al verme entrar en el comedor del mesón.

El almuerzo, que Alonso había abandonado á la alta consideración de la posadera, advirtiéndola sólo que éramos personas de gusto y que por lo mismo se esmerase en la confección y sobre todo en la variedad, consistió en una sopa con huevos, huevos en tortilla, huevos fritos y huevos pasados por agua.

Nos mirábamos unos á otros.

—¡Con esto y con que las cuevas sean un simple agujero de lagartos,—dijo Máximo,—nos lucimos!

—Señores,—dijo Joaquín,—este almuerzo *suculento* me ha sentado bien y me ha dado fuerzas.....

—Para proseguir el camino,—dijo Federico levantándose y creyendo haber adivinado su pensamiento.

—Para irme á la cama,—prosiguió Joaquín.

—¡A la cama!

—Hombre, si no he dormido. Me parece, pues, que por mi parte sería lo mejor. Hace mucho frío para ir á la cueva, y luego si se tiene que andar mucho!....

—Si está á un paso de Collbató.

—Y bien, así me ahorro este paso que, por corto que

sea, si ha de hacerse á pie, siempre será un mal paso.

—La cueva es una cosa magnífica.

—Mi sueño será también magnífico.

—Hay mucho que ver.

—Me lo contaréis después, y me haré cargo de que lo he visto.

No podíamos disuadirle. Le cogimos y le metimos en el coche. Protestó contra la violencia, pero así que estuvo en el ómnibus se quedó por pereza de bajarse. Ya nos lo figurábamos.

Media hora después estábamos en Collbató.

En lugar de aguardarnos allí, nuestros amigos se habían ido á esperarnos en la boca de la cueva, donde tenían que esperar también á tres de los religiosos de Montserrat.

—¿No sería bueno tomar aquí un refrigerio?—me dijo Alonso en la puerta del mesón de Collbató.

—Vete á paseo.

—Es que.....

—El almuerzo para todos está arriba en la cueva, —dijo la posadera que había oído las palabras de mi amigo.

—¡Ah! esto es otra cosa.

Llenamos de Jerez unos frascos que nos ceñimos en bandolera, y emprendimos el camino que se nos señaló.

Estábamos apenas á un tiro de bala del pueblo, cuando vimos llegar á un hombre á todo correr. Venía en dirección contraria á nosotros, y al verme se me acercó.

—¿Qué se ofrece?

—Esta carta.

—Señores, algo ocurre,—dije yo.—Es letra de nuestros amigos y está escrita con lápiz.

Era en efecto de uno de los amigos que formaban parte de la primera expedición.

Todos me rodearon. Abrí la carta, que decía así:

«Escribo á V. desde la región de las aves, y en medio del mayor peligro. Créame V.; si en algo aprecian V. y sus compañeros su pellejo, no suban Vds., renuncien generosamente á explorar las cuevas. Dígole á V. que es un peligro inmenso el que se corre. A lo menos, en caso de decidirse á subir, abandonen Vds. las botas y provéanse de alpargatas.

Paso de las estacas á las 8 y minutos.»

—¡Hola! ¡hola!—dijo Máximo así que hube terminado la lectura;—esto ya varía de especie. ¿Con que hay peligro, y peligro de perder el pellejo? Pues señor, entonces me parece que no será la cosa tan excelente como dicen. Por de pronto, ya no lo es. Yo creía que estaban las cuevas á piso llano.

—¡Y que se podía ir en coche! ¿eh?—le dije.

—Al menos á caballo.

—¿Quién dijo miedo? ¡adelante!—exclamó Alonso.

—Poco á poco,—prosiguió Máximo.—Señores, la carta que acabamos de recibir, confieso que me hace efecto como á persona de juicio que soy. Por consiguiente, reclamo que tengamos un consejo.

—¡Vaya por el consejo!

Y nos pusimos en círculo, cuyo centro fué ocupado por el orador.

III.

EL PASO DE LAS ESTACAS.

—Pues como iba diciendo,—prosiguió Máximo,—yo soy hombre cuerdo si vosotros sois unos locos; yo tengo juicio si vosotros no lo tenéis; y por fin, yo estimo en algo mi cabeza, si vosotros no dáis un maravedí por la vuestra. No creáis por esto que yo me resista á subir; al contrario, seré el primero en caso de decidirse que pasemos adelante. Sólo me induce á hablaros así el deseo de que obremos con prudencia, no con temeridad, con cordura y no con precipitación, con serenidad y no con locura. Que cada uno dé su parecer. ¿Quién pide la palabra?

—Yo,—dijo Alonso,—y es sólo para decir que como el almuerzo está arriba, opino por ir adelante.

—Es verdad, se me había olvidado esta circunstancia de peso,—dijo Máximo.

—¡Adelante!—dijeron dos ó tres voces.

—Señores,—exclamé yo,—si hay peligro, los ingleses debieron también pasar por este peligro. ¡Adelante!

Todos entonces gritaron: ¡Adelante!

Creo, perdóneme Alonso, pero creo que fué mi observación más bien que la suya la que mereció la unanimidad de los votos.

Sin embargo, no faltó quien le preguntara al portador de la carta:

—¿Pero hay verdaderamente peligro?

—¡Quiá!—contestó el buen hombre con cierta risita que casi desmentía sus palabras. D. Manuel exagera. Si es un piso como el de la Rambla de Barcelona.

—Pues si es como la Rambla, ya hubiéramos podido ir en ómnibus.

Nos pusimos en marcha por un estrecho sendero, uno tras de otro. El guía iba delante.

Montserrat, la colosal montaña tan querida de los catalanes, se dibujaba vagamente á nuestra vista y parecía venir hacia nosotros. Los rayos del sol jugueteando con sus cimas atrevidas, rasgaban los velos de niebla con que la acariciadora mañana la había envuelto. Bien pronto el último cendal de la niebla se disolvió en el aire como un día la dama blanca de Avenel á los ojos del atónito Alberto, y ya entonces la peregrina montaña, con sus dentelladas sierras y sus caprichosos riscos, se perfiló, robusta y gigantesca, bajo la bóveda azul que no parecía sino un dosel tendido sobre su frente.

Yo no sé, pero creo que á todo viajero debe sucederle lo mismo, mayormente si es catalán. Cuando uno se acerca á Montserrat, á la montaña que ha visto impasible sucederse los siglos y estrellarse serena en su frente las tempestades; á la montaña de las misteriosas tradiciones, de las poéticas baladas, de las cristianas leyendas, siente uno en su interior una especie de indefinible emoción que le obliga á saludar con todo respeto al coloso que, un pie en el abismo, se alza erguido con toda la arrogancia de su salvaje y secular hermosura.

Es que en ninguna parte como al pie de Montserrat se piensa; es que en ninguna parte como en Montserrat se cree. Allí entre aquellas masas informes, entre aquellas cumbres piramidales, descansa la historia de los siglos; allí, entre el sudario que envuelve la historia de los siglos descansa, virgen y viva, la fe, la sagrada fe de nuestros padres.

Aquellas peñas son las que un día se rasgaron de dolor al exhalar el Mesías sobre la cruz el último profundo suspiro que debía hallar eco en todo el mundo; aquellas concavidades son las que han sentido retumbar en su seno las trompetas de guerra que llamaban á la lid contra los moros á las huestes de Wifredo; aquellos riscos son los que han visto pasar, uno tras otro, á toda una serie de reyes que iban á invocar piadosos el auxilio de la Virgen para sus empresas; los dormidos ecos de aquella montaña, en fin, son los que cada día despierta la voz de la campana que, unida con las voces de los solitarios, canta incesantemente alabanzas al Señor.

El rey, el héroe, el peregrino, el bardo han estado allí y allí han orado. Montserrat es el monte santo de nuestra vieja Cataluña. ¡Salud, salud á Montserrat!....

Hacía rato ya que íbamos subiendo, y en verdad que era una penosa cuesta. El camino se iba haciendo cada vez más difícil; había instantes en que apenas nos presentaba sitio para colocar el pie con alguna firmeza. De pronto la senda que seguíamos dió una brusca revuelta, y nos encontramos entre rocas agudas, entre peñas que nos mostraban sus erizadas calvas. Allí ningún sendero, ningún paso, ningún camino. Ante nosotros nada más que una muralla de peñas.

—¿Y ahora?—preguntamos al guía.

—Síganme ustedes haciendo lo que yo,—nos contestó.

Y empezó á trepar con increible ligereza por entre las peñas. Le imitamos, pero más pausadamente como se supondrá, y haciendo no pocas veces pies de las rodillas y las manos.

Así trepamos un buen rato hasta llegar á una especie de plataforma donde apenas cabíamos.

Allí nos detuvimos asombrados.

Un paisaje casi espantoso á fuerza de grandeza aca-

baba súbito de desplegarse á nuestros ojos, como una decoración de teatro se desarrolla ante el espectador al silbido de un apunte.

La eminencia en que nos hallábamos dominaba una vasta extensión.

Á nuestros pies se abría un precipicio horroroso que daba vértigo el mirarlo, en cuyo fondo, á continuación de rocas informes y de abismos que abrían su ancha boca, se extendía una llanura dilatada, llena de manchas, jaspeada como la piel de un gigantesco leopardo. Á nuestra derecha el mismo precipicio, sólo que allí, en lo profundo, se veían alzarse afiladas las puntas de un caos de rocas. Á nuestra izquierda, perpendicular sobre el abismo, se elevaba una de esas colosales murallas de peñas, lienzos inmensos de Montserrat, en cuya cima parecía imposible que se hubiese sentado jamás una planta humana. Finalmente, por encima nuestras cabezas revoloteaban algunas aves, admiradas quizá de ver á seres distintos que ellas trepar á los espacios en donde libres y sin obstáculos anidan.

—Esto es bello,—dijo una voz de entre nosotros.

—Esto es horroroso,—le contestó otra.

Y sin duda la segunda tenía razón, porque ni la primera replicó, ni otra alguna sonó para apoyar á la primera.

Estábamos rendidos de trepar por las peñas como ardillas. El sudor corría de nuestras frentes, y, á pesar de ser una muy fresca madrugada de Marzo, nos parecía que los rayos del sol eran de fuego.

Joaquín se quitó uno tras otro sus gabanes, yo me despojé de mi capuchón y los demás hicieron lo propio de sus abrigos, que colgamos de una roca confiándolos á uno de nuestros guías.

En seguida bebimos un sorbo de Jerez. Esto reanimó nuestras fuerzas.

Nuestro guía, dándonos ejemplo, se había aventurado ya por un pequeño plano inclinado y resbaladizo sin margen ni límite alguno que pudiera detener el pie que indiscretamente por él se deslizara. Le seguimos sin vacilar, pero cerrando los ojos para no ver el precipicio horrendo por sobre el cual se puede decir que pasábamos.

Otra vez tuvimos que hacer pies de las rodillas y de las manos para subir un montón de rocas cuyas hendiduras formaban como una escalera.

Al llegar arriba nos creíamos al fin de nuestro viaje aéreo. ¡Ay! entonces le empezábamos.

—Vamos á entrar en el paso de las estacas,—nos dijo nuestro guía señalándonos una cuerda.

Aquella cuerda, que no veíamos dónde estaba atada, era de esparto, llena de nudos, y colgaba de entre las rocas sobre el abismo.

Allí las rodillas del más intrépido temblaron. Estoy seguro que un sudor frío corría por todas las frentes.

Era preciso cogerse á aquella cuerda y, como á cada uno se lo deparara mejor su serenidad, trepar con su auxilio por la peña que lisa y pelada se presentaba.

Nos miramos unos á otros buscando cada uno valor y audacia en los ojos del otro.

Máximo se volvió hacia el guía, á quien interpeló de esta manera:

—¿Y decía usted que esto era como la Rambla?

—Era un decir.

—Hombre, pues tiene usted un modo de decir que el demonio que lo entienda.

Federico fué el primero que se colgó á la cuerda. Poco después, con espanto de todos, balanceaba ya su cuerpo en el aire. Dado el primer ejemplo, estaba corrida la mitad de la aventura.

Alonso le siguió. Como Federico, balanceó su cuerpo

en el espacio, pero como él no siguió por la cuerda hasta lo último. Creyendo á mitad de la ascensión que hallaría mejor camino por una especie de cuerpo avanzado de rocas, que adelantaba una punta como la proa de un buque, abandonó la cuerda y se cogió con una mano á una mata. La mata cedió de repente bajo sus crispados dedos. Real cayó con todo el peso de su cuerpo á lo largo de la cuerda, que tembló estremecida ante aquel inusitado impulso. Se sostenía sólo con la mano izquierda. Fué un momento terrible. Yo recuerdo que un grito de agonía subió á morir en mis labios.

La cuerda empero se mantuvo firme y Alonso del Real, como si tal cosa, pudo encaramarse hasta la cima. Allí se volvió para mirar al abismo donde había estado á punto de precipitarse, y con una calma que daba miedo,

—En efecto,—dijo,—lo que es por aquí no hubiera pasado el ómnibus.

Nadie se rió de aquella chanza.

Joaquín fué el que entonces se atrevió á emprender el camino que había hecho más horroroso, si cabe, el peligro corrido por Alonso.

Era admirable ver cómo, en el momento del riesgo, Joaquín había abandonado su pereza, demostrando entonces una actividad en él no acostumbrada.

Uno en pos de otro fuimos colgándonos á la cuerda. ¡Infeliz, infeliz de aquel bajo cuyo peso hubiese cedido la cuerda ó cuyas manos hubiesen, á favor de un vértigo, abandonado aquella única áncora de salvación!

Entonces ya no era sólo el sudor el que corría de nuestra frente, era la sangre la que corría de nuestras manos.

Llegamos arriba pálidos, ensangrentados, rendidos.

Desde la cima que habíamos escalado, yo también, como Alonso, quise volverme á mirar al abismo.

Dí un paso atrás, y estoy seguro que mi rostro se cu-

brió de una mortal palidez. El precipicio se me presentó entonces tan horroroso, que parecía haber crecido de mil pies en profundidad.

Una mano me tocó en el hombro. Era la de Ignacio de C.

Volvíme y le ví señalarme una gruesa mata. A ella estaba atada la cuerda de la que siete hombres se habían colgado con todo el peso de su cuerpo. Ignacio al señalármela no me dijo nada, pero hay instantes en que el silencio es más elocuente y más sublime que las mismas tres memorables palabras de Julio César.

Hícele seña que no dijera nada á nuestros compañeros, y así lo hizo, pero luego supimos que á nadie se le había escapado el hacer aquella observación, y que á todos como á nosotros mismos se les había erizado el cabello al reparar toda la imprudencia del que ató á una simple mata la cuerda de que por un momento llegó á pender la vida de siete hombres.

Un instante nos detuvimos á reposar, á respirar, á enjugar el sudor que en abundancia se deslizaba por nuestro rostro.

Sólo estábamos á mitad de nuestro camino. Parecía que no era una cueva, sino un nido de águilas lo que íbamos á buscar.

De repente sonó un tiro y luego otro y otros varios en seguida. Eran nuestros amigos que desde lo alto disparaban sus escopetas saludando con una salva nuestra ascensión. Es imposible describir el efecto que allí hacía cada tiro. La montaña entera palpitaba y se estremecía á la voz de la escopeta; cien ecos se enviaban de uno á otro el tiro que sólo parecía ir á morir en la profundidad infinita del horizonte, ahogándose entre aquel mar de rocas que de un modo salvaje mostraban por todos lados sus fantásticas é informes creaciones.

Aquellos escopetazos sirvieron tanto como el Jerez

de nuestros frascos para darnos fuerzas. Desde arriba nuestros amigos nos miraban subir y el aguijón de nuestro amor propio nos dijo á todos que, pues había allí espectadores, era llegado el momento de mostrar serenidad y sangre fría.

Creo que todos la demostramos cumplida.

Desde entonces, por mi parte al menos, una especie de embriaguez de orgullo se apoderó de mí. Ignoro aún por dónde pasé, por dónde subí, cómo y de qué modo llegué arriba. Sólo recuerdo que subí una escala de madera que hallé á mis pasos, que me colgué á otra cuerda con la que tropezaron mis manos, que resbalé diez veces en una especie de pasadizo entre rocas por donde me deslicé como un lagarto.

Al cuarto de hora estábamos ya entre los que nos esperaban, algunos de los cuales eran completamente desconocidos á los que llegábamos, y era ciertamente curioso ver cómo con toda efusión y cordialidad nos estrechábamos la mano hombres que quizá jamás nos habíamos visto, y que sin embargo parecíamos unidos por una amistad de muchos años.

Á los pocos minutos de estar arriba, ya nadie de nosotros se acordaba del *paso de las estacas*, que ignoro por qué tiene en el país este nombre, pero que bien pudiera sustituirse por el *paso de la agonía*. Es un terrible paso en efecto, tan erizado de peligros, según bella expresión de Joaquín, como un pez de escamas.

La cueva se abre sobre una roca cortada casi verticalmente. Parece increible que otros seres que los pájaros puedan llegar hasta ella. Desde allí se descubre el más vistoso panorama, el más encantador paisaje, la más bella y risueña perspectiva.

Yo me senté sobre una roca y empecé á pasear mi mirada sobre aquel vasto y extenso horizonte, que parecía irse desarrollando mágico y seductor ante mis ojos

con la misma óptica ilusión, con la misma indefinible sensación de belleza con que no hace mucho se desplegaban pausada y solemnemente en nuestro gran teatro, ante las miradas absortas de dos mil espectadores, las inmensas llanuras, los infinitos horizontes, las graciosas sábanas del Missisipí.

Un instante llegó en que cerré mis ojos cansados de contemplar tanta riqueza y hermosura. Cuando los volví á abrir tropecé con un hombre tendido á mi lado cuan largo era y con quien no había reparado al sentarme. Parecía dormir envuelto en los rayos del sol que le acariciaban como juguetonas imágenes. Tenía el hongo de modo que le cubría el rostro. Conocí que no era ninguno de los que habían ido conmigo, sino de los que ya estaban allí esperándonos.

—¿Quién es el que duerme ahí?—pregunté.

—Soy yo, pero no duermo, contestó una voz dulcemente melancólica, al propio tiempo que una mano separaba el hongo que velaba el rostro.

Era Joaquín Catalá, uno de los que componían la primera expedición.

—¿Qué haces ahí, Joaquín?—le pregunté.

—Sufrir.

—¿Estás malo?

—Creo que sí,—me contestó.

Y su voz al decirme esto vibraba impregnada de un sabor melancólico que en vano pretendería aquí explicar.

IV.

DONDE EL AUTOR, SIN SER GEÓLOGO, SE ENTREGA Á REFLEXIONES GEOLÓGICAS.

Cuando hube recreado mi vista en aquella cadena de paisajes que desplegaban todas sus bellezas y galas bajo los dorados rayos del sol; cuando hube olvidado mi fatiga para recibir en el fondo de mi alma todas las impresiones de grato solaz y dulce deleite que allí se suceden; cuando hube en fin llenado mis pulmones del aire vivificante que allí se respira, me encaminé hacia la boca de la cueva, distante sólo algunos pasos del sitio donde me había detenido.

En cuanto al pobre Catalá, se quedó en el mismo lugar, triste y melancólico, bañándose lánguidamente en los rayos del sol, de aquel sol, ¡ay! ¡que ya tan pocas veces debía sonreirle!

Acerquéme á la boca de la cueva en cuyo interior se oían, causando un efecto extraño, los gritos y conversaciones de todos los expedicionarios allí reunidos.

Esta boca es un agujero casi ovalado, agujero que sería ancho y espacioso si no cegara la entrada una enorme roca que únicamente deja un paso muy angosto á la derecha y otro más cómodo en su parte superior, al cual sólo se llega escalando la peña.

Me escurrí por el primero, y entonces un espectáculo verdaderamente imponente hirió mis ojos.

La luz que penetra por dichos agujeros ilumina una especie de estancia que bien puede llamarse el vestíbulo de aquel subterráneo palacio. Una sensación desconocida, una sensación de terror y de asombro al mismo tiempo clavó mis pies en la roca donde me había detenido, y de la cual dominaba perfectamente la escena.

Lo que veía casi se niega á la descripción.

Aquello es un caos de rocas. Forman la bóveda peñas inmensas que amenazan desplomarse; forman el pavimiento rocas caídas y que allí yacen en un espantoso desorden, abriendo anchas grietas en cuyo seno duermen un sueño eterno los misterios y acaso las bellezas allí depositadas por los siglos.

La luz débil que penetra como á través de un tamiz lo ilumina todo fantásticamente, y sirve para hacer más visibles las tinieblas misteriosas, profundas, sombrías, que se divisan en el fondo y que bien se comprende que ruedan sus olas silenciosas en la inmensidad del vacío.

Estoy seguro que todo viajero que llegue á la cueva se detendrá como yo mismo en su umbral, inmóvil de estupor y de sorpresa.

¿Qué templo, qué monumento, qué fábrica de esas que se deben á la civilización y al arte, vale lo que aquel vestíbulo desde el cual se ve una nave grandiosa, inmensa, desplegar su asombrosa majestad á los ojos que tienen que abandonarla en su camino, impotentes para sondearla en su elevación?

Este vestíbulo, al cual es forzoso descender saltando de roca en roca, se hallaba ocupado por los expedicionarios, agrupados casi todos en un ángulo, especie de plataforma donde se notaban huellas de antiguas hogueras.

Allí estaban hablando de los riesgos de la subida á la cueva, contándose cómo algunos de los que formaban la primera fracción de nuestra comitiva, habían tenido

que efectuar la ascensión, no colgados, sino atados á la cuerda salvadora. Sólo dos de entre ellos, Inglada y Lorenzale, guiados por ese irresistible amor al arte, impelidos por esa curiosidad incesante que vive en el fondo del corazón del artista como una perla en el fondo de la concha, se habían adelantado á todos, subiendo solos, sin auxilio de nadie ni de nada, arrostrando los riesgos y desafiando los peligros.

¿Por dónde habían pasado? ¿cómo habían subido? Esto es lo que nadie sabía ni ellos tampoco. Veinte veces se habían encontrado en peligro, veinte veces le habían vencido. Llegó un momento en que se hallaron arriba casi por encanto, casi por milagro. Entonces penetraron en la cueva, y lanzaron un grito de sorpresa. Todo estaba olvidado desde el instante en que allí se encontraban con el arte en todo el esplendor de su salvaje hermosura.

En efecto, mientras los unos conversaban en la plataforma que he indicado, ellos, los dos robustos genios, el uno con su pincel, el otro con lápiz, es decir, los dos con sus varitas mágicas, estaban allí en un ángulo trasladando á las hojas de su álbum aquella orgía de las rocas.

En otro punto, buscando distinto efecto de luz, estaba también Federico Trías bosquejando el cuadro grandioso que á los ojos de todos se presentaba.

Alonso del R. y Joaquín de H., envueltos cada uno en una manta que les habían prestado los guías, se habían encaramado á un grupo de rocas, y allí permanecían encorvados sobre una grieta profunda, sobre un antro al cual arrojaban piedras, pareciéndose á aquellos intrépidos atenienses que al ir á descender al antro de *Trophonius* arrojaban primero panales de miel para saciar á las serpientes que lo poblaban. ¡Lo que puede la poesía! ¡lo que puede sobre todo el corazón! El uno ha-

bía olvidado su tradicional pereza, el otro no se acordaba del almuerzo; ambos á dos estaban en su verdadero elemento. Allí estaba el peligro, allí estaban ellos; allí estaba la poesía, allí estaba su corazón dispuesto á abrirse para recibirla.

En cuanto á F., presidía los preparativos del almuerzo, y enviaba uno tras otro á los guías para que salieran al encuentro de los religiosos del monasterio á quienes se había dicho que se les esperaría en Collbató, y sin los cuales no se quería empezar la exploración subterránea.

Yo me reuní á mi amigo Arnús, y, respetando la ocupación de todos, empezamos los dos á recorrer por entre las rocas el espacio que nos permitió la luz del día, entregándonos á algunas observaciones cuyo resultado será preciso apuntar aquí para que lo tengan en cuenta los lectores.

Es fuerza advertir que no es extraño que Arnús y yo fuéramos los primeros en entregarnos al estudio de la cueva. Es que Arnús y yo, ambos le tenemos un verdadero afecto á Montserrat. Nacidos casi á su pie, criados casi puede decirse en esta famosa montaña, habiendo pasado en ella no pocos días risueños en nuestra infancia, no pocos días felices de nuestra juventud, le tenemos el cariño que todo hombre tiene por el país que le ha visto nacer, por el país en que ha aprendido á orar, por el país en que piensa morir.

Nuestras observaciones no fueron, pues, más que el corolario de las que cien veces hemos hecho en nuestras entrevistas, ninguna de las cuales ha transcurrido jamás sin hablar de Montserrat. El simple estudio de aquel solo vestíbulo nos bastó para afirmarnos en ciertas suposiciones que algunas veces habíamos aventurado, para convencernos de la verdad de ciertas teorías sobre las cuales de paso nos habíamos fijado.

Siempre habíamos creído que la montaña de Montserrat, que tanto ha dado que hablar á nacionales y extranjeros, y sobre la que ninguna opinión hemos visto que no fuese controvertible; siempre habíamos creído, repito, que estaba enteramente hueca, fundándonos como principal prueba en que, ni aun inmediatamente después de las más copiosas y abundantes lluvias, se encuentra agua en toda la montaña: toda ella se dirige á Monistrol. Este fenómeno de la desaparición hasta del menor vestigio de agua en su superficie, prueba nuestra opinión de un modo incuestionable.

Cuántas veces—el que haya estado en el monasterio durante una tempestad puede asegurarlo,—¡cuántas veces se ha visto diluviar y bajar los torrentes con extraordinario caudal, y á pesar de esto quedar seca la superficie de la montaña á las pocas horas! [1].

La sola vista del grandioso y sorprendente vestíbulo de la cueva bastó para que nos afirmáramos en nuestra opinión.

Por lo demás, no soy yo de los que creen que la montaña de Montserrat ha sido formada por un volcán: rechazo esta creencia. Para mí semejante suposición sería un contrasentido científico.

Tampoco ofrece caracteres de haber sido acumulados los cantos rodados de que está formada, por las aguas que hubiesen cubierto dicho punto. A ser esto, se hallarían vestigios como sucede en otros montes.

Dejémonos empero de querer averiguar el modo originario como fué formada, ya que atendido el actual estado de la ciencia y la forma actual de la montaña,

1 El desagüe mayor se verifica en la parte de Monistrol por un grande agujero que en el país llaman *Fuente Mentirosa*, porque sólo mana algunos días después de grandes lluvias.

quizá profundamente alterada en ulteriores cataclismos, constituye esto un misterio.

Supongamos que siempre haya sido lo que es, y pasemos á reflexionar en su continuo aplanamiento, en la disminución sucesiva de sus cavidades interiores. Bajo este supuesto, Montserrat solo ha sido más elevado y más hueco, y será en los siglos venideros más y más bajo, más y más lleno. El continuo desprendimiento de enormes rocas que se desgajan de los puntos más encumbrados de la montaña, y que dejan por algún tiempo impresiones bien evidentes; los peñascos que forman los pavimentos de las cuevas y que indudablemente se han desplomado de sus bóvedas, demuestran de un modo claro la transformación incesante indicada.

Ahora bien, ¿anunciará este aplanamiento la preponderancia de la fuerza centrípeda sobre las demás planetarias? ¿será que la montaña, como un cuerpo viejo, sienta centralizarse, digámoslo así, toda su sangre en su corazón? ¿Caerán las rocas del monte como caen las canas de la cabeza de un anciano?....

La causa física, y en mi débil opinión evidente, del desmoronamiento de la montaña, es la fuerza irresistible de expansión del agua cuando de líquida pasa á sólida.

Me explicaré. Y aquí pido perdón á los sabios si, simple poeta, simple novelista, simple observador de los misterios del corazón, me atrevo por vez primera y acaso por única, á invadir su respetado terreno, si me aventuro á ir en busca esta vez de pruebas científicas y á registrar los pliegues de la ciencia, cuando, todo lo más, sólo he registrado hasta ahora los pliegues del alma.

Pero hay cosas que lo mismo hieren los ojos del sabio que los del poeta, lo mismo hablan al entendimiento que al corazón, lo mismo dicen al hombre que analiza que al que cree.

Iba, pues, á manifestar que es dicha irresistible fuerza una admirable excepción de las leyes generales de la materia. Todos los cuerpos aumentan de volumen cuando se les eleva su temperatura, y recíprocamente contraen su volumen cuando se enfrían; sólo que el agua, al solidificarse, cristaliza, y es á esta cristalización á lo que debe su aumento de volumen. Cuando el agua se congela, aumenta pues de volumen en lugar de disminuirlo; he aquí por qué los pedazos de hielo sobrenadan en dicho líquido, y ¡ay de la naturaleza que de otro modo se verificara! Si al pasar el agua de líquida á sólida se contrajera su volumen, como los demás cuerpos cuando se enfrían, el hielo se precipitaría al fondo de los mares, helándose toda su masa, destruyéndose en consecuencia todo el reino animal marino y quedándose para siempre en estado sólido, puesto que ningún calor sería suficiente para derretir la masa de hielo.

¡Admirable sabiduría la de Dios!

Ahora bien; dicha fuerza de expansión del agua al helarse, fuerza irresistible, es á mi modo de ver la causa del desprendimiento de las rocas de la cúspide y del desplome de las interiores.

Las rocas de la montaña de Montserrat en su unión forman grietas más ó menos considerables; en tiempos de lluvia y frío se llenan de agua que al congelarse hace un esfuerzo grande, esfuerzo invencible, que aunque sea producido por pocas gotas tiende á abrir más aquellas grietas que reciben por lo común en otra ocasión mayor cantidad de agua. Vienen siglos y pasan siglos, y con la repetición de dicha fuerza expansiva, se desprenden de la montaña las enormes rocas que tan frecuentemente vemos rodar por la falda del monte y caer á sus pies. Por igual mecanismo se desploman de la superficie interior de la montaña los enormes peñascos que forman su pavimento.

Esta teoría, que no deja de ser una simple teoría, acabamos de perfeccionarla con el estudio de la cueva; pero si este hecho es hermoso, magnífico, sorprendente, otro hay que es maravilloso, sobrenatural, divino.

Observamos en el interior de la cueva, y confieso que lo observamos con pasmosa admiración, que muchas de las rocas desprendidas del techo lo habían sido en dirección perpendicular ó más ó menos oblicua á la de las vetas ó listas de las rocas, cuando debían haberse dividido en el sentido de éstas ó paralelamente á las mismas.

Esta sencilla observación de un hecho al parecer contrario á la ciencia, de un efecto maravilloso, la habíamos hecho ya un día al trepar por la escala de Jacob al lugar de la antigua ermita de Santa Magdalena. Al subir á aquella meseta desde uno de los vértices de la montaña, vimos á nuestra derecha peñascos de una extensión asombrosa, agrietado alguno de ellos en sentido contrario al que la ciencia reconoce.

En ninguna parte se puede hacer esta observación mejor que en el vestíbulo de la cueva.

¿Este tan raro fenómeno anormal, será para manifestarnos lo milagroso de este monte santo? ¿Será que al conmoverse estas rocas por la muerte del Hombre-Dios, se acribillaron de un modo preternatural para manifestar la huella de este prodigio siempre clara, evidente, continua, perenne, eterna?

Arcanos del Señor, que es preciso respetar. La ciencia es impotente ante la voluntad del cielo. Si es el dedo de Dios el que está allí, el que ha dado una dirección contraria á las grietas, no es extraño que nosotros, pobres orugas de la tierra, no sepamos leer en estos caracteres graníticos escritos en el lenguaje sublime que está á más altura de la comprensión humana, pues que está á la altura de la concepción divina.

Entregados nos hallábamos á estas reflexiones, inmóviles ante aquellas imponentes masas de peñascos cuyos secretos impenetrables en vano pretendíamos averiguar, cuando oimos la voz de nuestros compañeros que nos llamaban.

Era que habían llegado ya los religiosos del monasterio que debían acompañarnos, y con ellos el cura de Collbató.

Sentados entonces á la redonda sobre las puntas de las rocas, dimos cuenta en pocos instantes del frugal almuerzo que hacía rato nos esperaba. Todos ardíamos en impaciencia, en curiosidad. Anhelábamos comenzar cuanto antes nuestra aventurera expedición.

Concluído el almuerzo y antes de emprender la marcha hacia el país de las sombras, formé yo una lista de los que estábamos presentes. Eramos, junto con los guías y mozos, cuarenta y seis hombres.

Dióse la señal de marcha.

Un guía cargó sobre sus hombros las escalas de cuerdas y demás útiles que podíamos necesitar; se nos dió á cada uno una tea que encendimos en el acto. Federico C. preparó sus instrumentos científicos para las observaciones, y los artistas se colocaron su álbum bajo el brazo.

Hubo un momento de confusión. Muchos eran los que pedían ir delante. Se decidió por fin á satisfacción de todos, y en hilera, uno tras otro, empezamos á andar pisando rocas resbaladizas y agrietadas, dirigiéndonos animosamente hacia la masa de tinieblas que detenía al borde de la segunda gruta un simple rayo de luz.

Imposible es explicar lo que en aquel momento sentimos, imposible es dar cuenta de nuestras impresiones.

¿A dónde encaminábamos nuestros pasos? ¿Qué era lo que nos dirigíamos á ver? ¿Qué misterio de la naturaleza íbamos á sorprender en su silenciosa elaboración allá en las entrañas de la tierra? ¿Qué obra de Dios

íbamos á encontrar entre el sudario de las tinieblas?

Ignoro si á los demás les sucedió lo mismo, pero lo que es á mí confieso que á los cuarenta pasos un impulso irresistible me hizo volver atrás la vista. Quise por última vez saludar la luz antes de hundirme en el reino de las sombras.

¡Impresión espantosa! La boca de la cueva ya sólo asomaba allá en lo profundo como una mancha blanquizca en medio de un gran lienzo negro, como aparece en unos funerales un escudo dorado sobre un paño mortuorio.

Aquella luz débil, azulada, fosfórica, tristísima, parecía sonreirme, parecía llamarme y atraerme. Era como una de esas dichas pasadas cuyo recuerdo sonríe al hombre que se halla al umbral de un porvenir siniestro, lúgubre, obscuro.

Un paso más y la luz había desaparecido.

Dimos el paso y la luz desapareció.

Estábamos ya sumidos en las tinieblas.

V.

LA GRUTA DE LA ESPERANZA.

Proseguimos andando cada vez con mayor dificultad, sin apenas atrevernos á mirar al techo por temor á que nuestros pies se escurrieran de la roca en que mal nos afirmábamos.

Yo iba entonces delante con el jefe de los guías, un hombre anciano que no era aquella la primera vez que penetraba en las cuevas.

Tras de mí iba Federico, luego Lorenzale, y en seguida los demás en hilera, como una procesión de sombras. De cuando en cuando azotábamos las tinieblas con las antorchas que llevábamos en la mano, y entonces sembrábamos el aire de fugitivas chispas, apareciéndonos por un momento el vacío como un manto alfombrado de relumbrantes lentejuelas.

Las sombras parecían hacerse cada vez más espesas. Conocíamos que estábamos en una gruta inmensa, pero ni de su profundidad ni de su elevación podíamos juzgar, porque las tinieblas se resistían ante todas nuestras antorchas reunidas, que allí sólo proyectaban una débil claridad.

Federico, ese joven entusiasta á quien su amor á la ciencia le hubiera hecho arrostrar sereno los mayores peligros, me comunicaba sus observaciones.

Ya hemos dicho que la boca de la cueva se halla

al SO. de la montaña, encima del pueblo de Collbató. La entrada se extiende á la derecha en dirección de SE. á NO. Un crucero la corta en dirección de O. á E. y hacia el O. del crucero nos encaminábamos.

Las dificultades del terreno nos hacían bajar unas veces, subir otras, y ciertamente no puede darse más sombrío espectáculo, ni más fantástica escena.

En medio de aquella noche profunda, de aquel mar de tinieblas, las luces de las antorchas parecían lenguas de fuego que danzaban en el aire lamiendo trémulas las profundas sombras. Lleno el ánimo de ese terror que se siente en la obscuridad, obedeciendo cada uno á la voz secreta de sus emociones, volvíamos la vista en torno cuando habíamos trepado á alguna eminencia, y era grandioso, imponente el espectáculo que entonces se nos ofrecía, pero del que no todos quizá podían juzgar con la apacible serenidad de un corazón tranquilo.

Grandes fragmentos calizos alfombraban el suelo en espantoso desorden, y al dudoso vislumbre de las hachas veíamos colgar del techo masas imponentes que parecían oscilar y que estaban acaso próximas á desplomarse. Enormes pirámides de rocas se elevaban á nuestro lado, gigantescas peñas nos recibían en su lomo, y de vez en cuando agujeros inmensos, antes profundísimos, se abrían á nuestros pasos cual bocas de monstruos dispuestas á tragarnos.

Todo parecía reunirse para detenernos, para hacernos retroceder en nuestra imprudente curiosidad; nuestras voces resonaban de un modo lúgubre, y los ecos las repetían de un modo lastimero.

Ya he dicho que no podíamos juzgar del efecto general. Por más que unas veces agrupábamos y otras distribuíamos las luces, las avaras tinieblas se resistían como si conocieran que allí estábamos para sorprenderles sus castas y vírgenes bellezas, que envueltas

guardaban en los pliegues de su impenetrable sudario.

Decidimos, pues, encender uno de los fuegos de Bengala que teníamos preparados.

Los artistas indicaron entre aquel océano de sombras un sitio que les pareció el más á propósito para el objeto, y al instante Joaquín de H. é Ignacio de C., separándose del grupo general, empezaron con ánimo resuelto á trepar por entre las rocas.

No era en verdad exento de peligro lo que iban á hacer, pues que se aventuraban por sitios desconocidos, sentando el pie sobre rocas que acaso jamás habían recibido el menor peso y que podían precipitar á los temerarios desde elevaciones insondables. El uno iba alumbrando mientras el otro iba subiendo, y la única antorcha que se habían llevado, á medida que se alejaba de nosotros iba debilitando su luz por grados, por momentos, por segundos.

Desde abajo y desde el sitio donde nos habíamos detenido les seguíamos con la vista en su peligrosa ascensión, y conocíamos el lugar donde se hallaban por la luz de la antorcha, que ya veíamos oscilar en el espacio como un fuego fatuo que nadaba en las sombras, ya desaparecer tras de un montón de peñas, ya reaparecer sobre un fragmento de columna como el fuego de Vesta sobre el ara sacra en lo profundo de un gentílico templo.

Un momento llegó en que desapareció del todo. Era que se habían escondido tras de un enorme peñasco que se elevaba solitario y aislado como una pirámide. Allí proyectaron encender el fuego.

Hubo en todos nosotros un instante de ansiedad suprema, uno de estos instantes en que todas las facultades del hombre se concentran, ya porque se dispone á acometer una empresa transcendental, ya porque se ve próxima la realización de un deseo por largo tiempo esperado.

Un grito de Joaquín nos anunció que se iba á encender el fuego.

Era un fuego blanco.

Encendiéronle.

¡Oh! ¡Escena sorprendente, mágica, maravillosa! Escena que se resiste á la copia del pincel y se niega á la descripción de la pluma.

Yo no sé ni puedo decir á punto fijo lo que entonces sucedió en nosotros cuando nos vimos repentinamente envueltos en aquella sábana de irradiante luz. Todo aquello, que era lúgubre, tenebroso, tétrico, cobró de súbito un aspecto risueño, seductor, admirable. Las tinieblas huyeron precipitadamente, las rocas se destacaron de las sombras, las columnas se perfilaron gigantescas, los peñascos nos aparecieron erizados de puas.

Parecía todo una fantástica creación brotando del seno del olvido al golpe de la varita mágica de un encantador; parecía que se alzaba del centro de la tierra aquel *pandemonium* que la viril imaginación de Milton hace nacer como una exhalación del centro del abismo con sus pilastras dóricas y sus arquitraves de oro.

¡Oh! no es fácil que ninguno de los que le presenciaron olvide aquel espectáculo.

Todas aquellas rocas monstruosas se rejuvenecían al sentir acariciados sus perfiles por la luz, y así que brotaron del caos en que habían estado sumidas por siglos de siglos, parecieron mirarse con espanto, asombradas de verse unas á otras revestidas de aquella deformidad que les era ignorada porque jamás había salido de las tinieblas. Espacio tuvimos entonces para hacernos cargo del sitio donde nos hallábamos.

Vimos por una parte bóvedas atrevidas como las del más grandioso templo, lanzándose audaces por los aires, naves inmensas á las que servían de clave peñascos enormes, columnas trabajadas y que sin embargo jamás

el cincel había herido, pirámides de rocas como enclavadas en armellas de granito, y finalmente peñas elaboradas por el agua, remedando figuras cuyos músculos de piedra parecían retorcerse en desesperados esfuerzos para sostener la carga de alcides que sobre sus hombros gravitaba.

Y vimos por otra parte unas como ruinas de una gran metrópoli donde parecía por casualidad haber quedado en pie algún obelisco de afiligranada punta ó alguna torre coronada de almenas, y todo esto iluminado por el fuego de Bengala, con una luz blanca, transparente, dulce, suave, acariciadora como la de la luna, mientras que Joaquín, de pie sobre un peñasco, con un sombrero hongo y la manta que le había prestado un guía, asemejábase á un bandido calabrés, como los pinta Salvador Rosa, contemplando impasible aquella obra de destrucción y aquel montón de escombros.

¡Era un magnífico, un espléndido, un soberbio panorama!

Ante aquel deslumbrante golpe de vista, uno de nosotros, — creo que era G., un intrépido viajero que ha recorrido medio mundo, que ha visto maravillas y que sin embargo estaba absorto, —exclamó con entusiasmo:

—Señores, ¡esperanza! ¡esperanza! Mucho debemos esperar, puesto que lo primero es grande. Propongo que se le dé á esta primera cueva el nombre de *Gruta de la Esperanza*.

—Sí, sí. ¡Gruta de la Esperanza!—gritaron más de veinte voces que se perdieron en la inmensidad del vacío.

Y como si la luz no hubiese aguardado sino á que bautizáramos la primera estancia que recorríamos, se apagó de súbito como había nacido.

Las tinieblas volvieron á pesar sobre nosotros, pero aquella vez más tristes, más sombrías, más lúgubres que antes.

Todos permanecimos un rato como atontados, como si acabáramos de escapar á la embriaguez de un dorado sueño.

¡Los pocos minutos de fuego de Bengala nos procuraron ocasión de ver que había en aquella primera cueva mucho que inspeccionar!

En su consecuencia, pues, así que H. y C. hubieron bajado, nos dirigimos algunos hacia la derecha, dejando en el mismo lugar el cuerpo principal de la expedición.

No tardamos en hallar un sitio donde pudimos andar con alguna más comodidad que hasta entonces, y penetramos en una especie de galería. Sin estar independiente de la *Gruta de la Esperanza*, pues que participa de su bóveda, esta galería se ve sin embargo separada de ella en cierto modo. Una línea de peñas á guisa de paredón, que está muy lejos de llegar al techo, la divide de aquélla.

Recorrimos esta galería donde empezamos á encontrar estalactitas, pero estalactitas deformes y tan recias y petrificadas que bien se conocía que habían visto transcurrir muchos siglos en el misterio y en la soledad; á la izquierda diversos peñascos figuran como las conchas de un surtidor, por entre cuyos labrados canalones ha debido algún día escurrirse el agua; á la derecha multitud de formas raras y caprichosas hieren los ojos, y no faltan algunas masas que á la pálida luz de la antorcha parecen formas humanas envueltas en toscos ropajes de anchos pliegues.

Al final de esta galería no hay paso ninguno, y tuvimos que volvernos atrás, después de haber leído en las paredes algunos nombres medio borrados de viajeros, á los cuales arrastrara hasta allí la curiosidad.

La izquierda de la *Gruta de la Esperanza* ofrece más que ver. Después de andar un buen rato por entre peñas, se encuentra una especie de pasadizo y al final un

agujero, á la altura de seis palmos, por donde apenas puede penetrar un hombre.

Este agujero conduce á lo que los guías llaman *el camarín*, y que es una especie de saloncito que remata en una verdadera cúpula. En las paredes se dibujaban toscamente algunas columnas que no parecen sino labradas por mano de un artista. Diríase aquello una capillita gótica.

Del techo penden gruesas estalactitas que cuelgan algunas como racimos de uvas, mientras que otras bajan en forma de pirámides inversas.

Si el viajero, allí cerca y cuando ya ha vuelto del *camarín*, tropieza con otro agujero que encuentra casi á sus pies y que parece una grieta de las rocas, no vacile en arrojarse al suelo y en penetrar por él á guisa de lagarto, teniendo sobre todo cuidado de no abandonar la antorcha que empuñe su mano.

Introdúzcase sin miedo, que no ha de pesarle por cierto el haber entrado, aun cuando sea á costa de no poca incomodidad y molestia.

Pronto se hallará en una estancia que parece labrada únicamente para pigmeos, pues ni siquiera puede estarse de pie. Tiene sólo una elevación de ocho ó nueve palmos, y aun esta elevación va disminuyendo en su fondo hasta quedar reducida á no más que un palmo. Al principio presenta la forma de un gigantesco embudo.

Es, por lo demás, una estancia coqueta, preciosa, magnífica. Techo, paredes, pavimento, todo tiene una misma forma, todo está cristalizado. Las paredes están sulcadas, boceladas y trepadas menuda y caprichosamente, ostentando esa casi transparente costra de materia lapídea que reluce como polvo de oro y plata al resplandor de las antorchas. Diríase el tocador de las sílfides.

Alonso, tendido en el suelo boca abajo, se adelantó cuanto pudo, cuanto se lo permitieron las estalactitas que bajan atrevidas del techo para en amoroso lazo unirse con las estalacmitas que parecen nacer del pavimento. En esta posición dejó escapar varios gritos, y aquella pequeña caverna se pobló de ecos dulces y melancólicos que salían del fondo como voces plañideras y amorosas.

La ilusión fué tan completa, que yo no pude menos de decirle á Real sonriendo:

—Son las sílfides que de tí se han enamorado y que te llaman.

—No las haría esperar si me abrieran un camino,—me contestó.

Entonces uno de los cuatro que allí entramos, acomodóse lo mejor que pudo en el suelo y sacó con lápiz una copia de la estancia.

Al salir nos encontramos con Máximo, que sólo había metido la cabeza por el agujero.

—¿De dónde salís?—nos preguntó.

—Del antro de las sílfides,—murmuró Joaquín ahuecando su voz burlona.

—Ya tienes nombre para el dibujo,—le dije yo entonces á nuestro amigo:—*el antro de las sílfides.*

Y el agujero quedó bautizado *antro de las sílfides.*

Cuando íbamos á reunirnos con los demás que recorrían la *Gruta de la Esperanza* en varias direcciones, formando un fantástico y caprichoso golpe de vista las luces de las antorchas esparramadas en aquel reino de las tinieblas, yo detuve al guía cogiéndole de un brazo.

—¿Qué es aquello?

Y señalé un espacioso boquete elevado unos treinta ó cuarenta pies del suelo, boquete que ya me había parecido notar á la luz del fuego de Bengala y que entonces, desde el sitio donde nos hallábamos, hacían enteramente

visibles nuestras antorchas. Era al parecer la entrada de una nueva gruta, y las tinieblas que parecían escaparse de aquella boca como el hálito de un monstruo revelaban una profundidad inmensa.

—¿Qué es aquello?—volví á preguntar haciendo por concentrar la atención del guía, cuyos ojos divagaban buscando el objeto que yo le señalaba.

—¡Ah!—me contestó.—¿Me pregunta usted por aquel agujero?

—Sí.

—¡Oh! allí no hay nada,—me dijo.—Es la habitación del Mansueto.

—¡El Mansueto! ¿y qué es el Mansueto?—le pregunté admirado.

—Será algún buitre,—exclamó Máximo que venía tras de nosotros.

—¡Oh! no señor,—contestó muy grave el guía.—Si ustedes quieren se lo contaré.

—Ya debiéramos saberlo,—dije yo.

Y he aquí lo que me contó el guía.

VI.

EL MANSUETO.

He aquí, pues, como dije al fin de mi anterior capítulo, lo que me contestó el guía.

Muchos son los que recordarán la guerra de la Independencia, aquella famosa guerra en que á la voz de religión y patria todos los españoles se convertían en soldados y todos los soldados en héroes.

Entonces el nombre sólo de *Francia* causaba horror. Cada francés era mirado con execración, y se huía de un afrancesado como de un leproso.

Por lo demás, ya se sabía. El pueblo en que penetraban los franceses, á la menor resistencia que hiciera, era devastado, saqueado, pasado á sangre y á fuego. Las villas incendiadas clamaban *anatema*, montones de víctimas inmoladas demandaban venganza.

El pueblo de Collbató se veía próximo á ser invadido por los franceses. Al circular un día la noticia de que éstos se acercaban, la población entera tembló, y tembló porque allí sólo había un puñado de hombres, y este puñado de hombres era impotente para resistir á centenares de franceses.

Sin embargo, en medio de la desolación general había el patriotismo. Eran débiles, pero quisieron hacerse fuertes.

Decidióse que las mujeres y los niños se recogieran en una casa, junto con las alhajas y tesoros de todos los particulares. Los hombres se encargaban de defender esta casa, donde estarían reunidas todas las riquezas, hasta que les quedase una gota de sangre en el cuerpo.

Acababan de tomar los principales del pueblo esta resolución, cuando se les presentó un hombre, un vecino mismo de Collbató. Era un hombre ya entrado en años, de miembros recios y fornidos, de rostro en el que se leían la firmeza y la decisión, y sobre todo el valor.

—Lo que habéis resuelto,—dijo,—es un disparate. Las mujeres y los niños estorban con sus clamores, y en cuanto á las alhajas, por más que hagáis irán á caer en manos de los franceses. Sois pocos, y ellos muchos. Os defenderéis como leones, muy santo y muy bueno, pero os matarán, pasarán por encima de vuestros cuerpos, y aquí paz y después gloria.

—Pues entonces, ¿qué remedio?....

—Dadme á mí el encargo.

—¿Qué encargo?

—El de cuidar de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestras alhajas. Yo os respondo de todo.

—¡Tú!

—Sí, yo. Quedaos aquí vosotros para lidiar, para combatir. Yo me encargo de todo lo demás, y también de fabricaros armas.

En efecto, el que así hablaba era armero ó lo había sido al menos. Era hijo de Collbató y conocido con el apodo del *Mansueto*. Nadie ignoraba su valor, su honradez, su decisión á toda prueba. Se determinó acceder á lo que proponía.

—Pero, ¿qué harás?—se le preguntó sólo.

—Ya lo veréis,—contestó lacónicamente.

Inmediatamente se pusieron en sus manos todas las alhajas, y se dió orden á las mujeres y niños que le siguieran.

El *Mansueto* se fué en compañía de todos á la cueva, atravesando como mejor pudieron los peligros de la ascensión, y entrando en ella, señaló su vestíbulo para habitación á todas aquellas familias que abandonaban sus hogares á la ferocidad del enemigo.

Inmediatamente él se subió por una escalera de cuerda al boquerón de que hemos hablado en el anterior capítulo, y entró en su taller.

En su taller he dicho, porque allí tenía en efecto un taller. El *Mansueto* había calculado que un día llegaría en que los vecinos de Collbató tendrían necesidad de ser soldados, y que estos soldados habrían entonces de menester armas. El buen patriota se había, pues, recogido allí para forjarlas con toda seguridad y sin temor alguno.

¿Quién, en efecto, había de ir á sorprenderle allí? Y luego, todo lo tenía premeditado.

Si los franceses llegaban hasta la cueva y osaban penetrar en ella, las familias subirían á su taller, recogería la escalera de cuerdas, y un hombre sólo bastaba entonces para no permitir que se acercara ningún enemigo.

Así vivió el *Mansueto* mucho tiempo, guardando los tesoros, velando sobre las familias y forjando armas en aquel antro desconocido para los valientes hijos de la patria.

Sólo un día los franceses se acercaron á la cueva. Subieron las familias al boquerón, y el *Mansueto*, después de haber recogido la escala de cuerdas, se colocó de rodillas al borde de la gruta, un fusil en la mano.

Los enemigos encendieron antorchas, y como encontraron indicios recientes de que allí habitaba gente,

empezaron á registrar toda la superficie de la cueva.

Acaso se hubieran retirado sin hallar nada, si el imprudente chillido de una mujer ó de un niño no hubiese llamado su atención hacia aquel sitio.

Dirigiéronse allí, y á la luz de las antorchas vieron á cuarenta palmos del suelo el boquete, y en aquel boquete un hombre que con la mayor serenidad y calma tenía inclinada hacia ellos la boca de un fusil.

Por un movimiento espontáneo prepararon los armas.

—Os aconsejo que os retiréis, señores gabachos,—les gritó entonces el *Mansueto*.—A la menor detonación estas bóvedas se vendrán abajo. Nosotros nos salvaremos, y vosotros pereceréis todos.

Los franceses debieron de entenderle, porque empezaron á consultarse entre sí.

En aquel momento, el *Mansueto* se levantó y empujó con el pie un caldero grande que estaba colocado á la orilla del boquerón. El caldero cayó con un estruendo horrible, y empezó á resbalar por entre las rocas con un ruido espantoso.

Los franceses, creyendo que los peñascos de las bóvedas se desplomaban sobre ellos, arrojaron las antorchas y empezaron á huir despavoridos hacia la boca de la cueva, lanzándose ó despeñándose por los precipicios. No todos llegaron á Collbató; los abismos recogieron aquel día en su fondo los cuerpos de algunos franceses.

Ya jamás volvieron á subir á la cueva.

Tal fué la relación del guía.

Decidimos ver el agujero que había servido de vivienda al honrado *Mansueto*. Arrimamos una escala, y varios fuimos los que trepamos allí. El boquerón da paso á dos cuevas reducidas, en las cuales encontramos una escala de cuerdas rota y destrozada, un cajón vacío, un cántaro, algunos útiles y dos gruesos clavos fijados en

la orilla misma de la boca, que eran sin duda los que servían al *Mansueto* para colgar la escala.

Hecha esta inspección nos volvimos á reunir con los demás, y juntos nos encaminamos hacia el fondo de la *Gruta de la Esperanza*.

No tardamos en detenernos.

Una grieta profundísima se abría á nuestros pies.

VII.

EXPLORACIÓN SUBTERRÁNEA.

La grieta que vimos abrirse en el suelo á nuestros pasos parecía inmensa, profundísima.

Una peña inclinada, resbaladiza, pendiente, conduce á esta grieta. Medimos la profundidad con una bala de plomo atada á un cordel. Tenía ochenta palmos. En seguida dejamos descolgar una lámpara de seguridad, cuya luz, llegando abajo sin debilitarse siquiera, nos salió garante de que el aire era respirable.

Inmediatamente, pues, arrojamos una escalera de cuerda de esparto que sujetamos á una roca vecina.

La escala, fuerza es decirlo, no presentaba toda aquella seguridad que debíamos prometernos: no eran propios á tranquilizarnos ni sus travesaños de higuera ni su cuerda de esparto. Por esto, pues, decidimos que uno de nosotros se quedara allí hasta que todos hubiesen bajado, con objeto de atender á cualquier percance y de cuidar sobre todo que no se suspendieran dos á un tiempo de la escala.

Yo fuí elegido para este objeto.

Me senté, pues, en la roca, colgando mis pies sobre el abismo, y sacando mi librito de memorias me dispuse á ir llamando á los expedicionarios según el orden en que les tenía apuntados.

Debo decir que entre tanto, siguiendo el propósito

formado de dar nombre á lo que íbamos recorriendo, se le aplicó á aquella grieta el de *Pozo del Diablo*.

Verdadero *Pozo del Diablo* en efecto. ¡Pobre de aquel á quien al bajar se le hubiese deslizado una mano ó su cabeza debilitada hubiese por un momento cedido á la fiebre de un vértigo! Las agudas puntas de las rocas con que hubiera tropezado su cuerpo en su forzado descenso, se habrían encargado de destrozarle y triturarle antes de llegar abajo.

Después de un guía, que bajó con un lío de antorchas para repartir á los que fueran efectuando el descenso, F. fué el primero que se dejó engullir por la boca del *Pozo del Diablo*.

Cuando hubo llegado al fin, cuando su voz saliendo de las entrañas de la tierra me hubo avisado que podía bajar otro, le tocó el turno á Lorenzale, al que siguieron por su orden casi todos los demás expedicionarios.

Es una impresión profunda y que aseguro que no se me borrará tan fácilmente, la que recibí durante el descenso de los que acabo de citar. Allí no se oían más voces que la mía cuando pronunciaba un nombre, y la del guía que desde abajo, así que uno había llegado á su destino, me gritaba: ¡otro!

Todos iban desapareciendo obedientes á mi voz, silenciosos, mudos; el *Pozo del Diablo* se los iba tragando uno á uno; todos pasaban por delante de mí para ir á balancear su cuerpo en el aire, fiados en una endeble escala y sepultándose uno tras otro en el corazón acaso sin fondo de aquellas rocas. Algunas veces me inclinaba sobre el abismo y veía en lo profundo las luces de las antorchas como simples cerillas; las voces sólo llegaban á mi oído obscuras, roncas, cavernosas. Entonces, lo confieso humildemente, algo como un estremecimiento recorría mi cuerpo, y algo como una mano de hielo se posaba sobre mi corazón.

Varios de los que hasta allí habían llegado se negaron á bajar, y aun me instaron para que yo no lo hiciera.

Me reí de sus instancias con esa risa de los ingleses que sólo es de dientes afuera, y despidiéndome de ellos, puse el pie en el primer escalón.

En lo alto un guía con una antorcha en la mano hacía luz á los que iban bajando: en mitad del descenso otro hombre, sentado en el hueco de una roca, iluminaba también con la luz de un hacha la profundidad, y por fin, otros dos guías sostenían desde abajo la escalera para que oscilara lo menos posible bajo el peso del que descendía.

Yo cerré los ojos para no descubrir todo el abismo que tenía á mis pies, y cuyas proporciones me había triplicado al contemplarle desde arriba; hasta creo que retuve mi respiración mientras el descenso. Por fin llegó un instante en que mi pie pudo sentarse con toda seguridad en un sitio más ancho que el simple travesaño de la escala.

Entonces respiré y abrí los ojos. Era que había llegado ya.

Halléme en un pequeño espacio casi circular. Desde allí, agarrándome á las rocas no sin pena, no sin dificultad, y no sin peligro sobre todo, bajé, después de haber atravesado un hueco por donde apenas pasó mi cuerpo, al sitio donde me esperaban varios de mis compañeros y donde F. daba una cerilla á cada uno de los que iban llegando.

Habrá unos veinte palmos de nuevo descenso por entre peñas desde el sitio en que se abandona la escala hasta el en que se encuentra un boquete como la entrada de una gruta. Y como dichas peñas son no más que la continuación del *Pozo del Diablo,* éste en consecuencia tiene de altura unos cien palmos, altura considera-

ble, me parece, atendido á que se le ve sumido entre tinieblas, y á que la dudosa claridad de las antorchas aumenta la profundidad y el peligro, reuniendo de este modo varias circunstancias que imponen, cuando no amedrentan al ánimo más resuelto y atrevido.

El sitio en que me reuní con mis amigos tiene una bóveda elevada donde los peñascos se juntan á manera de triángulo. Dímosle, pues, el nombre de *salón de triángulo*. Lorenzale, con esa asombrosa facilidad que Dios le ha dado y con esa mano firme y segura que el arte le ha ratificado, trazó un admirable bosquejo de este sitio, que acaso no tiene ciertamente otra cosa notable que el haber sido pintado por Lorenzale. Cuando éste hubo concluído, encendimos unos las velas y otros las antorchas, y atando á una piedra el cordel que debíamos ir soltando para que luego nos pudiera guiar para salir del laberinto en que quizá ibamos á intrincarnos, nos pusimos en marcha y comenzamos la exploración subterránea.

Luego de atravesado el boquete de esta nueva gruta, encontramos un pasadizo tan estrecho, y donde los peñascos bajan de tan atrevida manera á confundirse con el suelo, que casi nos vimos precisados á cruzarlo haciendo pies de las rodillas y las manos. Al fin de este pasadizo, que titulamos *Pasadizo de los peñascos*, hay una roca por encima de la cual se debe saltar; pero es preciso que advierta el viajero que esta roca guarda escondido un terrible peligro

Efectivamente, á su pie abre la boca un agujero de profundidad insondable. Joaquín de H. al atravesar el pasadizo de los peñascos con la intrepidez que todos admirábamos en él desde que estaba en las cuevas, no vió ó no pudo salvar diligente el precipicio. Al dar el salto, cayó en él casi perpendicularmente, pero haciéndose atrás en seguida, pudo cogerse con sus manos á la

roca, hasta que, pálidos de terror, fuimos á prestarle auxilio los pocos que su peligro advirtiéramos.

Pasada esta roca, la vista empieza ya á recrearse con gratos espectáculos; el alma oprimida por algún tiempo con las sensaciones de terror que se experimentan al bajar al *Pozo del Diablo* y al escurrirse por el *Pasadizo de los peñascos*, cobra nueva animación y nueva vida, y, desterrando la agorera impresión que hasta entonces la ha tenido sujeta dentro su círculo de hierro, se baña apacible en las ya melancólicas, ya risueñas emociones que hace nacer la vista de los nuevos objetos que se le presentan.

Una galería verdadera y de elevada bóveda se ofreció á nuestros pasos. La brújula se encargó de decirnos que seguíamos al penetrar por ella la dirección de NO. á SE.

Caprichosamente labrado está por su parte derecha el muro de esta galería. Las estalactitas bajan en forma de labradas pirámides á descansar en el suelo sus gruesos pedestales, mientras que la materia lapídea forma como los pliegues anchos y holgados de un gran cortinaje que cubriera la pared. El silencio es religioso, imponente. La bóveda deja colgar caprichosas estalactitas que á la luz de las antorchas figuran el más hermoso artesonado.

Un grueso peñasco que hay allí remedando una imagen de santo hizo que, á propuesta de Alonso, se diera á esta estancia el nombre de *Galería de San Bartolomé*.

Permanecimos un buen rato examinándola.

En seguida pasamos adelante.

VIII.

LA GALERÍA DE SAN BARTOLOMÉ.—EL CLAUSTRO DE LOS MONJES.—LA GRUTA DE LAS ESTALACTITAS.—LA BOCA DEL INFIERNO.

Pasamos adelante, sí, pero guardando el mayor y más sepulcral silencio.

Sumergidos en las tinieblas, como los buzos en el agua, íbamos á pasos lentos á sorprender la gran obra de la naturaleza entre los pliegues de su sudario de sombras, íbamos en busca del fantástico Eldorado que nos habíamos forjado y que nuestra mente acariciaba vagamente, palacio maravilloso que al beso del amor de nuestras antorchas debía salir del seno de la noche más profunda, resplandeciente de lujo y de riquezas.

Es difícil cuando no imposible explicar el horror majestuoso y sublime que allí reina. El silencio era tan grande y tan profundo, que oíamos desde una distancia bastante regular el casi imperceptible roce del lápiz resbalando sobre el papel que sostenía la mano de Inglada, la de Lorenzale ó de Trías.

De cuando en cuando extrañas alucinaciones pasaban por mi mente, como esas ráfagas primaverales cuyo aliento es tan cálido, que parecen llevar escondido un botón de fuego. Entonces vacilaba momentáneamente, dudaba en seguir andando, parecía que una voz me llamaba desde atrás, y era necesario todo un esfuerzo de

voluntad, toda la poesía que para estos momentos precisamente tiene el alma guardada, para que la voz del corazón clamando: ¡Adelante! dominara á la de la materia que gritaba: ¡Retrocede!

No recuerdo quién fué el que en uno de estos momentos de duda me arrancó á mis ideas reaccionarias para hacerme examinar algo que había llamado su atención en un ángulo de roca.

Acerqué la antorcha para que más á mi sabor pudiera hacer mis observaciones. Lo que allí se veían eran letras grabadas con la punta de un cuchillo ó de cualquier otro instrumento cortante. No quedaba duda: aquello era una inscripción. Estuvimos un buen rato para sacarla en claro, y por fin pudimos leer distintamente las siguientes palabras:

José, padre de San Benito, en 1692.

Yo no sé cómo manifestar la impresión que se apoderó de mí ante aquel nombre escrito en aquella roca hacía poco más de siglo y medio. Hay impresiones sin nombre á las cuales obedece el alma en momentos dados, y estos momentos son sublimes á fuerza de terror, de respeto, de religiosidad, de misterio. Yo experimenté entonces uno de estos instantes.

Aquellos subterráneos profundos, aquellas cuevas que creíamos ignoradas, aquel mundo de entre las tinieblas que con el orgullo de nuevos Colones bajábamos á visitar, no era pues desconocido para nuestros antepasados; no era pues ignorado á los hombres de otros siglos que ya para llegar á él se habían abierto paso; no había sido pues descubierto por los extranjeros que como trofeo se habían llevado á su país la copia de una de sus grutas.

De todo corazón dí en aquel momento gracias al Sér

Supremo que había permitido que el habla española fuera la primera en resonar en aquellas cóncavas profundidades; de todo corazón me alegré de que hubiese sido la planta de un español primero que la de un extraño la que se hubiese sentado en aquel subterráneo pavimento.

Absorto permanecía aún ante la inscripción, cuando Ignacio me llamó para mostrarme otra en un punto no muy distante de la primera.

Decía esta nueva, que era casi de un siglo más moderna:

Fray Sebastián Auxa, 1761.

Aún descubrimos otra más allá. Esta no la pudimos descifrar del todo, pero si bien estaban casi borradas las primeras letras que parecían ser el nombre, pudimos leer estas otras que eran sin duda el apellido, debajo del cual había la fecha:

Camp, 1711.

Alegres y satisfechos por estar ya convencidos de que no eran los extranjeros los que allí por vez primera habían penetrado, proseguimos nuestra exploración.

La *Galería de San Bartolomé* es corta y de forma semicircular. Al E. se abre otra galería en la cual penetramos sin hacer caso de un boquerón que se divisa á la altura de unos veinticinco palmos, boquerón que los guías nos dijeron entonces ser un simple agujero, pero el cual, si aquel día no, examinamos quince días más tarde, cuando volvimos á las cuevas en una segunda expedición que hicimos más pausada y detenidamente que la primera.

En esta segunda expedición, pues, dos ó tres amigos trepamos hasta dicho agujero, que ya calculamos sería

el punto por donde penetrara el agua de las lluvias: quisimos empero cerciorarnos de ello y subimos con toda dificultad y también con todo peligro, quedando plenamente convencidos de que en efecto, cuando llueve, debe penetrar por aquel punto gran cantidad de agua. Al volver atrás para salir por el mismo sitio por donde habíamos entrado, Federico C. nos hizo observar un ramal que se divisaba á la derecha entre dos rocas: seguímosle, y después de andar un buen trecho en una dirección circular, nos hallamos ante un agujero, especie de ventana que se abre encima de la galería que sigue á la de San Bartolomé, y desde donde se abraza gran parte de la gruta. Nos fué imposible descolgarnos por allí, y tuvimos que retroceder para salir por donde mismo habíamos entrado.

La galería que comienza al concluirse la de San Bartolomé es también corta y casi circular: vése adornada con gran número de estalactitas colocadas á derecha é izquierda, la mayor parte de las cuales por su unión con las correspondientes estalacmitas, forman columnas de bastante altura, muchas de ellas esbeltas y delicadas como esas atrevidas columnitas góticas que son el más bello adorno de ciertos claustros.

Allí encontramos también las siguientes inscripciones, esparcidas en diversos puntos de la galería:

Fray Diego en 1691.
B. de Cortada en 1551.
Fray Francisco Roca 1511.

Estas dos últimas nos asombraron por su antigüedad, que bien se deja conocer, aun cuando no lo hubiesen dicho las cifras, por el carácter de la letra. También leimos la siguiente, escrita en catalán y con una letra clara y perfectamente redondeada:

Los monjos de Montserrat, 1654.

En honor de esta inscripción, dimos en seguida por voto unánime á la galería que recorríamos, el nombre de *Claustro de los monjes*.

Avanzamos algunos pasos más, y la bóveda, que hasta entonces se había mantenido á una misma altura poco más ó menos, nos faltó casi de repente desapareciendo en el espacio. Un espectáculo maravilloso se ofreció ante nuestros ojos á la vaga luz de las antorchas.

Al finalizar el *Claustro de los monjes* que termina hacia el NE., el curioso que hasta allí llegue verá alzarse sobre una especie de eminencia uno como templo gótico. Se creería al pronto que son las ruinas de uno de esos idólatras pero ricos santuarios que la edad antigua nos ha legado, y que á veces se encuentran casi intactos en las entrañas de la tierra.

Las muchas é innumerables estalactitas que desde abajo vimos nos decidieron, aun antes de examinarla, á dar á aquella nueva estancia que tan seductora se nos presentaba, el nombre de *Gruta de las estalactitas*.

Nunca ha habido nombre más merecido en efecto y que mejor haya correspondido á las esperanzas.

La subida á la *Gruta de las estalactitas* se efectúa por un paso sumamente incómodo y sumamente peligroso asímismo. Se tiene que subir primero una peña lisa y pendiente, y en seguida atravesar una roca sumamente estrecha que pasa como un punto por sobre un abismo, el cual, cuando llueve, debe necesariamente servir de cauce al agua que irá á perderse acaso en las profundidades de otras grutas más subterráneas y quizá también más maravillosas.

Es una rica y bellísima estancia la *Gruta de las estalactitas*, y deberá serlo cada día más, puesto que se halla en actividad, es decir, que no ha cesado en ella la filtración del agua como parece indudablemente haber cesado en las anteriores.

Todos los artistas lanzaron al verla una exclamación de gozo, y en seguida el infatigable Lorenzale, que acababa de enriquecer su álbum con el *Claustro de los monjes*, se puso á delinear todo aquel palacio de hadas que caprichosa y poéticamente se dibujaba á su vista, fantásticamente iluminado por el resplandor de las antorchas.

Allí, numerosas columnas y elegantes pilares cargados de molduras y relieves suben, algunos serpenteando, otros artísticamente rectos, á recibir la bóveda que asienta sobre ellos su artesonado verdaderamente embellecido de colgadizos; allí las paredes se ostentan tapizadas de afiligranadas labores; allí las estalactitas descienden en conjunto como flotantes y undosas colgaduras de anchos pliegues; allí las estalacmitas se lanzan atrevidas y osadas al espacio cortando las tinieblas, de la misma manera que rasgan el aire las labradas agujas de las góticas catedrales; allí, en fin, se multiplican las bellezas y crecen en el silencio y oscuridad de la noche, sólo bajo la mirada de Dios y fecundizadas por la gota de agua que, infatigable arquitecto, trabaja y elabora sin descanso tesoros que nada tienen que envidiar al arte, y que por el contrario harían morir de celos al más grande artista si éste no viera en ellos el cincel de Dios.

Es ciertamente admirable, admirable y grandioso, sorprender sus vírgenes maravillas á la región de las sombras, y juzgar cómo en el seno de la quietud, de la calma y del olvido, la humilde gota que se desprende de la bóveda á largos intervalos va trabajando, elaborando, perfeccionando con inaudita constancia la estalacmita que un día se ha de alzar afiligranada y graciosa, humillando con su esbeltez y con la elegancia de su forma el orgullo del artista que absorto la contempla y que impotente la admira!

¿Qué buril, qué cincel humano es capaz de imitar los

perfectos y delicados tejidos, los primorosos tules de granito, los admirables encajes de piedra que allí ha ido trabajando la simple gota de agua en su periódica é infatigable constancia?

Es ciertamente admirable, repito, pensar cómo en el seno de las tinieblas la estalactita se une con la estalacmita en un dulce beso de amor, que es el lazo de su eterno consorcio, mientras que la noche vela silenciosa sus púdicos amores, y la mirada de Dios preside en las sombras su casto himeneo.

Gota á gota se ha ido labrando esta rica estancia, la más bella quizá de las que vimos; gota á gota ha ido el agua hacinando los materiales para formar el conjunto de su mágica y caprichosa fábrica. La imaginación se confunde, el alma se anonada ante aquella grandeza; el hombre es un miserable pigmeo, un vil gusano de la tierra ante el augusto Hacedor de aquella maravilla. Doble el impío la frente y el humano la rodilla ante la obra del Criador, y piense y medite que si la gota fecunda y trabajadora ha necesitado para aquel edificio toda una serie de siglos, nada representa esta serie en la historia de las edades del mundo, pues que apenas es un fragmento de la eternidad de Dios.

A la luz de las antorchas todo se ilumina y brilla.

Mirábamos esta gruta sin jamás cansarnos de admirarla.

Ocurriósele no sé á quién encender sin decirnos nada un rojo fuego de Bengala.

Renuncio á pintar el efecto. Se necesitaría pluma mejor que la mía.

Era aquello un sueño de artista, un cuento de Scherezada, un boceto de catedral dibujándose á nuestros ojos atónitos con sus perfiles vírgenes, sus teorías de labores y sus utopias de relieves y filigranas.

Era de un efecto mágico, deslumbrador, portentoso.

—¡Oh! poeta, poeta, aquí se canta,—exclamó Alonso cogiéndome del brazo.

—Te engañas, Alonso, amigo mío,—le contesté,—aquí se reza y se cree.

A la esplendente y roja luz del fuego vimos dibujarse más allá de la gruta, por entre unas columnas, un ancho boquerón que se abría en el suelo mismo junto á un montón de informes y monstruosas rocas.

—Es la boca del infierno,—dijo uno de nosotros señalando hacia allí.

Efectivamente, con la luz roja que en aquel instante bañaba toda la estancia, la ilusión era completa.

Ya no perdió aquel boquerón este nombre.

—¡A la boca del infierno!—gritamos todos.

Y dimos un paso hacia ella.

Los guías nos detuvieron diciéndonos que hasta allí habia tradición de haber llegado alguno, pero que no había pasado de aquel punto, y que por lo mismo de allí en adelante ni sabían nada, ni respondían de nada.

Esta declaración no dejó de hacer su efecto en algunos. Empero nos recobramos bien pronto. Estábamos allí para apurar todos los misterios de aquellas profundidades, y recordamos á los guías que el pacto que habíamos hecho con ellos, era de que nos seguirían hasta allí donde fuera uno solo de nosotros; nos contestaron hallarse dispuestos á acompañarnos.

Nos encaminamos hacia la *Boca del infierno*, después de haber yo apuntado otras dos inscripciones que hallé en un ángulo y que decían así:

Jacinto García en 1691.
Montaño 3 *copias* 1789.

No tardamos en detenernos ante la *Boca del infierno*, pozo que parecía profundísimo y que amenazaba á primera vista ser de mucho más peligroso descenso que el del *diablo*.

IX.

LA GRUTA DEL ELEFANTE.—LA BOCA DEL INFIERNO.—LA GALERÍA DE LOS FANTASMAS.—LA GRUTA DE LOS MURCIÉLAGOS.—LA GALERÍA DE LA DAMA BLANCA.—EL SALÓN DEL ÁBSIDE GÓTICO.

Medimos la profundidad de la *Boca del infierno*, que contra lo que creíamos resultó ser sólo de veinticinco palmos. Inmediatamente un guía se dejó escurrir hasta abajo para hacernos más fácil el descenso.

Mientras estaban preparando y atando la cuerda con ayuda de la cual debíamos descolgarnos, observé que una mano me tiraba dulcemente del gabán.

Me volví. Era Catalá. ¡Pobre Catalá!

Se había sentado sobre un peñasco, y apoyaba su frente pálida en una estalacmita que esbelta y ligera se alzaba para ir en busca de su galante compañera que se desprendía del techo.

—¡Sácame de aquí,—me dijo en voz baja.—No puedo respirar, me ahogo!

En efecto, aquel es quizá el único punto en las grutas donde todos los que estábamos sentimos una especie de malestar, algo como si empezáramos á notar la falta de aire. Esta leve molestia, que ya no debíamos experimentar en ningún otro sitio, fué sin duda producida en aquél por el agrupamiento en un lugar reducido de las antorchas y demás luces, que absorbiendo par-

te del aire respirable, hizo la atmósfera más densa y más pesada para nosotros.

Por otra parte, Catalá me dirigió con el acento de una profunda tristeza aquellas palabras, y tanto más cuanto que para él ya las grutas habían perdido todo el atractivo que podían merecerle.

Es que, enfermo como estaba, Catalá sólo se había hecho fuerte sobre sus dolores y sólo había bajado hasta allí, creyendo encontrar algún manantial de agua subterránea de la que ansiaba beber por haberle dicho alguno que sería un remedio eficacísimo para su dolencia. Al hallar defraudadas sus esperanzas, Catalá, triste, taciturno, desconsolado, perdida esa fe ciega que guía al doliente, molesto por otra parte y lleno de esa indiferencia egoista hacia todo, síntoma característico de la enfermedad, Catalá, repito, deseaba volverse para respirar cuanto antes el aire libre, para bañarse en los rayos del sol, para ver la azul techumbre de los cielos y la verde alfombra de los campos.

Yo llamé entonces á un guía, y con él y con Federico T. también, siguiendo el hilo conductor, acompañamos á Catalá hasta el pie de la escalera del *Pozo del Diablo*. No nos separamos de allí hasta que le hubimos visto llegar al último peldaño de la escalera, que subió jadeante y con mucha dificultad, y hasta que le hubimos recomendado con toda solicitud al cuidado del guía.

—Ya estoy arriba,—me gritó Catalá con voz tan debilitada que llegó apenas hasta mí.—¡Adiós!

—¡Adiós!—le contesté.

¡Ay! ignoraba entonces que aquel adiós cambiado desde el pie á la boca del *Pozo del Diablo*, debía ser un adiós eterno.

En efecto, ya jamás volveré á ver á Catalá.

En seguida de salir de las cuevas se marchó con el guía á Collbató, donde estaba durmiendo cuando yo lle-

gué á la posada, y tres días después, en Barcelona, cuando me dispuse á ir á visitarle, supe que había muerto.

¡Pobre Catalá!

Y ahora que he pagado la justa deuda de un recuerdo á la memoria del amigo y del expedicionario, vuélvome al sitio donde se han quedado nuestros compañeros.

Así que hubimos dejado á Catalá, regresamos Federico y yo á la *Boca del infierno*. Ya por ella se habían descolgado varios compañeros, y se disponían á hacerlo algunos otros.

Ahora bien, como las líneas que escribo pueden algún día servir, y servirán sin duda, de guía á otros expedicionarios á las mismas cuevas, dignas ciertamente de ser visitadas por todos aquellos á cuyo corazón hable la muda poesía de la naturaleza, es preciso que entre en algunos detalles, y que se me permita dar cuenta minuciosa de todos los huecos y rincones de las grutas.

Así, pues, es fuerza advertir que al abandonar el viajero la *Gruta de las estalactitas*, encontrará entre ésta y la *Boca del infierno* un corredor transversal que sigue por la izquierda en dirección de NE. ó SO. Si por él se encamina, descubrirá una pendiente que finaliza en la bóveda, la cual se halla atravesada por columnas de mucho diámetro, cuya parte superior se ve pegada á la bóveda, y la inferior no se descubre por estar rodeada de rocas y tierra. Si, por el contrario, dejando á un lado la *Boca del infierno*, sigue por la derecha en dirección de SO. á NE. torciendo luego en dirección opuesta, se encontrará en una deliciosa gruta donde no ha de pesarle por cierto el haber llegado.

Cuando la primera expedición, yo no recuerdo que nadie dijera haber visto esta gruta, que debió sin duda pasarnos por alto, y que es sin embargo una de las más

bellas estancias de aquel palacio subterráneo. Así es que, como no le aplicamos nombre, se lo dimos cuando la segunda expedición.

En efecto, todos los que allí entramos en el segundo viaje, decidimos de común acuerdo y sin vacilar llamarla *Gruta del elefante*. Y es que en el centro de la gruta, masa imponente y monstruosa, se levanta una roca que tiene la misma forma de un elefante con la cabeza baja, sustentando en su robusta espalda dos esbeltas torres, como pintado lo hallamos á cada paso en los cuentos ilustrados de los orientales.

La ilusión es completa si la vista se detiene y se fija un solo instante, si se concentra un momento para buscar el tosco dibujo de aquel pedruzco colosal.

La *Gruta del elefante* presenta también sus paredes caprichosamente trabajadas, llenas de esos arabescos y geroglíficos, de esas ricas y originales fantasías, concepciones de piedra, poesías de granito que pasman al curioso y hacen que el alma se entregue á profundas meditaciones, que acaban siempre por hacer más grande á los ojos humanos la grandeza de Dios.

Pero una de las cosas que en esta gruta admirará más al que la visite, y que es efectivamente digna de toda admiración, es un verdadero y completo arco apuntado que divide la nave, arrancando enérgica y atrevidamente desde un ángulo, describiendo su perfecta curva y marcando con todo arrojo su vértice, que va á sepultarse en la parte opuesta entre las sombras. El mejor arquitecto se quedaría atónito.

Digna es aquella gruta de la fábrica subterránea de que forma interesante parte, y bien á su hermosura y grandeza corresponde aquella nave vasta y altísima que profundamente se tiende, permitiendo al viajero recorrer absorto de una mirada sola, sin hallar ningún obstáculo, todo aquel grandioso recinto que está lleno de la misma

sublimidad que inspira el interior de un magnífico templo.

En un rincón de esta gruta descubrimos el nombre de un inglés: *L. Smith*, 1780. Quizá sería este uno de aquellos ingleses que, según rumores, penetraron á últimos del siglo pasado, permaneciendo dos días enteros perdidos en el laberinto de ramales que ofrecen las cuevas.

Al salir de la *Gruta del elefante* nos dirigimos hacia la *Boca del infierno*, y descendimos por ella no sin trabajo con ayuda de la cuerda y de los guías, en el hombro de uno de los cuales se tienen que ir apoyando los pies si por allí se desea bajar con toda seguridad. Lo quebrantado del terreno y lo caprichoso de aquellas rocas, hacen aquel descenso sumamente difícil. ¡Feliz el que logra bajar sin ninguna contusión ó sin sacar, cuando menos, ensangrentadas las manos!

Una vez abajo, se penetra por la única abertura que allí se nota, y se entra en una galería que no presenta nada de particular. Esta galería, que va siempre bajando, tuerce á derecha é izquierda repetidas veces. La bóveda es bastante elevada y el suelo erizado de peñascos como la *Gruta de la esperanza*. A trechos las paredes se presentan boceladas y ostentan algunos huecos que se ven cerrados con una especie de verja formada de columnitas salomónicas.

Al cabo de un buen espacio, que contribuye á prolongar la dificultad con que se camina, se llega á una galería que cuando la primera expedición no recibió nombre, y que en la segunda fué muy oportunamente denominada por Ignacio de Bordons *Galería de los fantasmas*.

Y digo muy oportunamente, porque en ella se divisan á la izquierda tres ó cuatro grupos blancos que á la luz dudosa de las antorchas remedan figuras humanas envueltas en anchos ropajes, serie de fantasmas que em-

bozados en sus sudarios parecen ir saliendo uno tras otro de las sombras y adelantándose hacia el viajero que osa, con su criminal curiosidad, llegar hasta allí para turbar la paz y la quietud legadas por los siglos á aquellas vastas profundidades.

Es un silencio de muerte el que allí reina, es la paz de los sepulcros la que allí se alberga. Todo es lúgubre, tétrico, misterioso. Diríase la región de las tumbas. Y aquellos mismos blancos pedruzcos que se alzan dibujando sus perfiles de humanos cuerpos en las sombras, parecen figuras mortuorias, estatuas sepulcrales que se incorporan al rumor de los pasos que rompen el encanto, y que abandonan sus lechos de piedra á las voces extrañas que llenan el vacío. El curioso no puede menos de sentir circular por sus venas el hielo de un estremecimiento, y cuando su mano vacilante agita la antorcha y azota con ella las tinieblas, hasta cree ver,—¡terrible ilusión!—á aquellas figuras mover sus brazos bajo el blanco manto que las cubre, y hasta teme que se abran sus labios de piedra para lanzar un anatema contra los sacrílegos que á interrumpir se atreven el silencio de las tumbas.

A la *Galería de los fantasmas* siguen varias grutas, en número de seis, simplemente formadas por rocas cubiertas la mayor parte de arcilla, lo cual hace que se deba ir con mucho tino, pues fácilmente se puede resbalar. En efecto, es aquella una arcilla tan sutil y fina, que no permite afirmar el pie con seguridad, y á cada momento se ve expuesto el viajero á medir con su cuerpo el suelo, ó á caer desde lo alto de alguna de aquellas rocas. Afortunadamente las peñas tienen allí poca elevación y no hay verdadero peligro en la caída.

De estas grutas, que no presentan cosa particular, la segunda fué la llamada *de los murciélagos*.

He ahí el por qué.

Acababan de penetrar en ella Alfonso y Federico, que fueron los dos primeros en descubrirla, cada uno con una antorcha en la mano, cuando oyeron un ruido particular sobre sus cabezas. Alzaron los ojos, y vieron interponerse á sus miradas una nube de murciélagos batiendo el aire con sus largas alas y paseando por el espacio sus repugnantes figuras de pequeños monstruos. Era una nube tan compacta y tan unida que hubiera, fuera de la cueva, llegado á obscurecer la luz del sol.

Alonso nos llamó y acudimos todos.

Al resplandor de las antorchas, que llenaron aquella gruta de una desconocida claridad, los murciélagos atónitos, sorprendidos, aturdidos, empezaron á mover un ruido espantoso, á lanzarse en todas direcciones, á dar vueltas en torno á nosotros como si estuvieran ebrios, á batir el aire con sus alas dejándose caer poco á poco como si se ahogaran. Fué un espectáculo extraño. Algunos de nosotros les acercaban las antorchas y les quemaban; otros les derribaban al suelo de una manotada, y las aves nocturnas caían una tras otra despidiendo agudos chillidos que sonaban allí bajo de un modo raro.

Después de la *Gruta de los murciélagos*, donde habíamos sostenido tan descomunal batalla con los avechuchos malandrines, entramos en otra habitación subterránea, especie de gruta formada por grandes peñascos donde en un lienzo de pared vimos esta inscripción:

J. Rodaló.—Any 1583.

Fué la última que encontramos. Sin duda los intrépidos viajeros que en los siglos anteriores nos habían precedido, no habían pasado de allí.

La penúltima de las seis estancias subterráneas recibió de Joaquín de H., y le fué confirmado por todos nosotros, el nombre de *Gruta de la dama blanca*.

Es que al entrar en ella, allí, en lo alto y en el fondo, encima de una eminencia, destacándose de las sombras, aparece cual misteriosa figura cubierta con un luengo y tupido velo un enorme pedruzco blanco que asemeja la dama blanca de las leyendas de Walter Scott, surgiendo del seno de las tinieblas y delineándose airosa á los ojos del absorto cazador de la montaña.

Después de estas seis grutas, escalando un montón de peñas que parece la primera grada de una escalera de titanes, llegará el viajero á la última estancia de aquella subterránea morada.

¡Bella y hermosa estancia, digna compañera de la *Gruta de las estalactitas* y de la *Gruta de la esperanza*!

Lorenzale al verla lanzó un grito de júbilo, y mientras se apresuraba á trasladarla á su álbum la denominó *Salón del ábside gótico*. Y en verdad que tuvo razón en llamarla así. El arte no puede trazar con más exactitud, con más esbeltez, con más perfección un ábside como el que allí se arroja atrevido á los aires cerniéndose arrogante con toda la galanura de su esplendor y pompa.

La estancia es circular, de unos treinta palmos de diámetro y de una elevación inmensa, rodeada de columnas y con algunos caprichosos grupos de estalactitas; tanto las paredes como las columnas y estalactitas se hallan cubiertas de arcilla de un rojo claro, de suerte que parece todo dorado al vislumbre de las antorchas.

Es no más que un salón esta estancia sepultada en las entrañas de la tierra, pero pocos templos hay en la superficie de la misma que le venzan en osadía, en grandiosidad y en riqueza de labores. Pocos hay con tal altura de bóveda, con tal arrojo en los arcos y con tanta gracia y esbeltez en las columnas, así como con tanto primor y tanto calado en las agujas.

Es un maravilloso sitio el *Salón del ábside gótico*, es una bella obra de la naturaleza.

Haces de pilares, gavillas de columnas se ofrecen allí por todas partes á la vista, que se pierde absorta al discurrir fugaz por entre aquellas maravillas. Creíamos hallarnos verdaderamente en el interior de un templo gótico, y no nos cansábamos sobre todo de admirar aquel ábside precioso, lazo de piedra que une en pasmoso desorden un sin número de esbeltas columnas.

¡Qué pequeño y enano es allí el hombre, pero qué grande y qué inmenso es el Hacedor, ese Supremo arquitecto que ha sabido labrar en las entrañas de la tierra templos y palacios, al lado de los cuales son miserables parodias los monumentos elevados á la luz del día por el orgullo y la ambición humana!

En el *Salón del ábside gótico* la temperatura era de 20 grados centígrados, mientras que en la *Gruta de las estalactitas* era de 15, y en la entrada de la cueva sólo de 9. Estas temperaturas tuvo cuidado de observarlas Federico C. antes de que nadie entrara en dichos puntos, á fin de evitar el aumento que las antorchas podían producir.

También me hizo observar mi amigo que á pesar de la profundidad á que nos hallábamos y de la estrechez de algunas aberturas por donde habíamos penetrado, respirábamos libre y cómodamente. En efecto, ni siquiera se nos amortiguaron un solo instante las luces de las hachas, y el higrómetro marcaba sólo 40 grados cuando el suelo y las paredes estaban cubiertas de arcilla sumamente húmeda. Esto nos hizo creer que las cuevas comunican con muchas otras, y probablemente con el exterior por diferentes puntos.

En el *Salón del ábside gótico* no hallamos paso para seguir adelante, y decidimos por lo mismo retroceder volviendo á desandar lo andado.

A las seis horas de haber penetrado en las tinieblas, volvimos á saludar la luz del día. Indecible es la emoción que entonces experimentamos, pero mayor hubiera sido toda la poesía de nuestro corazón si no se hubiese ya gastado en las impresiones sucesivas de nuestra exploración subterránea.

Juguetona, alegre, risueña se presentó á nuestros ojos la luz diurna después de tanto tiempo de no ver más luz que la de las rojizas antorchas. La tarde empezaba á caer, y el sol se despedía de los campos cuando nosotros nos despedimos de las cuevas. ¡Teñidas por sus últimos resplandores, cuán bellas se nos aparecieron las gigantes rocas de Montserrat, las dilatadas praderas que á sus pies se extienden, y la franja de plata con que borda el Llobregat los florecientes campos!

A la luz del crepúsculo atravesamos el paso de las estacas que, si al subir es de un terrible ascenso, al bajar es de un horroroso aspecto, y la luna balanceaba ya su globo de oro en la azúrea bóveda cuando llegamos á Collbató, después de haber dirigido una mirada á las ruinas de su castillo que aún ven elevarse, como centinela de honor de sus escombros, la un día señorial torre del homenaje.

Tal es el relato de nuestra expedición á las cuevas de Montserrat, cuevas que sin embargo de no ser ignoradas, eran no obstante desconocidas.

Felices nosotros que hemos sido los primeros en dar á conocer al público las bellezas y tesoros que en su seno guarda el monte de Montserrat, la Tebaida catalana, la perla de las montañas, como la ha llamado un autor antiguo.

Por lo demás, mi relación ha sido hecha con lealtad y con fidelidad.

Así al menos lo creo. He escrito este viaje bajo las impresiones del momento, guiándome por mis recuerdos propios y por los de mis amigos y compañeros. Ellos pueden decir hasta qué punto he sido exacto en las descripciones.

Cronista un día de Montserrat, cantor aunque humilde de sus glorias y tradiciones, creo haber cumplido con un deber escribiendo este viaje á sus cuevas, que será de seguro pobre y mezquino, pero que no podrán menos de encontrarlo curioso los lectores, así como han de tenerle por útil los viajeros que emprendan una expedición á aquellos lugares.

FIN.

ÍNDICE.

Páginas.

DICTAMEN DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA..... V

EL MONASTERIO DE PIEDRA.

Á M. WILLIAM C. BONAPARTE-WISE..... 3
CAPÍTULO I.—Fundación del monasterio.—Sus protectores.—Sus privilegios y fueros.—Su prosperidad.—Sus varones ilustres..... 7
CAPÍTULO II.—Lo que era el monasterio en sus buenos tiempos.—Sus obras y objetos de arte.—Lo que de él queda.—Su fundador y su conservador. 13
CAPÍTULO III.—La torre.—Antiguos privilegios.—Donaciones y mercedes.—El comisario del arzobispo.—El huésped misterioso..... 22
CAPÍTULO IV.—Las cascadas.—La Cola de Caballo.—El Iris.—Los Fresnos.—El Vergel.—La Carmela.—El baño de Diana.—El torrente de los Mirlos.—Las grutas del Artista, de la Pantera y de la Bacante.—La Caprichosa.—La Trinidad.—La Solitaria.—La Gruta Negra.—La Sombría..... 33
CAPÍTULO V.—El Vado.—La gran Requijada.—La Niña.—Los Peñascos.—El valle.—Las orillas del río.—Los Argálides.—El Parque..... 44
CAPÍTULO VI.—La gruta..... 54
CAPÍTULO VII.—Otra vez la gruta..... 62
CAPÍTULO VIII.—El lago..... 66
CAPÍTULO IX.—La leyenda del lago. 74
CAPÍTULO X.—La Peña del Diablo..... 78
CAPÍTULO XI.—Las Pesqueras..... 91
CAPÍTULO XII.—El álbum de Piedra..... 94

LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT.

NOTA..... 107
I.....—A mi amigo D. Juan Mañé y Flaquer.. 109
II.....—El ruiseñor y la niña..... 115

Páginas.

III.....—Hablemos un poquito de historia, si gustáis..... 120
IV.....—La Virgen de la montaña..... ... 126
V.....—Satanás el anacoreta..... 131
VI.....—El doncel de los cabellos de oro. 138
VII.....—La doncella degollada..... 145
VIII....—Beremundo el Rojo..... 154
IX.....—Los treinta..... 160
X.....—La visión..... 168
XI.....—La voz de bronce..... 175
XII. ...—Reyes peregrinos..... 182
XIII....—Un conceller y un rey..... 189
XIV....—Otro poquito de historia..... 198
XV.....—Un mundo por un buque..... 204
XVI....—El paño mortuorio..... 210
XVII...—Vixit ut semper viveret..... 219
XVIII. —Soldado, anacoreta y santo..... 229
XIX....—De lo que sucedió al buen rey de Francia Francisco I, en una de las tres noches que pasó prisionero en Barcelona.... 236
XX ....—El copero del César..... 246
XXI....—En que se habla de un cabrito, de un niño, de un abad y de una infanta..... 255
XXII...—El camino de plata 261
XXIII ..—Donde después de contarse brevemente en qué mató su tiempo el pueblo de Barcelona durante la noche del día del Corpus de 1640, se demuestra de una manera innegable cómo puede haber reyes y proverbios que tengan un mismo origen..... 266
XXIV ..—El birolay de María..... 273
XXV...—Vía fora..... 281
XXVI..—Alejo el Montañés..... 287
XXVII..—¡Habla bajo, vida mía!..... 296
XXVIII.—Las cadenas de los ángeles y el tesoro del rey Wamba..... 307
XXIX..—Destrucción y ruina de Montserrat..... 313
XXX...—En el día..... 321
XXXI..—A la condesa de Barcelona..... 326

UNA EXPEDICIÓN Á LAS CUEVAS DE MONTSERRAT.

Páginas.

I.....—El por qué de nuestro viaje..... 335
II.....—Nosotros siete..... 341
III ....—El paso de las estacas..... 349
IV.....—Donde el autor, sin ser geólogo, se entrega á reflexiones geológicas..... 358
V.....—La gruta de la esperanza..... 368
VI.....—El Mansueto..... 377
VII.....—Exploración subterránea..... 382
VIII....—La galería de San Bartolomé.—El claustro de los monjes.—La gruta de las estalactitas.—La boca del infierno... 387
IX.....—La gruta del elefante.—La boca del infierno.—La galería de los fantasmas.—La gruta de los murciélagos.—La galería de la dama blanca.—El salón del ábside gótico..... 395

BINDING LIST DEC 1 1955

322834

Author Balaguer, Victor HSp

Title El monasterio de Piedra. B1713m

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED